MIQUEL FORNERA

CADENAS DE HIERRO Y BARRO



Corre el año 38 d. C. en la ciudad de Histria, una joya a orillas del Ponto Euxino. Tras años de guerra contra tracios y getas, la población vive en aparente paz gracias al ejército romano apostado en el lugar. Sin embargo, en las sombras de esta frágil calma, la tiranía de la curia, la ambición de un desconocido agitador y los abusos de un desalmado proxeneta amenazan con desatar el caos…

En esta tierra inhóspita, donde la gloria no tiene cabida y los favores se pagan a un alto precio, Akornion, un hombre atormentado por las deudas, se enfrenta a una decisión que podría destruir a su familia. Sólo él será el culpable de que su hijo Seutes sea condenado injustamente a las infrahumanas minas, de que su hija, Kinane, se vea abocada a la esclavitud, y de que Audata, su esposa, malviva en soledad.

Maniatados por los hilos de la cruda realidad, las victorias siempre son amargas, la crueldad es una moneda de cambio habitual y la esperanza, un lujo. Y los actos heroicos no siempre nacen por la voluntad de cambiar el mundo, sino del desesperado instinto de supervivencia. Con el amor, la fraternidad y el deseo de venganza como únicas armas, ¿podrá esta familia sobreponerse a su adverso destino?

Miquel Fornera

Cadenas de hierro y barro

Título original: *Cadenas de hierro y barro*
Miquel Fornera, 2026

Revisión: 1.0

03/11/2026

A Paula, por ser mi luz

DRAMATIS PERSONAE

AKORNION: esposo de Audata y padre de Seutes y Kinane. De oficio, pescador.

ARTULUS: hijo fallecido de Hidna tres años atrás.

ATEAS: anciano que habita en las minas, de carácter bromista y aficionado al cuidado de las palomas.

AUDATA: esposa de Akornion y madre de Seutes y Kinane.

BACILIS: mano derecha de Kávaros. Corpulento y de tez aceitunada.

BARBARICUS: veterano instructor de Clito en el *ludus*. De origen roxolano y con marcado acento estepario al hablar.

CLITO: campeón del *ludus* Helvio, con un palmarés de cuatro victorias y una *missio*. De origen etíope, su apodo en la arena es Myrmex, cuyo significado en griego es «hormiga». Lucha como *provocator*, un tipo de gladiador pesado. Destaca en su vientre una cicatriz en forma de aspa provocada durante su último combate con el temible Lascivus.

COMIO: joven soldado, algo indisciplinado, que sirve bajo las órdenes del centurión Herio Asinio Plistarco.

COTHELAS: soldado pelirrojo y barbudo, de origen tracio y que suele vestir una llamativa *zeira*. Sirve bajo las órdenes del

centurión Plistarco.

COTIS: guardia, de cabello pelirrojo, que sirve en el *ludus* Helvio.

CRITASIROS: esclavo, administrador de la familia Helvia y mano derecha de Marco Helvio Deceneo. De pequeña estatura, patizambo y de pelo pomposo y blanquecino.

DANAO: gladiador del *ludus* Helvio. Antaño combatía como reciario, pero actualmente lo hace como *hoplomacus*.

DINAMIA: esclava, fiel servidora de Laódice, que habita en el hogar de la familia Helvia.

DOURAS: revoltoso agitador de origen desconocido. Destaca por su pequeña estatura y su característica *kausía* macedonia. Su principal objetivo es derrocar a la tiránica curia de Histria.

ÉBALO: soldado alto, de cabeza rasurada y de carácter malhumorado que sirve bajo las órdenes del centurión Plistarco.

ERICTO: misteriosa y temida hechicera que arrastra los cadáveres hasta su madriguera para utilizar sus órganos en ritos y maldiciones.

HERIO ASINIO PLISTARCO: centurión de origen epirota bajo cuyo mando se encuentran las tropas auxiliares asentadas en Argamum.

HIDNA: viuda de Skilum y madre de Artulus. Mujer influyente en las minas por su carácter empático y hospitalario con los más vulnerables.

KÁVAROS: desalmado proxeneta propietario del lupanar El horno de Afrodita.

KINANE: joven hija de Akornion y Audata, hermana de Seutes.

KOINOS: guardia que trabaja en las minas.

LAÓDICE: orgullosa matrona del hogar de la familia Helvia. Esposa de Marco Helvio Deceneo.

LASCIVUS: gladiador temido y afamado por igual, perteneciente al *ludus* de Apolonia Pontica. Autor de la cicatriz en el vientre de Clito.

LIPOXAIS: vecino de la familia protagonista, cuyo apodo cariñoso por parte de Seutes y Kinane es «tío». De oficio, pescador.

LUCIO SERGIO SILO: magistrado de la curia de origen romano. Encargado de la organización de los Ludi Apollinares durante la próxima edición. Esposo de Marcia.

MARCIA: esposa de Lucio Sergio Silo. Originaria de la ciudad italiana de Tusculum.

MARCO HELVIO DECENEO: *paterfamilias* de la familia Helvia. Rico comerciante, conocido en la ciudad y magistrado de la curia municipal. Propietario de la explotación minera del Mons Ferri y del *ludus* Helvio.

MEMNÓN: hermano de Douras. Destaca por su característica tartamudez.

MENOETIUS: joven reciario recién incorporado al *ludus* Helvio.

OROLES: prisionero en las minas, de origen geta y antaño comandante de las tropas que combatieron contra los invasores romanos. Capataz de la cuadrilla de Seutes.

PTOLOMEO: miembro de la banda de Douras.

PUGNAX: mejor amigo de Clito en el *ludus* Helvio. Su estilo de combate es pesado como gladiador *secutor*.

SEUTES: joven primogénito de Akornion y Audata, hermano de Kinane.

SKILUM: esposo de Hidna fallecido tras el colapso de su galería tres años atrás.

SKOTOS: divinidad oscura primigenia a la que sirven los mineros del Mons Ferri. Su culto está prohibido en la superficie. Comparte paralelismos con Erebo, dios griego de la oscuridad.

THALIA: hija de Thrax, vendida como esclava y prostituida en El horno de Afrodita.

THRAX: esclavo liberado de origen tracio que se une a la banda de Douras con el objetivo de rescatar a su hija de las garras de Kávaros.

TOMIRIS: esposa de Lipoxais y vecina de la familia protagonista. De oficio, tejedora y vendedora textil en el mercado municipal.

TULIO: veterano soldado que sirve bajo las órdenes del centurión Plistarco.

ZOPIRIÓN: tuerto e intérprete, miembro de la banda de Douras.

I
COLAPSO

Mina cercana a la ciudad de Histria, a orillas del Ponto Euxino. Año 36 d. C., bajo el consulado de Sexto Papinio Alenio y Quinto Plaucio

La luz de la lucerna hacía rato que menguaba. Poco a poco, las sombras recuperaban su espacio en aquella lúgubre, caliente y polvorienta galería subterránea. El pico se deslizó de entre las pequeñas manos que lo sujetaban y cayó al suelo. Entonces, el niño comenzó a recoger la tierra y las rocas de su alrededor para meterlas en un cesto de esparto que traía consigo. En ese momento, un crujido a su espalda lo asustó. Se giró inmediatamente, con el corazón encogido.

—¿Papá?

Nadie contestó.

Respiró hondo y alargó el brazo hasta agarrar el muñeco de tela que siempre se bajaba a la mina. Su tacto suave lo reconfortaba entre el polvo y el sudor del día a día. Un poco más animado, miró la llama de la lucerna, que ya perdía fuerza. Según sus cálculos, pronto vendría su padre para anunciarle que era hora de salir.

El pico chocó de nuevo contra la dura roca una, otra y otra vez. Repetidamente, sin detenerse. Las llagas en las manos no eran un impedimento para continuar. Cada vez era más difícil respirar, pero el niño tenía claro su objetivo: estaba allí para ayudar a su familia, y

eso significaba seguir adelante. Picó y picó hasta que otro crujido, más fuerte que el anterior, lo hizo estremecer.

—¿Papá? —preguntó de nuevo, angustiado.

Unos pasos se hicieron eco a través del túnel, seguidos de una voz grave:

—Estoy aquí.

El niño sonrió. Si su padre estaba allí era porque el trabajo había terminado. La luz de la lucerna que portaba su progenitor se veía cada vez más cerca. Sin embargo, un potente e inesperado crujido los paralizó a ambos.

—¿Qué es eso, papá?

El hombre, sin mediar palabra, lanzó la lucerna al suelo y corrió hacia su hijo. Este, temeroso y sin entender nada, cogió su muñeco de tela y salió disparado hacia su progenitor. Pero, antes de llegar hasta él, una nube de polvo nubló por completo la galería. Después, un ruido ensordecedor, y el peso del mundo sobre sus espaldas.

El niño sintió una terrible opresión en el pecho que le impedía respirar. Tenía la boca seca y un hormigueo en las extremidades. Por suerte, había salvado a su muñeco de trapo, prieto en la mano aún con las escasas fuerzas que le quedaban. La oscuridad reinaba a sus anchas. Aun así, lo que más lo preocupaba era la profunda decepción que habría causado a su padre.

—¿Papá? Creo que ha sido culpa mía —confesó, y las lágrimas se le escaparon.

Entre las rocas, el hombre se arrastró hacia él, gimoteando de dolor.

—¿Hijo, estás bien? —balbuceó entre sollozos con la voz pastosa.

—¿Papá, me perdonas? —preguntó él.

A cada instante, la presión en el pecho empeoraba y respirar era más difícil de tanto polvo y tierra. De repente, notó el cálido tacto de la mano de su padre palpándole la cabeza.

—Estoy aquí, hijo. Todo va a salir bien.

Pero el pequeño tenía cada vez más frío y jadeaba con dificultad. El padre se echó a toser con fuerza, sin apartar la mano de su

cabeza, y él intentó alargar el brazo para darle la mano, pero no pudo moverse. La tos resonó en las cavidades, hasta que al final se hizo el silencio.

—¿Papá, estás mejor? —quiso saber con sus últimas energías. La oscuridad y el silencio fueron la única respuesta.

II
EL HORNO DE AFRODITA

«Fortuna volubilis errat»
(La fortuna es voluble y errante),

Publio Ovidio Nasón, *Tristia*, 5, 8, 15

Ciudad de Histria, a orillas del Ponto Euxino. Año 39 d. C., bajo el consulado de Cayo Julio César Augusto Germánico y Lucio Apronio Cesiano

Era medianoche, el momento perfecto para que maleantes y delincuentes disfrutasen de los placeres y negocios clandestinos. Akornion esperaba en una esquina, arropado en su capa de lana para protegerse del frío. Llevaba así un par de horas y ya se planteaba marcharse a casa. Ni siquiera sabía con certeza si allí se encontraba la persona a la que buscaba. Mientras divagaba y maldecía por su mala suerte, la puerta de la taberna se abrió y le llegó el agitado ambiente de su interior. Luego, más cerca, oyó un carraspeo de garganta y, de nuevo, el silencio.

De reojo, examinó la calle aledaña. Un hombre alto y flaco con la cabeza rasurada se ajustaba un puñal al cinto. El desconocido inició su marcha calle arriba, por lo que Akornion se colocó la capucha y lo siguió a una distancia prudente. A paso lento, aprovechaba los

umbrales de los portales y cualquier recodo para ocultarse. Cada vez más próximo, rozó con las manos la empuñadura de su daga y la desenvainó con suavidad. Un sudor frío le recorrió la espalda y respiró hondo. Era el momento de actuar. Sin embargo, una inesperada mano lo agarró por el hombro y tiró de él hacia atrás. Sobresaltado, se giró y trató de apuñalar a su atacante, pero un grito femenino de terror lo paralizó. La prostituta retrocedió, horrorizada. Nervioso, guardó la daga y se largó corriendo.

En plena carrera se le cayó la capucha. En cuanto notó el frío en la calva, se la ajustó y prosiguió su huida para alejarse de aquel lugar. El corazón le latía tan fuerte que pensó que le iba a explotar. Cruzó una calle, se ocultó en otra y luego retomó el camino hacia su casa con celeridad. No le importaba que su objetivo escapase.

Entró en la casa con un portazo. Su hija adolescente, menuda y delgada, se acercó a él sin entender nada. El padre se apoyó sobre la pared y trató de controlar su respiración. Las gotas de sudor le empapaban los ojos y le escocían. Su esposa se despertó, sobresaltada, y tras ella su otro hijo, de facciones similares a su hermana.

—Padre, ¿qué pasa? —le preguntó la joven.

Akornion la miró con desdén, como si ella fuese la culpable de su fracaso. Su primogénito se rio:

—Tan mayor y no pierde la costumbre de robar a medianoche.

Aun sudoroso y con las manos temblorosas, le propinó una bofetada a su hijo que lo tumbó al suelo. La madre los miró, sin hacer nada, y siguió a su marido cuando éste se dirigió hacia el dormitorio. La muchacha se arrodilló junto a su hermano y le susurró:

—Seutes, ¿por qué siempre eres tan imprudente? Madura de una vez.

El chico se acarició la mejilla, ardiente y que parecía hincharse por momentos.

—No sé qué le habrá pasado. Normalmente no se pone así.

Su hermana lo ayudó a incorporarse.

—No siempre es buen momento para bromas.

—Quizá mañana lo sea, Kinane —respondió tras encogerse de hombros.

En el dormitorio familiar, marido y mujer discutían a viva voz. Akornion terminó la conversación de manera tajante:

—Mañana hablamos, Audata —y regresó a la entrada—. Vosotros, a dormir ahora mismo.

* * *

Había sido el último en levantarse, y aun así Akornion estaba extenuado. En el fuego, un guiso se cocía lento. Kinane permanecía de pie mientras acicalaba a su madre con un blanquecino peine hecho de hueso.

—Buenos días, papá. ¿Has dormido bien?

Él se rascó la calva y se frotó los ojos para quitarse las legañas.

—Sí —afirmó con un gruñido más que con una palabra.

Después, tomó un trozo de pan duro que había cerca del fuego y se lo comió. Recordó con amargura el fracaso de la noche anterior y decidió vestirse para visitar a su jefe y comentarle lo sucedido, si es que no se había enterado ya.

Tras recorrer varias calles, se adentró en el barrio más peligroso de Histria, allí donde la autoridad civil y la popular no coincidían, hasta detenerse en El horno de Afrodita, el prostíbulo propiedad de Kávaros, el hombre más poderoso de la urbe. Dos enormes porteros custodiaban la entrada, y no tardaron en reconocer a Akornion por su reluciente calva.

Una vez dentro, el fuerte olor a incienso que trataba de ocultar el del sudor y los fluidos humanos le hizo sentir arcadas. El atriense, un hombre menudo de nariz grande y cejas pobladas, lo recibió sin mucho ánimo:

—Kávaros te espera.

Suficientes palabras para deducir que estaba enterado de lo ocurrido. Akornion sintió que la bilis le subía por la garganta, pero se contuvo. Se cruzó con un par de mujeres que limpiaban el local antes de su apertura. Tras los candiles encendidos, las suaves cortinas, los camastros repletos de cojines y el olor a lavanda, se ocultaba el hombre más temido de Histria. Al fondo, casi escondido en un rincón para no intimidar a los clientes, su *tablinum*, custodiado por un enorme guardián que avisó a viva voz de su llegada.

—Que pase —indicó el proxeneta.

Akornion observó al enorme portero, que le devolvió la mirada de manera fulminante. Agachó la cabeza y tragó saliva antes de avanzar para colocarse frente al escritorio de su jefe. Ahí se detuvo, en silencio, sin atreverse a decir nada. Kávaros pasaba de la cuarentena, igual que él. Rubio, de estatura media y de hombros anchos. Sus ojos verdes estaban rodeados de patas de gallo, y su nariz chata y algo deforme demostraba que se había metido en muchas peleas durante su juventud. Le señaló un taburete, y Akornion se sentó, pero Kávaros no.

—Ahórrate las excusas. Sé lo que pasó anoche. —Hizo una breve pausa que angustió aún más a su visitante, quien cruzó los dedos para disimular el tembleque de sus manos—. Eres un completo inútil.

—Lo siento, yo… —Una bofetada lo tumbó en el suelo; el taburete cayó también. Las manos de Kávaros eran anchas y duras, con unos dedos gruesos y repletos de anillos. Akornion no tardó en sentir el sabor férreo de la sangre en la boca.

—Échale cojones o me cobraré tu deuda de otra forma. —Se tomó un momento para escudriñarlo con malicia, encogido en el suelo como un perro malherido—. Sé que tienes una hija que ya es toda una mujer. Delgada, pero de buenos muslos. Pechos pequeños, pero firmes. Con los años son los mejores, y aquí estaría solicitada. —Su gesto se volvió cruel—. Tienes hasta esta noche para devolverme el favor que me debes. No quiero más excusas. Si esta noche no lo matas, tu hija será mía.

Akornion estuvo a punto de orinarse encima. Más que rabia, tenía miedo. Un miedo terrible. Kávaros era un hombre de palabra, especialmente para los negocios. Se imaginó a su hija en aquel ambiente ponzoñoso, obligada a yacer con un hombre tras otro, cada uno más desagradable que el anterior. La bilis le subió de nuevo a la garganta y esta vez no la pudo contener. El reflujo viscoso manchó el taburete tumbado a su lado.

—Qué asco —oyó que le decía con desprecio—. Levántate y no te humilles más. Eres padre de familia, ten un poco de respeto por ti mismo. Lárgate y no vuelvas a fallar. Si no, yo mismo iré hasta tu casa y me llevaré a tu hija. Y te aseguro que no será agradable.

El hombre se puso de pie sin siquiera mediar palabra. Cabizbajo, abandonó El horno de Afrodita sin despedirse de nadie, pero sintiendo cómo todos lo escrutaban. Era el hazmerreír de los hombres de Kávaros. Un donnadie. Un despojo incapaz de proteger ni a su propia familia.

* * *

Aquella noche cenaron pescado con pan. Una cena frugal, pues del guiso de mediodía no había sobrado nada. Si no fuese por Seutes y su buena suerte aquella tarde, no habrían tomado bocado. Nadie hablaba. El conflicto de la madrugada anterior parecía rodearlos, pero nadie osaba sacar el tema. Tampoco hacía falta, Akornion era el *paterfamilias*. Además, Seutes no tenía queja, se lo merecía por imprudente.

—Seutes, ¿mañana volverás a pescar con Lipoxais? —Audata, al fin, intentó atajar la tensión.

El muchacho tomó un sorbo de agua antes de responder.

—Iré solo. El tío dice que los peces no volverán hasta la semana que viene, pero siempre queda alguno extraviado. —Pellizcó con los dedos un trozo de pescado y se lo llevó a la boca.

Aún en silencio, el padre se puso de pie, se limpió la comisura de los labios con un trapo y salió a la calle para tomar el aire. La mujer, con un leve movimiento de cabeza, le indicó a su hijo que lo siguiese para hablar con él.

Seutes se encontró a su padre de espaldas. De él parecía salir un sonido que al principio no supo identificar. Poco a poco, tomó forma, hasta convertirse en un gimoteo. Incómodo, dudó si volver dentro. Akornion se percató de la presencia de su hijo.

—Déjame solo.

El muchacho, culpable por lo ocurrido la noche anterior, no pudo aguantar más:

—Papá, lo siento. Quizá no era el mejor momento para gastarte una broma. Sé que te esfuerzas mucho en sacarnos adelante, del modo que sea.

Akornion digirió lentamente las palabras de su hijo hasta comprender lo que insinuaba.

—¿A qué te refieres con «del modo que sea»? —apuntilló en tono adusto.

El joven se arrepintió de haber abierto la boca, pero era demasiado tarde para retirarlo. No necesitaba ser muy listo para saber que, si mentía, empeoraría la situación. Su padre lo observaba serio. No había vuelta atrás.

—Papá… Histria es una ciudad pequeña en la que al final nos conocemos todos. La gente a veces rumorea cosas y… —titubeó—. He escuchado que trabajas para Kávaros —concluyó.

Akornion tragó saliva. No mostró enfado, en realidad, emoción alguna, y de repente se derrumbó. Incapaz de contener la tensión por más tiempo, se echó a llorar como un niño. Seutes, que jamás lo había visto tan vulnerable, lo abrazó, sin saber muy bien qué hacer.

—Estoy metido en un problema que no te puedes ni imaginar…

El muchacho lo estrechó más fuerte. Notó la calidez de su cuerpo.

—Papá, siempre me has dicho que todo tiene solución salvo la muerte.

Akornion levantó la cabeza. Sus ojos brillaron al encontrarse con los de su hijo. ¿Cómo su pequeño había crecido tan rápido? ¿Cómo es que él era un ser pusilánime y su niño un adulto? Pero Seutes no podía hacer nada. El padre se limpió los mocos con el dorso de la mano.

—Tengo que matar a un hombre… —afirmó, cabizbajo.

El joven sintió un indescriptible vacío en el estómago. Los ojos se le abrieron como platos mientras asimilaba, poco a poco, las palabras que acababa de escuchar: «Matar a un hombre». Akornion asintió.

—¿A quién, papá?

—No lo sé —negó con la cabeza—. Y creo que prefiero no saberlo.

Seutes suspiró. Había sospechado que a su padre le atormentaba algo grave, pero no tal cosa, todo menos eso. El dinero, la comida, una discrepancia con algún vecino. Jamás habría llegado por sí solo a la conclusión de que tendría que mancharse las manos de sangre.

—¿No hay otra opción?

—No la hay. Kávaros necesita quitarse de en medio a ese hombre, y le debo más dinero del que puedes imaginar.

El joven lo agarró por los hombros.

—Tiene que haber otra manera. Quizá pueda pedirle dinero al tío Lipoxais.

Su padre negó con la cabeza.

—Tengo que hacerlo esta misma noche, Seutes. Hace meses que retraso el pago y Kávaros no me da más margen. Además, si no cumplo… —Se llevó las manos a la cabeza, incapaz de continuar por el nudo que le aprisionaba la garganta.

—Si no cumples…

Akornion se limpió de nuevo los mocos con el dorso de la mano.

—Si no cumplo se llevará a tu hermana —sentenció.

El joven se apartó de manera repentina y frunció el ceño. Una ira incontenible empezaba a invadirlo.

—¿Y tú has aceptado correr ese riesgo, papá? —le espetó con

desprecio.

—No, no, no. ¿Te crees que estoy loco o qué? Esa condición me la ha puesto esta mañana —se defendió el padre.

Seutes colocó los brazos en jarra, indignado. Pese a su juventud, sabía de sobra que Kávaros cumpliría su palabra. Alzó la vista al cielo y atisbo las estrellas, que acompañaban a una enorme y luminosa luna llena. Su hermana o un desconocido. Ignoraba si la víctima era inocente o si, por el contrario, se movía en los bajos mundos y se había ganado demasiados enemigos. Al igual que su padre, prefería no saberlo. Akornion interrumpió sus pensamientos.

—Esto es cosa mía, hijo. Lo único que te pido es que esta noche estés pendiente de tu madre y tu hermana. Y, si me pasa algo, cuida de ellas. Te lo suplico.

—No lo haré, papá. Voy a acompañarte. Pueden salir muchas cosas mal, pero si voy contigo…

Akornion lo aferró por la cabeza y puso su frente contra la suya.

—Soy tu padre, y como tal me obedecerás. Si preguntan, tú diles que he ido a cualquier taberna a ahogar las penas y que volveré de madrugada.

Seutes tragó saliva y, con un asentimiento, volvió a abrazar a su padre, con fuerza. Cuando entraron a la casa, Audata y Kinane ya habían recogido la mesa y preparaban las mantas para pasar la noche. La madre los observó, y el chico fingió sonreír para tranquilizarla. Padre e hijo se habían reconciliado.

* * *

El joven cerró la puerta con suavidad. Se colocó bien la capucha y ocultó en el *sagum* la mano con la que sujetaba el cuchillo. La luna brillaba con tal resplandor que le permitía ver con claridad el entramado urbano frente a él. Aquello era una ventaja, pero también un problema. Si no iba con cuidado, su padre lo descubriría.

Desconocía en qué dirección había salido Akornion, pero su intuición le indicaba que, con probabilidad, hacia los únicos locales abiertos a esas horas. Había escasas opciones, y todas en el peor barrio de Histria. Sin perder más tiempo, inició la búsqueda. Calle a calle, los portales y las esquinas eran sus aliados, pues esa noche la luna no estaba a su favor. Se cruzó con un par de borrachos, y luego nada. La ciudad parecía sumida en el sueño.

Llegó hasta El refugio del ratón, de donde surgía un gran alboroto. Con cautela, inspeccionó los alrededores. Casi por casualidad, distinguió a una sombra que se escondía en una esquina, una desde cuyo punto se vigilaba con cierta comodidad la entrada a la taberna. Se acuclilló para no llamar la atención. La extraña figura se quitó la capucha y se rascó la calva. Sin duda, era él. Y no había reparado en su presencia.

La espera empezó a hacérsele pesada. El frío era implacable y debía cerrar y abrir las manos continuamente para evitar que se le congelasen. Cada vez que expiraba, el vaho dibujaba unos surcos blanquecinos en el aire que delataban su posición. Se agazapó un poco más, anhelando que el objetivo apareciese pronto; si no, se le congelarían también los dedos de los pies. Al fin, la puerta del local se abrió. Luego, nada. Un carraspeo de garganta.

Seutes se asomó levemente. El desconocido era alto, delgado y vestía un *sagum* color pardo. Llevaba la cabeza rasurada, y podía verle la mandíbula, bien definida. El hombre comenzó a andar hacia donde él estaba, y Seutes, inquieto, abrió y cerró las manos de nuevo para recuperar la calma. En la derecha, sintió la dura empuñadura del cuchillo que su madre usaba para destripar pescado.

De repente, una sombra furtiva se abalanzó sobre el extraño por detrás. Seutes, cuchillo en mano, salió de su escondite. Víctima y atacante se habían enzarzado entre sí con fiereza, y era imposible discernir donde terminaba el cuerpo de uno y comenzaba el del otro. Seutes se quedó quieto, preocupado por herir a su padre por error.

En ese instante, Akornion se percató de la presencia de su hijo y

se despistó, momento que el otro hombre aprovechó para agarrarlo por las piernas y derribarlo en el suelo. El impacto en la espalda sonó seco. Seutes, sin dudarlo, movido por la desesperación, hundió su cuchillo bajo el omóplato izquierdo del desconocido. Éste se giró bruscamente, y Seutes lo miró con horror, ya perdida el arma, anclada en el cuerpo de su adversario. El extraño pidió auxilio a viva voz y desenvainó un puñal. Akornion, todavía en el suelo, retrocedió a rastras, y su hijo saltó sobre la espalda del rival para contenerlo mientras éste trataba de herirlo hacia atrás con su terrible punzón. La puerta de El refugio del ratón se abrió y varios hombres salieron alarmados.

—¡Están atacando a Ébalo!

El tal Ébalo aún trataba de quitarse a Seutes de encima. Padre e hijo intercambiaron una mirada, y Akornion se puso de pie y huyó sin mirar atrás. Entonces, Seutes se liberó y echó a correr, pero varios desconocidos se abalanzaron sobre él y lo tumbaron al suelo. Las patadas lo hirieron en el estómago, la cabeza y la espalda. Una tras otra, cada vez llegaban con más fuerza. Alguien le pisó la mano, y el chico sintió que se le partían los dedos. De repente, lo agarraron por la cabellera y le dieron la vuelta. Un puñetazo en la cara le rompió la nariz. Seutes escuchó el chasquido del cartílago nasal, y enseguida notó la sangre caliente y un dolor horripilante, similar al pinchazo de un centenar de agujas. Un pisotón le impactó en el vientre. Su cuerpo se contrajo y se quedó sin respiración.

Al fin, el ataque cesó. Seutes ni siquiera podía abrir los ojos al completo. Ignoraba cuánta gente había a su alrededor, dónde estaba su padre y qué habían hecho con el herido. Lo único que sabía es que tenía varios huesos rotos y que le costaba respirar. El estertor que sonaba cada vez que respiraba indicaba que estaba mal, muy mal. Junto a él, algo se movió. A cada paso, provocaba un chasquido metálico, como un crepitar.

—¿Qué hacemos con él? —preguntó una voz cercana.

—Llevémonoslo para averiguar por qué querían asesinar a Ébalo.

—Es un muerto de hambre. Matémoslo y ya está —se mostró

disconforme un tercero.

—Eso que lo decida el centurión Plistarco —sentenció el segundo.

III
ARGAMUM

«Nescit vox missa revertit
(La palabra dicha ya no puede revertirse)»,

Quinto Horacio Flaco, *Epístola a los pisones*, 390

—¿Dónde está Seutes? —preguntó acongojada Audata. Akornion, frenético, cogió la mesa donde habitualmente comían y la colocó sobre la puerta de entrada, ignorando por completo a su mujer—. ¡Akornion! ¿Dónde está mi hijo?

El hombre atrancó el portón, cerciorándose de que fuese imposible abrir desde el exterior, y trató de recuperar el aliento. Al volverse, se topó con las miradas suplicantes de Audata y Kinane. La hija se fijó entonces en la brecha sanguinolenta de su cabeza. Akornion fue consciente de que era imposible ocultar el secreto.

—No lo sé —alegó con la voz temblorosa.

La rabia inundó el pecho de Audata y sacudió a su marido por los hombros.

—¡Dime dónde está mi hijo!

Kinane no había visto jamás a su madre perder los papeles de ese modo, y tuvo miedo de que su padre la abofeteara, pero Akornion se quedó quieto. Tenía el rostro pálido, y las gotas de sudor dibujaban surcos en su rugoso cuello.

—Audata… —El hombre no pudo decir más. Le faltaba el aire.

Su hija tomó un trapo y se lo pasó por la frente. A Akornion le temblaban las manos.

—¿Te crees que soy estúpida? —Audata no fue capaz de contenerse—. Júrame por Némesis que no has involucrado a Seutes en tus negocios con Kávaros.

El padre de familia abrió los ojos como platos.

—Audata, ¿cómo…?

—La gente habla, Akornion. ¿De dónde sino has sacado el dinero estos últimos meses? No haces nada, sólo sales por la noche y merodeas por ahí. —La mujer cayó de rodillas y se asió de la túnica de su marido, suplicando entre lágrimas—. Dime dónde está mi hijo, por favor…

—No lo sé —murmuró él, acobardado.

—Pero ha salido contigo, ¿verdad? —se entrometió Kinane.

—Yo he salido solo, pero, de repente, en medio de la refriega, ha aparecido él…

—¿Una refriega? ¿Cómo que una refriega? —se alarmó la madre.

Akornion respiró hondo y trató de explicarse:

—Debía asesinar a un hombre, Audata. Ésa era la condición para saldar mi deuda.

Ella, furiosa, comenzó a propinarle puñetazos, y él, sorprendido por la reacción, se protegió con los antebrazos.

—¡Eres un miserable! —lo insultó la mujer antes de escupirle en la cara.

—¡Mamá, basta! —le exigió Kinane, tirándola del brazo—, ¡Seutes sigue ahí fuera!

—No vamos a salir ahora —indicó Akornion mientras se limpiaba el escupitajo con el dorso de la mano—. Es peligroso. Mañana por la mañana lo encontraré.

Pero Audata, no conforme con la decisión, dibujó en su rostro una sonrisa maliciosa y empezó a desmontar la barricada construida por su marido.

—Yo no voy a quedarme de brazos cruzados mientras mi hijo

está en peligro. Escóndete tú en tu agujero, si eso es lo que quieres.

Kinane ayudó a su madre a desatrancar la puerta. Akornion las observó con los brazos en jarra. Cuando Audata salió a la calle, la luna todavía resplandecía con fuerza.

—Vámonos, hija —dijo la mujer.

Akornion, resignado, respiró hondo. Las cosas podían ponerse aún más feas, pero su familia no atendía a razones. No tenía otra opción más que la de sumarse a la búsqueda, de modo que las guio a la carrera hasta El refugio del ratón, donde Akornion lo había visto por última vez. Pero el esfuerzo fue en vano.

Seutes ya no se encontraba en Histria.

* * *

Cuando Aurora surcaba con su dorado carro los cielos, el muchacho divisó a lo lejos la empalizada de un campamento. El viaje había sido penoso, le dolía todo el cuerpo, y el trote del caballo le sacudía las doloridas costillas. Desde el promontorio en el que se hallaban, oteó las murallas de la ciudad vecina de Argamum, y entonces todo cobró sentido. El jinete tras él, que dirigía al animal, portaba un puñal en el cinto, pero lo que le confirmó que eran soldados fueron sus *caligae*, con su característica suela claveteada. «Soldados…», pensó. No podía plantearse escapar; atacar a un militar, más aquellos tiempos de crisis, era un suicidio.

Seutes estudió a los otros jinetes. Dos montaban juntos, y, sobre un tercer corcel, iban el malherido, de nombre Ébalo, y un compañero que lo ayudaba a mantener la compostura. Se sorprendió al ver que su cuchillo todavía permanecía en el cuerpo de su víctima. Debían de tener miedo de sacarlo, por si acaso, y no pudo dejar de pensar en que aquella situación era ridícula. En el fondo, se dijo, había sido un necio.

El silencio en el lugar era absoluto, roto sólo por el golpeteo en el

suelo de los cascos de los caballos. El joven contempló el amanecer y se preguntó si sería el último que vería. ¿Qué harían con él esos soldados? ¿Kávaros tomaría represalias contra su familia? ¿Por qué su padre lo había abandonado de una manera tan cobarde?

Sus meditaciones se vieron interrumpidas cuando la marcha se detuvo frente al acceso al campamento. El hombre que montaba junto a Ébalo se dirigió hacia uno de los guardias apostados en lo alto del adarve:

—¡Salve! Traemos a un herido. Abrid las puertas de inmediato.

El centinela se asomó y los analizó con suspicacia.

—Sin problema, una vez digáis el santo y seña.

—¡Ardilla, maldita sea! —gruñó el jinete, molesto.

El guardia se retiró, y poco después se abrió el portón. Ébalo y el soldado que lo acompañaba se fueron en la dirección contraria a la que los otros jinetes condujeron a Seutes. Un escalofrío le recorrió la columna al prisionero, y el corazón empezó a latirle cada vez más rápido conforme se cruzaban con más y más legionarios. Recién levantados, aún con ojos legañosos, salían de sus barracones y se desperezaban. Se detuvieron al fin frente a una caseta de madera, en cuya entrada hacían guardia dos hombres armados. El custodio de Seutes tomó la palabra:

—Buenos días, necesito hablar de inmediato con el centurión Plistarco. Esta noche hemos sufrido un ataque en Histria, y Ébalo está gravemente herido. Traemos al culpable con nosotros.

Uno de los guardias asintió y entró en la morada. Poco después, los invitó a pasar. El jinete descabalgó y, al ver que Seutes no lo imitaba, lo cogió del pelo y lo tiró al suelo. El chico alzó la cabeza y por primera vez, con la luz del día, vio las facciones de su captor. Era un hombre robusto, cubierto por una gruesa capa de lana clara decorada con un patrón a rayas azules y rojas: una *zeira* de origen tracio. Pelirrojo, la espesa barba que le cubría la mitad inferior del rostro era del mismo tono rojizo. El hombre lo asió por el *sagum* con brusquedad.

—Levántate o te levanto, perro.

Seutes obedeció de inmediato y lo siguió al interior de la barraca, cabizbajo y nervioso por conocer su destino tras aquel umbral. A diferencia del frío exterior, allí dentro se estaba a gusto. La sangre pareció volver a sus extremidades, y el joven se removió un poco para entrar en calor. Cuando alzó la vista, se topó con un hombre de mediana estatura, de pelo castaño y entradas prominentes. Ancho de hombros, brazos fuertes y piernas tersas, vestido con una sencilla túnica. No era mayor, pero daba la impresión de estar cansado.

—Salve, Cothelas. Cuéntame qué ha pasado.

—Buenos días, centurión. Lamento molestarte a estas horas con noticias tan nefastas. —El oficial sacudió la mano, quitándole importancia—. Anoche fuimos a Histria para realizar las pesquisas habituales. Ébalo, que siempre prefiere volver antes, fue asaltado por dos hombres. Uno de ellos escapó, pero capturamos a éste. —Señaló al prisionero.

El centurión escrutó con detenimiento a Seutes, quien agachó la cabeza, amilanado.

—¿Por qué habéis atacado a un soldado de Roma? —cuestionó con voz firme.

El chico se sintió pequeño e indefenso. Llevaba horas sin dormir y sin comer, con el frío de la noche metido hasta los tuétanos. Los párpados le pesaban, y tenía los labios agrietados. Le costaba razonar, y en parte eso lo mantenía de pie, porque en el momento en que fuese consciente de que su vida pendía de un hilo se derrumbaría.

—Yo… No sabía que era un soldado de Roma… No sabía quién era…

Oficial y soldado intercambiaron miradas.

—¿Y por qué lo atacaste entonces? ¿Pretendías robarle? —indagó el centurión.

—No, yo, yo… —dudó, lo cual fue indicio suficiente para que el oficial llegase a una conclusión.

—¿Quién te ha mandado hacerlo? Vas a preferir contármelo por ti mismo, te lo aseguro. —El romano mantenía la calma. Su tono era

suave, pero apretaba la mandíbula.

Seutes palideció. ¿Confesaba o guardaba silencio? La segunda opción implicaba, con seguridad, ser torturado. Cothelas hizo ademán de adelantarse, furioso, pero el oficial lo contuvo con un solo movimiento de su dedo índice. El muchacho se preguntó qué haría su padre en su situación. Pero no fue una reflexión oportuna, porque su padre era un cobarde. Fuese ante el centurión o ante Kávaros, ignoraba ante cuál de los dos se hubiese humillado más.

—Alguien os ha encargado matar a Ébalo. Dime quién y por qué —insistió el centurión.

El prisionero negó con la cabeza.

—No lo sé… —La implacable figura del centurión lo hacía temblar. Seutes se arrodilló y colocó la cabeza sobre los pies descalzos del oficial—. No me matéis, por favor, ni hagáis daño a mi familia.

Plistarco se acuclilló y le alzó la barbilla.

—Dime qué es lo que temes y haré lo que esté en mi mano por ayudarte.

—Mi padre tiene una deuda con una persona influyente de Histria —explicó con la voz quebradiza—. Si no cumplíamos, iba a llevarse a mi hermana como pago. Yo soy pescador, no un criminal. Nunca he querido hacer daño a nadie y lo único que quiero es volver a casa…

Cothelas soltó un gruñido de desaprobación. Para él, no era más que una molesta cucaracha que había atentado contra la vida de su compañero.

—Dime quién os obligó —incidió el centurión—. Sólo te pido eso.

El oficial aguardó con paciencia; no se movió hasta que los labios agrietados del chico pronunciaron un nombre:

—Kávaros.

* * *

Akornion no tenía tiempo que perder. La única persona capaz de

enfrentarse a Kávaros era otra igual de poderosa: Marco Helvio Deceneo. Jamás había tratado con él, pero sabía que era un hombre legal en todos los sentidos. Por eso se había presentado a primera hora en su *domus*, donde ya esperaban varios de sus clientes para darle los buenos días y pedirle favores.

Nervioso, el padre de familia daba zancadas de aquí para allá hasta que llegase su turno. No había meditado meticulosamente lo que iba a decir, pero le parecía la única vía para proteger a su hija Kinane. Y no debía de ser tan mala idea, pues su mujer, entre lágrimas, compartía su decisión.

Vio salir de la *domus* al sujeto que había entrado un poco antes, y un enorme atriense salió para averiguar quién era el siguiente.

—Soy Akornion, de la calle de los pescadores —se presentó.

El esclavo pareció desconfiar al ver la brecha en la calva del hombre. No era cliente de la familia de los Helvios y nunca antes había visitado la casa de su amo.

—¿Qué te trae a casa de Deceneo?

—Quiero proponerle un acuerdo, una inversión de futuro —alegó, no muy convencido.

El atriense cacheó a Akornion delante del resto de presentes. Este, avergonzado, agachó la cabeza y esperó la decisión del esclavo, que en aquella situación tenía más poder que él, un hombre libre.

—Adelante.

El hogar de los Helvios olía a rosas y una fresca brisa recorría el lugar. A sus pies, un mosaico de las cuatro estaciones feminizadas con un atuendo que las distinguía entre sí. El atriense cerró la puerta a su espalda, se ajustó el bastón que portaba en el cinto y lo acompañó hasta el *tablinum*, donde trabajaba el patrón de la casa, sentado sobre un *solium*, muestra de su autoridad.

Akornion se fijó en que, como le sucedía a él, también su cabeza destacaba por su desnudez y color rosado. No obstante, él sí infundía respeto con su sola presencia, y vestía una toga inmaculada, propia de un ciudadano romano. Marco Helvio Deceneo

escrutó con el ceño fruncido al hombre que lo visitaba por primera vez, convencido de haberlo visto antes. Entrecruzó los dedos, y el pescador se fijó en los dorados anillos que lucía.

—*In fidem venio*, Marco Helvio Deceneo.

—*In fidem recipio*. ¿A qué debo tu visita?

Akornion titubeó, abrumado por la presencia de su interlocutor. Le costaba pedirle un favor a alguien con quien nunca había tenido relación; sin embargo, no tenía más opción si quería salvar la vida de su hija.

—Mi nombre es Akornion, vivo en la calle de los pescadores. Nunca he venido a tu casa a pedirte nada, pero hoy acudo a ti en busca de ayuda. —No quería parecer irrespetuoso, así que se detuvo a esperar la respuesta de su anfitrión.

—Dime qué puedo hacer por ti, a ver si está en mis manos.

El hombre respiró hondo, sintiendo cómo penetraba el frío aire en sus pulmones.

—Quiero ofrecerte a mi hija.

—¿Cómo? —se sorprendió Deneceo—. Estoy casado, ¿acaso lo ignoras? Y, además, con tu posición… —estalló en carcajadas, lo que avergonzó aún más a Akornion.

—No como esposa, sino como esclava. —Marco Helvio Deceneo abrió los ojos y se llevó las manos a la barbilla. Lo miraba ahora con clara curiosidad—. No puedo mantenerla ni tampoco ofrecer una buena dote para que contraiga matrimonio. He escuchado que eres benevolente con tus siervos y que están bien cuidados. Me he fijado en el atriense, y creo que no mienten sobre ti y tu magnanimidad.

—¿Y prefieres pedirme que acoja a tu hija, renunciando a su libertad, antes que ayudarte con la dote? —dudó Deceneo mientras se acariciaba la barbilla.

Akornion no había preparado una respuesta para una pregunta como aquélla. Había dado por hecho que la respuesta sería sí o no, así que improvisó:

—Como te comentaba, sé que tus esclavos viven bien. Soy su padre y busco lo mejor para ella. Creo que estaría mejor aquí, bajo

tu protección, que casada con un cualquiera.

Marco Helvio Deceneo apoyó las palmas de las manos en los muslos antes de contestar:

—También habrás escuchado que hace poco abrí el primer *ludus* de la región, y eso me ha supuesto muchos gastos. Ha sido una inversión enorme de la que tardaré en recuperarme. Creo que ahora mismo no necesito otra sierva a la que mantener.

—Por favor, soy un padre desesperado… —Se arrodilló—. Apelo a tu benevolencia, y a todos diré que la casa de los Helvios es la más magnánima y justa de Histria. Mi hija sabe tejer la lana, cocinar, limpiar y es una excelente peinadora. Sería un buen regalo para tu mujer.

Deceneo arrugó los morros. La relación con su esposa pasaba por un mal momento debido a los infructuosos intentos de concebir a un descendiente. Quizás una nueva esclava la animase.

—¿La chica está sana? No quiero gato por liebre.

—Sí, sí, sí —afirmó repetidamente Akornion—. Que me parta un rayo si miento.

—Tráela esta tarde. Mi administrador Critasiros la examinará y tomará una decisión —alegó para salvaguardar su reputación. Si la chica tenía algún defecto físico o mental, sería su administrador quien la rechazaría—. Pero, te lo advierto, espero que sea tal cual dices. No voy a ofrecer a mi esposa una esclava inútil.

Akornion asintió en silencio, a la espera de las condiciones.

—Tienes que saber que, si la admito, no se quedará aquí, sino que la trasladaré a mi *ludus*. Allí trabajará para mi mujer cuando ésta vaya a verme. En el caso de no estar yo presente, le brindará total obediencia a mi administrador Critasiros. Y, como mínimo, me servirá dos meses. Si en ese plazo no me convence, abonarás lo que me haya costado mantenerla. No quiero una garrapata en mi propia casa. En caso favorable, pasados los dos meses, podrás reclamarla sin coste alguno.

Akornion no puso objeción. Era margen suficiente para estabilizar su situación.

—Entonces, ¿la traigo esta tarde?

—Sí, mi administrador la examinará. Es él quien tendrá la última palabra.

* * *

Seutes permanecía maniatado al poste de una tienda de campaña en la que se guardaban sacos con grano. Las ásperas cuerdas le rozaban dolorosamente las muñecas. Desde la noche anterior no había comido ni bebido nada. Dormir había sido imposible por la postura, pues, cuando el sueño lo rendía por completo, se despertaba al cabecear. Todo por culpa del cobarde de su padre, que había preferido abandonarlo para salvar su propio pellejo. Su rabia era tan grande que de tenerlo delante le habría abierto la cabeza. Era su padre, sí, pero ¿acaso un padre que dejaba atrás a su hijo merecía respeto? Seutes estaba tan decepcionado que hasta era incapaz de llorar. De repente, escuchó una voz familiar en el exterior:

—Lucinio, ¿vamos a por el tal Kávaros? —Era el centurión Plistarco.

—Lo mejor sería mantenernos al margen. No es el mejor momento para iniciar una guerra intestina en Histria. Si el chico comenta que prefiere no inmiscuir a Kávaros, por mi parte hagámoslo así. De todos modos, deberíamos consultar a Marco Helvio Deceneo.

—¿Pero no quieres averiguar por qué ese criminal quiere asesinar a Ébalo? —preguntó insatisfecho el centurión.

—Creo que antes de agitar el avispero lo mejor es que Deceneo valore la situación. El conoce cómo están las cosas en la ciudad y sabrá orientarnos.

—Respecto al chico, ¿lo llevamos a Histria para que lo juzguen? Yo lo mataría aquí mismo y terminaría con este asunto.

Seutes se agitó, pero la voz desconocida no tardó en contestar:

—Yo sería transparente, Plistarco. Avisaría a las autoridades municipales sobre lo sucedido y esperaría a que organizasen el juicio. Quizá para ese momento Deceneo nos haya dado algún consejo útil. Eso sí, encárgate tú de custodiar al prisionero. Mejor retenerlo aquí que llevarlo a Histria.

—De acuerdo —afirmó el joven centurión.

—Por cierto, ¿cómo está el bribón de Ébalo?

—Mejor. Kashta ha extraído el cuchillo y por ahora no supura. El diagnóstico es favorable.

—Me alegro, entonces. En fin, visita a Deceneo lo antes posible y que te oriente. Yo haré lo mismo con el magistrado pertinente para que inicie el proceso judicial —sentenció la voz desconocida.

Los dos hombres se despidieron, y Seutes ya no escuchó nada más. El joven suspiró aliviado; al menos lo mantendrían vivo hasta el supuesto juicio. Ahora sólo cabía cruzar los dedos y esperar el auxilio de los dioses.

* * *

Audata ayudó a su hija a terminar de peinarse. Estaba preciosa. Como las princesas tracias, Kinane portaba el pelo recogido en dos trenzas, cada una apoyada sobre uno de sus pechos. Vestía una túnica verdosa de manga larga, con los bordes de las muñecas estampados en rayas rojas y blancas. En la cadera, un cinto rojizo le mantenía la tela sujeta al cuerpo. Nunca la había visto tan bonita.

La chiquilla sonrió a su madre. Con ternura, Audata le acarició suavemente las mejillas, todavía infantiles. Su lunar, cercano a la comisura derecha del labio, la hacía parecer aún más dulce. Los ojos se le humedecieron, y Audata suspiró y se secó las lágrimas con el dorso de la mano.

—Siempre había imaginado que te vestirías así el día de tu boda.

No sé cómo hemos llegado a este punto. Lo siento… Lo siento tanto… —Un sollozo triste le impidió continuar.

Kinane se tapó la cara con las manos y gimoteó. La madre, entristecida, la apretó contra su pecho y la meció mientras tarareaba una canción de cuna. Justo entonces llegó Akornion. En ese momento, su hija le recordó demasiado a su esposa de joven.

—Es hora de irnos —fueron las únicas palabras que pudo decir.

Audata, desconsolada, pasó la mano por el rostro de Kinane para secarle las lágrimas.

—Mamá, tengo mucho miedo…

Ella la besó en la mejilla para calmarla.

—Estaremos las dos aquí, en Histria. Nos veremos. Y, si Deceneo es tan bueno como dicen, seguro que me deja visitarte. Verás que sí. —Kinane asintió sin decir nada—. Te quiero muchísimo, mi princesa. No lo olvides nunca, pase lo que pase.

Las dos mujeres se abrazaron de nuevo, y al fin Audata retrocedió y se acercó a la puerta. Kinane contempló a la mujer más importante de su vida por última vez, y luego siguió a su padre rumbo a casa de Marco Helvio Deceneo.

Durante el trayecto, Kinane concluyó para sí que a su padre no le importaba su porvenir. Por su parte, el avergonzado Akornion creía no merecer el perdón de su hija. Y así, en absoluto mutismo, recorrieron las calles que habían visto crecer a los dos hermanos, calles en las que ya no volverían a jugar ni a disfrutar de su libertad.

La enorme fachada de la *domus* de los Helvios asombró a Kinane. Mientras su padre tocaba a la puerta con los nudillos, ella se sentó en un banquito de piedra que usaban frecuentemente los visitantes de la casa. No tardó en aparecer el gigantesco atriense, con el bastón en el cinto, y se sintió impresionada.

En la casa, la luz entraba por el *compluvium* e inundaba las estancias aledañas, lo que le gustó. A sus pies, un hermoso mosaico con cuatro mujeres ataviadas de forma diferente que representaban las estaciones. Kinane nunca había estado en un sitio como aquél. Acostumbrada a su hogar de dos habitaciones, aquello le parecía

enorme. Una suave y fresca brisa le acarició las mejillas y le meció las trenzas. El olor a rosas penetró por su nariz y la hizo sonreír. Quizá la idea de su padre no era tan mala.

Al fin, se detuvieron frente a una especie de oficina, donde un anciano de pelo cano y alborotado firmaba los documentos que tenía sobre el escritorio.

—Critasiros, son el padre y la hija que esperabas —lo informó el atóense.

El viejo se puso a examinar a los visitantes como un águila rapaz. Después, se acercó a ambos con pasos acortados. Kinane lo miró de reojo y se fijó en que era muy bajo de estatura y en sus andares peculiares, pues casi parecía que arrastraba los piececitos. Uno estaba torcido, como zambo.

—Agáchate —le ordenó el anciano a la chiquilla.

Kinane miró a su padre. En cuanto éste asintió, ella obedeció. Critasiros le inspeccionó los ojos, las orejas; le palpó el pelo de la cabeza en busca de piojos, le hizo abrir la boca y sacar la lengua. Después, le pidió levantar y agachar los brazos, abrir y cerrar las piernas, y rotar las articulaciones de los pies.

—Si lo prefieres, sal. Voy a examinarle el cuerpo en busca de parásitos y cualquier desperfecto —le dijo a Akornion.

El padre palideció, pero intuyó que era lo rutinario, así que abandonó el *tablinum*.

—Desvístete —ordenó el administrador sin expresar ningún tipo de emoción.

La muchacha, paralizada, tragó saliva. Ningún hombre la había visto desnuda. De repente, aquel lugar se había vuelto extremadamente frío. Los labios le temblaron. No quería desvestirse delante de un extraño.

—Desvístete, venga —insistió el viejo.

Kinane se desató el cinto rojo de la cintura, asió la túnica por los hombros y dejó que ésta se deslizara por su cuerpo. Las trenzas le taparon sus tersos pechos. Avergonzada, agachó la cabeza y simplemente esperó. Critasiros dio una vuelta alrededor de ella. En

un momento dado, se acercó y le examinó el pubis. Al igual que había hecho con el pelo, sus largos y fríos dedos palparon su vello en busca de parásitos. La adolescente retrocedió, pero el administrador se mantuvo firme, y ella cerró los ojos y le dejó hacer.

—Vístete —sentenció el administrador, satisfecho.

A una nueva orden, Akornion entró en la habitación, y Critasiros le indicó que se aproximara a la mesa mediante un gesto de la mano.

—Aquí tienes el contrato. Como has estipulado con mi amo, mínimo un periodo de prueba de dos meses. Si no lo supera, te harás cargo de los gastos ocasionados por su manutención. A partir de entonces, podrás reclamarla sin coste alguno.

El pescador no era completamente analfabeto, conocía algunos caracteres, aunque del documento expuesto por Critasiros más bien pocos. No obstante, antes que humillarse y demostrar que no lo entendía, cogió un punzón y firmó. Triste, se acercó a su hija. Ella temblaba. Akornion se quedó quieto, sin saber qué hacer ni qué decir. Incapaz de soportar aquella situación por más tiempo, levantó la vista y, en un intento por terminar cuanto antes, la besó en la frente para despedirse.

—En dos meses todo estará resuelto y volveré a por ti. Confía en mi palabra.

La muchacha se llevó las manos al rostro para que su padre no viese cómo las lágrimas le empapaban las mejillas. Akornion abandonó de inmediato la casa de los Helvios para no alargar más la terrible despedida. Tenía dos meses para recuperar el control de su vida y salvar a su familia.

IV
JUSTICIA

«Audentis Fortuna iuvat
(La fortuna favorece a los valientes)»,
Publio Virgilio Marón, *Eneida*, 10, 284

Kalendis Iuniis.
Día 1 de junio

La cocina era espaciosa y limpia. Diversas hierbas aromáticas en proceso de secado colgaban del techo. Las estanterías estaban repletas de tarros de cerámica. La vajilla, en general, era de barro cocido, pues la de plata se guardaba para ocasiones especiales o visitas. Una esclava deshuesaba un pollo y cocía un guiso para la cena. A su lado, Kinane picaba unos ajos, siguiendo las indicaciones de la cocinera.

Critasiros, el administrador, penetró en la estancia con pasos pequeños, casi arrastrando los pies:

—El *dominus* ha llegado. Límpiate para recibirlo.

La muchacha se frotó las manos con un trapo y siguió al anciano de pelo canoso hasta el atrio, donde un esclavo ayudaba al *paterfamilias* a acomodarse. Destacaba su calvicie y su predominante barriga, pero también la toga inmaculada. Los anillos

dorados llamaron la atención de Kinane, pero no por el lujo, sino porque apretaban con fuerza los gordos dedos del que a partir de ese momento era su amo. No obstante, percibió el respeto que todos le profesaban y permaneció cabizbaja.

Marco Helvio Deceneo se acercó a la joven y la tomó por la barbilla. Kinane se asustó, pero trató de mantener la calma. El hombre la examinó cuidadosamente y luego se dirigió hacia Critasiros, quien esperaba su aprobación:

—Has hecho una buena elección. Parece sana y joven, tal y como prometió su padre. —Arrugó la nariz—. Aunque huele raro.

Kinane quería hablar, pero desconocía si era lo oportuno. El administrador de la casa se le adelantó:

—Sí, estaba picando ajos en la cocina. No había mucho más que hacer.

—¿Ha comido algo?

—No, que yo sepa —respondió el viejo.

—Dale algo de comer mientras yo me baño. Después, que se acomode donde consideres. Mañana vendrá conmigo al *ludus* para instalarse. Laódice se llevará una sorpresa cuando le presente a su nueva esclava.

En ese instante, un golpeteo en la puerta de entrada anunció una visita. Deceneo frunció el ceño, y los esclavos se encogieron de hombros.

—Mira a ver de quién se trata —ordenó al atriense.

El esclavo sacó su bastón del cinto y se acercó a la puerta.

—¿Quién es?

—Soy Herio Asinio Plistarco, centurión de las tropas auxiliares asentadas en Argamum. Necesito hablar con tu *dominus* de inmediato —respondieron desde fuera.

El atriense se giró, y Deceneo asintió. Cuando abrió la puerta, una ráfaga de aire frío se coló en la casa, junto con dos soldados. El primero era de mediana estatura y pelo castaño con entradas, fuerte y ancho de hombros. Sobre su túnica beis portaba una *lorica hamata* en la que pendían varios amuletos metálicos que Kinane no supo

reconocer. El segundo, más alto y robusto, vestía de manera más sencilla, con una *zara* de lana decorada con rayas azules y rojas, y quedaba claro que estaba bajo las órdenes del otro. Su cabello pelirrojo era del mismo tono que su espesa barba.

—Disculpa las horas, Marco Helvio Deceneo. Sé que irrumpimos en tu casa de manera inesperada, pero ha ocurrido algo que deberías saber, y Roma necesita tu consejo.

—Sed bienvenidos a mi hogar, centurión. ¿En qué os puedo ser de ayuda?

Herio Asinio Plistarco observó a los presentes a su alrededor antes de decir:

—Perdona mis modales, pero preferiría hablar en privado.

El romano se relamió el labio superior, preocupado. Después, con un gesto de la mano, invitó al oficial a seguirlo hasta el *tablinum*. El centurión obedeció, no sin antes indicar con el índice al robusto pelirrojo que esperase en el atrio.

—Vete a la cocina y tráeles una jarra de vino caliente y unas aceitunas —ordenó Critasiros a Kinane.

Le costó encontrar lo que buscaba, todavía poco familiarizada con el entorno. Debido a la repentina visita, no había comido nada y aprovechó para picotear unas aceitunas mientras se calentaba el vino. Luego, se acercó al despacho de su *dominus* y esperó fuera, atenta a la conversación que mantenían:

—Si te soy franco, la situación es tensa. La población recela de los legionarios después de tantos abusos en los últimos dos años. —El *paterfamilias* tomó una pausa para analizar la reacción del soldado, pero éste se mostró inexpresivo—. Kávaros es peligroso e influyente, pero nada para los ejércitos de Roma. Ante ellos, no es más que una hormiga.

—Sí, pero una hormiga reina en un hormiguero agitado. Gracias a ti y al consejo de la ciudad, tenemos paz. Por eso quiero saber qué pasaría si ajusticiáramos a Kávaros.

—En otro contexto, te diría que no hay problema, pero, si vienes a mi casa en busca de consejo, es porque sabes que no es el

momento oportuno para hacerlo. Aunque sea lo justo, la gente no lo va a ver así, y eso podría causar una rebelión.

El centurión se tomó un momento para reflexionar.

—Entonces, ¿no irías a por Kávaros ni a por sus hombres?

—Lo dejaría todo tal y como está. Calmad el asunto ajusticiando al chico, como si fuese un ataque desvinculado a Kávaros y a su gente. En el futuro, las Moiras nos pondrán a cada uno en nuestro lugar, y esa rata tendrá lo que se merece. Para la venganza siempre hay tiempo. —Deceneo entrecruzó los dedos de las manos.

—Gracias por tu sincera opinión. El joven ha confesado su crimen, así que lo juzgaremos cuanto antes.

—¿Habéis informado al consejo? Es un caso urgente y debemos resolverlo con premura.

—Ahora mismo lo estamos haciendo. Nuestra intención es que el juicio se celebre mañana o pasado —afirmó el oficial.

Cuando le pareció que la conversación había terminado, Kinane entró en la estancia con la jarra de vino caliente y las aceitunas. Ambos hombres se quedaron en silencio hasta que se marchó de vuelta. Fuera, la muchacha afinó el oído.

—Por cierto, ¿quién es vuestro prisionero?

—Según refiere, su nombre es Seutes. ¿Te suena?

La esclava sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda.

—La verdad, no me suena de nada —respondió el anfitrión—. Toma un vaso de vino caliente, que la marcha nocturna de vuelta al campamento te helará los huesos.

La joven escuchaba cómo el líquido se vertía en el interior de los recipientes cuando una gélida mano se posó sobre su hombro. Kinane dio un respingo y se giró. Era el administrador, que la ojeaba con suspicacia.

—No te metas en asuntos que no te incumben. Cuanto antes lo aprendas, mejor. Un buen esclavo mira mucho, escucha poco y no dice nada.

* * *

Akornion cortó una hogaza de pan y se la ofreció a su mujer. El silencio era absoluto, y la pena aún mayor. No obstante, dentro de lo malo, su hija ya estaba en un lugar seguro.

—Ahora que Kinane está en casa de los Helvios, podemos centrarnos en encontrar a Seutes. —Tomó la mano de Audata; ella, hacía tiempo desacostumbrada al contacto de su marido, se sobrecogió—. Enmendaré mis errores, te lo prometo. Dame dos meses.

—¿Crees que nos dejarán visitarla? Está tan cerca y a la vez tan lejos…

—¡Claro que sí! —dijo su esposo con fingido entusiasmo—. Pero seamos pacientes, no es buena idea acosar la casa de Deceneo tan pronto.

Audata esbozó una sonrisa fugaz. Seguía angustiada por la desaparición de su hijo.

—Tienes que hablar con Kávaros cuanto antes. Lo más seguro es que los amigos del hombre al que tenías que… —La mujer reflexionó qué palabra utilizar, pues le costaba ver a Akornion como a un asesino—. Seguro que son los que se han llevado a Seutes. Y ese pedazo de animal es el único que puede decirnos quiénes son.

El hombre se quedó callado. Su esposa tenía razón. Sólo había un modo de averiguar el paradero de su hijo: a través de su víctima. Y sólo Kávaros tenía esa información. Respiró hondo. Si quería recuperar a sus hijos, tenía que plantarle cara al hombre más peligroso de Histria.

* * *

A la mañana siguiente, Kinane montó sobre el burro con ayuda de Critasiros. Después, el anciano de corta estatura subió como pudo. A su lado, Marco Helvio Deceneo cabalgaba sobre su caballo, negro como el azabache. Para la muchacha era el animal más hermoso que había visto nunca, con tal porte y elegancia que desprendía majestuosidad. Junto a ellos, seis hombres armados sobre sendos asnos: su escolta.

Tomaron el camino en dirección a Argamum, donde se encontraba el Mons Ferri. Allí estaban las conocidas minas propiedad de la familia Helvia, las más ricas de la zona desde hacía generaciones. Cerca de la mina, Marco Helvio Deceneo había abierto recientemente su nuevo negocio: la primera escuela de gladiadores de la región.

Helvia estaba protegida por una empalizada, como si fuese un campamento militar. Aquella imagen impresionó a Kinane, pues parecía algo propio del ámbito castrense y no lo que se esperaba de una villa perteneciente a una familia adinerada. Frente al acceso, el guardia que vigilaba en lo alto de una torre de madera informó de la llegada del amo, y al momento las puertas se abrieron para recibir a la comitiva. Dentro del recinto, los guardias iban saludando a Marco Helvio Deceneo a su paso, y éste les respondía del mismo modo:

—¡Salve!

—*Salvete*, muchachos.

La rústica casona constaba de dos plantas. En la superior, un balcón que daba al patio de entrada. La casa estaba encalada y, salvo los marcos rojizos de las puertas y las ventanas, era blanca por completo. Justo delante, había un corral con gallinas. Desmontaron al lado del establo. Un esclavo salió a recibirlos y se encargó de los animales.

Una figura femenina se asomó al balcón de la casa. Deceneo saludó con la mano, y la mujer le correspondió. Kinane, cerca de Critasiros, esperaba indicaciones, mientras otra mujer, de piel bronceada por el sol, parecía aguardarlos junto a la puerta de la vivienda. Lo que más destacaba era su pelo suelto, corto y castaño, su nariz aguileña y sus cejas arqueadas. Portaba una jarra en las manos que tendió al romano.

—¿Qué tal el viaje, *domine*?

Marco Helvio Deceneo, sediento, la tomó y bebió un largo trago. Después, se secó la boca con el dorso de la mano y respondió:

—Ahora mejor, Dinamia. —Se volvió y señaló a la joven—. Desde hoy, tienes una nueva compañera. Se llama Kinane y será tu obligación instruirla. Se quedará aquí para echarte una mano con los cuidados de Laódice cuando vengáis a visitarme al *ludus*.

—Siempre es bueno contar con ayuda —sonrió la esclava.

—Acicálala lo mejor que puedas. Es un regalo —dijo, y traspasó el umbral de la casa para encontrarse con su mujer.

La esposa de Deceneo ya se encontraba en el atrio para recibirlo. De la comitiva inicial, solamente quedaban con él Critasiros y Kinane. El resto se había dispersado. La amable sierva se presentó frente a la recién llegada.

—Bienvenida, Kinane. Mi nombre es Dinamia y soy la mano derecha de nuestra *domina* Laódice —y saludó al viejo patizambo—: ¿Cómo estás, Critasiros?

—Como de costumbre —respondió el anciano, que se marchó a realizar sus quehaceres sin demasiada alegría.

Kinane siguió a Dinamia hasta un pequeño habitáculo construido junto a la casa principal. Estaba dotado de un camastro, una mesita, un orinal, una jarra con agua, una palangana y una estera cuadrada de esparto en el suelo. Una diminuta ventana ayudaba a ventilar el lugar.

—Éste será tu cubículo. ¿Tienes más equipaje? —preguntó tras examinar las ricas prendas que portaba.

—Es lo único que traigo —dijo con cierta pesadumbre.

—Sería una pena que un vestido tan bonito se estropeara. ¿Quieres que te lo laven? Mientras, podría dejarte alguna de mis túnicas para que te acomodes.

La adolescente sonrió. Dinamia le parecía un rayo de luz entre las tinieblas de la incertidumbre.

—Me harías un gran favor.

La veterana esclava no le quitó la vista de encima, atenta a su joven y pequeña figura, mientras ella se desvestía y doblaba con delicadeza el vestido, para luego entregárselo.

—Ahora vuelvo.

Dinamia abandonó la estancia y la joven se sentó en el camastro. A partir de ese momento, aquel sería su espacio. Por un momento, se entristeció, pero intentó centrarse en los aspectos positivos. Vivía en una villa romana, tranquila, con comida abundante, ropa, un techo y una cama. Los esclavos de la familia Helvia parecían bien cuidados. Dentro de lo que cabía, no estaba tan mal. Lo único que la atormentaba era pensar en su hermano. Su juicio estaba pendiente. Al menos, en casa de Deceneo seguro que se enteraba de lo que ocurría en Histria.

Kinane bebió de la jarra. Seguidamente, llenó la palangana y se frotó la cara, el cuello, los brazos y los pies, para sentirse más fresca y aseada tras el viaje. Dinamia no tardó en regresar con un par de túnicas de lana. Las tendió sobre la cama.

—Ponte la que quieras. Cuando estés lista, subiremos para que nuestra *domina* te conozca.

La muchacha se colocó una de las sencillas túnicas, más confortable que el vestido ceñido que portaba desde el día anterior y que apestaba a sudor.

—Nuestra *domina* es buena con nosotras, pero le debemos obediencia y fidelidad. A partir de este momento, vives para satisfacer sus deseos. —La esclava se detuvo para verificar que su nueva aprendiz la escuchaba—. Te recomiendo que te muestres lo más recatada posible.

Kinane no entendió aquello último, pero, atenta a los detalles de

su nuevo entorno, tampoco le dio muchas vueltas. Ambas mujeres se dirigieron hacia la casa principal, mucho más pequeña que la que poseían en Histria, pero suficiente para alojarlos cuando visitaban el *ludus*. En su interior, las paredes del vestíbulo estaban decoradas con frescos de caza, entre los que destacaba una escena en la que se representaba a un hombre y una mujer cazando un jabalí.

—Atalanta y Meleagro cazando al jabalí de Calidón —le indicó Dinamia.

Aquella casa no olía tanto a rosas como la de Histria, pero estaba limpia y ordenada. Se cruzaron con Critasiros, el administrador, que tenía su despacho en la planta inferior. Tras subir unas escaleras, llegaron a la zona privada de los amos. Marco Helvio Deceneo y su esposa Laódice charlaban distendidamente, recostados sobre dos triclinios entre los cuales había una mesa con un cuenco lleno de pasas. Al verla, la mujer se quedó atónita.

—Laódice, te presento a Kinane, tu nueva esclava. La adquirí ayer mismo. Sabe tejer lana, cocinar, limpiar y peinar. Traía otro vestido… —explicó Deceneo, a su vez sorprendido, y se dirigió a Dinamia—: ¿Qué le has puesto?

La esclava de piel morena agachó la cabeza, avergonzada.

—Lo siento, *domine*. Su ropa estaba impregnada de sudor y he pensado que con una túnica limpia estaría más cómoda.

—Lástima. Ayer parecía una princesa tracia… —Laódice arqueó una ceja que pasó desapercibida para el *paterfamilias*—. En fin, así no impresiona tanto, pero qué le vamos a hacer. ¿Estás contenta, amor mío?

Laódice, a sus veinte años, de cara fina y cuerpo delgado, infundía respeto sólo con su porte y su penetrante mirada. El pelo, negro como el carbón, estaba recogido en un moño que le confería la elegancia propia de una matrona romana. Vestía una *palla* blanca que la envolvía desde el hombro hasta los pies. Su rostro, firme, no mostró simpatía ninguna por la nueva adquisición de su marido.

—No necesitaba otra esclava. Con Dinamia tengo suficiente, pero te lo agradezco. —Él sonrió—. Aunque, ¿de dónde la has sacado?

Parece criada en los suburbios de Histria.

Deceneo, molesto por la ingratitud de su mujer, enmudeció y cerró los puños con fuerza. Kinane, ofendida, apretó la mandíbula, pero no se atrevió a replicar.

—¿Eres virgen? —cuestionó la matrona.

—Sí… —afirmó la joven sin siquiera alzar la cabeza.

—Sí, ¿qué?

—Sí lo soy.

—Kinane: «Sí, *domina*» —la reprendió Dinamia.

—Sí, *domina* —corrigió la joven.

—¿Y tienes novio o lo has tenido?

—No, *domina*. Mis padres ni siquiera han organizado mis esponsales.

—Dinamia, enséñale las instalaciones para que se adapte cuanto antes y empiece con sus labores —sentenció Laódice.

Las dos esclavas asintieron y salieron de la *domus*. Kinane se sentía una muñeca de trapo. Humillada, vilipendiada. Nunca alguien la había tratado con semejante desprecio.

—No te preocupes —la consoló Dinamia—. Al principio te va a resultar muy duro. Laódice es muy selectiva. Debes ganarte su confianza para que te trate con respeto.

—¿Con respeto? ¿O como a una persona? —suspiró, ofendida.

Pero la otra prefirió no responder.

Conforme paseaban por la villa, pasaron por un extenso patio donde varios hombres, casi en cueros, entrenaban con armas de madera. De entre ellos, el que más llamó la atención de Kinane fue uno que agitaba un tridente y una red. Al ver aquellos utensilios para pescar, arrugó los morros de manera inconsciente.

Otros golpeaban repetidamente cruces de madera bajo la atenta supervisión de sus instructores, que corregían sus movimientos. A un lado del patio, había un techado, bajo el cual se distribuían mesas y bancos en los que probablemente comían. Al otro lado del campo de entrenamiento, bajo el balcón que daba a la oficina de su *dominus* en la segunda planta, se abrían una serie de celdas que,

supuso la joven, servirían como viviendas para los guerreros. ¿Sería la guardia de la familia Helvia? Dudaba, porque varios centinelas equipados con armas de verdad parecían controlar a los internos.

—Dinamia, ¿por qué los vigilan? ¿No son guardias como los otros?

El comentario hizo soltar una carcajada a su compañera.

—Por Zeus, Kinane. Son gladiadores. —La joven negó con la cabeza sin entender nada—. Son esclavos, como tú y como yo. Entrenan aquí para luchar en los anfiteatros.

—¿Anfiteatros?

—A los romanos les encanta ver combates entre guerreros como éstos en unos recintos que ellos llaman anfiteatros. En los territorios bajo el dominio de Roma son frecuentes.

—Entonces, ¿los vigilan para que no escapen?

—Se podría decir que sí. Al final, son un peligro. Saben combatir y míralos… —Dinamia dibujó una sonrisa picarona—. Sus cuerpos han sido esculpidos por las divinidades. Son bestias capaces de soportar cualquier sufrimiento y levantarse de nuevo. ¡Cómo no temer su ira!

De repente, uno de los gladiadores, que destacaba por su piel negra, golpeó con el borde de su escudo de forma horizontal contra la cabeza de otro, y éste cayó de bruces al suelo. Kinane se sobresaltó. Afortunadamente, el herido llevaba casco. El instructor se interpuso entre ambos contendientes y se agachó para comprobar si se encontraba bien. Al poco, el atacante le tendía la mano a su compañero y lo ayudaba a incorporarse.

* * *

Un soldado entró en la tienda y le ofreció un cuenco con habas guisadas y un vaso de agua. Seutes asintió agradecido. El militar era poco más mayor que él. Llevaba el pelo corto, casi rasurado, de

color oscuro. Su cabeza era pequeña, al igual que sus ojos almendrados. Su mandíbula delgada y sus prominentes pómulos le afinaban el rostro.

—De nada —contestó el legionario—. Mañana será el juicio.

De nuevo a solas, Seutes apoyó el cuenco sobre el suelo. Aterrado frente a la posible sentencia y rabioso por el comportamiento cobarde de su padre, propinó un duro puñetazo contra el suelo. ¿Por qué lo había abandonado de esa manera? ¿Por qué no había peleado para ayudarlo?

Miles de preguntas acudían a su cabeza, pero no tenía respuesta para ninguna. Una de las que más se repetían era la de si lo condenarían a muerte. Asesinar a un soldado de Roma tenía esa pena. Sin embargo, él lo había herido, no lo había matado. ¿Tendría alguna posibilidad de sobrevivir? ¿O era aquel cuenco con habas guisadas su última comida?

* * *

A la mañana siguiente, Audata despertó a Akornion con un zarandeo. El hombre, desconcertado, se puso en pie de inmediato.

—¡He encontrado a Seutes! ¡Vístete, vamos!

Él, sin entender aún nada, agarró una túnica y se calzó las *baxae*. La mujer, ansiosa, ya lo esperaba en la calle.

—¿Me puedes explicar dónde vamos? —preguntó antes de perseguir a su mujer a la carrera por la urbe.

—¡A la curia! —voceó Audata con el escaso aliento que le quedaba.

Akornion había valorado la idea de que su mujer se habría encontrado con algún hombre de Kávaros y le habría confesado el paradero de su hijo, pero nunca hubiera imaginado que Seutes pudiera estar en la curia. A toda prisa, dejaron atrás varias calles y tomaron algunos atajos para acortar el trayecto, dándose cuenta de

que ya no eran tan jóvenes para ese tipo de esfuerzos.

* * *

En la curia, la muchedumbre se agolpaba para ser testigo del juicio en proceso. Audata se abrió paso a codazos y empujones. Akornion, tras ella, escuchaba los insultos y maldiciones de la gente, pero a ella, en ese momento, nada le importaba excepto alcanzar la primera fila. Una mujer la cogió del pelo y la jaló hacia sí, pero Audata, firme en sus intenciones, siguió hacia delante.

Al fin, llegó hasta un lugar favorable. Varios guardias impedían el paso a los civiles, con el fin de que el tribunal tuviese espacio para realizar el juicio. Histérica, buscó la figura de su hijo, hasta que la encontró al lado izquierdo del magistrado. Entonces, la mujer se llevó las manos al rostro. Seutes estaba maniatado, con la cabeza gacha y custodiado por un guardia armado. Tenía la nariz ensangrentada e hinchada, y un ojo morado le afeaba el rostro aún más. Audata sintió una punzada en el corazón, y por un momento creyó que se moría.

—¿Y Seutes? —inquirió Akornion a su lado.

Incapaz de articular palabra, su esposa lo señaló. Akornion atisbo la figura desaliñada y sucia que ahora era su hijo. Abrumado, cayó de rodillas al suelo y se llevó las manos a la cabeza, mientras gemía y se lamentaba. La gente a su alrededor, sorprendida por sus gestos, se apartó. Desde su posición, Seutes escuchó el barullo y miró hacia allí. Enseguida distinguió a su madre, que lloraba atacada y a punto del desmayo. El muchacho se puso de pie, pero el guardia tras él lo agarró por la túnica y lo volvió asentar. Akornion, derrotado, se incorporó entonces, y las miradas de ambos se entrecruzaron.

En ese instante, un magistrado se cubrió la cabeza con su toga y se dirigió hacia el público. Tras de sí, destacaba la escultura de una mujer con los ojos vendados que sujetaba una balanza. Dándose la

vuelta hacia la divinidad, y con las palmas de las manos en dirección al cielo, pronunció:

—Diosa Temis, sé propicia en la cuestión que hoy nos reúne aquí. Guía nuestras decisiones con tu sentido de justicia. Libera a los inocentes, castiga a los culpables y sacia la incertidumbre de las víctimas que buscan resarcir los males que se les han causado.

El magistrado regresó a su asiento. A su derecha, el tribunal, conformado por tres hombres que pertenecían al consejo municipal de la ciudad.

—Diosa Temis, tribunal del consejo, ciudadanos de Histria. El caso que hoy nos atañe es el intento de asesinato a un legionario romano por parte de uno de nuestros conciudadanos. —Un murmullo recorrió el lugar. Akornion y Audata, atentos, mantenían completo silencio. El magistrado leyó el informe redactado por los militares que habían capturado al joven—. Su nombre es Seutes, y los hechos de los que se le acusan ocurrieron hace tres noches, junto a la taberna conocida como El refugio del ratón. Allí esperaba a su víctima, a la que atacó cuando salió del local para robarle sus pertenencias. Durante el forcejeo, el reo intentó apuñalar con un cuchillo al soldado, que fue auxiliado por sus compañeros cuando escucharon el alboroto. Seutes fue capturado y llevado hasta el campamento de Argamum, donde confesó su crimen. —Tomó un respiro y apeló al acusado—: ¿Estás conforme con lo descrito?

—Sí… —manifestó el muchacho, casi con un murmuro.

Akornion, angustiado, dio la espalda al tribunal. Alzó la vista al cielo y pensó en implorar a las divinidades, pero sabía que ya era demasiado tarde. Tragó saliva y ojeó a la muchedumbre, atenta al juicio como si fuese un espectáculo. De entre los presentes, le llamó la atención un hombre menudo de nariz grande y cejas pobladas. Su cara le sonaba, pero no recordaba quién era. Apretó las manos y cerró los ojos con fuerza para hacer memoria. Y lo supo: era el atriense de El horno de Afrodita, miembro de la banda de Kávaros… Sí, sin duda estaría enterado del juicio y deseaba comprobar si alguien lo inmiscuía.

—Este juicio va a ser muy sencillo, pues el reo ha confesado su crimen. Sin embargo, existen algunas lagunas en su declaración. —Akornion volvió a prestar atención cuando escuchó estas palabras—. Hay una serie de cuestiones que me gustaría resolver para que el tribunal pueda tomar una decisión. En primer lugar, ¿cuáles eran tus intenciones?

Seutes, cansado tras los últimos días como prisionero, casi sin dormir ni comer, fue parco en palabras:

—No quería hacerle daño. Mi única intención era robarle unas monedas para comer.

El magistrado lanzó la segunda pregunta:

—¿Entonces tu intención no era la de matarlo?

—En absoluto —sentenció, cabizbajo.

—¿Y de dónde salió el cuchillo con el que lo heriste?

Un nuevo murmullo se extendió entre los presentes. Era la pregunta condenatoria. Seutes buscó una mentira plausible, pero no la encontró.

—Lo llevaba para defenderme… —Fue lo vínico que alegó.

Algunos se rieron, pero Audata y Akornion, entre lágrimas, supieron que su hijo ya estaba condenado.

—¿Conocías a la víctima? ¿Sabías de su condición militar?

—No, para nada.

—¿Alguien te pagó para hacerlo? —insistió el magistrado.

Seutes guardó silencio. Unas ganas tremendas de orinar le invadieron, pero se contuvo. Akornion apretó los puños para disimular el temblor de manos. Se giró hacia el hombre de Kávaros, que estudiaba la escena con los ojos abiertos como platos.

—No, nadie —contestó finalmente el acusado.

El padre suspiró, aliviado, aunque sintiéndose culpable. Su hijo iba a ser condenado a muerte y él se había sentido bien por salvaguardar su propia vida frente a Kávaros. Se maldijo a sí mismo y se mordió la lengua, impotente, hasta el punto de catar el sabor metálico de la sangre en la boca. Era una rata de cloaca.

—Por mi parte, creo que los hechos están claros. Las intenciones,

no tanto. ¿Qué opina el tribunal?

El hombre más cercano a él comentó:

—Al tribunal le gustaría conocer qué ha ocurrido con la víctima.

—Según el informe, sobrevivió y se encuentra en proceso de recuperación. La misma noche de los hechos fue atendido por el médico militar. Su vida no corre peligro —añadió el magistrado.

—Algunos dirán que lo sucedido es un error juvenil —comentó el hombre—. Otros, un ataque premeditado. Magistrado, me gustaría saber a qué se dedica el acusado y si se puede probar lo que dice.

Éste trasladó la pregunta a Seutes.

—Soy pescador. Lipoxais de la calle de los pescadores puede confirmar que trabajo para él en la bahía.

—De confirmarse este dato —prosiguió el miembro del tribunal—, estaríamos ante un error juvenil. Al acusado no se le conocen antecedentes delictivos. Por suerte, su arrebato no acabó con la vida de su víctima, que permanece convalesciente. Sus intenciones no estaban motivadas por la condición militar de su objetivo, pues el procesado desconocía a quién atacaba.

—De ser así, podría haber atacado indiscriminadamente a cualquier persona inocente —lo recriminó uno de sus colegas.

—En su defensa cabe decir que no ha hecho falta tormento para que asuma los hechos —respondió el primero.

—¡Yo soy su padre! —se entrometió Akornion, harto de ser un mero espectador—. ¡Y juro por Temis aquí presente que mi hijo no ha cometido ningún crimen! ¡Apelo a la clemencia de este tribunal! —Audata y Seutes lo miraban. Jamás se había atrevido a tanto—. ¡La persona a la que hoy se juzga es mi hijo! ¡Qué pague lo que debe, pero no ha quitado ninguna vida! ¡No es justo que pague con la suya!

—¡Silencio! —ordenó el magistrado.

—Cariño… —murmuró Audata, orgullosa.

Seutes asintió, aún sorprendido por el arrebato de su progenitor, pero era demasiado tarde. Si hubiese sido tan valiente la noche en que lo capturaron, él no estaría a un paso del cadalso.

Otro de los miembros del tribunal, uno que todavía no había hablado, comentó:

—En esta curia hemos juzgado a muchos criminales, y por diferentes motivos. El asunto que hoy nos atañe es el de un joven de nuestra ciudad que ha atentado contra la vida de un soldado. No entraré a valorar las razones, porque no las conocemos con certeza. Lo que sí debemos tener en cuenta es la inestabilidad de nuestra región en los últimos años. Este ataque contra quien vela por nuestra seguridad es un peligroso antecedente. Solicito al magistrado una pausa para que este tribunal ofrezca su veredicto.

El apelado aprobó la propuesta. Era el momento más crítico en cualquier juicio. Dos de los tres miembros del tribunal habían alegado en su contra. Seutes supo que le esperaba la muerte y que sus padres serían testigos de su sentencia. Sin poder contenerse por más tiempo, se orinó encima. El líquido caliente empapó sus piernas.

—¡Maldita sea! —maldijo el guardia a su espalda.

El muchacho, avergonzado, se cruzó de piernas para disimular la mancha que se le extendía por la túnica.

—Este tribunal —se oyó entonces— considera al acusado culpable de intento de asesinato. Nuestro veredicto es condenatorio. Que la diosa Temis guíe al magistrado a la hora de imponer una pena justa.

Los presentes guardaron silencio, curiosos por conocer la sentencia. A su espalda, Akornion escuchó a alguien cuchichear:

—El pescado ya está vendido. Se lo cargan sí o sí.

El magistrado se puso en pie de nuevo.

—Este tribunal considera a Seutes, ciudadano de Histria, culpable de intento de asesinato. Guiado por el designio de Temis, ésta es la sentencia… Que el acusado no viva en nuestra ciudad nunca más y no la contamine con su presencia. Que para siempre pierda su condición de hombre libre. Que jamás vuelva a reunirse con su familia. Que sus jóvenes manos y fuerzas se destinen al provecho de la ciudad y no al crimen, y que, por tanto, sea enviado a las minas del Mons Ferri, donde permanecerá hasta el día que perezca.

El murmullo de la gente fue incontrolable. Audata lanzó un grito de horror y luego perdió el conocimiento. Akornion la sujetó para que no cayera al suelo mientras sentía que su mundo terminaba de hundirse.

—¡Mamá! —Seutes intentó ponerse de pie, pero el guardia a su espalda lo sentó de un manotazo—. ¡Mamá! ¡Mamá!

Su madre lo había protegido desde su nacimiento, pero ahora, a pesar de estar tan cerca, no podría cambiar su destino. Akornion no pudo contener las lágrimas, aún abrazado al cuerpo de su mujer. Los miembros del tribunal se pusieron de pie y se colocaron frente a la estatua de la diosa Temis, y al momento el magistrado los imitó.

—¡Seutes! —gritó el padre—. ¡Seutes, no decaigas! ¡Encontraré una solución, te lo prometo!

Pero el chico le giró la cara; había perdido la fe en él. El guardia le ordenó ponerse en pie y Seutes obedeció. La muchedumbre comenzó a dispersarse, pero Akornion no se movió. Un empujón por aquí, otro por allá. Cuando se volvió para mirar de nuevo a su hijo, ya se lo habían llevado. A su espalda, un desconocido le comentaba a otro:

—Es peor la mina que la muerte.

Akornion, exánime, aprovechó que a su alrededor ya no quedaba casi nadie para acomodar a Audata. A continuación, se sentó a su lado y apoyó la cabeza de la mujer sobre su muslo, a la espera de que despertase. En silencio, consciente de que era el único culpable de que hubieran perdido a sus dos hijos.

Pronto Audata recobró la conciencia. En cuanto fue capaz de levantarse, pasó el brazo por encima del hombro de su marido e iniciaron el camino hacia casa. En el trayecto, Akornion vio al magistrado hablando con alguien. Era un anciano pequeño de pelo canoso, que caminaba a pasitos y trompicones: Critasiros, el administrador de los Helvios.

V
POLVO

«Ceterum etiam si locus haberet lucem, pulvis auferret
(Aunque el lugar tuviera luz, el polvo la apagaba)»,

Lucio Anneo Séneca, *Castasa Lucilio*, 6,57, 2

Kinane recogía los huevos del corral cuando escuchó que los guardias recibían a alguien. Critasiros llegaba montado en su burro, acompañado por un escolta. Ansiosa, salió con tanta prisa que uno de los huevos se le rompió en la mano y le untó los dedos. Sin pensar en ello, se dirigió a las caballerizas, donde un esclavo ya ayudaba al administrador a bajar de su montura.

—Buenos días, Critasiros —saludó la joven con fingido entusiasmo.

El anciano, tan soso como de costumbre, fue escueto:

—Hola —dijo, sin hacerle mucho caso.

Aquel anciano la consideraba una molestia, pues aún no conocía bien sus quehaceres y siempre buscaba su consejo o aprobación. Para él, era una niña que lo interrumpía cada dos por tres y no le dejaba hacer su trabajo tranquilo.

—¿Qué se cuenta en Histria? —preguntó, curiosa.

—Poca cosa. Vengo de ver un juicio.

—¡No me digas! Cuéntame más, que me aburro mucho —pidió

Kinane con una sonrisa.

—No estás aquí para divertirte. —Frunció el ceño y se fijó en que la muchacha tenía los dedos pringosos.

—Se te ha roto un huevo… Ve a la cocina y déjalos allí.

Kinane no quiso forzar más la conversación y marchó en dirección a la cocina. Una vez allí, mientras se limpiaba las manos con un trapo, meditó con qué excusa subir a la planta superior para escuchar las noticias que traía Critasiros. Decidió al fin fingir buscar a Dinamia, a la que encontró peinando a Laódice con delicadeza. Su sedoso cabello negro se enfilaba por los dientes de un cepillo de madera. La *domina* se percató de su presencia y la invitó a sentarse en un taburete junto a ella.

—Sé que eres nueva, así que te voy a dejar las cosas claras. Estás aquí para servirme a mí, no a mi marido. Por tu parte espero obediencia y fidelidad. Si me entero de que te insinúas a mi esposo, te haré vivir un infierno. No lo mires y no te dirijas a él si él no te lo pide. ¿Entendido?

Aquello pilló desprevenida a la ingenua muchacha.

—Yo no… Disculpa si yo…

—Retírate —le ordenó, tajante.

Kinane se puso de pie con tanta prisa que el taburete cayó al suelo. Comida por los nervios, se agachó para recolocarlo, bajo la fulminante mirada de la matrona, que la siguió hasta que abandonó la estancia. Una vez fuera, trató de acompasar la respiración. ¿Por qué Laódice había dicho eso? ¿Por qué sospechaba de ella? Si tan siquiera había conversado con su marido, más allá de monosílabos para responder sus preguntas.

* * *

El trote del asno le zarandeaba el cuerpo y le hacía sentir un terrible dolor en las costillas. La paliza de la noche en la que lo capturaron

había sido, con diferencia, la más dura de su vida. A lo lejos, Seutes ya podía distinguir unas murallas alrededor de la montaña. Desde pequeño había oído hablar de las minas, pero nunca se le había ocurrido acercarse siquiera al Mons Ferri.

Los centinelas paseaban a lo largo de los adarves, atentos a cualquier movimiento extraño, y dos hombres armados con lanzas y puñales en el cinto les dieron el alto al llegar al punto de acceso. Tres legionarios acompañaban a Seutes, entre ellos el mismo pelirrojo que lo había custodiado hasta el campamento romano:

—*Salvete*. Traigo conmigo al condenado a las minas —saludó éste.

—¿Tenéis el documento oficial? —le preguntó uno.

Cothelas, cuyo nombre conocía Seutes por haberlo oído durante su interrogatorio, sacó un pergamino de un cesto de mimbre. El guardia lo cogió y lo ojeó brevemente.

—Desmonta —le espetó a Seutes.

El chico, maniatado, obedeció y bajó del animal con dificultad. Una vez en el suelo, el soldado preguntó:

—¿No queréis que lo llevemos dentro?

—No es necesario —afirmó el guardia sin rodeos.

Cothelas arrugó los morros, receloso. Conocía la hipócrita desconfianza del propietario de las minas sobre los legionarios romanos.

—Ahí te pudras, perro —y escupió al suelo como despedida.

Los tres soldados se alejaron lentamente, al tiempo que se abría una poterna situada a la izquierda del acceso principal. El guardia lo acompañó hasta el acceso, donde un desconocido le indicó que pasara con el dedo índice y cerró la puerta a sus espaldas. Por lo visto, la muralla era hueca, al menos en aquel punto. Era una especie de garita de control. Seutes avanzó y otro vigía lo hizo caminar frente a él.

—No te pares y ve por donde yo te diga —ordenó sin demasiado entusiasmo.

El joven se percató de que, aún más allá en el interior del

recinto, había otra muralla. Entre ambas, todo un sistema de almacenamiento y transporte: caballerizas y establos, letrinas, graneros, extensos aparcamientos para carretas, pozos de agua… Una pequeña ciudad en medio de la nada. En los adarves, se repartían los centinelas, motivo por el que le llamó la atención un almacén bien custodiado. Sin embargo, no pudo averiguar qué es lo que protegían.

De repente, se detuvieron frente a una barraca. El guardia llamó a la puerta, y alguien, desde dentro, lo invitó a pasar.

—Critasiros, traigo al nuevo. ¿Lo llevo directamente a la mina o quieres examinarlo? —Entonces, el centinela se dio cuenta de que alguien más acompañaba al supervisor. Ni más ni menos que Marco Helvio Deceneo—. Mis más sinceras disculpas. De haber sabido que estabas aquí habría hablado directamente contigo.

Un hombre gordo y calvo, ataviado con una inmaculada toga romana, se puso en pie y se acercó.

—Como guardia, te pago para que sepas lo que sucede en la mina en todo momento. Deberías haber sabido que estaba aquí. —Agitó la mano, restándole importancia a lo sucedido—. En fin, ¿te han dado muchos problemas esos soldados?

—No, señor —negó con la cabeza.

—Bien, déjalo aquí para que Critasiros lo examine. Puedes esperar fuera.

El centinela asintió y cerró la puerta. Seutes se puso tenso. El anciano, pequeño de estatura, se acercó a él lentamente, con pasos cortos.

—Desvístete —le ordenó el administrador.

Minuciosamente, le exploró las magulladuras. Sentes no se atrevió a quejarse.

—No tiene nada roto. Eso sí, la cuerda le ha hecho rozadura. Si no le curamos las heridas, se infectarán en un par de días.

Mientras el administrador seguía examinándolo, el jefe del clan de los Helvios se sentó de nuevo.

—¿Abandonarán algún día los romanos la pretensión de controlar

la mina? —soltó, abrupto, a Critasiros—. Allá donde van quieren dominarlo todo. ¿Te acuerdas cuando las incursiones roxolanas llegaron hasta aquí? El centurión Lucinio insistió en que debía sustituir mi guardia por la de los legionarios.

—Una completa locura… —comentó el esclavo mientras inspeccionaba la cabellera de Seutes en busca de piojos.

—Menos mal que no le hice caso. Ahora la mina estaría gestionada por esos publicanos incompetentes y sería propiedad imperial. Son como aves rapaces, siempre al acecho.

Critasiros se limitó a asentir. Deceneo cavilaba en sus propios asuntos.

—¿Crees que a Laódice le ha gustado su nueva esclava? Ya sabes cómo es de reticente en ampliar el personal doméstico, pero en su situación no debería realizar ningún esfuerzo que perjudique su salud. Aunque parece que no lo entiende…

El anciano se retiró, con gesto satisfecho. El prisionero estaba sano y fuerte, a pesar de los golpes recibidos el día de su captura. Tenía dolor en las costillas, una mano hinchada, la nariz rota y varios moratones en el cuerpo. No obstante, nada que le impidiese trabajar.

—Yo comprendo la desconfianza de la *domina* —respondió tras pensárselo.

—¿A qué te refieres? —se sorprendió Deceneo.

—Con todo el respeto del mundo, creo que teme que te encapriches de ella. Lo único que mi *domina* busca es concebir un descendiente y, por el momento, los dioses no nos han sido favorables, aunque, sin duda, lo serán tarde o temprano.

Y, diciendo esto, se apartó, analizando la repercusión de sus palabras. Había una confianza de años entre ambos, pero tenía que medir con cautela lo que decía. Deceneo meditó con calma la opinión de su administrador y, en el fondo, confidente.

Entretanto, Critasiros decidió aplicar sobre el esclavo los ungüentos necesarios para curarle las muñecas. Seutes desconocía de qué estaba hecha la pasta, pero le escoció. Una vez el esclavo

acabó la faena, un guardia acompañó al prisionero hasta la segunda muralla.

En cada esquina, se erigía una torre de vigilancia. Contraria a cualquier lógica, esta muralla parecía más inexpugnable que la primera. Los adarves estaban plagados de guardias. Contaban hasta con máquinas de artillería. Así, llegó a la conclusión de que no estaba hecha para defenderse de ataques externos, sino de los reos de su interior.

Dos nuevos centinelas lo recibieron en el acceso. Seutes tragó saliva. El sol le quemaba la piel y el calor era sofocante. «Un día luminoso», pensó. La compuerta se abrió y, mientras la cruzaba, uno de los vigilantes lo apuntó con la lanza, y él sintió un pinchazo en el coxis que le hizo dar un brinco hacia delante. Al otro lado, lo esperaba un hombre armado con un bastón en la mano y un puñal en el cinto. Una corriente de aire levantó el polvo a su alrededor, y se quedó ciego durante un momento. Cuando abrió los ojos, la puerta se cerró con brusquedad a su espalda.

Frente a él, en lugar de una montaña, tal y como había esperado, se encontró con un colosal agujero en el suelo que descendía en forma de espiral hasta el inframundo. Por el nombre de la zona, Mons Ferri, siempre había creído que la mina sería un monte lleno de galerías, pero había estado completamente equivocado. Donde quizás antaño había existido aquel promontorio, ahora había un enorme vacío.

A lo lejos, sí se alzaba una colina y, como era previsible, estaba agujereada como si fuera un hormiguero humano. El ambiente era agitado, con carretas y mulas de carga desplazándose de aquí para allá A un lado, había decenas de hornos de barro sobre el suelo. Aquello parecía el infierno y habría jurado estar en él de no ser porque todavía veía el cielo sobre su cabeza.

Un hombre pequeño y delgado, con una larga barba descuidada y canosa, se aproximó a ellos con parsimonia.

—Ateas, aquí tienes al nuevo. A ver lo que dura —le espetó el guardia al anciano personaje.

El chico se fijó en su rostro, arrugado y manchado por el sol. Portaba un pañuelo sobre la cabeza, vestía una túnica sucia y calzaba unas *baxae* de esparto.

—¿Hablas mi idioma? —Su voz era ronca y áspera.

—Sí —se limitó a contestar Seutes, preso de los nervios.

El de la barba cana le hizo un gesto con la mano para que lo siguiese.

—¿Qué están haciendo? —preguntó al pasar frente a los hornos.

—Convierten el mineral en hierro. Así es más fácil de almacenar. Después de fundirlo, sacan los desbastes y los enfrían. Pero eso no te importa. Tú vas a la mina, pajarito.

Seutes observó cómo rompían uno de los hornos y separaban las escorias de hierro. En otro lado, apilaban una especie de hogazas de pan férreas, que el muchacho concluyó que eran los supuestos desbastes de los que hablaba el hombre. Un carro se cruzó en su camino, y el chico se fijó en que transportaba el mineral, seguramente hacia la zona de fundición.

—Ahí está la casa de aperos —le iba explicando el otro, señalando hacia un almacén de madera cercano—. Cuando se inicia la jornada, se te entregan las herramientas y se apunta tu nombre. Al atardecer tienes que devolverlas. Perder una herramienta o esconderla es casi lo mismo. Una falta muy grave. Jamás descuides dónde las dejas.

Una vez dentro del lugar, el secretario escribió su nombre y Ateas pidió una pala para el nuevo. Entonces, rodearon el perímetro exterior del enorme agujero, en dirección a la colina. Una ráfaga de aire azotó el rostro de Seutes y el polvo lo hizo toser. Había hombres y mujeres, y también niños. Muchos de ellos portaban pañuelos alrededor de la boca y la nariz. Otros, como Ateas, lo llevaban sobre la cabellera. Los había con la cabeza cubierta por completo.

Tomaron un respiro junto a una especie de balsas donde la mayoría eran esclavos mutilados. Algunos, mancos, sin brazos, cojos, tuertos. La imagen era deplorable y, al verlos, un escalofrío recorrió la espalda del recién llegado. Los carros que provenían del

agujero se detenían en aquel punto. Seutes comprendió que la labor principal era la del lavado, separar la tierra del mineral, pero Ateas no se detuvo. Como bien había dicho, su trabajo sería en la mina. De modo que lo condujo hasta una especie de poblado de casuchas de adobe y cañizo, construidas unas junto a otras sin ningún tipo de planificación.

—Esto son las barracas. Aquí es donde dormimos. En cada una viven unas cuatro o cinco personas. Creo que hay varias con sitio para ti.

—¿Y cómo es que hay algún hueco? ¿Cómo sabían que venía?

El viejo esbozó una sonrisa irónica.

—Siempre hay algún hueco. La vida aquí dura poco.

Seutes enmudeció. Ateas paseó la mirada por algunas de las chozas, hasta que se detuvo frente a una y ahogó una risilla. Entonces, se giró y dijo:

—Tú te instalarás en ésta.

El muchacho se encogió de hombros, sin osar contradecir a aquel extraño anciano.

—¿En cuál vives tú?

—¿Por qué lo preguntas? —se sorprendió el otro.

—Por si tengo algún problema.

—Allí —contestó, mientras señalaba una de las más alejadas, pendiente arriba.

Sin más, se dirigieron hacia el agujero. El descenso fue lento, pues el recorrido era tortuoso y en forma de espiral. Por el camino se cruzaron con varias carretas cargadas de mineral, tierra y rocas que avanzaban en dirección a las balsas. Y, por todos lados, había mineros cuya función era sacar constantemente el material de la mina con capazos de esparto.

—Ése será tu trabajo. Los recién llegados cargáis y descargáis. Es lo más sencillo, a nivel técnico, claro —sentenció Ateas mientras se ajustaba el pañuelo sobre la cabeza.

El joven tosió. Le escocían los ojos, y se detuvo para frotárselos.

—Ten cuidado con el polvo —le recomendó el viejo—. Aquí es tu

mayor enemigo.

Había llegado junto a una de las entradas a la mina, en un nivel intermedio del agujero. Una mula y un carro medio lleno permanecían aparcados, pegados a la pared para no obstaculizar el tránsito. Ateas cogió un capazo vacío y se lo entregó a Seutes, que sintió la aspereza del esparto en los dedos.

—Puedes comenzar. Eso sí, recuerda entregar la pala en la casa de aperos cuando termine la jornada, pajarito.

—¿Y ya está?

—¿Qué más necesitas? —se burló el veterano minero.

Y Seutes volvió a encogerse de hombros, incapaz de asumir la situación. En su interior, no quería aceptar su inapelable destino. Pero no había vuelta atrás. Si hasta el momento lo había contemplado todo como un espectador, ahora la realidad chocaba en su cara de forma demoledora. Esa era la vida que le esperaba hasta el día que pereciera. Y fue justo entonces cuando recordó la sentencia del magistrado con claridad. Su vida terminaría en aquel oscuro y profundo agujero. Entonces, de repente, se derrumbó. Cayó de rodillas. Estaba solo. Nadie podía ayudarlo. Desconsolado, se puso a llorar ante la mirada hueca del viejo minero, que habría visto morir a centenares de personas.

—Acompáñame, por favor —rogó entre sollozos, aferrándose a sus piernas.

—Mi cuerpo hace años que no lo aguanta, pajarito. Aunque tú no lo veas, ahí dentro hay un mundo de caminos y vías equiparable a la ciudad de Histria. Es muy fácil perderse, así que te recomiendo que nunca vayas por las partes más oscuras hasta que no conozcas la mina y sepas con seguridad dónde está tu veta. Los mineros usan lucernas alimentadas con sebo, así que busca siempre los puntos iluminados. El segundo consejo es que mires tanto abajo como arriba. Abajo, porque hay agujeros en el suelo y pozos de ventilación con los que es fácil tropezar. Un paso en falso supone la diferencia entre la vida y la muerte. Y arriba, porque hay tramos sin apuntalar con los que puedes abrirte la cabeza.

Seutes asumió que aquel viejo con el rostro manchado por el sol no iba a acompañarlo. Su destino era adentrarse solo en el oscuro agujero de la bocamina.

—Gracias —murmuró el joven, aún en el suelo, pálido.

Ateas se despidió con un gesto con la mano, y Seutes se tomó unos instantes para estudiar la entrada a la mina, tenebrosa y aterradora. En el fondo de sus entrañas, maldijo a su padre por su cobardía. Ahora estaba allí encerrado por su culpa. Pero, por mucho que se lamentase, no tenía más opción. Le esperaba una vida entera en aquel agujero. Resignado, cogió la pala y el capazo y rebasó el umbral que separaba el mundo real del inframundo.

Frente a él, sólo oscuridad. A lo lejos, un leve destello de luz, seguramente una lucerna, tal y como le había explicado el viejo. Empezó a caminar con pasos muy cortos, ya que no veía nada a sus pies. Avanzó gacho, usando las *baxae*, pues desconocía la distancia que había entre su cabeza y las rocas sobre él.

Cuando llegó frente a la lucerna, tintineante, notó que el aire se hacía pesado y le costaba respirar. Se tapó la boca con la túnica y observó a su alrededor. Una estructura de madera avanzaba sobre los laterales y la parte superior del túnel, a modo de refuerzo. El tramo de pasadizo que sus ojos eran capaces de distinguir estaba apuntalado. Aquello lo calmó un poco, aunque no lo suficiente como para cesar el temblor de sus piernas. Por delante, se abría una bifurcación. «Si me pierdo, soy hombre muerto», se desesperó. Aquellos agujeros parecían no tener fin. Sin saber qué hacer, decidió sentarse en el suelo y esperar. Examinó las paredes, y enseguida se percató de una mancha negra y redonda pintada sobre una roca que no parecía natural. Se puso de pie y se acercó para pasar el dedo sobre la superficie. La yema se le quedó negra. Era carbón. Alguien había dibujado aquella extraña cara, con los ojos sin colorear y una especie de boca con dientes en forma de sierra.

En ese momento, el sonido de un picoteo metálico le indicó qué dirección tomar. Sin embargo, pronto supo que debía ir con cautela, ya que en ocasiones el ruido parecía que provenía de un lugar y en

realidad los pozos de ventilación parecían cambiar la procedencia. Por suerte, a lo lejos divisó otra luz, el picoteo comenzó a resonar con más fuerza, y de pronto una luz mayor. Al fin penetró en una cámara donde media docena de mineros, cada uno con su lucerna, trabajaban sobre las paredes con fuerza. Junto a ellos, se acumulaban montones de tierra, roca y mineral. Aquélla era la veta que su grupo excavaba. Al menos, ya sabía por dónde comenzar.

* * *

Akornion debía cumplir la promesa hecha a su esposa: acudiría a El horno de Afrodita para zanjar sus discrepancias con Kávaros cuanto antes. Aquel asunto estaba consumiendo su espíritu y el de su familia. Había perdido a Seutes, quizá para siempre, y eso era algo que jamás se perdonaría. Y por eso mismo era el momento de dejar las cosas claras con el temido proxeneta. La deuda se había saldado con la vida de su hijo. Aquel malhechor tendría que darse por satisfecho.

Por si las moscas, decidió que lo mejor era acudir en pleno día. La noche era demasiado peligrosa y no estaba dispuesto a correr más riesgos. Por el camino, se encontró con un par de niños. «Podría haber sido mejor padre…», le dio por pensar, triste.

La entrada de El horno de Afrodita estaba custodiada por dos matones, uno de los cuales lo reconoció al momento. Lo examinó de arriba abajo y arqueó la ceja, asombrado porque se atreviera a presentarse allí. Sin embargo, le dio paso, y el olor a incienso encandiló a Akornion. Los ricos cojines, las suaves cortinas, los mantos coloridos, los gemidos que provenían de las habitaciones colindantes… y los exóticos estímulos lo embobaron hasta que un hombre de cejas pobladas y nariz ganchuda lo saludó con perplejidad:

—Vaya…

Kávaros había aparecido en el recibidor, sin ropa y sudado. Tomó una jarra de agua y bebió, desparramándose parte del líquido por el pecho. Después, lanzó el recipiente sobre uno de los triclinios y se echó a reír a carcajadas, hasta que se quedó sin aire y tosió.

—Esto no puede ser verdad… —murmuró—. Por Némesis, que no puede ser verdad.

Akornion, sorprendido por la reacción del proxeneta, se puso tenso. Echó un vistazo a su alrededor. Se dio cuenta de que el atriense estaba igual de asombrado, pero no por la reacción de su jefe, sino por su presencia.

—Eres una de las personas más estúpidas que he conocido —soltó de repente el propietario de El horno de Afrodita—. No sólo eres un gusano, sino que además eres muy tonto. —Dio unos pasos hacia Akornion. Éste retrocedió instintivamente; las piernas le flaqueaban—. Me faltas al respeto, incumples tu palabra y vienes a mofarte en mi cara. ¿Te crees que no sé que tu hija está en casa de los Helvios? —espetó, ya enfurecido.

El intimidado pescador hizo acopio de todas sus fuerzas.

—He venido porque creo que estamos en paz. Mi hijo ha sido condenado a las minas. —Señaló al atriense—. ¡Él sabe que en el juicio no te delató!

El proxeneta recogió la jarra de agua del triclinio y se acercó a su atemorizado visitante.

—Tu hijo me da lo mismo. Tu objetivo era liquidar a un hombre, y fallaste. ¡Dos veces! Eres un maldito inútil y por eso los has perdido a los dos. ¡Por tu estupidez! —Estrelló la jarra contra la cabeza de Akornion.

La cerámica estalló en pedazos. Akornion cayó al suelo, semiinconsciente. Por unos instantes, no supo qué había sucedido, hasta que notó el tacto frío de las baldosas en la cara. Temblando, se palpó la cabeza y se dio cuenta de que estaba empapada de sangre.

—Eres una mierda, Akornion. Un miserable que ha antepuesto su vida a sus propios hijos. Empeñaste a tu hija antes que asumir tus

obligaciones. Y ahora tu hijo pasará el resto de sus días en un profundo y oscuro agujero. ¡Y todo por tu culpa! Deja de arrastrarte como un gusano, por una vez. ¡Deja de lloriquear! —vociferó al escuchar los lamentos del herido en el suelo—. Las personas como tú me dais asco, incapaces de echarle dos huevos a la vida.

Kávaros se aproximó y lo agarró por la oreja. El herido emitió un gruñido de dolor y babeó.

—Quiero que sepas una cosa, Akornion: pienso quedarme con tu hija. En algún momento, Deceneo se cansará de sus pechos firmes y sus suaves caderas. Y, cuando la deseche, allí estaré yo. Atorméntame lo que quieras, el espíritu de un gusano no me da miedo. Contigo termina tu despreciable estirpe. —Y le escupió en la cara.

VI
CADENAS DE HIERRO

«Faber est suae quisque fortunae
(Cada uno es artífice de su propio destino)»,

Pseudo Salustio, *Epistula ad Cesaren senem de Republica*, 1,1,2

—¡Lárgate! ¡Fuera! —le espetó la mujer. Grande toda ella, su cuello era ancho como el de un toro.

—¡Pero Ateas me ha dicho que duerma aquí!

Tenía la piel morena y algo arrugada, aunque aún parecía joven. El pelo, castaño, mostraba alguna cana y se veía estropeado por el sol y el polvo. Sin embargo, se le notaba la fuerza en brazos y hombros, capaces de doblegar fácilmente a alguien como él.

—Ve y dile de mi parte que se meta sus bromas por donde le quepan —se le encaró.

El chico, que no quería problemas, arrugó los morros y salió. Claramente, no era bienvenido. Así pues, se dirigió hacia la choza en que vivía Ateas, ascendiendo por los estrechos callejones, pues las barracas estaban construidas sobre la pendiente de la colina. No había una vía principal; el trayecto era un continuo zigzagueo sin sentido.

—¿Quién es? —preguntó una voz tras la puerta a la que acababa de aporrear.

—Seutes —afirmó el otro sin entusiasmo.

Al abrir, el viejo se encontró con el enfadado joven, con el rostro sucio de polvo y tierra. Y no pudo sino reírse a carcajadas, con los brazos en jarra.

—¿Qué quieres, pajarito?

—A mí no me hace gracia. Estoy cansado y no tengo dónde dormir.

—Pasa, pasa, antes de que la patrulla empiece la primera ronda —lo invitó Ateas.

Seutes se percató de que el anciano vivía solo, e incluso cómodo en medio de tanta miseria, al contrario que la mayoría. Tenía hasta un brasero sobre el que cocinaba con un horno de barro. A su lado, una pila de leña. Los muebles eran escasos, salvo el camastro, una mesa y una silla. Tenía un orinal, una tinaja con agua y unos cuencos de barro cocido. También, colgadas de la pared, varias túnicas. En el suelo, la estera de esparto se le antojó idónea para dormir.

—¿Les haces lo mismo a todos los recién llegados?

—No, qué va. Pero siendo tan joven no te vendría mal reírte un poco. Quizás hoy no era un buen día para gastarte una broma.

—Quizá no…

—Bueno, yo me he reído por los dos, y te lo agradezco. —Seutes frunció el ceño ante la impertinente respuesta del anciano, que se sentó en el camastro—. Hidna, menudo carácter. Ya la conocerás. Se la tiene jurada a Deceneo y sospecha de cualquier desconocido.

—¿Por qué se la tiene jurada? —El muchacho se sentó en la silla.

—Lo que la mina te da la mina te lo quita —murmuró Ateas, sombrío.

El joven no entendió a qué se refería, pero el veterano minero cambió de tema:

—Como lo de la broma ha sido culpa mía, esta noche puedes quedarte aquí, pajarito. Mañana te buscaré otra barraca.

Descolgó sus túnicas limpias y las enrolló a modo de almohada. Después, cogió una manta que tenía de sobra y la extendió sobre la

estera. Seutes se acomodó. Había sido un duro y larguísimo día. Ateas apagó la lucerna con un soplido. Antes de cerrar los ojos, se percató de que el chico ya estaba dormido como un tronco.

* * *

Las cutículas de Audata sangraban de tanto morderse las uñas. Le resultaba imposible controlar los nervios durante aquella infinita espera. De repente, un ruido en el exterior la sacó de su ensimismamiento. Akornion había vuelto al fin. Se había retrasado, pero allí estaba. La mujer se acuclilló y colocó sobre las brasas dos cuencos para recalentar la cena.

Le pareció raro que su esposo tardara tanto en entrar, y afinó el oído, pero no escuchó nada. Extrañada, fue a abrir la puerta. La noche era oscura y tuvo que forzar la vista. Pero, entonces, lo vio: a un lado del vano estaba su esposo, sentado y con la espalda apoyada en el muro. Audata, horrorizada, sintió que se le erizaba la piel. El pecho de Akornion estaba manchado de sangre y, en el lugar de su cabeza, se sostenía la de un perro. A un lado de su cadáver, el cráneo cercenado de su marido y un perro decapitado.

Su grito desgarrador atravesó Histria. Luego, la bilis le subió por la garganta y el vómito le empapó la barbilla, las piernas y las manos. Un fuerte pinchazo en el corazón la doblegó. Durante una eternidad, se quedó en posición fetal, en medio de la calle, mientras los cuencos de barro se resquebrajaban sobre las brasas.

* * *

A la mañana siguiente, el sonido de un arrullo constante lo despertó. Su cuello y su espalda se quejaron, agarrotados. Dormir en esas

condiciones no había sido lo más acertado, pero ni siquiera recordaba en qué momento había caído rendido. Estaba sediento, así que se acercó a la tinaja y se sirvió agua en uno delos cuencos de barro cocido. Luego, decidió buscar algo que comer, y encontró un trozo de pan junto al hornillo del brasero. Lo devoró con ansia, incluso las migajas.

Escuchó de nuevo el zureo de una paloma y, al salir al exterior, la luz del sol lo cegó por un momento. El sonido parecía provenir de la parte trasera de la barraca. Ascendió por la pendiente con presteza y se encontró a Ateas frente a un columbario.

—¿Qué haces aquí, pajarito? Deberías estar ya en la mina.

—¿Por qué no me has despertado? —se angustió Seutes.

—Porque no soy tu padre. —El chico se quedó callado, y Ateas se arrepintió de sus palabras—. Dormías tan a gusto que me sabía mal. Ayer fue un día duro y necesitabas descansar. Eso sí, márchate ya, no sea que te busques un problema.

—¡Gracias! —contestó el joven, apresurándose hacia la casa de aperos.

Ateas continuó con lo suyo, alimentando con trozos de pan a sus palomas. Cuando volvió a la casa, se percató de que el chico se había comido su desayuno.

—Maldita sea. Me la ha devuelto…

* * *

Seutes descendió a la carrera por la espiral del agujero. Pala en mano, tropezó y cayó de bruces al suelo. Al momento, sintió un pinchazo en las doloridas costillas y escozor en las palmas de las manos. Tenía algunas peladuras en carne viva.

—Tú, levántate —le espetó uno de los guardias que vigilaba aquel tramo.

Pero él, pendiente de sus heridas, no lo escuchó. El vigía se

acercó y lo golpeó en la espalda. El muchacho, compungido, se giró sin entender nada.

—He dicho que te levantes —ordenó el otro, tajante.

Seutes, aún más dolorido, se volvía ya hacia él cuando una voz femenina salió en su defensa:

—Déjalo en paz. ¿No ves que acaba de caerse?

Se trataba de Hidna, la mujer que la noche anterior lo había echado de su barraca. Era más corpulenta que el guardia, pero ella no iba armada.

—Tú cállate, mujer —pronunció el centinela con desprecio.

Seutes, que no quería ser causa de problemas, recogió su herramienta del suelo y se dispuso a moverse. Hidna, no obstante, no se quedó callada:

—Yo soy una mujer, pero tú no sé qué eres.

El guardia se acercó a ella amenazador, pero Seutes la agarró por la túnica y la arrastró hacia la bocamina más próxima.

—Oye, tú eres el sinvergüenza que ayer entró en mi barraca —lo reconoció la minera.

—Sí, lo siento. Ateas me utilizó para gastarte una broma. —El muchacho se fijó en sus preciosos ojos color almendra que destellaban energía—. Y gracias por ayudarme, aunque no hacía falta.

—No lo he hecho por ti, sino para recordarles sus límites —confesó con tosquedad.

—¿No pueden pegamos? —preguntó el chico, desconcertado.

—Claro que sí, novato, pero sólo si nosotros se lo permitimos —afirmó—. No te respetarán si no te haces respetar. En fin, creo que deberías ir a tu veta, porque ésta es la mía.

Seutes asintió agradecido. Parecía que la musculosa Hidna no lo odiaba, a pesar de haberse metido sin permiso en su casucha.

Igual que la jornada anterior, se detuvo frente a la entrada. Igual de oscura, igual de aterradora. Se adentró con cuidado en el túnel, arrastrando los pies, pero con más confianza, hasta llegar a una lucerna. Para calmarse, se concentró en los puntales de madera y,

una vez convencido de que no había ningún peligro, continuó hasta la bifurcación, donde observó por un instante el misterioso rostro pintado con carbón en la pared, y finalmente llegó a la cámara en la que sus compañeros ya trabajaban. Palada a palada, comenzó a llenar el cesto para transportar el escombro hacia el exterior.

La luz de las lucernas menguaba con el transcurso de las horas. Ese día identificó al jefe de su cuadrilla; un hombre corpulento y de gran estatura que portaba un pañuelo sobre la cabeza y otro en el cuello. Sus compañeros lo llamaban Oroles, nombre de origen geta. En un momento dado, el capataz hizo un gesto con la mano para pedirle que lo siguiese, y a Seutes se le encogió el corazón. Aquel hombre, con sus penetrantes ojos azules, la cabeza rasurada y la mandíbula marcada le imponía un profundo respeto. Sin atreverse a preguntar a dónde iban para no parecer idiota, obedeció.

Al llegar a la bifurcación, el geta se percató de que el rostro pintado en la pared llamaba la atención de Seutes, pero no le dijo nada. Desde allí, tomaron el otro camino. Oroles pasó primero. El ambiente cada vez era más húmedo; el suelo dejaba de ser terroso y se convertía en rocoso y deslizante. Al pasar las manos por los troncos de apuntalamiento, Seutes se percató de que estaban mojados. El túnel iba en descenso, así que decidió tener aún más cuidado por no resbalar.

De repente, el capataz detuvo la marcha y alargó el brazo en dirección a la pala que sujetaba el novato. Seutes tomó la lucerna que hasta ese momento sujetaba el otro y le tendió la herramienta. Oroles la hundió en el suelo varias veces, hasta que repentinamente se abrió un agujero a sus pies. El chico se asustó cuando vio trastabillar a su compañero y la pala desapareció por la brecha. Oroles, que se había sujetado a las rocas con fuerza, soltó un gruñido.

—¿Estás bien? —le preguntó, asustado porque su compañero había estado a punto de precipitarse.

El de los ojos azules asintió con seriedad. Era raro, pero desde que se habían encontrado no había dicho ni media palabra. Seutes le

tendió la mano, y el capataz la asió con fuerza.

—Por lo menos esto lo hemos hecho bien, ¿no?

El otro se limitó a volver a asentir. Claramente, era un hombre de pocas palabras.

—¿No hay forma de recuperar la pala?

Oroles negó con la cabeza y se pasó el pulgar por el cuello. Por lo visto, entrar en aquella galería inclinada implicaba la muerte.

—¿Y no hay forma de entrar desde fuera?

El geta torció el gesto.

—¿Y qué vamos a hacer?

El capataz se encogió de hombros. No había nada que hacer. Luego colocó las dos muñecas como en aspa y las golpeó entre sí repetidamente. Seutes interpretó algo así como que lo harían prisionero o habría un castigo. Pero, con todo, lo que más le angustiaba era que parecía que el capataz le tenía manía, porque ni siquiera se había dignado a dirigirle la palabra. Decidió no decir nada más el resto del trayecto.

En un momento dado, el geta tosió y Seutes, al iluminarlo con la lucerna, vio que había escupido sangre. El otro, calmo, se limpió con el pañuelo y retomó la marcha, y, al llegar a la cámara, tomó su pico y continuó con el trabajo como si nada hubiese ocurrido. Así, hasta que la luz casi se había consumido, señal de que habían pasado más de diez horas bajo tierra.

Más de dos centenares de mineros hacían fila frente a la casa de aperos. Varios centinelas recogían las herramientas y tachaban los nombres de quienes habían cumplido con su cometido. Cuando llegó el turno de su grupo, Oroles ofreció su herramienta a Seutes, pero éste negó con la cabeza y se adelantó a sus compañeros.

—Hoy he perdido la pala durante la limpieza de una galería inclinada. —El geta frunció el ceño, asombrado de que el novato asumiera su error—. He intentado recuperarla, pero era demasiado peligroso.

—¿Tu nombre? —masculló el escriba con desprecio.

—Seutes. Soy nuevo —añadió con la esperanza de atenuar su

pena.

El guardia revisó el listado.

—Una semana con cadenas y verás como no te vuelves a despistar.

A su gesto, otro guardia le colocó unos grilletes en las muñecas. Sus compañeros contemplaron la escena sin decir nada, mientras que Oroles, que parecía no entender aún su decisión, se colocó el índice en la sien y lo giró de manera circular, indicando que estaba loco. Seutes se miró los grilletes, unidos entre muñeca y muñeca por una corta cadena.

—Yo sólo saco el material de la mina, pero tú eres picador.

Contra todo pronóstico, el capataz estalló en carcajadas. Y fue entonces cuando Seutes, asombrado a su vez, comprobó que no tenía lengua. O, al menos, le faltaba una parte considerable de ella. Dio un respingo, y el geta se rio todavía más fuerte y repitió el gesto con el índice en la sien. El histriano, que no deseaba parecer cobarde, dibujó una estúpida sonrisa en el rostro y no dijo nada más.

* * *

Ateas se echó las manos a la cabeza cuando vio al engrilletado entrar en su barraca de adobe.

—Pero ¿qué has hecho, pajarito? —se alarmó.

El otro se encogió de hombros. El viejo estaba más preocupado de lo que él había esperado.

—¡Eso constará en tu historial! —exclamó, preocupado—. Mira que te advertí que tuvieses cuidado con las herramientas.

—Lo sé, Ateas. No te preocupes, no pesan tanto —aseguró, tratando de aparentar firmeza.

—Ya sé lo que pesan, Seutes. No las han hecho expresamente para ti. Pero las cadenas pueden marcar la diferencia entre morir o

no en la mina. Imagina que una cámara colapsa o que te caes por un pozo. Piensa en cualquier desgracia… Con los grilletes puestos es casi imposible sobrevivir. —El viejo se le encaró—. No vuelvas a cometer el mismo error, ¿entendido?

—¡Me ha quedado claro!

—¡Ni tampoco vuelvas a comerte mi desayuno!

—Si tanto te molesto, búscame otro sitio —le recriminó el joven.

—Pues eso voy a hacer, desagradecido —refunfuñó Ateas—. Te voy a mandar con Hidna otra vez.

El joven prisionero se encogió de hombros y sonrió.

—No me importa, ahora somos amigos.

—¿Amigos? —se burló el anciano—. No será cosa suya lo de las cadenas, ¿verdad?

—No, ha sido sólo culpa mía —negó nervioso con la cabeza.

—Eso no te lo crees ni tú, pajarito. Voy a hablar con ella ahora mismo.

Seutes deseaba explicarle lo sucedido, pero Aetas salió por la puerta antes de que pudiera abrir la boca. Quiso ir tras él a toda prisa, pero no conocía aquellos intrincados callejones, y no lardó en darse cuenta de que mantener el equilibrio con las manos encadenadas era más difícil de lo que había creído. Cuando al fin lo encontró, Ateas mantenía una conversación con la musculosa mujer.

—¿Tienes algo que ver con esto? —le estaba preguntando.

Hidna se acercó perpleja al muchacho.

—Te juro por Alétheia que no. —Hizo una pausa—. Por cierto, que sea la última vez que me mandas a un desconocido a casa. Casi le arranco la cabeza cuando lo descubrí dormido en mi cama.

El viejo soltó una carcajada y las mujeres que compartían barraca con Hidna también. Seutes, avergonzado, se sonrojó.

—Estamos en paz —sentenció Ateas.

El chico se giró para marcharse, pero con el rabillo del ojo vio que la mujer se había quedado observando sus manos engrilletadas con interés.

Más tarde, mientras el anciano preparaba la cena, Seutes

jugueteaba con las cadenas, pensativo.

—¿Por qué es tan grave perder una herramienta? ¿Tan caías son? —preguntó al cabo.

—No es porque sean caras. —Su rostro se arrugó al sonreír, aunque pronto borró cualquier atisbo de ironía de su gesto—. Es porque las herramientas pueden usarse como arma.

—¿Como arma? ¿Contra quién?

—Contra ellos, Seutes. Contra los que te han obligado a estar aquí.

El muchacho meditó sus palabras en silencio.

—¿Te vas a quedar aquí, pajarito? —preguntó Ateas.

—¿Dónde? ¿En la mina?

La inocencia del joven lo hizo reír.

—No, en mi barraca. De la mina no sale nadie —sentenció el anciano.

—¿No te importa? Puedo preguntar a Oroles si tiene hueco para mí —sugirió con cara de cordero degollado.

—No estoy acostumbrado a la compañía, pero te puedes quedar —aceptó Ateas mientras removía el guiso de habas—. Eso sí, con algunas condiciones. Debes alimentar a mis palomas cuando te lo pida y mantener la casa limpia y ordenada, tal como lo está ahora.

El chico sonrió y asintió con la cabeza. Era un acuerdo justo.

* * *

La necrópolis estaba repleta de lápidas. Algunas de ellas, abandonadas por el paso de los años, tenían borrados los nombres de sus propietarios por el moho y la inclemencia del tiempo. Los promontorios cercanos, tumbas de antiguos reyes escitas, eran testigos de su pérdida. La luna menguante jugaba a crear sombras que aparecían y se ocultaban en aquel lugar de muerte y pesadumbre.

El calor del día se había dejado vencer por el frío de la noche. Del fuego sólo quedaban las cenizas. Audata, como ausente, recogió en un cuenco los huesos que las llamas no habían logrado consumir. Con las manos, llenó el áspero recipiente de cerámica. No le importaba que las ascuas le abrasaran la piel. El dolor físico la reconfortaba. Se sentía sin fuerzas, como si su cuerpo deambulase por el mundo movido por el hilo de las Moiras.

Estaba sola, desoladamente sola. Como los espíritus de los difuntos que vagan sin rumbo por el mundo de los mortales. Su esposo ahora formaba parte del inframundo, camino del barquero Caronte. Y una única persona era culpable de la caída en desgracia de su estirpe. Un hombre que sangraba, que era mortal. Audata sacó un cuchillo, se hizo un corte en la palma de la mano y derramó varias gotas de sangre sobre las cenizas y los huesos de su marido.

—Némesis, diosa de la venganza, a ti te invoco, en ti confío mi vida para que me uses como instrumento. Sacia el daño que han infligido a mí y a mi familia. Tánatos, dios de la muerte, acude en mi ayuda. A ti te ofrezco una nueva víctima que acompañe a Hades en el inframundo. Erebo, divinidad oscura, protege mis intenciones y ocúltame bajo tu manto. Yo os ofrezco los ojos, la nariz, las orejas, las entrañas y el cadáver completo de Kávaros. Que sus miembros se retuerzan, que sus nervios se atrofien y le inflijan gran dolor, que su piel supure pus. —Audata pasó el afilado cuchillo por la palma de su otra mano y nuevas gotas de sangre impregnaron las cenizas y los huesos—. Dioses infernales, a vosotros os ofrezco también mi cuerpo si cumplís con mi deseo. Os doy mis ojos, mi nariz, mis orejas y mi lengua. Mis uñas, mis dedos y mis brazos. Mi corazón, mi hígado y mis entrañas. Os ofrezco mi cuerpo entero. A cambio, sólo os pido una cosa… Venganza.

VII
PALOMAS

«Quoniam non potest id fieri quod vis,
id velis quod possit
(Puesto que no puede suceder lo que quieres,
intenta querer lo que es posible)»,

Publio Terencio Afro, *Andria*, 305

El atriense de la casa Helvia se espantó ante los aterradores gritos femeninos que escuchaba desde el exterior. En un intento por tranquilizarse, acarició el bastón que portaba en el cinto. Entonces, oyó un sollozo apenado. Curioso, entreabrió la pequeña mirilla de la puerta. La calle estaba oscura, pero pudo ver una desaliñada silueta que se alejaba a paso lento.

Los porteros que vigilaban la entrada de El horno de Afrodita también escucharon un gemido que les heló la sangre. La luz de luna era escasa aquella noche, y tardaron en descubrir, en la distancia, a la extraña figura. Se acercaba de forma pausada, tan poco a poco que era complicado discernir si estaba quieta o si se aproximaba.

—¡Kávaros! —exclamó ésta con voz desgarradora.

Los dos matones desenvainaron las dagas. Un atormentado espíritu, quizás un lémur, acudía desde el infierno para vengarse.

—¡Kávaros! ¡Voy a arrancarte las entrañas! —amenazó la lastimosa voz.

Ninguno de ellos se atrevió a acercarse, a pesar de que la atormentada figura continuaba su paulatino e inexorable camino hacia ellos. De pronto, levantó unas sanguinolentas manos hacia el cielo y murmuró farfullos ininteligibles.

—¿Quién eres? —preguntó tembloroso uno de los guardias, mientras apuntaba con el filo de su daga en dirección a la extraña presencia.

—Soy un instrumento de Némesis… —susurró.

—¡No te acerques más! —le advirtió, acobardado, el corpulento portero.

—¡Voy a sacarle a Kávaros los ojos! ¡Voy a arrancarle el corazón con estas manos! ¡Quiero sentir su sangre caliente recorriendo mi piel!

Los dos hombres, confusos, intercambiaron miradas. Enfrentarse a un mortal era una cosa, pero plantar cara a un lémur…

—¡Audata! —voceó una voz masculina.

Aquel grito los asustó tanto que a uno se le resbaló la daga de las manos. La figura espectral se quedó quieta.

—¡Audata, ven conmigo! —insistió el desconocido.

El desafortunado hombre de Kávaros recogió su arma del suelo, justo en el momento en que alguien emergía de un oscuro callejón.

—Audata, suelta el cuchillo, por favor —le instó con confianza.

El espectro se volvió entonces hacia su interlocutor, y éste se quedó paralizado. Después, soltó el arma, que provocó un sonido metálico al caer. Con parsimonia, la fantasmagórica silueta retrocedió e inició el camino de regreso hacia el infierno.

Los porteros suspiraron aliviados.

—¿Qué demonios acaba de pasar?

—No lo sé, pero me he cagado encima. Y ese otro, ¿quién era? ¿Tánatos en busca de un espíritu extraviado? —dudó su compañero con voz temblorosa.

* * *

Audata recostó su cabeza sobre la mullida almohada. Reconfortada por el crepitar del fuego y la gruesa manta de lana que la cubría, se quedó dormida.

Se despertó agitada, sin saber dónde estaba. Frente al brasero, una mujer tejía en un telar. Al notar su movimiento, dejó a un lado el ovillo y sirvió un poco de agua en un vaso de madera. Audata lo bebió con ansia, como si hiciese días que no bebiera. La cabeza le iba a estallar, y notaba un pinchazo en las palmas de las manos. El dolor le trajo a la memoria vagas imágenes de la noche anterior. Las lagunas embotaban sus recuerdos, sobre Todo después de abandonar la necrópolis. Y desconocía cómo había llegado a la casa de sus vecinos.

—Tomiris, no me acuerdo bien de lo que pasó ayer…

—Anoche Lipoxais encontró el cuerpo de un perro decapitado en tu puerta. ¡No veas cómo se asustó el pobre! Nada más llegar, cerró a cal y canto. Luego lo convencí para que averiguara si estabas bien, pero tu casa estaba vacía. ¡Se nos puso la piel de gallina! —explicó lo más calmada posible.

Audata tenía ganas de llorar, pero su pena era tan grande que no consiguió derramar una sola lágrima.

—Mi marido te encontró frente a El horno de Afrodita, confusa y aturdida. Estabas herida y te trajo aquí. —Tomiris retrocedió un poco y añadió con cierto temor—: Dijo que parecías poseída por un espíritu maligno.

La viuda permaneció en silencio. Su rostro estaba pálido y mostraba unas profundas y oscuras ojeras.

—La verdad, estabas espantosa, con las manos llenas de sangre y la cara pálida. Al principio, me costó creer que fueras tú y no un espectro, pero Lipoxais me convenció de que habías enloquecido

porque habían asesinado a Akornion… —La mujer intentó virar el tema a algo más positivo—. Hemos oído que Kinane está en casa de los Helvios, así que no es imposible recuperarla.

—En dos meses… —murmuró Audata—. Debo esperar dos meses…

—Hasta entonces, toca esperar. Descansa, que lo necesitas. —Tras una pausa, la vecina añadió—: Y Seutes también está vivo y, mientras esté vivo, hay esperanza.

* * *

Al despertar, casi al alba, Laódice se encontró con que su marido dormía a su lado. Aquella noche, sin embargo, se había acostado sola. Sola, como siempre. Se quedó quieta para escuchar la relajada respiración de Deceneo, pues aquél era el único momento del día en que el tiempo se detenía y disfrutaba de su compañía. Luego, su esposo se despertaba y se marchaba a las minas o al *ludus*. En el último año, su amado pasaba más tiempo en sus negocios que con ella. Tras las largas jornadas, solía descansar en la villa en lugar de regresar a Histria.

La mujer le acarició las mejillas y se deslizó hasta el cuello. Luego, arrastró la mano por su pecho caliente, y se le enzarzaron los pelos entre sus dedos. Siguió bajando, hasta llegar a la voluminosa curva que le separaba la barriga del pubis. Dudó un instante, pero enseguida continuó hasta sentir la calidez de la entrepierna de su marido.

Deceneo, aún cerrados los ojos, gruñó. Su esposa se sintió húmeda, algo que hacía tiempo que no ocurría.

—Déjame dormir, estoy cansado —oyó que le susurraba él entonces.

Laódice retiró la mano y se colocó de lado, dándole la espalda.

—Como siempre —murmuró.

Deceneo se giró, ofendido:

—Tú te pasas el día en casa sin hacer nada, pero ahí fuera yo me dejo la piel para satisfacer tus deseos.

—¿Las comodidades que deseo, Dekaineos? ¿Cuánto hace que no nos acostamos juntos? ¿Cuánto hace que no tienes la iniciativa de darme un beso o una caricia? —alegó ella con rabia.

—¡No me llames Dekaineos! Y, si no trabajara tanto, tendría ganas de acariciarte, pero cada vez que te veo me recibes con amargura e indiferencia.

—Tus ascendientes son griegos, no romanos. Por mucho que tu padre se esforzara en ser un ciudadano romano, tus orígenes son los que son —apuntilló ella con desdén.

—Es muy fácil echar en cara cualquier cosa cuando te dedicas a pasearte entre la villa e Histria sin hacer nada de provecho. Tu única función es la de concebir un hijo, y sin embargo eres incapaz de hacerlo —gruñó el esposo, sin reflexionar en las consecuencias de sus palabras.

Laódice se puso de pie, enfurecida, y comenzó a golpearlo con las palmas de las manos. Deceneo se protegió con los brazos y esperó a que se tranquilizase. Al fin, entre sollozos, la *domina* se tapó el rostro con las manos para ocultar sus lágrimas.

—¿Por eso buscas el afecto en otras? —preguntó entrecortada.

—Pero ¿de qué hablas ahora? —se enfadó aún más su marido—. ¿Tú crees que con esa actitud a mí me entran ganas de yacer contigo?

Laódice, harta de los hirientes comentarios de su esposo, se limpió las lágrimas y se vistió.

* * *

—¡Necesitamos ayuda! ¡Socorro! —escuchó Seutes desde fuera del túnel.

Preocupado, dejó el cesto de esparto cargado de escombro en el suelo y corrió hacia el exterior. A tientas y aun sin ver nada, ya era capaz de encontrar el camino de salida de la veta sin perderse.

—¡Un niño está atrapado en la noria! —exclamó la voz, seguida de un tosido que le impidió continuar.

Seutes se tapó los ojos al salir a la cegadora luz del sol. Pronto se acercó a las demás personas que ya rodeaban al portavoz de la nefasta noticia.

—¿Dónde? —preguntó uno de los presentes.

—¡Seguidme! —contestó el hombre, antes de iniciar la carrera hacia abajo.

El muchacho pensó en avisar a Oroles, pero no había tiempo. Desconocía qué era una noria o para qué funcionaba, pero no era momento de pararse a aprenderlo. Algunos mineros se iban uniendo al grupo, cada vez más, hasta que se detuvieron frente a una determinada bocamina.

—¡Dispersaos! ¡No hacen falta tantas manos para sacar a un niño! —insistió histérico el guardia encargado de vigilar aquel tramo, amenazándolos con su bastón.

Seutes dudó si entrar le causaría más problemas de los que ya tenía. Pero el minero que iba tras él lo empujó, y no tuvo otro remedio que adentrarse en el oscuro agujero. Desde allí todavía se escuchaba el revuelo del exterior. Aquel túnel era igual de angosto que el suyo, pero más húmedo. Los puntales, mojados, dejaban caer las gotas. Ignoraba cuánto tiempo llevaría allí la madera, pero estaba claro que tarde o temprano se pudriría. Un escalofrío le recorrió la espalda al imaginar que en cualquier momento la estructura cedería y los aplastaría a todos.

A cada paso, el túnel se inclinaba en sentido descendente. Aquel que iba a su zaga lo empujaba cada vez que ralentizaba el paso, y Seutes sabía que, si se paraba, perdería de vista a los que iban delante, y le aterraba la posibilidad de perderse entre aquellos túneles sin fin. Cuando llegaron a una bifurcación donde una lucerna proporcionaba algo de luz, tomaron el camino izquierdo. Con una

ojeada, Seutes observó un garabato idéntico al que había en el túnel de su mina, redondo y oscuro, con ojos y una terrible sonrisa con dientes de sierra. Desconocía qué representaba, si era una divinidad, un demonio o un simple dibujo sin intención, pero se dijo que, si había posibilidades de que lo ayudase, le reconfortaría permanecer bajo su amparo.

—No te mueras, por favor… No me dejes, mi amor… —se lamentaba una voz masculina transportada por el eco.

Estaban cerca. Seutes oyó un chapoteo delante de sí, y a continuación pisó el mismo charco que sus acompañantes. El agua helada que se filtraba del subsuelo le mojó los pies. La humedad, el calor, el olor a madera podrida y las piedras resbaladizas lo hacían sentir cada vez más vulnerable.

Entonces, irrumpieron en una cámara donde una enorme noria de madera permanecía quieta. Sus cangilones metálicos se zarandeaban, y el agua caía de su interior con brusquedad sobre el suelo. Allí era más difícil aún caminar. El barro se le adhería a la piel y al calzado.

El desconocido que los había guiado subió por una escalera de madera hasta la parte más alta de la noria, donde uno de sus compañeros trataba de liberar algo encajado entre el canal de desagüe y la *rota aquaria*.

—Oh, no… —murmuró uno de los que había entrado junto a Seutes.

—¡Hay que rodar la noria en sentido contrario! ¡Tenemos que sacarlo! —ordenó el minero que había salido en busca de auxilio.

El histriano, fatigado por el peso de las cadenas, se supo entonces un completo inútil. Entre el barro que le impedía desplazarse y los grilletes, se movía con lentitud. Ni siquiera comprendía cómo funcionaba aquel armatoste. Sin embargo, uno de sus compañeros se puso a un lado y exclamó:

—Yo accionaré los radios hacia atrás. ¡Haz tú lo mismo! ¡En tres, dos, uno…!

La mole giró. Los cangilones de agua soltaron toda el agua que

contenían, y quedaron completamente empapados. No obstante, nadie flaqueó, nadie se quejó, y continuaron moviendo la máquina con empeño. Seutes, con la mandíbula prieta, empujaba con cada uno de sus músculos. Los pies le resbalaban en el barro y se hundían, pero no había tiempo que perder. Al fin, los dos mineros desatascaron el pequeño cuerpo. Uno de ellos estrechó el cadáver contra su pecho y lloró desconsoladamente.

—¿Por qué, Skotos? ¿Por qué me arrebatas lo único que me importa en este miserable mundo?

Seutes, empapado, se sentó en el suelo sin importarle mancharse aún más de barro. Se sentía frágil, vulnerable, impotente. Las muñecas le dolían por el peso de los grilletes y la cadena.

El padre bajó por las escaleras con el cuerpecito de su hijo, absorto en el rostro pálido y azulado del pequeño. Tenía el pecho hundido, y uno de los brazos colgaba de unos pocos tendones que habían resistido la fuerza de la noria. Sus gritos y sollozos se le grabaron a Seutes en la memoria. Siguiendo a padre e hijo, en procesión, completamente mojados y untados de barro, todos comenzaron el camino en dirección a la salida.

Fuera, los guardias golpeaban a una marabunta de mineros enfurecidos. Los duros bastones impactaban contra cualquiera que se les acercase. Poco a poco, se había formado un tumulto con dos bandos contrapuestos.

—¡Dispersaos! ¡Cada uno a su galería!

Cuando el padre salió del túnel con su criatura fallecida, tanto mineros como guardias se horrorizaron. Sus devastadores gritos se sobrepusieron al alboroto, y los prisioneros lo rodearon.

—¡Venganza! —gritó alguien.

—¡Muerte a los centinelas! —imprecó otro.

Sin hacer caso alguno a los guardias, el padre emprendió el ascenso hacia la espiral de salida. Poco a poco, los mineros que observaban la escena se sumaron a él. Picos, palas, canastos y otras herramientas quedaban abandonadas a su paso. Estupefactos, los vigilantes se retiraron en sentido contrario. Seutes no tardó en llegar

hasta la entrada a su galería, donde Oroles y el resto de sus compañeros dejaron pasar de largo a la comitiva. Entonces el capataz lo agarró por el hombro y frunció el ceño, preocupado por su aspecto.

—Un niño ha quedado atrapado en la noria. Hemos bajado para ayudar, pero ya estaba muerto… —Cerró los puños con fuerza y empezó a llorar, atormentado por la imagen del cuerpo desfigurado y los desgarradores lamentos del padre.

Oroles se entrecruzó de brazos y ojeó al resto de la cuadrilla. Señaló la luna, que se perfilaba en el cielo, y con el dedo índice sobre el ojo indicó que aquella noche anduviesen con cuidado.

* * *

Ateas le tendió el cuenco con caldo. Se había enterado de lo sucedido al pasar frente a la barraca de la familia del niño. La madre había perdido el conocimiento tras recibir la noticia.

—¿Te encuentras mejor, pajarito?

Seutes asintió y tomó otro sorbo. El caldo caliente de habas lo reconfortaba un tanto. Tenía la nariz roja y moqueaba. El barro se había secado y ahora se le despegaba de la piel como si fuesen escamas.

—Estos días mantente al margen de conflictos. Los guardias buscarán cualquier excusa para apalearos, y tú ya llevas cadenas.

—Oroles me ha dicho que vaya con mil ojos —asintió Seutes ron inquietud.

—Buscarán venganza, no te quepa duda.

—Deberíamos ir a ver a Hidna. Seguro que está al tanto de lo que se cuece.

—¡Ni se te ocurra! —se alarmó el anciano—. Esta noche, más que ninguna otra, hay que evitar salir. Doblarán las patrullas.

Seutes pensó en su hermana. Por lo menos la deuda con Kávaros

había sido saldada. Con él allí, su padre había sacrificado a uno de sus hijos. Ahora Kinane era libre para hacer su vida, aunque fuese a costa de su libertad. O eso, al menos, deseaba pensar él.

—Ateas, ¿nunca has deseado salir de aquí? —preguntó con tristeza.

El viejo se acarició la barba, meditabundo.

—¿Por qué crees que cuido a mis palomas?

—Porque te gustan las palomas, supongo —contestó, sin entender muy bien la pregunta.

—Porque, si no las cuido yo, se morirían. Estas palomas de mi columbario no saben vivir en libertad. Aunque tengan alas, nunca han aprendido a volar.

Seutes reflexionaba, tratando de entender lo que Ateas le explicaba.

—¿No crees que juntos somos más fuertes que ellos?

—No me gusta que tengas esas ideas. —Lo miró con recelo—. ¿Estás juntándote con Hidna?

El joven no era capaz de comprender qué relación había entre su pregunta y la musculosa mujer, pero negó con la cabeza.

—Soy la persona que más tiempo lleva aquí. Antes que Deceneo tomara el control de las minas, yo ya vivía en esta barraca. Soy el único superviviente de los tiempos de su padre. He conocido a mucha gente con las mismas inquietudes que tú, y nunca ha acabado bien.

—¿Cómo puedes decir eso? ¿Acaso los niños te dan igual? —se enfadó Seutes.

—He visto morir en este agujero a tantas criaturas inocentes que ni te imaginarías. No me des lecciones, Seutes. No eres el centro del mundo —afirmó con severidad—. Hace décadas que vivo en este infierno y nunca he visto tambalearse al poder que lo sostiene. Y, desgraciadamente, ni tú ni nadie conseguirá que flaquee.

El joven se quedó en silencio unos instantes.

—Yo también moriré algún día —prosiguió al cabo Ateas—. Si los dioses son benevolentes, antes que tú, como es natural. Quiero que

me prometas que cuidarás de mis palomas cuando eso ocurra. Es lo único que te pido.

—Eres un egoísta —le contestó Seutes con desprecio.

—Algún día lo entenderás…

* * *

Seutes pasó una mala noche, despertándose constantemente con la imagen del niño desmembrado y los desgarradores gritos de su padre. De camino a la casa de aperos, se fijó en que algunos mineros habían sido engrilletados y golpeados; otros cojeaban o hacían muecas de dolor a su paso. Por lo visto, durante la noche los centinelas habían visitado por sorpresa a los implicados en el motín.

Descendía ya al agujero cuando se topó con Hidna, que bajaba sola. El muchacho se acercó a ella para saludarla, pero la mujer lo cortó:

—Hoy no, novato. Mejor no darles una excusa —murmuró cabizbaja, como si no hablara con él.

Varios guardias vigilaban los tramos del camino. Unos se mostraban serios, otros bravucones. Los mineros engrilletados mantenían la cabeza gacha, pero ellos, sin embargo, se pavoneaban con el pecho hinchado como palomos, celebrando lo que debía parecerles una victoria.

VIII
PRIMUS PALUS

«Ab illis qui manus harenae
locant et edunt ac bibunt quae per sanguinem
(Aquellos que se entregan a la arena
pagan su comida y bebida con su propia sangre)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 4, 37, 2

Kinane barría bajo la techumbre que servía como comedor a los gladiadores. Hacía dos noches que no dormía bien, imaginando cómo habría ido el juicio de su hermano. A Critasiros ya le había preguntado, en vano. Y tampoco quería insistir, para evitar que sospechasen y descubriesen su relación de parentesco.

Los fornidos guerreros, entretanto, entrenaban bajo la atenta supervisión de sus instructores. Clito, más conocido como Myrmex[1], era el campeón del *ludus* de Marco Helvio Deceneo: cuatro victorias y una *missio*. Además, había sido uno de los primeros en formar parte de la escuela, por lo que era un curtido veterano, y sus compañeros le tenían un profundo respeto, tanto por su actitud en la arena como en el día a día.

Mientras el resto se entrenaba bajo la supervisión del *magister*, él lo hacía apartado, con su instructor particular. Iba equipado por completo con su armamento de *provocator*. casco en la cabeza,

similar al de los legionarios, pero con visera y dos rendijas redondas para permitir la visión. En la mano izquierda, sostenía un escudo grande y rectangular pintado de color verde. Sobre el brazo derecho, una protección acolchada y revestida de metal, flexible pero dura. En la pierna izquierda, unas grebas de hierro le cubrían la espinilla. La espada, eso sí, de madera.

—¡Tu escudo mi cabeza, *conio*! —le ordenó su *doctor* en un marcado acento roxolano.

Clito levantó más el brazo con el que sostenía el escudo, hasta la altura de la cabeza de su instructor. Después, repitió el movimiento y golpeó hacia delante para alcanzar a su oponente con el borde inferior del escudo. El *doctor* retrocedió y sonrió.

—Mejor —lo felicitó.

A continuación, el *doctor* tomó un escudo de las mismas dimensiones que el que portaba el gladiador.

—Mi escudo bajas con tu escudo. —Y señaló el umbo de su propio *scutum*—. Después ataca.

Myrmex, de piel negra como el carbón, obedeció. Alzó el escudo con un movimiento ágil y lo apoyó sobre el umbo de su oponente, consiguiendo que su cuello y clavículas quedasen desprotegidos. Entonces, trató de ensartarlo con la espada, pero el *doctor* levantó con fuerza el escudo, alzando con ello también el del gladiador, y le pinchó con la punta de la espada en la parte derecha del abdomen.

—¿Por qué piensas yo quieto? —sonrió con malicia.

—Otra vez —solicitó el *provocator*, tratando de recuperar el aliento a bocanadas.

Clito notaba como las gotas de sudor se deslizaban por su cabeza rasurada. Deseó secárselas con el dorso de la mano, pero con el casco y el resto del equipamiento puesto era imposible. Tenía que aguantarse. El *doctor* se colocó en guardia, y, sin perder un instante, el campeón atacó con el borde inferior de su escudo en horizontal. El otro alzó de forma instantánea el *scutum* para protegerse el rostro. Veloz como un león, Myrmex se agachó y pasó el filo de su espada de madera tras los tendones de la articulación de la pierna de su

instructor.

—Yo cojo —bromeó éste—. Bien, *conio*.

—Esta no te la esperabas, ¿eh? —comentó Myrmex, orgulloso.

—No —sonrió Barbaricus—. Ahora sólo escudo, greba y *gladius*. Atención. Tú fallas, tú muerto.

El campeón se quitó el casco y el aire le refrescó la cabeza. Se acercó hasta la techumbre, bajo la cual estaban las mesas y los bancos, y dejó allí el armamento. Mientras aprovechaba para secarse el sudor, se percató de que alguien lo miraba. Al alzar la vista, se topó con la de una chica joven a la que no conocía. Era menuda y delgada, pero de anchas caderas. Su pelo, castaño, ondulado y largo, se mecía con cada movimiento que hacía al barrer. Clito le sonrió, y Kinane le respondió con el mismo gesto, antes de volver al entrenamiento.

* * *

Seutes, cargado con una calabaza vacía y las cadenas en las muñecas, inició el ascenso por el oscuro ramal hasta la galería principal, donde ya pudo ver la tintineante luz de una lucerna. Tenía los labios agrietados y la boca seca, al igual que sus compañeros. En un momento dado, una corriente elevó el polvo a su alrededor y le entró en los ojos. Cuando se los frotó para recuperar la visión, tropezó con un pozo de ventilación.

Se hundió por la cavidad hasta los muslos. Sus rodillas chocaron con la dura roca. Intentó separar las manos para ayudarse a salir, pero las cadenas se lo impidieron. Respiró hondo, para tranquilizarse y no perder el control de la situación. Le resultaba difícil ayudarse con las manos por culpa de los grilletes. Se zarandeó, en vano. Sin alternativas, arqueó la espalda hacia atrás, y con el peso de su cuerpo sacó las piernas poco a poco, notando cómo las piedrecitas del suelo le rasgaban la piel. Libre, aunque dolorido, se sentó un

rato para recuperar la compostura y miró hacia el orificio. Por poco no lo contaba.

Recordó que sus compañeros lo estaban esperando sedientos en la cámara de extracción, así que cogió la calabaza y retomó su camino. Una vez fuera, oyó una voz grave:

—Tú, ¿dónde vas? —lo increpó uno de los guardias.

Seutes se puso nervioso. Los centinelas, molestos por el tumulto del día anterior, buscaban cualquier excusa para ensañarse.

—Voy a por agua. Mis compañeros tienen mucha sed —balbuceó.

El centinela sonrió de forma chulesca y se acercó vara en mano.

—Si no les llevas agua, ¿se van a morir o qué? Vuelve dentro, inútil.

En ese momento, Seutes se percató de que Hidna, que echaba escombros en una carreta a poca distancia de allí, los estaba mirando.

—Hace horas que no beben. Hace muchísimo calor y la humedad es terrible —se quejó el joven.

—Entonces deja que te eche una mano. Yo te la lleno, amigo —sonrió el otro con malicia.

El centinela le hizo un gesto con los dedos para que le diese el recipiente. Seutes no se atrevió a negarse y le tendió la calabaza. El guardia se sacó el pene, y un chorro de orina caliente empezó a llenar el recipiente.

—Que no me entere yo que pasan sed —se rio.

Seutes, avergonzado, confiaba en que Hidna reaccionara, pero ésta se limitó a seguir con su trabajo. Furioso, entró de nuevo en su galería en absoluto silencio y, ya de nuevo en la bifurcación, se sentó en el suelo y estrelló la calabaza contra el muro. Se palpó las engrilletadas muñecas y lloró con desconsuelo. ¿Quién era él en medio de tanta miseria? ¿Volvería algún día a pasear por las calles de Histria? ¿Sentiría de nuevo los cálidos abrazos de su madre? Todo apuntaba a que su vida fuera de aquellos muros se había desvanecido para siempre.

* * *

Kinane se apresuraba a picar la cebolla, con tanta prisa que se hizo un corte en la yema del dedo índice. Al sentir el pinchazo, dio un respingo, más por desconcierto que por dolor. Un agota de sangre brotó, y la muchacha se lamió la herida para limpiarla. En la lengua le quedó el regusto a una mezcla de hierro y cebolla.

La compañía de la cocinera no le disgustaba. Desconocía mi origen, pero no hablaba su idioma. Manejaba las palabras relativas a los alimentos y con eso le bastaba para indicarle qué hacer. Por lo demás, si cumplía bien con su cometido, no se quejaba. Al menos en la cocina estaba lejos de la desaprobación de Laódice. Kinane lo prefería así.

Al principio, por lo que había visto en la *domus* de Deceneo en Histria, había creído que Critasiros era una persona amable y atenta, pero estaba equivocada. No tardó en darse cuenta de que el administrador sólo mostraba simpatía por su amo. El testo de los esclavos eran herramientas para él. Ella lo veía contradictorio, porque él era un siervo como ellos, pero el viejo se comportaba como si fuese también su propietario.

Descartado Critasiros para averiguar lo ocurrido a su hermano, solamente le quedaba una baza: Dinamia, la única esclava que tenía noticias de lo que pasaba en la ciudad. Además, a ella todavía no le había sacado el tema, así que pensó que no le sorprendería.

Cuando Dinamia entró para comprobar si la comida estaba lista, Kinane se acercó a ella con una sonrisa radiante.

—¿Qué tal estás hoy?

—Muy bien, ahora que te veo. ¡Huele de maravilla! —la felicitó la mano derecha de Laódice.

La joven se apartó un mechón de pelo, halagada por el comentario.

—No es mérito mío, yo sólo hago lo que me mandan. —Dinamia le devolvió la sonrisa y no añadió nada más, así que Kinane tiró de la cuerda—. Pero estar encerrada todo el día es un poco aburrido. ¿No ha ocurrido nada interesante en Histria últimamente?

—¡Ojalá tuviese yo tiempo para aburrirme! —bromeó la otra, arqueando las cejas.

—Escuché a Critasiros comentar algo de un juicio…

La esclava de pelo corto la miró con suspicacia, pero enseguida cambió su expresión a una más suave y agradable.

—Sí, juzgaron a un chico que había intentado asesinar a un soldado romano. ¡Qué temerario…!

—¿Cómo? ¿A un soldado romano? ¡Por Temis, que ese chico está condenado a muerte! —fingió como si fuera boba.

—Pues casi, porque lo han mandado al Mons Ferri. Si no ha muerto ya, lo hará pronto —dijo con una risilla que, en el fondo, perturbó a Kinane, quien hizo un esfuerzo por controlar sus emociones.

El incómodo silencio que siguió trató de salvarlo Dinamia con una fingida y estúpida sonrisa. Por suerte para ambas, la cocinera les indicó con gestos que el guiso estaba listo para servirse.

* * *

Atardecía, y eso significaba que pronto podrían volver a las barracas. La cola en la casa de aperos avanzaba con lentitud. El silencio era absoluto, y lo único que se escuchaba eran sus pasos al avanzar. Pronto los guardias iniciarían las rondas nocturnas y aprovecharían para abusar de su autoridad con total impunidad. Y Seutes no deseaba descubrir qué atrocidades deparaban a los infelices que estaban en su punto de mira. A pesar de estar entre la multitud, se sentía vigilado. La reacción sumisa de Hidna lo había acobardado. Si ella tenía miedo, ¿cómo no iba a tenerlo él? Se acarició las muñecas,

resentidas por el peso de los grilletes, y se maldijo por su inocente heroísmo. Ahora contaba con los dedos de las manos los días que le quedaban con aquella oxidada y humillante cadena.

* * *

El centurión Plistarco meditaba sobre lo que acababa de leer. Conocía a Comio desde hacía años, desde cuando ambos eran jóvenes y se alistaron en las tropas auxiliares. Por eso ahora le resultaba imposible creer que fuese un asesino.

Comio había sido indisciplinado al principio, brabucón, poco dado a cumplir órdenes y a respetar a la autoridad. Incluso siendo su amigo, cuando él obtuvo el ascenso a *optio* y luego a centurión, le costó ganarse su respeto. Al final, Plistarco lo había tenido que castigar para que obedeciese sus órdenes. No obstante, sabía que ese hombre al que ahora se acusaba de asesinato tenía buen corazón.

El documento tampoco daba por hecho su culpabilidad, simplemente era una orden de detención. Y, por lo que explicaba, había pasado un lustro desde los hechos. ¿Cómo demostrarían que Comio era el responsable? ¿Acaso había alguna prueba incriminatoria en su contra? ¿Por qué se destapaba ahora lo sucedido?

Tomó de nuevo la misiva y releyó la fecha: se había tramitado casi un año atrás. Entretanto, se había sucedido la guerra contra los getas, las invasiones bastarnas y roxolanas, el control de las ciudades costeras, el cambio político sucedido tras la muerte de Tiberio… Quizá no era tan descabellado pensar que se había retrasado por motivos evidentes.

Fuere como fuere, el portador del documento, un enviado del pretor provincial, era la persona responsable de detener y llevarse consigo a Comio. Y no había ningún modo de negarse a lo que

pedía.

Herio Asinio Plistarco tomó un sorbo de agua lentamente. Aquella guerra lo estaba hundiendo en la miseria. Estaba hastiado. De las órdenes injustas, de las represalias sin sentido contra la población inocente, de los abusos de sus compañeros de armas. El territorio que antaño habían logrado pacificar, ahora se impregnaba con la sangre de sus habitantes. Y la culpa era de quienes ejercían la misma autoridad bajo la cual él mismo estaba obligado a actuar. Sin embargo, sobre aquella orden de detención, él no tenía nada que objetar. Un tribunal determinaría si su amigo era o no un asesino.

Se puso en pie, decidido al fin. Al menos, hablaría con Comio antes de entregarlo. Que se enterase por su boca. Era lo mínimo que se merecía y él podía hacer.

—Haz llamar a Comio inmediatamente. No me importa lo que esté haciendo. Que venga ahora mismo —ordenó a uno de los soldados que hacían guardia en la entrada.

El enviado del pretor esperaba allí cerca, impaciente y con expresión adusta sobre su caballo. Con tal de no verlo, el centurión regresó dentro y cerró la puerta. Poco después, anunciaron la visita de Comio. Llevaba el pelo corto, casi rasurado, y la mandíbula, delgada, y los prominentes pómulos le afinaban el rostro. Plistarco se entristeció; quizá fuera la última vez que se vieran.

—Gracias por llamarme. Estaba limpiando letrinas —bromeó el *miles*.

El centurión respiró hondo. Comio se percató de sus dudas y torció el gesto con preocupación.

—Siéntate, por favor —pidió el oficial tras señalarle un taburete.

El soldado obedeció. Suponía que lo había llamado para castigarlo por alguna nueva falta, pero la seriedad de Plistarco lo desorientaba.

—¿Se puede saber qué pasa? —se agitó.

Herio Asinio Plistarco suspiró y se cruzó de brazos. Debía ir al grano.

—El hombre que has visto ahí fuera sobre un caballo es un

enviado del pretor provincial. Consigo ha traído una orden de detención contra ti.

Comio se puso de pie, alarmado:

—¿Contra mí? ¿Qué he hecho? —preguntó angustiado.

—Te acusan de asesinar a tu padre y a tu hermano: parricidio y fratricidio…

—No puede ser… —Abrió los ojos como platos.

Plistarco le posó la mano en el hombro para tranquilizarlo, pero éste retrocedió violentamente.

—Serás juzgado en Histria.

—¿Tú sabías que venían a por mí? —le espetó con rabia, sintiéndose traicionado.

—La orden acaba de llegar. La ha traído ese mismo hombre. Si hubiese tenido antes esta información, te habría avisado —contestó el oficial con tristeza.

El *miles* se derrumbó y cayó de rodillas al suelo.

—¿Y qué voy a hacer ahora? Por Júpiter, estoy muerto…

Comio se llevó las manos a la cabeza. El sudor le perlaba ya la frente y un desagradable hormigueo se le extendió por las manos. El recuerdo de las terribles palizas que su padre les propinaba a él y a su hermano lo invadió. Plistarco se acuclilló junto a él.

—Escúchame, no voy a dejar que te sentencien a muerte. Pero necesito que declares que tu propósito era defender a tu padre. Un parricidio es el peor crimen que se puede cometer. Aunque te cueste, debes culpar a tu hermano de la muerte de tu padre.

—No puedo hacer eso… —confesó su amigo entre lágrimas.

—Yo sé que mataste a tu padre para salvar a tu hermano, pero a ojos de un tribunal esa razón no es suficiente. Confiesa que pretendías salvar a tu padre. Si te condenan por parricidio…

—Me echarán al río en un saco… —sollozó, aterrorizado.

El centurión lo cogió por los hombros y lo zarandeó:

—¡Haz lo que te digo!

Pero Comio, fuera de sí, ya no escuchaba nada. Unos golpes en la puerta los avisaron de que se les había terminado el tiempo.

—Centurión, el enviado se impacienta —los instó un legionario—. Tiene que salir ya.

Plistarco ayudó a su amigo a incorporarse; le fallaban las piernas. Los legionarios que escoltaban al enviado del pretor apresaron a Comio, le ataron las manos con cuerdas y lo subieron a su caballo. El *miles* no se giró ni para despedirse, mientras el centurión se quedó plantado, inmóvil, hasta que lo vio salir del campamento. Después, cenó la puerta con fuerza y volvió a su escritorio.

—¡Mierda!

Rabioso, hizo volar la mesa de una patada. Varios objetos se estrellaron contra el suelo causando un ruido estrepitoso.

IX
SKOTOS

«Vivere, mi Lucili, militare est
(Vivir, querido Lucio, significa luchar)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 14, 96, 5

Nonis Iuniis.
5 de junio

—¡Repítelo si te atreves! —amenazó el reciario, tridente en mano.

—*Cinaede!* —lo insultó su contrincante.

Menoetius, furioso, levantó la red y la hizo girar para después lanzarla sobre su oponente, quien, armado solamente con una espada de madera, retrocedió. La red cayó en el suelo, y los espectadores se rieron a carcajadas. Clito, el campeón del *ludus*, observaba la pelea de brazos cruzados, mofándose del novato como el resto de sus compañeros.

Kinane y Critasiros se asomaron al patio al escuchar el alboroto. El *magister más* cercano guiñó un ojo al administrador: la pelea estaba bajo control. Ella se quedó observando al oscuro y fuelle gladiador, que parecía disfrutar del enfrentamiento. Por su parte, el adolescente amenazaba con su tridente de madera a un hombre de una veintena de años que se burlaba de él.

—¿Es todo lo que puedes ofrecer, pescador? —se rio el veterano.

La castaña melena de su joven contrincante se zarandeaba a cada acometida del tridente. El arma avanzaba y retrocedía, sin llegar a tocar cuerpo en ningún momento. Menoetius, rabioso, estaba cada vez más nervioso por haber perdido el valioso recurso al lanzar la red. Su oponente, sin embargo, mantenía la calma y una sonrisa burlona en el rostro.

Todos los presentes contemplaban con curiosidad la escena. A pesar de los esfuerzos de Menoetius por hacerse respetar, no tenía ninguna posibilidad. En un momento dado, el joven asestó una nueva estocada. El veterano, cansado de jugar, esquivó el golpe, cogió el asta del tridente y tiró con fuerza. La mala fortuna sorprendió al reciario, que no había esperado ese rápido movimiento y vio que se le escapaba el arma de la mano. Ahora el tridente lo sostenía su rival, que reía a carcajadas. Clito negó con la cabeza, resignado, pero con una sonrisa en el rostro. Después, echó un vistazo en dirección a Kinane, quien se ruborizó al sentir la atractiva mirada del gladiador.

Poco después de finalizar el entrenamiento, los luchadores disfrutaban de un plato de garbanzos cocidos bajo la sombra de la techumbre.

—Piensa menos que pez —bromeó el instructor roxolano con su marcado acento estepario.

En una mesa esquinera, Menoetius comía solo, pero hasta allí le llegaban los comentarios, y trataba de hacer oídos sordos. Hacía apenas una semana que había ingresado en el *ludus* y no quería enemistarse con nadie tan rápido. Además, para qué mentirse a sí mismo: no tenía nada que hacer contra ellos. Era una oveja rodeada por una manada de lobos.

—¡Hasta le he robado el tridente! —añadió el de nariz chata y ojos pequeños.

—Creo que es un rival de tu nivel, Pugnax —se burló el enorme campeón.

—Al menos servirá para los combates grupales. Hará buenas

migas con los condenados a muerte —respondió el *secutor* de nariz chata.

Clito miró hacia la esquina, desde donde Menoetius los escrutaba fijamente. Por un momento, el recluta le mantuvo la mirada, pero no tardó en agacharla por el respeto que le causaba la veteranía y el tamaño del gladiador. El joven continuó comiendo, con el rostro oculto bajo su corta melena castaña.

* * *

Oroles le señaló una lucerna, y Seutes no necesitó palabras para entender que necesitaban aceite. Se apresuró a coger el cesto de esparto cargado de tierra y mineral. Al levantarlo, un pinchazo en las lumbares lo hizo gruñir de dolor y, doblegado, soltó una maldición. Aun así, miró con rabia el capazo y apretó los dientes. Tenía que darse prisa o se quedarían a oscuras.

Un poco más allá, un nuevo pinchazo en las lumbares le hizo soltar la pesada carga. Con los grilletes en las muñecas le era imposible moverse rápido. Por un momento, se planteó abandonar el material y correr a por el aceite, pero, como prefería no hacer dos viajes, hizo acopio de todas sus fuerzas y continuó. Sin embargo, al no ver la luz de la lucerna de la bifurcación por ningún lado, empezó a ponerse nervioso. Su respiración se aceleró y tragó polvo, lo que lo hizo toser de manera violenta.

Angustiado, dejó el capazo en el suelo y continuó el camino con la esperanza de encontrar la salida a tientas. Le entraron ganas de llorar y pedir auxilio, pero sabía que nadie lo escucharía. Colocó las manos en la pared rocosa de su derecha. La piedra estaba seca y caliente. Así, arrastrando las yemas de los dedos a través de la superficie, para no perderse, logró llegar hasta la bifurcación. La lucerna que siempre estaba encendida se había apagado, y, tras unos instantes de descanso, continuó hacia la salida. Seutes tomó

una bocanada de aire para relajarse. De pronto, mientras seguía descendiendo, notó que la piedra estaba húmeda. Definitivamente, se había extraviado.

—¡Ayuda! —exclamó, en vano—. ¡Chicos, ayudadme!

Valoró aguardar donde estaba, pero pronto descartó la idea. Oroles creía que estaba de camino a por aceite, así que nadie vendría en su busca. La única alternativa era continuar andando. El suelo era cada vez más duro y húmedo, y, en un momento dado, resbaló. Sus dedos se deslizaron por la húmeda pared e, incapaz de asirse a nada por culpa de los grilletes, perdió el equilibrio y notó una ráfaga de aire en la cara. Cayó de espalda contra una superficie embarrada que amortiguó el golpe, aunque la sacudida lo dejó aturdido.

—¡Mierda! —maldijo—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Enfadado, golpeó el suelo con los puños varias veces para desfogarse. Continuaba sin ver nada. Sintiéndose completamente impotente, volvió a levantarse y dio unos pasos, hasta que sus pies chocaron con algo metálico. Al palparlo, se sorprendió. Era una pala.

«¿Dónde estoy?», se preguntó, y al fin murmuró:

—En la galería inclinada donde perdimos la pala…

Desesperado por la situación, se arrodilló en el suelo, apoyó la cabeza sobre el barro y empezó a llorar. El eco deslizaba sus sollozos a lo largo del agujero, y Seutes cayó en la cuenta de que la galería continuaba en sentido descendiente. Si había alguna probabilidad de salir, era a través de otro túnel que conectara con aquella cloaca.

Haciendo acopio de todas sus fuerzas, volvió a ponerse en camino. Los pies se le metían en el barro y cada paso era costoso, pero no tenía alternativa. Al fin, ya agotado, a lo lejos le pareció vislumbrar una luz. Seutes abrió y cerró los ojos un par de veces por si se equivocaba, pero no: una diminuta llama brillaba a cierta distancia. Con cuidado de no tropezar en medio de la oscuridad, avanzó a gatas. Cuando llegó hasta la lucerna, al ver que a un lado había una entrada a otra galería, saltó de alegría y se llevó las manos a la cabeza, untándose el pelo de barro. Entró en ella con

cautela, muy poco a poco, atento a lo que sentía con el tacto de los pies. El túnel estaba cada vez más seco.

—¿Hola? ¿Hay alguien ahí? —voceó, sin resultado.

En un punto, el camino se estrechó tanto que tuvo que arrastrarse. Por unos instantes, imaginó qué ocurriría si se quedaba atrapado y se aterrorizó, pero, al cabo de un momento, una luz al otro lado del angosto túnel le quitó la idea de la cabeza. Se agitó para continuar hacia delante hasta sacar del agujero el resto del cuerpo. Ante él, se erigía una cámara iluminada por la tenue llama de un candil. Agotado y falto de oxígeno, se echó en el suelo y respiró agriadamente hasta recuperar el aliento. Miró el techo de la estancia, donde las sombras se desplazaban por la rocosa y rugosa superficie.

—Al menos estoy vivo —se dijo a sí mismo.

Más calmado, se puso de pie y examinó las paredes. Estaban repletas de aquellos extraños y oscuros dibujos como los que decoraban su galería. Cabezas negras con ojos pequeños y dientes en forma de sierra. Pero, en esta ocasión, había algo escrito por doquier con el mismo carbón negro: **SKOTOS**.

Los ojos de Seutes viajaron por cada pulgada de la cámara. A su espalda, lo acechaba una figura negra sentada sobre un trono. El muchacho se asustó y cayó de culo al suelo. Retrocedió a rastras.

—¡Ayuda! —gritó, muerto de miedo—. ¡Ayuda, por favor!

Su respiración se aceleró y sintió un doloroso pinchazo en el corazón. Sin embargo, la extraña figura permaneció quieta. Le había parecido que se movía, pero, al observarla con detenimiento, pese a lo acelerado que estaba, se dio cuenta de que no, de que sólo serpenteaba por la ilusión de la luz del candil. Aun así, se aproximó lentamente, con precaución. Pronto se dio cuenta de que no era un espectro, sino algo construido por humanos. La cabeza estaba hecha de carbón, el cuerpo permanecía oculto bajo un manto medio descosido y su tronco no era más que una pila de rocas.

Desesperado, Seutes buscó cómo escapar, pero el único acceso era el estrecho agujero por el que había entrado. Entonces, cayó en

la cuenta y sonrió. Ahora contaba con un recurso que no había tenido al principio. Tomó el candil que iluminaba la cámara, con cuidado de no derramar su contenido. Ignoraba cómo había llegado hasta allí o quién lo había traído, pero lo ayudaría a escapar de aquel intrincado laberinto.

Como un gusano, se arrastró por el agujero, sin detenerse a pensar en el escozor de los arañazos en la piel. De vuelta a la galería inclinada, retomó el camino en sentido ascendente hasta que ubicó, gracias a las huellas en el barro, la cavidad por donde había caído. Miró la pala y pensó en llevársela, pero sabía que no podría cargarla. A duras penas lograba sujetar el candil por culpa de las cadenas.

Apoyó los pies en los laterales y se aferró a la pared para trepar a través del deslizante túnel. Entonces, la lucerna se le resbaló de las manos y cayó entre sus piernas. De nuevo, la oscuridad. Sabía, por eso, que debía de estar cerca, así que, acobardado hizo acopio de sus últimas fuerzas y llegó hasta la húmeda galería superior.

—¡Oroles! —voceó.

De nuevo, en vano. Y cada vez le resultaba más difícil respirar. Llevaba demasiado tiempo bajo tierra. Con el tacto de los dedos, trató de ubicarse y gateó por la galería, asustado con la idea de volverse a perder. Sin embargo, un tramo más allá percibió las ráfagas de aire fresco que venían del exterior. No lo cegó la cegadora luz diurna, tal y como esperaba, sino la tenue luz proyectada por la luna. Seutes se asustó. Desconocía cuántas horas había pasado en aquel infierno que casi le había costado la vida.

Agotado, se recostó en la entrada durante un buen rato para recuperar el aliento. Sus pulmones lo necesitaban. El aire en los túneles en ocasiones era muy húmedo y en otras demasiado seco y cargado de polvo. Al relajarse, sintió dolor en distintas partes del cuerpo. No al mismo nivel que la noche en que le apalizaron en Histria, pero casi.

Nunca había estado allí hasta tan tarde. De hecho, la mina parecía otro mundo. El silencio era absoluto. Las carretas no crujían por los terrosos caminos. Los guardias no proferían órdenes. No se

escuchaba el repetido e implacable picoteo contra la roca. No había nadie, ni un alma. Sólo la luna, las estrellas y él. En ese momento de calma, Seutes se sintió el rey de aquel profundo agujero. Ahora cuanto veía le pertenecía gracias al amparo de la noche. Pero pronto su estúpida fantasía se vio truncada por la cruda realidad. El rey de aquel infierno era Skotos.

Pensó en su familia, y se preguntó si su sacrificio habría servido para satisfacer a Kávaros. Ése era el único motivo por el que Seutes se levantaba cada día y se enfrentaba a la oscuridad de la mina. Cerró los ojos con fuerza, y recordó el pelo liso y castaño de Kinane y su tierna sonrisa, su pequeño y adorable lunar al lado de la comisura de sus labios. Era muy bonita, y no tardaría en casarse con algún joven afortunado. Anheló los besos en la frente de su madre y el característico olor a pan y a humo que desprendía cuando la abrazaba. Deseó verlas de nuevo, compartir un último momento con ellas y despedirse cálidamente y no de la forma violenta y abrupta con la que todo había sucedido. De su padre recordó cómo lo había abandonado a su suerte, y lo embargó una profunda rabia.

Dudó si regresar a su barraca o esperar allí hasta el día siguiente. Oroles y Ateas estarían preocupados por él, pero lo aterraba la posibilidad de cruzarse con las patrullas nocturnas. Con cautela, inició el camino de ascenso, atento a cualquier sonido que le indicara alguna presencia, y así logró salir del agujero en espiral sin contratiempos.

El viento nocturno y el miedo le pusieron la piel de gallina. A simple vista, no había guardias por la zona, de modo que continuó hasta alcanzar las balsas donde se separaba el mineral del escombro. Entonces, una voz masculina lo alertó de que alguien se aproximaba. Sin ningún lugar donde esconderse, se sumergió en el agua hasta la altura de los ojos y se quedó lo más inmóvil posible. Si lo descubrían era hombre muerto.

—Ahora es cuando no hay que aflojar. Si ven que les tenemos miedo, se crecerán —afirmaba el desconocido, cada vez más cerca.

—A esa Hidna le tengo ganas. Es una maldita espinilla en el culo.

Eso sí, ayer le meé a uno en la calabaza y se quedó callada como una perra. Si me llega a decir algo, le parto las piernas. —Otro soltó una carcajada.

Sólo cuando pensó que estaban ya lejos, se atrevió Seutes a deslizarse por el borde de la balsa. A cierta distancia aún podía ver a una decena de guardias custodiando con recelo la casa de aperos donde guardaban las herramientas. Sin más tiempo que perder, corrió hasta las zigzagueantes y estrechas calles que separaban unas barracas de otras.

—¿Dónde puñetas estabas? —le recriminó Ateas, asombrado al ver al chico tan empapado.

Sin mediar palabra, Seutes se tendió sobre la estera de esparto y respiró profundamente. El anciano lo observó, preocupado. Su comportamiento era cada vez más errático, y dudaba de si había sido una buena idea acogerlo en su humilde morada. Aquel muchacho no estaba acostumbrado a la nula libertad que ofrecía la mina y parecía no asimilar su nueva condición. Ateas, por el contrario, llevaba tantas décadas allí que no concebía vivir de otro modo.

—¿Quién es Skotos? —murmuró Seutes en voz baja, casi en un susurro.

—¿Cómo dices, pajarito?

El muchacho se tomó un tiempo para recuperar fuerzas.

—¿Quién es Skotos? —repitió al fin, aún tirado en el suelo con la mirada perdida hacia el techo.

El anciano se sentó en su camastro y meditó un momento. ¿Cómo conocía él a la oscura divinidad? ¿De dónde venía a aquellas horas de la noche? ¿Por qué estaba empapado y tenía el pelo lleno de barro?

—Skotos… —murmuró Seutes de nuevo.

—Hacía tiempo que no escuchaba ese nombre… —confesó el viejo mientras se mesaba la barba, ensimismado.

El joven pareció recobrar la energía y se dirigió hacia la pequeña mesa, donde había un trozo de pan duro. Sin decir palabra, se lo

llevó a la boca y lo devoró con ansia. Estaba hambriento.

—¡Oye, eso es para mis palomas!

Pero el histriano no dejó ni las migas, y después volvió a tenderse en el suelo.

—¿Quién es Skotos? —repitió, como si estuviese en trance.

—Te responderé si tú me dices de dónde vienes —repuso al fin el anciano.

—Vengo de conocerlo —afirmó el chico con estoicismo. Un escalofrío le recorrió la espalda al dueño de la barraca—. Iba en busca de aceite, pero de camino me he quedado a oscuras y me he caído en una galería inclinada.

—Por Gebeleizis…

—Hasta que he encontrado una luz que me ha llevado a una cámara llena de dibujos y con su nombre escrito por las paredes. Y allí, detrás de mí, estaba él —añadió—. Te juro que por un momento las piernas ni me respondían.

—Skotos es una divinidad oscura, Seutes. Es el dios de las sombras, un dios primordial. Su influencia se extiende allí donde la luz no llega.

—Como en la mina…

—Por eso muchos mineros le rinden culto, porque es el dios de los lugares más oscuros y tenebrosos. Los túneles y el subsuelo son parte de su reino. —Ateas se detuvo un instante y luego retomó la palabra—. El culto a Skotos se prohibió hace años, pero bajo tierra los guardias no tienen autoridad y las leyes son diferentes a las del mundo exterior. En la oscuridad, camino al inframundo, es Skotos quien dicta el sino de los mortales.

—He visto su cara pintada en varias galerías…

—Los mineros se amparan bajo su divina protección, y Skotos a veces se muestra benevolente.

—¿Y por qué prohibieron su culto?

—Porque, si los mineros tomaran conciencia de que Deceneo y la autoridad civil no tienen poder dentro de las galerías, se rebelarían contra ellos. Hace tres años, un terrible accidente acabó con la vida

de varias personas. Aquello desató un arrebato de toda la ira que llevaba mucho tiempo contenida. Murieron centenares de mineros y decenas de guardias. Desde entonces, existe un sentimiento de venganza por ambas partes que tarde o temprano estallará de nuevo —explicó Ateas.

—Pues alguien repone el aceite que ilumina la cámara de Skotos —confesó Seutes.

—Mientras existan las minas, existirá el culto al dios de la oscuridad.

X
MONS FERRI

«Barbarus hic ego sum, qui non intellegor ulli
(Un bárbaro soy aquí, ya que nadie me entiende)»,

Publio Ovidio Nasón, *Tristia*, 5, 10

Al amanecer, la comitiva abandonó Argamum en dirección al Mons Ferri. La conformaban cuatro hombres, entre ellos el pelirrojo Cothelas. El corpulento tracio era incapaz de asumir que su compañero de armas iba a correr el mismo destino que el joven que había intentado asesinar a Ébalo una semana atrás. Por su parte, Comio, cabizbajo, asumía la sentencia en completo silencio.

Consternados por la decisión del tribunal, nadie dijo ni una palabra a lo largo del trayecto. Lo único que les permitía su resignación era el enfado; un enfado ahogado que nadie dejaba translucir para no empeorar la situación del pobre Comio.

El condenado no los culpaba. Su centurión había hecho lo que estaba en su mano y más por salvarle la vida. Habían usado todas las bazas posibles para evitar su muerte y, en parte, lo habían conseguido. Sin embargo, ser sentenciado a las minas era como descender al inframundo, aunque antes de tiempo. Al menos, estaban cerca de su campamento, y los hombres tenían la esperanza de visitarlo si Marco Helvio Deceneo les permitía la excepción. Era de

sobra conocido que el magistrado detestaba la presencia de soldados romanos en sus dominios, pero quizá les pudiera otorgar algún favor especial.

En las murallas que rodeaban parte de la montaña, los centinelas apostados oteaban el horizonte. Dos de ellos, armados con lanzas y puñales en el cinto, les dieron el alto desde el adarve. Comio sintió un vacío en el estómago. Jamás había pensado que perecería entre tierra y escombros. El pelirrojo, ataviado con su capa tracia decorada con franjas azules y rojas, saludó sin demasiado ímpetu:

—*Salvete*. Traigo conmigo al soldado que esperabais —dijo, tratando de salvaguardar el poco honor que le quedaba a su amigo.

—Esperamos a un condenado a *damnatio ad metalla*, no a un soldado —concretó con malicia el centinela.

El comentario le sentó a Cothelas como una patada en el estómago.

—Soldados es lo que nunca llegaréis a ser vosotros —repuso Comio con desprecio.

Los legionarios rieron, no así el guardia, que se limitó a sonreír. Pronto saborearía su venganza. A aquel convicto le quedaba un hilo de libertad. Una vez traspasada la muralla, estaría bajo su control.

A su gesto, se abrió la poterna situada a la izquierda del acceso principal. Comio desmontó y se volvió para despedirse de sus hermanos de armas. Al igual que él, Cothelas y un tercero descabalgaron. No así el cuarto miembro de la comitiva, un soldado que servía al pretor provincial y estaba allí para cerciorarse de que el condenado llegaba a su destino.

—Ten cuidado. Éstos no te van a dejar pasar ni una. —El tracio pelirrojo lo estrechó contra su pecho.

Comio respiró hondo al sentir la calidez del cuerpo de su amigo. Le temblaba todo el cuerpo, por mucho que tratase de controlarlo. Su otro compañero también lo abrazó con desconsuelo.

—¿Vendréis a visitarme? —bromeó el convicto.

—Sólo si nos invitas —respondió Cothelas. Entre risas, las lágrimas se le escaparon.

—¡Tú! —gritó alguien desde la poterna—. ¡A ver si te crees que tengo todo el día!

Cothelas sintió ganas de desenvainar el *gladius* y ensartar a aquella alimaña. Comio, por su parte, se relamió los labios. Por mucho que alargase la despedida, tarde o temprano tenía que asumir su suerte. Como una marioneta manejada al antojo de las Moiras, no tenía poder de decisión.

—Dadle las gracias a Herio. Sé que ha hecho lo que estaba en su mano…

Y traspasó el umbral de la poterna. Cothelas escuchó el chasquido metálico de la puerta al cerrarse. Su compañero y él se quedaron un rato allí, ensimismados, divagando sobre el terrible futuro que le esperaba a su amigo.

A Comio lo condujeron hasta una garita de control donde lo hicieron esperar. No tardó en aparecer el guardia que poco antes había hablado con él desde el adarve, y el legionario dedujo enseguida lo que iba a ocurrir.

—A ver si de cerca eres tan valiente —espetó el centinela, y le propinó con rabia un varazo en la clavícula.

Comio se doblegó y apretó la mandíbula.

—¿No sabes pelear con los puños? —gruñó, desafiante.

Esta vez, la vara impactó contra su boca. Comio perdió el equilibrio y cayó de rodillas al suelo. La visión se le tornó borrosa y escuchó un molesto y agudo pitido en el tímpano. Todavía aturdido por el golpe, el guardia se marchó y él fue conducido a rastras hacia el siguiente muro.

* * *

—¿Cómo? ¿Kinane aún no ha venido? —se enfadó el administrador.

La cocinera negó con la cabeza. Critasiros, a trompicones, se removió. Una de las cosas que más lo sacaban de quicio eran los

esclavos irresponsables. Si uno fallaba en su trabajo, el resto asumía la sobrecarga.

Pasó de largo por el patio de entrenamiento y llegó hasta la puerta del cubículo. De un manotazo, la abrió y, al encontrarse a la joven desnuda en el camastro, se quedó inmóvil, sorprendido. Kinane respiraba de forma parsimoniosa y relajada. Critasiros se ruborizó. Los pechos de la muchacha eran firmes, y pronto su mirada descendió en dirección a su vientre y se detuvo en su velludo pubis. El esclavo recordó el suave tacto del pelo cuando la inspeccionó a su llegada. Por un momento, se imaginó rozándolo con los dedos de nuevo y notó una cálida erección en el pene. De repente, Kinane abrió los ojos y se agitó.

—¿Qué haces aquí? ¡Fuera, fuera! —exclamó, y se tapó el cuerpo con la sábana.

Critasiros, desconcertado, salió enseguida. Apoyó la espalda contra el muro y contuvo el aliento, hasta recordar el motivo de su visita. Así que volvió a entrar.

—¿Qué haces en la cama? ¡Ya ha salido el sol! —le gritó, en un intento por revertir su vergüenza.

Kinane, confusa, se fijó en la luz que penetraba en su cubil a través de la puerta y abrió los ojos como platos. Aún en el camastro tapada con la sábana, alegó:

—Lo siento, Critasiros. Vete para que pueda vestirme. No tardo nada.

El viejo cerró la puerta y se quedó fuera, parado, recordando el cuerpo desnudo de la muchacha. Se relamió el labio antes de marcharse.

* * *

Camino al mercado, Audata se detuvo frente a la fachada de la *domus* Helvia. Era doloroso imaginar que su hija se encontraba

detrás de aquel muro y que simplemente no pudiese entrar y abrazarla. Cada amanecer, contaba los días que le quedaban para reclamarla. Cargada con el cesto repleto de tela, reprendió su marcha hacia el puesto textil de Tomiris.

A veces, las dudas la invadían y se preguntaba qué motivo tenía para seguir con vida. Su marido había sido asesinado; su hijo, condenado a las minas, y su hija, ofrecida como esclava. Además, algunos de sus vecinos la ignoraban, como si no existiera, como si tuviese una enfermedad infecciosa. Los únicos con quienes mantenía relación eran Lipoxais y su esposa Tomiris. Si no fuese por ellos, le hubiese resultado imposible sobrellevar la situación.

El mercado de Histria estaba abarrotado, y la energía de los vendedores anunciando sus precios a viva voz alegró un tanto a Audata. Le reconfortaba la compañía anónima de quienes la rodeaban, aunque ellos ni percibieran su presencia. Estar entre las cuatro paredes de su casa, completamente sola, le parecía el peor de los martirios. Lo mejor era salir, distraerse y no pensar mucho.

De repente, le llamó la atención la voz de un orador rodeado por decenas de personas. Era de pequeña estatura, moreno, y se ataviaba con una *kausía* sobre la cabeza. En lo alto de los escalones del templo de Apolo, pronunciaba su discurso gesticulando violentamente.

—Histria sufre un ataque demoledor contra su libertad, similar al del reinado del terrible Burebista. En esos tiempos, la ciudad se vio destruida por la avaricia y las llamas del espíritu del tirano. ¡Pero las hordas tracias no doblegaron nuestras murallas! Sin embargo, hoy, los romanos, con sus invasivas políticas, nos someten sin necesidad de vencernos con las armas. Como a un rebaño de ovejas obedientes y sumisas, nos dirigen hacia el abismo ¡y nadie se atreve a oponerse! —decía el hombre, que había captado la atención de Audata y de muchos otros— ¡Histrianos, despertad! No nos disputamos los restos de un banquete, sino nuestra libertad. No os suméis al coro de murmuradores. Nuestro sitio está bajo la noche clara, armas en mano y en lo alto las estrellas. ¡Que sigan los demás

con sus festines! Nosotros permaneceremos con la alegría de un nuevo amanecer en nuestras entrañas. Nuestro será el triunfo. No hay más que un camino: ¡la insurrección armada!

—¡Muerte a Roma! —exclamó alguien.

—¡Muerte! —voceó otro.

El grandilocuente orador se percató de que la guardia de la ciudad se acercaba. Del mismo modo en el que había aparecido, se desvaneció entre el gentío. Audata escuchó los murmullos de quienes la rodeaban. Algunos manifestaban su hastío por la prolongada guerra, pero tenían miedo y se mantenían al margen. Otros, como el orador, preferían morir antes que someterse. Pero Audata tenía ya sus propios problemas como para complicarse más la vida con asuntos políticos.

* * *

A la hora de comer, Menoetius se encontró con que dos hombres ocupaban su mesa. Valoró la posibilidad de sentarse con ellos, pero la actitud amenazadora de ambos fue suficiente para comprender que había perdido su lugar predilecto. Además, el resto de los gladiadores no interactuaban con ellos, así que dedujo que eran criminales condenados a morir en la arena. De la calaña, lo peor.

El reciario miró a su alrededor. La única mesa libre estaba cerca de la de los veteranos. Pugnax lo humillaba constantemente en los entrenamientos. Clito directamente lo ignoraba; dentro de lo malo, Menoetius dedujo que no era nada personal contra él, sino contra cualquier novato. Los de mayor rango no se mezclaban con él ni con nadie que no hubiese participado todavía en los juegos gladiatorios. Pero no tenía otra alternativa. Con suerte, pensó, no le dirían nada. Sin embargo, los dos hombres se giraron de inmediato. Enseguida Clito continuó con la comida, pero Pugnax no tardó en hacer uno de sus habituales e hirientes comentarios:

—¿Quién te ha dado permiso para ponerte ahí, niño?

Menoetius, cansado de humillaciones, respondió sin pensar:

—No necesito el permiso de nadie para sentarme.

—Vete con los condenados a muerte —le ordenó el veterano gladiador.

Aunque lo hubiese querido, Menoetius no hubiese podido obedecer. Las piernas le temblaban y era incapaz de ponerse de pie. Se fijó en que todo el mundo lo observaba, a la espera de escuchar su respuesta. Todos salvo Myrmex, el campeón, que continuaba con la comida como si nada. El *magister* deambulaba cerca, así que concluyó que, si se peleaban, intercedería. Sin embargo, si se marchaba era hombre muerto. No en ese momento, pero sí en el futuro. Si agachaba la cabeza como un perro, sería tratado como tal hasta el final de sus días en el *ludus*.

—No quiero —logró balbucear.

Pugnax negó con la cabeza, se puso en pie y se relamió el labio, dispuesto a recordarle quién mandaba. Los gladiadores a su alrededor dejaron de comer para ver cómo le machacaba la cabeza por imprudente.

—Repite eso, niño.

—Voy a comer aquí —murmuró Menoetius con el poco valor que le quedaba.

El veterano se adelantó con intención de abalanzarse sobre él, cuando una enorme y callosa mano negra lo agarró por el hombro y lo hizo retroceder. Pugnax perdió el equilibrio y cayó sentado sobre su banco de madera. Sorprendido, se giró y se topó con el enorme Clito.

—¿Qué haces? —le increpó, estupefacto.

—Nos queda nada para terminar de comer. No pierdas el tiempo con un mierda. —Y entonces se dirigió a Menoetius—. Y tú, ten más respeto. Ni siquiera has combatido en la arena. No eres mejor que las gallinas del corral.

El reciario no supo qué decir. Los nervios le impedían hablar. En completo silencio, bajo la autoridad de Clito, los comensales

volvieron la vista a sus platos y la comida continuó como si nada hubiese sucedido.

* * *

Oroles se encogió de hombros, molesto. El día anterior Seutes había desaparecido sin dejar rastro, y ellos se quedaron a oscuras al no tener aceite para las lucernas. El muchacho meditó hasta qué punto era prudente entrar en detalles.

—Lo siento. Me quedé sin luz a medio camino y me perdí.

El geta lo ojeó con recelo y, al ver que Seutes no contestaba, le alzó la barbilla para insistir en sus demandas.

—No lo sé. Si lo supiese no me habría perdido, ¿no crees?

El mudo lo escrutó con sus penetrantes ojos azules. El joven tragó saliva. Su capataz le infundía un profundo respeto.

—Me quedé a oscuras y caí por la galería inclinada.

Oroles frunció el ceño y movió las manos para indicarle que continuara.

—Nada. Sólo mi pala —afirmó Seutes con rotundidad.

El geta, reticente, asintió antes de regresar a la cámara de extracción para continuar con el trabajo.

* * *

El agujero en el suelo era aterrador. Como las carretas en continuo movimiento, el alboroto de los hornos de fundición, los tullidos y mutilados que separaban el escombro del mineral, y los mineros cuyos rostros quedaban ocultos por pañuelos para protegerse del mortal polvo. Comio se quedó sin aliento.

El sabor férreo de la sangre le recordó el varazo del guardia en la

boca y decidió ponerse en marcha. Le habían indicado la bocamina a la que debía descender, así que, con el corazón en un puño y un nudo en la garganta, inició el camino hacia el inframundo.

Por un momento, imaginó tener su *gladius* a mano para ensartar al guardia que le había dejado en la clavícula un enorme moratón de bienvenida. Sin dudarlo, le habría abierto las tripas y hubiese disfrutado colgándolas del asta de su *pilum*. Pero ahora no tenía más armas que sus manos desnudas.

A su alrededor, los demás prisioneros salían y entraban en la mina sucios y cubiertos de polvo. La mayoría eran jóvenes y de mediana edad, pero ninguno anciano. Sin duda, en el infierno no había cabida para los más débiles. Tarde o temprano morían en aquel miserable agujero perdido del mundo.

—Tú, ¿eres el nuevo? —le espetó un guardia.

—Sí —respondió, lacónico.

—Ésta es tu galería. Coge un capazo y empieza a sacar escombro —le ordenó, señalándole un cesto de esparto.

Comio obedeció sin demasiado entusiasmo, al tiempo que examinaba la entrada, excavada en la tierra como si fuese una guarida de conejos, pero de mayor tamaño. Era admirable que no colapsase y se derrumbase el túnel entero. Al principio, dudó. Frente a él sólo había oscuridad, y se le antojó raro que en el fondo de aquel agujero hubiese alguien.

—Es para hoy —insistió el guardia.

El legionario se giró, desafiante, pero la vara que sostenía el vigilante en la mano le recordó el bastonazo en la boca y el moratón en la clavícula. El dolor todavía era demasiado punzante como para querer repetir, así que caminó con desgana hacia el interior del asfixiante túnel, despacio, con miedo a tropezar o chocar con alguna piedra. El aire estaba cargado de polvo, y tuvo que cubrirse la nariz y la boca con la túnica.

—Esto está más oscuro que mi culo —comentó para sí mismo en voz alta.

A lo lejos podía ver una tenue luz. Cuando llegó hasta allí, se

percató de que había dos caminos posibles. Aquella zona de la galería estaba apuntalada con madera, lo que lo tranquilizó un poco. Sin embargo, se fijó en que, sobre el agujero en la roca en el que se encontraba la lucerna, había dibujado un círculo con ojos y una boca terrible con dientes de sierra. Comio respiró hondo y trató de convencerse de que no pasaba nada. Si las hordas de roxolanos y bastarnos no habían conseguido amedrentarlo, mucho menos una madriguera de zorros.

Sin saber qué dirección tomar, esperó hasta escuchar, a través de uno de los túneles, un leve pero constante piqueteo. A los lados de la galería se abrían pequeños agujeros, como si hubiesen deseado abrir nuevas vetas de manera infructuosa. Luego, por delante, oyó que alguien se acercaba. Las pisadas al romper las piedrecillas del suelo se hicieron cada vez más perceptibles.

Consciente de que el túnel era demasiado estrecho para dos personas, Comio volvió sobre sus pasos hasta la iluminada bifurcación. A su espalda estaba demasiado oscuro para distinguir con claridad al extraño que avanzaba tras de sí. Una vez junto a la tintineante luz de la lucerna, el soldado esperó con curiosidad a que llegara su supuesto compañero de fatigas. Abrumado por el polvo, tosió. Cuando al fin el otro apareció, su rostro le resultó familiar, aunque Comio no acababa de reconocerlo. Sin embargo, el otro, cubierto de polvo de la cabeza a los pies y con las muñecas encadenadas, lo recordó al momento.

—Tú…

Y la imagen del prisionero en la tienda del campamento le azotó la memoria como un vendaval.

—Eres el que intentó matar a Ébalo…

—Y tú el soldado que me trajo la comida…

* * *

Al finalizar el entrenamiento, el fatigado Clito se dirigió hacia la *domus* de Marco Helvio Deceneo. Una vez en la puerta, esperó a que algún esclavo doméstico se percatara de su presencia. Critasiros, que tenía su despacho en el vestíbulo, no tardó en advertir que el *primus palus* aguardaba en el exterior.

—¡Myrmex! —exclamó extrañado desde su escritorio.

El respetuoso gladiador asomó la cabeza, sin dignarse a entrar sin permiso.

—¡Salve, Critasiros! —saludó.

—Salve, Myrmex. ¿Qué quieres? —Se mostró molesto mientras hacía cálculos con su ábaco.

—Sí, verás —y se detuvo para reflexionar su petición—, necesito pan y vino para una ofrenda.

El gladiador se mantuvo a la espera, paciente. No le gustaba tener que pedir. Al final, el administrador lo invitó a pasar con el índice.

—Ve a la cocina y pide lo que te haga falta —lo autorizó la mano derecha del *paterfamilias* con desgana.

El orgullo del *ludus* penetró en la casa con la cabeza gacha. Aquél era el hogar de Marco Helvio Deceneo, el hombre más importante de Histria. El hogar, el lugar más sagrado para un hombre y su familia. Para el esclavo, resultaba raro adentrarse en él.

Clito se acercó hasta el umbral de la cocina, donde dos mujeres preparaban con energía la cena. Una de ellas era Kinane, la chica nueva que hacía poco tiempo que había llegado a la villa. Myrmex la analizó. Era pequeña y delgada, pero de oscilantes curvas. Su cabello castaño era liso y brillante.

—Tú —lo señaló con brusquedad la cocinera.

El gladiador se quedó paralizado, pero pronto descubrió que los toscos modales de la esclava se debían a que no hablaba ni pizca de latín ni de griego. La otra se dio la vuelta y descubrió al musculoso y negro gladiador tras ella.

—Hola —saludó él, algo incómodo por la situación.

—Hola —respondió la muchacha, nerviosa.

—Dime —dijo el avergonzado gladiador, que hacía mucho tiempo que no hablaba con una mujer.

—Dime tú —se rio Kinane, acelerada—. Estás en mi cocina.

—Sí, perdona. —Clito, sintiéndose estúpido, se golpeó la afeitada cabeza con la palma de la mano—. Necesito pan y vino para un sacrificio. Me ha dicho Critasiros que os lo pida a vosotras.

Kinane se volvió para ir a la despensa, y el gladiador aprovechó para observar su delicada y diminuta figura. Poco después, la joven le ofrecía un pan redondo hermoso, de agradable tacto esponjoso por la harina. Luego, Kinane le acercó una enócoe de terracota con un hermoso dibujo de color negro: una escena de la *Ilíada*, en la que el héroe homérico Aquiles vendaba al malherido Patroclo.

—Muchas gracias —sonrió Crito, satisfecho.

La joven asintió y esbozó una luminosa sonrisa que provocó en el *primus palus* una inexplicable paz.

Mientras cruzaba el patio, las miradas de los gladiadores seguían a la imponente figura del orgullo del *ludus*, cargado con un hermoso pan en una mano y una enócoe en la otra. Era evidente que Myrmex se dirigía hacia el larario para ofrecer una ofrenda a las divinidades. Aunque a muchos los abrumaba la curiosidad por conocer el motivo, nadie se atrevió a interponerse en su camino.

Antes de iniciar el ritual, Clito depositó sobre una pequeña mesa los alimentos y se limpió las manos y el rostro con esmero. Mientras tanto, el dios Helios se retiraba y la oscura Nix se apropiaba lentamente de su reino. En el centro de larario, una lucerna iluminaba con su cálida llama las figuritas que representaban a las divinidades. Con suavidad, Myrmex pellizcó un poco de incienso y lo encendió. Un hilillo de humo serpenteante ascendió hacia el cielo.

—Némesis, divinidad de la venganza, el equilibrio y el castigo a los culpables, a ti te invoco. —Levantó las palmas de las manos hacia arriba—. Tú, que siempre me has favorecido, escúchame. Para ti es esta ofrenda de incienso, pan y vino. A tu favor yo apelo.

Con suavidad, cogió el esponjoso pan y lo dejó frente a una figurilla de barro que representaba a una mujer con una corona en

la cabeza, una rama en una mano y una rueda en la otra.

—Némesis, escúchame. A tu favor yo apelo. Considera justa mi petición y castiga a Lascivus de la misma manera que él lo hizo conmigo. Permíteme la victoria en nuestro próximo encuentro. Equilibra la balanza y favoréceme, para que mi *gladius* atraviese su vientre del mismo modo que él lo hizo conmigo. Junto al incienso y el pan, vierto este vino para que me seas propicia, oh, Ramnusia[2]. Clito cogió con delicadeza la pátera de cerámica que permanecía siempre junto al larario para las libaciones. A continuación, vertió poco a poco el contenido de la enócoe en el sacro recipiente y lo depositó junto a la figurilla.

—Favorece mi ansiada venganza, Némesis. Ofréceme la oportunidad de arrebatar a Lascivus su dignidad. Permíteme vencerlo en combate y hundirle mi afilado hierro en las entrañas. Que sus ojos no vean nunca más la luz del sol tras nuestro próximo combate. A cambio, te ofrezco este sacrificio de incienso, pan y vino. Atiende mis súplicas, oh, divina Ramnusia.

XI
LUJURIA

«Ni timur in vetitum semper cupimusque negata
(Siempre anhelamos lo prohibido
y deseamos lo que se nos niega)»,

Publio Ovidio Nasón, *Amores*, 3, 4, 17

Unos días más tarde, Critasiros espiaba a Kinane mientras ésta picaba apio. Observó sus glúteos, que se movían con suavidad, y fantaseó con acariciarlos con las yemas de los dedos. Cada pensamiento aumentaba su excitación y su temperatura corporal. Cerró los ojos y recordó su cuerpo desnudo y firme.

—¿Lo tienes todo listo? —lo sorprendió una voz femenina a su espalda.

Critasiros se giró y se encontró con Laódice, ataviada con una *palla* blanquecina desde el hombro hasta los pies. La conversación llamó la atención de Kinane, que aun así no perdía de vista el cuchillo con el que cortaba el apio.

—Sí, desayuno y me marcho, *domina* —respondió obediente.

—Bien, prefiero que vayas tú a la mina y no mi marido. Demasiado ocupado está ya.

—Sí, *domina*. Ya tiene suficientes quebraderos de cabeza… —Y agachó la cabeza en señal de respeto.

Laódice se marchó, y al momento entró el administrador, casi tropezando con sus pequeños pies. Tras supervisar que todo estuviera en orden, se acercó a la muchacha, fija la mirada en sus labios, carnosos y rosados.

—¿Ya está lista mi comida? —preguntó, tratando de sonar solemne.

—Sí, Critasiros —Kinane sonrió. Quizás era su única oportunidad —. ¿Y cómo es que vas a la mina?

El viejo se extrañó al sentir mariposas en el estómago. Curiosamente, ya no le importunaba su presencia ni le molestaban sus preguntas; bien al contrario, le removía que la joven tuviera curiosidad por sus quehaceres.

—Es mi responsabilidad como administrador —afirmó con orgullo.

—¿No te da miedo que los prisioneros se rebelen? Debe ser un sitio muy peligroso.

—Bueno, es mi día a día. Claro que tiene sus riesgos, pero es mi deber —presumió él, hinchando el pecho como un palomo.

—¿Me dejas acompañarte? —le suplicó Kinane, haciéndose la boba—. Seguro que es otro mundo.

—No es lugar para mujeres decentes —negó él, agitando la mano—. Tu sitio está aquí, junto a la *domina*, por si requiere de tus servicios.

—Tengo la sensación de que la *domina* rehúye mi presencia —A Kinane se le quebró la voz—. Creo que no le importaría.

Critasiros notó que su miembro se engrosaba y se ruborizó. En lugar de avergonzarse por haber sido vista desnuda, aquella muchacha parecía reclamar su compañía. Pero el administrador sabía que debía mantener la mente fría, no podía dejarse llevar por la lujuria. Para que Kinane saliese de la villa, la *domina* debía estar informada y, por supuesto, dar su consentimiento.

—Veré lo que puedo hacer —dijo al fin, y salió de la cocina.

Cuando supo que ya no podía verla, Kinane cerró los puños y dio saltitos de alegría.

* * *

Dinamia estaba maquillando a Laódice cuando Critasiros llegó a la planta superior. Como no quería importunar, aguardó con paciencia hasta que la *materfamilias* le preguntó qué quería.

—*Domina*, me gustaría que Kinane me acompañara.

—¿Para qué? —inquirió Laódice con suspicacia.

Dinamia también frunció el ceño, desconcertada por tan extraña petición. El hombre procuró buscar una buena excusa, pero se vio incapaz de mentir a su ama.

—Necesito… —balbuceó sin saber qué decir—. Necesito ayuda.

—¿Ayudarte en qué, Critasiros? —insistió Laódice con recelo.

—Tengo mucho trabajo acumulado, *domina* —añadió, poco convincente.

La mujer suspiró, segura de que se trataba de un interés carnal. Al fin y al cabo, aunque fiel, era un hombre. Sonrió brevemente al imaginar al canoso administrador junto a aquella despreciable esclava. Pero, en el fondo, se dijo, no era tan mala idea. Así mantendría a aquella furcia alejada de su marido.

—Bien, si tan atareado estás, que te acompañe —sentenció Laódice, y despachó al esclavo agitando la mano.

Una vez solas, Dinamia y su *domina* intercambiaron miradas. La sierva sonrió maliciosamente y retomó su labor de maquillaje. Laódice entrecruzó las manos, satisfecha.

* * *

Menoetius practicaba sin descanso en busca del modo más efectivo de lanzar la red. Los instructores dedicaban más tiempo a los

veteranos de la casa, por lo que casi no se fijaban en los fallos que cometía. Sólo Pugnax, el *secutor*, no le quitaba el ojo de encima. En algún momento podía convertirse en su rival.

Clito descansaba bajo la sombra mientras bebía un vaso de agua fresca. El orgullo del *ludus* se fijó en el reciario y se cruzó de brazos. A ese paso, perdería su primer combate en el anfiteatro. Pugnax, por su parte, aprovechaba la mínima oportunidad para burlarse de él. El campeón, pensando que a su amigo le vendría bien una lección de humildad, se dirigió al novato.

Cuando éste vio acercarse a aquella mole negra, le temblaron las piernas. Era el preferido de Deceneo, su fama le precedía: cuatro victorias y una *missio* en su palmarés. Lo había visto entrenar aparte con su *doctor*, pues le sacaba demasiada ventaja al resto de sus compañeros. Sin duda, si Clito quería tener algún problema con él, estaba perdido.

—Tiro, ven aquí —le ordenó.

Menoetius obedeció al instante.

Pugnax descansó sobre el borde de su escudo, curioso por saber qué broma pesada había preparado su amigo.

—Si tú estás armado y yo no, ¿quién tiene ventaja?

La pregunta le pareció extraña, pero no había más respuesta que la obvia:

—¿Yo…? —titubeó.

—Entonces explícame por qué le lanzas la red, imbécil. ¿No ves que el casco de tu rival es redondeado justamente para que te cueste atraparlo?

—No lo sé… —Se encogió de hombros.

—Por Némesis, no tienes ni idea.

—La verdad es que no —reconoció el aspirante a reciario.

—Escúchame bien —le dijo casi en un susurro—: la red y el tridente son tus ventajas. Eres un gladiador ligero. Si pierdes las pocas armas que tienes, date por muerto. Lanza la red sólo cuando tengas una oportunidad clara, y usa el tridente para ganar distancia con tu enemigo. Apenas tienes defensas, mientras que ellos sí. Que

no se te acerquen tanto. Pugnax es un *secutor* y tú un reciario. Él tiene que cazarte.

Clito se fijó en el cuerpo de Menoetius: atlético, joven, ágil.

—Él se cansará antes que tú. Acéchalo hasta que veas la oportunidad de atravesar su guardia. Y no desesperes. La última vez te quitó el tridente y te dejó en ridículo.

Y el otro asintió con la cabeza.

—Gracias, Clito —le agradeció, ruborizado, y asintió con la cabeza.

Y el campeón se retiró de nuevo bajo el cobijo de la agradable sombra de mediodía.

* * *

A Comio no le hacía ninguna gracia compartir galería. Estaba seguro de que su compañero no era de fiar y de que tarde o temprano le abriría la cabeza con la pala o con cualquier piedra a su alcance. No en vano había intentado asesinar a Ébalo. Pese a todo, hasta el momento Seutes no se había mostrado hostil o violento. A simple vista parecía un chico cualquiera, sólo obcecado en sobrevivir en aquel infierno. Pero Comio tenía claro que no iba a darle la menor posibilidad de sorprenderlo por la espalda. Por eso siempre esperaba a que Seutes recorriera primero las galerías, y, con enorme recelo, no daba un paso sin antes estar seguro de que tenía la situación bajo control.

Estaban ambos vaciando el contenido de sus pesados cestos en el exterior cuando el guardia apostado en su tramo los llamó para dirigirse hacia una nueva bocamina. En silencio, escoltados siempre por un vigilante, obedecieron y comenzaron a descender por la pendiente de la infinita espiral hasta llegar junto a un grupo que esperaba la orden de penetrar en una galería desconocida. Por lo visto, en una de sus cámaras se habían encontrado vetas generosas

de mineral.

Entre los presentes se encontraba Hidna, rodeada por una decena de niños cargados con picos, alcotanas, cinceles y martillos. Al verlos, a Comio y Seutes se les cayó el alma a los pies. Los pequeños estaban vestidos con harapos roídos por la tierra y el sol. El histriano se fijó en uno de ellos: era una niña, pero la cara sucia de barro y el pelo corto dificultaban darse cuenta de ello, como también era difícil especular su edad. Casi esquelética, tenía los bracitos y las piernas diminutas, enflaquecidas por el hambre y el arduo trabajo. Las manitas, llenas de callos y llagas diminutas, prueba de la vida miserable que soportaba. El pelo rubio, enmarañado y lleno de polvo. El rostro, triste, impasible. Seutes dedujo enseguida que aquella pequeña no conocía la vida fuera de aquel infierno. Y pensó, por un momento, que quizás algún día él también podía tener hijos en la mina. Aquella sencilla idea, plausible porque jamás saldría de allí, lo aterrorizó. Antes prefería matar a su recién nacido que condenarlo a sufrir de ese modo.

* * *

A Kinane le asombró la enorme muralla que rodeaba las minas. Su infinita altura la hacía sentir vulnerable. Aquella mole era la que privaba de libertad a su hermano y a centenares de personas más. Su ilusión de rescatar algún día a Seutes se esfumó por completo. Era completamente imposible salir o entrar de allí sin el beneplácito de Marco Helvio Deceneo.

Critasiros le mostraba el recinto con orgullo. Cuanto más altas e impenetrables, más poderoso era él. Aparte de su amo Deceneo, sólo él administraba la mina. Los guardias, ciudadanos libres, obedecían sus órdenes: las de un esclavo. Cuando su *dominus* no estaba, él representaba su autoridad.

—Es enorme, ¿verdad? —le preguntó Critasiros con una sonrisa

de vanidad.

—Yo… —balbuceó ella—. No la había imaginado tan imponente.

—¡Abrid la puerta, es Critasiros! —bramó uno de los centinelas desde el adarve.

—¡Te conocen! —exclamó Kinane con fingida admiración.

—Claro, ¿qué esperabas? —gruñó él, presuntuoso.

La enorme puerta de manera crujió al abrirse. Al cruzar el dintel, Kinane se fijó en que junto a la entrada principal había una poterna más pequeña. Al otro lado, los esperaban dos centinelas armados, espadas al cinto, y la joven se puso nerviosa. En el interior, bajo la atenta supervisión de los guardias, el bullicio era enorme. Gente moviéndose por doquier y carretas arriba y abajo. Supo al instante que hallar allí a su hermano sería prácticamente imposible.

* * *

Hidna, seguida por los niños, encabezaba la columna que avanzaba hacia la bocamina, y Comio observó boquiabierto la serenidad con la que los pequeños recorrían las galerías en dirección a su destino: en silencio, sin temor. En un momento dado, el grupo se detuvo. Hidna saltó una *spiramina* apenas perceptible en medio de la oscuridad. Los niños, pacientes, esperaron a que la mujer los fuera cogiendo de las manos y los ayudara a cruzar, uno a uno.

La tos de los pequeños hacía eco en la roca, y Seutes se estremeció. Sus jóvenes pulmones eran incapaces de soportar el terrible polvo. Algunos, con la boca y la nariz cubiertas por pañuelos, aguantarían más tiempo, pero tarde o temprano la enfermedad los mataría. Skotos no era compasivo con los más débiles.

Al llegar a la cámara de extracción, Hidna echó un vistazo a las paredes y señaló donde tenía que picar cada uno. Armados con martillos, picos y cinceles, los pequeños iniciaron el rítmico golpeteo contra la piedra para abrir las vetas que luego, si eran fructíferas,

ampliarían los adultos.

Seutes se quedó asombrado por la precisión con la que los críos trabajaban. Conseguido un agujero inicial en la terrosa pared, cambiaban de herramienta y arrancaban los fragmentos sueltos con una alcotana. Hidna se acercó a uno de ellos y dejó a su lado un muñeco de trapo. Después, le indicó a Comio que trajese un brasero y vinagre.

—¿Y de dónde saco yo eso? —El soldado frunció el ceño.

—Habla con el guardia, novato. Él te dirá dónde conseguirlo —repuso, malhumorada.

Comio pareció vacilar antes de iniciar solo el regreso al exterior.

—Y tú, Seutes, ya puedes empezar a trabajar —le ordenó entonces la mujer.

El muchacho asintió y comenzó a llenar de escombros su cesto de esparto. Mientras lo hacía, miró de nuevo el muñeco de trapo, que parecía supervisar su trabajo, quieto y con la mirada fija. Tenía la cabeza negra y, bajo los ojos, una sonrisa poblada por dientes en forma de sierra. Seutes recordó la inquietante representación de la divinidad oscura que había encontrado en las entrañas de la mina.

—Hidna, ¿para qué has traído a ese pelele? —preguntó con curiosidad.

—Para que no tengan miedo en la oscuridad —respondió ella, calmada.

—Pero es sólo un muñeco de trapo… —se burló él.

—¡Cállate! —le gritó un crío—. ¡Era de su hijo!

Seutes sintió que se le removía el estómago. Ignoraba que Hidna hubiese sido madre, pero entonces comprendió por qué Ateas le había dicho que se la tenía jurada a Deceneo. «Lo que la mina te da, la mina te lo quita», habían sido las terribles palabras del viejo. Y comprendió por qué había elegido acompañar a los niños a abrir nuevas vetas.

—Perdón, yo… —se lamentó.

—Déjalo —lo interrumpió Hidna con pesar—. Sigamos con esto.

El joven se limpió el sudor con el dorso de la mano y percibió el

polvo adherido a su piel. Arrepentido por lo que había dicho, escrutó de reojo a la mujer, que iba de un niño a otro para supervisar que estuvieran bien.

Comio no se hizo esperar y apareció cargado con un cuenco lleno de brasas y una pesada tinaja.

—¿Cómo lo has traído todo en un solo viaje? —se desconcertó Hidna.

—Soy soldado, joder —presumió el otro con orgullo.

Con ayuda de una pequeña pala, Hidna cogió un puñado de brasas. Por un momento, su rostro moreno resplandeció como el de una divinidad, justo antes de que lo depositara en la base de la veta rocosa. Repitió luego la operación varias veces.

* * *

En su paseo por las minas, Critasiros y Kinane dejaron atrás un enorme almacén custodiado por una decena de guardias. Más adelante, llegaron a otra muralla, y Kinane la observó confusa.

—¿Es otro tramo de la muralla principal?

—No, es la muralla interna —le explicó él, vanidoso—. Tras esos muros están las alimañas.

Kinane, aterrada, se percató de que aquella fortaleza era, si cabía, aún más inexpugnable que la primera. Contaba con torres de vigilancia más altas y artillería de larga distancia. Máquinas que jamás había visto, pero los largos y grandes proyectiles prometían ser mortíferos. Una puerta de madera maciza, poco más grande que el tamaño de una carreta, y una poterna eran los únicos accesos al otro lado.

—Ahora te voy a mostrar mi despacho —comentó el administrador, ufano.

El paseo cambió de rumbo, mientras la joven continuaba examinando con disimulo la mole que la separaba de su hermano.

—¿Y es suficientemente segura?

Critasiros soltó una carcajada.

—Es más inexpugnable que la muralla de Histria. Lo único que sale de ella son los desbastes de hierro que luego fundimos para hacer los lingotes.

—¿Y los mineros? —Kinane tragó saliva.

—De ahí no salen, ni vivos ni muertos. La única excepción es si hay un accidente grave que requiera asistencia médica inmediata.

La joven enmudeció, y el esclavo supuso que era síntoma de que estaba sobrecogida ante el dominio de la familia Helvia.

—Mi oficina —exclamó el administrador, orgulloso, al detenerse frente a una caseta de madera.

En cuanto entraron, el viejo cerró la puerta de un manotazo y escrutó a su presa con deseo. Ajena a todo, la muchacha tocaba con curiosidad cada objeto de la estancia. Los ojos de Critasiros viajaron a través del cuerpo de la joven y su corazón se aceleró. Sus pupilas se dilataron. Ansiaba estar dentro de ella, apretar sus nalgas, morderle el cuello, oler su piel desnuda. Sin pensárselo más, extendió su rugosa mano y la agarró por la cintura. Ella, desconcertada, dio un respingo y retrocedió.

—¿Qué haces? —preguntó.

—Al fin estamos solos… —soltó él, preso de la excitación.

—Te estás equivocando. —Kinane tembló. Un escalofrío le recorrió la espalda.

—Quítate la ropa.

—¿Estás loco? —exclamó, aterrada.

El administrador la agarró más fuerte e intentó forzarla, pero ella, fuera de sí, le propinó una patada en el estómago que lo doblegó en el suelo.

—Puta asquerosa… —maldijo Critasiros entre gruñidos—. ¿Para qué te insinúas entonces, zorra?

—¡Yo no he hecho nada!

—¿Cómo te atreves a pegarme? —Se incorporó lentamente—. Deceneo te hará cortar la garganta, como se la cortaron a tu padre.

La joven retrocedió. No entendía nada.

—¿Cómo? —fue la única palabra capaz de articular.

—Tu familia y tú sois de la peor calaña. ¿Te crees que no he investigado quién era tu padre Akornion? —Critasiros esperaba una respuesta, pero ella no abrió la boca—. Sí, le cortaron la cabeza como a un perro.

—¡Mentiroso! —reaccionó al fin.

—No vas a volver a ser libre —afirmó el hombre con una maliciosa sonrisa—. Te juro por Némesis que, mientras yo viva, no lo permitiré. Tu padre era tu único valedor y está muerto. Así que más vale que aprendas cuanto antes a obedecer, sucia ramera.

* * *

Cuando estuvo bien caliente, Hidna ordenó a los niños que retrocedieran. Era el momento de quebrar la roca, la parte más peligrosa del proceso. Decidida, cogió un cincel y un martillo, y picó en varios puntos con precisión.

—¡Ahora, Comio!

El soldado vertió poco a poco el vinagre sobre la roca, que desprendía vapor al entrar en contacto con el frío líquido. Los puntos en los que la mujer había picado se agrietaron y crujieron. De repente, la tinaja resbaló de las manos del militar, y el vinagre se derramó sobre las abundantes brasas. De inmediato, una enorme nube de humo inundó la cámara.

—¡Mierda! —maldijo Comio.

Las lucernas se apagaron. El humo avinagrado les escoció los ojos. Seutes tosió con brusquedad.

—¡Salid! —ordenó la curtida veterana.

Sumidos en la más completa oscuridad, el histriano comenzó a guiar al grupo hacia el exterior. Algunos de los más pequeños empezaron a llorar, lo que los hacía toser con más fuerza. Comio, en

el orificio de entrada a la cámara, palpaba las cabezas de los niños conforme abandonaban la estancia. Al fin la sala quedó en silencio, salvó por la agitada respiración de Hidna.

—¿Queda alguien? —preguntó angustiada.

Pero nadie contestó.

—Sólo he contado ocho… —balbuceó el soldado.

Hidna se agachó y, a tientas, comenzó a palpar el suelo. No tardó en encontrar, inconscientes, a los dos niños que faltaban. La mujer los zarandeó, pero ninguno de los dos reaccionó. Nerviosa, acercó la oreja a sus rostros. Aún respiraban, aunque débilmente. Haciendo acopio de todas sus fuerzas, se colocó a uno en cada hombro y se puso de pie. Los ojos le lagrimeaban por el humo, pero aun así comenzó a caminar. De repente, tosió con violencia, y estuvo a punto de soltar a las infantiles criaturas. Las fuerzas le flaqueaban. Una de sus piernas cedió. Cayó de rodillas y sintió el terrible dolor de la roca en la carne. Pero antes morir que abandonarlos. Notaba el calor de sus diminutos cuerpos, y en su mente aparecía la imagen de su hijo en el fondo de aquel agujero. No, no permitiría que eso volviera a suceder. Sin embargo, había inhalado demasiado humo, y el mareo pudo con ella. Al momento, perdió el conocimiento.

Comio escuchó el ruido de Hidna al desplomarse. Se apretó el pañuelo que le cubría nariz y boca y entró de nuevo en la cámara de extracción. Tropezó con los tres cuerpos, y dudó. Tenía que tomar una decisión. Cogió a los dos niños y salió lo más rápido que pudo. Una vez en la galería, tomó una bocanada de aire, ya contaminada también por el humo. Comenzaba a sentirse mal, no había tiempo que perder, así que avanzó a trompicones por el ramal de salida hasta el pozo de ventilación. Tras depositar los pequeños cuerpos al lado de la *spiramina*, regresó sobre sus pasos hasta entrar de nuevo en la cámara. Con sus últimas fuerzas, se cargó a Hidna a la espalda y suspiró. Tal vez, pensó, después de tantos años esperando el castigo de las divinidades por el asesinato de su padre, llegaba la hora de rendir cuentas.

Seutes, una vez recuperado el aire, buscó a los niños para

cerciorarse de que se encontraban bien. Tenían los ojos rojos y una terrible tos, pero al menos estaban a salvo. Sin embargo, Comio, Hidna y los otros dos críos no habían salido. Alarmado, un guardia se acercó a ellos, pero, sin mediar palabra, el histriano penetró de nuevo por la bocamina. Se apretó el pañuelo con fuerza y corrió por los oscuros ramales, cada vez más invadidos por el denso humo, hasta que se topó con Comio, que cargaba con los dos niños.

—¿Dónde está Hidna? —preguntó Seutes, presa del pánico.

El soldado tosió y, con el poco aire que le quedaba, contestó sólo una palabra:

—Atrás.

Con un suspiro, Comio dejó los dos cuerpos infantiles en el suelo y apoyó la espalda contra la pared. Necesitaba respirar, pero le resultaba imposible. Seutes, con las muñecas engrilletadas, tardó un rato en agarrar bien a los niños, pero al momento salió disparado hacia la salida. El corazón le latía a mil por hora y los pinchazos del flato en el vientre le incitaban a rendirse. Cuando vislumbró la luz del exterior, dejó a los críos en el suelo. Uno de ellos era la niña rubia de ojos claros; con el pelo embarrado, el rostro manchado de polvo y tierra, y los ojos apagados y sin vida.

Seutes tomó aliento. Los pulmones le ardían. Sus muñecas le escocían del roce con las cadenas de hierro. Pero dio media vuelta y entró de nuevo hasta toparse con Comio, que avanzaba con dificultad apoyado en los puntales de madera. Se acercó para socorrerlo, pero el moribundo se negó:

—Hidna sigue dentro… —Y tosió con brusquedad.

Sin dudarlo, el muchacho penetró en lo más profundo de la galería hasta toparse con el cuerpo de la mujer. Ni siquiera se agachó para confirmar si respiraba: la cogió por los brazos y se la cargó a la espalda como un saco de grano. Durante el dificultoso trayecto hacia la salida, Seutes sólo se preguntaba si ya estaría muerta. De repente, Oroles le cortó el pasó y cargó con su fiel amiga a la espalda, al tiempo que ayudaba al histriano a seguir caminando.

Bajo la luz del sol, al abrir los ojos, Seutes perdió el

conocimiento.

—Ateas… —sólo susurró.

Ya se acercaban a la muralla, donde los guardias se agolpaban para evitar que la marabunta se echara sobre la compuerta de acceso. Allí los mineros depositaron su cuerpo en el suelo, con la esperanza de que los centinelas lo llevasen a la enfermería.

—¡Atrás, atrás! —los amenazaron los guardias con sus bastones.

—¡Necesitan un médico! —gritó alguien.

Uno de los centinelas se acercó a los dos niños y les tomó el pulso. Era muy débil.

—¡Atrás! ¡Retiraos! —los avisó otro de los vigilantes.

La muchedumbre retrocedió de forma desordenada, y la compuerta se abrió con un crujido metálico. Uno de los centinelas cargó con los niños y traspasó el umbral. Luego, el mismo ruido metálico al cerrar.

—¿Y ellos? —preguntó alguien mientras señalaba a los tres adultos malheridos.

Un guardia negó con la cabeza, y el resto de sus compañeros sacaron los bastones de forma preventiva.

—¡Alto! ¡Alto, por favor! ¡No hagáis ninguna estupidez! —chilló Ateas, corriendo hacia allí. Al llegar junto a Seutes, se arrodilló y le cogió la cabeza con sus rugosas manos—, Skotos, no me lo arrebates, te lo suplico. —Las lágrimas surcaron su piel manchada por el sol—, ¡Por favor, dejad que el médico los salve! —imploró.

Uno de los vigilantes respiró hondo y se hizo a un lado.

—Lo hago por ti, Ateas —dijo, y se giró hacia sus compañeros colocados en el adarve de la muralla—. ¡Abrid la compuerta!

El viejo ayudó a Seutes a incorporarse. Después, pasó el brazo de Comio sobre sus hombros y caminó hacia la puerta. Oroles, cargado con Hidna a la espalda, se aproximó, pero los guardias se interpusieron.

—Ella, no —sentenció uno de ellos.

El geta se quedó paralizado. Si no la atendían inmediatamente, moriría.

—Por favor… —suplicó de nuevo Ateas.

El centinela comprobó que la muchedumbre se acercaba, amenazadora. Resignado, asintió con la cabeza.

* * *

Kinane sentía el escozor en los ojos de tanto llorar.

Critasiros, aunque rabioso, se había mostrado sereno frente a su guardia personal cuando le ofrecieron una montura. La joven hizo ademán de subir junto a él, pero él la empujó.

—Tú vas a pie —sentenció tajante.

Sin fuerzas para enfrentarse de nuevo a él, se limitó a callar y a agachar la cabeza. Tenía una cosa clara: si Critasiros esperaba una súplica por su parte, no iba a tenerla. Por mucho que se enorgulleciese de las propiedades de Deceneo, no era más que un viejo asqueroso, un apéndice de su amo, un parásito que se alimentaba de sus sobras.

Se pusieron en marcha para abandonar el Mons Ferri. La compuerta de acceso crujió al abrirse. Pero no fue ese ruido el que llamó la atención de la comitiva y de la gente que los rodeaba, sino los alaridos de un grupo que atravesaba la muralla interior, casi a rastras. Kinane vislumbró en la lejanía a cinco individuos desarrapados, sucios de barro y polvo. Y, entre ellos, reconoció a duras penas a Seutes, maltrecho, macilento y delgado, vestido con una túnica hecha pedazos.

—¡Seutes! —exclamó, sollozante.

Su hermano levantó la cabeza, pero no la reconoció.

—¡Venga, nos vamos! —ordenó el viejo.

Y uno de los escoltas la tomó por el brazo y tiró de ella con violencia.

* * *

Seutes había oído una voz femenina que gritaba su nombre. Una voz que le resultaba familiar. Pensó en Hidna, pero se giró y constató que la mujer continuaba inconsciente sobre la espalda de Oroles. Aún aturdido, se fijó en la mujer que parecía haber hablado, y por un momento pensó que su parecido con su hermana era enorme. Menuda, delgada y morena. Intentó correr hacia ella, pero los guardias se abalanzaron sobre él y lo tiraron al suelo con brusquedad. Después, uno de ellos le propinó una patada en el estómago que lo doblegó.

—Kinane… —logró murmurar.

Cuando alzó la vista de nuevo, el espejismo de su hermana se había esfumado.

* * *

A medianoche, ya podían distinguir los muros del *ludus* a lo lejos. Kinane notaba las suelas de sus *baxae* desgastadas y le escocían las ampollas en la planta de los pies. En completo silencio, traspasaron el umbral hacia las caballerizas.

Cuando Critasiros entró en la casa de los Helvios, ella, agolada, se dirigió hacia su cubículo, sin mediar palabra con nadie. Se metió en el camastro y se quedó mirando hacia el techo. Los pensamientos intrusivos acudían a su mente como un torrente. Imaginaba a su hermano en lo más profundo de las minas, sucio, exhausto, sin fuerzas para vivir, angustiado por la falta de aire y la oscuridad. Un nudo en la garganta la aprisionaba tan Inerte como si la ahorcaran. Y, sin poder evitarlo, empezó a llorar desconsolada. La culpa la

atormentaba. Mientras ella vivía relativamente cómoda, Seutes sobrevivía picando piedra. Critasiros era un cerdo, pero, aparte de eso, ¿había motivos para quejarse? Tenía ropa, comida, un techo.

Y, además, las palabras del administrador impactaban en su cabeza como un martillo. ¿Le habría dicho la verdad o sólo pretendía hacerle daño? ¿Sería cierto que Kávaros había asesinado a su padre? Y, en ese caso, ¿cómo estaría su madre? En apenas unas semanas su familia se había desvanecido por completo. No, no era posible… Las divinidades no tenían razones para ser tan crueles con ellos.

XII
RATAS

«Homines sumus, non dei
(Somos hombres, no dioses)»,

Petronio, *Satiricón*, 75

—Los niños han muerto —susurró Ateas.

Oroles había depositado con delicadeza el cuerpo de Hidna sobre su camastro. Mientras tanto, Comio, derrumbado, golpeaba la pared de la barraca con rabia.

—Ha sido culpa mía… Todo esto ha sido culpa mía… —gimoteó.

—Habéis hecho lo que estaba en vuestra mano… —trató de tranquilizarlo el anciano.

—¡Pero a mí se me ha escurrido el vinagre! —exclamó entre lágrimas el soldado.

—Si no hubieses vuelto a por Hidna, se habría asfixiado afirmó Ateas.

—¡Si pudiese atravesar con mi espada a cada uno de los guardias para sacarnos de aquí…! —rabió Comio.

—¡Cállate! —rechistó el otro—. No hagas ese tipo de comentarios en voz alta.

El soldado se frotó los ojos ardientes por el llanto. Oroles, desde una esquina, escuchaba su conversación sin entrometerse.

—Anciano, si tuviera mi *gladius*, los ensartaría sin pensármelo. Yo no voy a callarme y a aceptar esta mierda sin pelear.

—Callarse no implica someterse —se defendió Ateas—. A veces, el silencio es más útil. Tú que eres soldado tendrías que saberlo.

Entonces, una voz femenina los interrumpió. Fue apenas un murmuro, pero suficiente para llamar su atención. El geta se acercó a Hidna, y ésta le susurró algo al oído que el resto no escuchó. Después, Oroles asintió y con los ojos llorosos de la alegría les indicó con gestos que quería recuperar su muñeco de trapo. Gracias a Skotos, su compañera estaba viva.

Ya en su barraca, Ateas miró a Seutes, que permanecía disperso sobre su áspera estera de esparto. Los guardias le habían quitado las cadenas: había cumplido con el tiempo de castigo estipulado. No obstante, no había nada que celebrar.

—¿Cómo estás, pajarito?

El chico tardó en responder, inmóvil y con la mirada fija en el techo.

—Si hubiese tenido las manos libres podría haber hecho más… No habría tardado tanto tiempo en sacar a los niños. Estarían vivos —comentó en voz baja, como si estuviese hablando consigo mismo.

Ateas le posó una mano sobre el hombro con suavidad.

—No te culpes. Esto pasa a diario. No eres tú quien ha condenado a esos niños a este infierno.

Seutes se quedó en silencio. Ateas, cansado de estar de pie, se sentó sobre su camastro. Respetó su mutismo y no lo forzó a hablar. El impacto había sido demasiado fuerte.

—Mientras estaba mareado por el humo, he tenido una visión —confesó Seutes, al rato, algo más tranquilo.

—¿Qué tipo de visión? —preguntó Ateas con verdadera curiosidad.

—He visto a mi hermana. Estaba aquí, en las minas. —El histriano hizo una pausa, pensativo—. Te juro que parecía tan real… Pero luego ha desaparecido, como un espejismo. Ateas, la echo tanto de menos… No te puedes imaginar cuánto. Daría mi vida por

estar entre sus brazos o por escuchar a mi madre cantarme una nana, aunque fuese sólo una última vez.

El anciano se recostó sobre el camastro y se acomodó. ¿Qué decirle? ¿Cómo insuflarle ánimos? Tampoco quería generarle falsas esperanzas.

—A ti también te echaría de menos si me fuese de aquí —afirmó de pronto el chico.

El corazón de Ateas se enterneció. Al fin y al cabo, Seutes todavía no era más que un niño perdido. El hijo que nunca había deseado tener, porque traer a una criatura inocente a un infierno como aquél era condenarla a una vida de sufrimiento.

—Deberías descansar…

Seutes permaneció callado unos instantes, pero no tardó en retomar la conversación.

—No sé si conseguiré dormir. No paro de darle vueltas a todo. Hasta Comio, que es un soldado, se está volviendo loco aquí dentro.

—Pajarito, a ése no le escuches. Es nuevo y no se ha acostumbrado.

—¿Cómo alguien puede acostumbrarse a esto? —masculló, molesto.

El anciano arrugó los morros. Las ideas que Hidna contagiaba eran muy dañinas.

—¿Sabes por qué me han abierto la compuerta para que os atendiera el médico?

—Porque confían en ti, Ateas.

—Así es. Porque soy el único que queda vivo de la generación del padre de Deceneo. Y, en todos estos años, no he causado ningún problema. Y ese respeto que me tienen es lo que me ha salvado la vida.

—¿Tú crees?

—Aparte de porque no he causado jamás un problema, la guardia es muy supersticiosa. ¿Has visto a muchos viejos por aquí? La gente muere pronto por la enfermedad del polvo. Sin embargo, corre el rumor de que Skotos es benevolente conmigo y prefieren no

provocar al dios oscuro.

Seutes arqueó una ceja, dudando si Ateas le hablaba en serio o en broma.

—¿Y es así? ¿Skotos te protege? —se burló.

—No lo sé, pero soy afortunado. La enfermedad del polvo causa estragos y yo tengo el pecho como el de un toro. Podría decir que sí, que ha sido benevolente conmigo —sonrió.

—Pero no es benevolente con los demás —contestó Seutes, sombrío—. La mina es el inframundo. Quedamos de brazos cruzados es esperar a que la muerte venga a buscarnos.

—Pajarito, ¿no es la muerte la única certeza que tenemos?

—Aquí en la mina, seguramente… —murmuró el joven como para sí mismo.

* * *

El centurión apuró el vaso de madera con vino y lo dejó de un golpe sobre la mesa. A su lado, el barbudo pelirrojo llamado Cothelas, un soldado con la melena recogida en una coleta y una cicatriz en la mejilla, y otro de mofletes hinchados al que le faltaba media nariz. La tensión se respiraba en el ambiente.

—¿Qué cojones vamos a hacer ahora, Herio? —preguntó el de la nariz mutilada.

El oficial, ensimismado en hacer girar el vaso sobre su propio eje una y otra vez, se tomó un tiempo para contestar.

—Pues reunirme con Helvio Deceneo, a ver si existe alguna posibilidad de liberar a Comio.

—Ese desgraciado no va a dejar que nos acerquemos a la mina —gruñó Cothelas, ajustándose la *zeira* a la altura de los hombros.

—Bueno, ahora que ya no está Lucinio, yo soy la máxima autoridad militar. Deceneo, al menos, tendrá que escuchar mi propuesta.

—¿Tú no piensas decir nada? —Cothelas se volvió hacia el de la cicatriz en la mejilla. Este, sin inmutarse, se encogió de hombros—. ¿Es que no echas de menos a Comio?

—Claro que sí —se limitó a decir.

Mañana, cuando me despierte, enviaré un mensajero para preguntar a Deceneo cuándo puedo reunirme con él. Veremos si al apretarlo un poco se suelta.

* * *

Marco Helvio Deceneo disfrutaba de la mañana con un buen entrenamiento de sus gladiadores. Le gustaba ver que cada día combatían mejor. Se frotó las manos. Pronto vendrían los Ludi Apollinares, y allí sus guerreros destacarían. Sabía de antemano que, una vez tuviera a la curia en el bolsillo, el edil municipal contrataría sus servicios. Deceneo no pensaba defraudarlo. Un combate destacaría por encima de los demás: Myrmex versus Lascivus. La revancha ansiada no sólo en la región de Ripa Thraciae, sino que seguro que hasta en Mesia y más al sur.

Menoetius valoraba cada momento que el veterano gladiador le dedicaba. No tenía claro si era admiración, respeto o ambas cosas a la vez. Pero cuando estaba con él era intocable. Nadie osaba vacilarlo. Pero eso no era lo que más le gustaba de compartir tiempo con Clito, sino la extraña sensación de que, junto a él, era capaz de cualquier cosa.

—Una vez hagas sangrar a tu rival, no te compliques. A partir de ese momento, la balanza se inclina a tu favor. Recuerda siempre el tipo de gladiador que eres —le aconsejó el campeón del *ludus* Helvio mientras estocaba con su *gladius*.

—Un gladiador ligero —afirmó Menoetius.

—Eso es, niño. Si tu rival es de tipo pesado, como el *secular*, acósalo. El tiempo va en su contra, no en la tuya. Es él a quien se le

entumecen los músculos por el peso de las armas. Es él quien se desangra lentamente. Ahí mantente alerta, porque el combate caerá de tu lado si eres paciente.

—¿Y qué hago entonces? —dudó.

—Nada, acosarlo y retroceder. Él es el perseguidor, no tú. Conforme se canse, actuará sin pensar para buscar una victoria rápida. Si tiene aguante y agallas, quizá le ofrezcan la *missio*.

—¿Como a ti? —preguntó el joven, sin maldad.

Clito enmudeció. Había sido su única derrota. En toda su carrera, la única. No se avergonzaba de la *missio*; era un honor que pocos conseguían, el reconocimiento público de que valía la pena salvarle la vida en lugar de quitársela. Aquel combate le había enseñado a ser siempre prudente y no confiarse frente a ningún oponente.

—Lo siento, no quería faltarte al respeto —se disculpó Menoetius, interpretando su silencio como molestia.

El *provocator* se acarició la rugosa cicatriz en forma de X en el vientre y le invadieron los recuerdos de su encuentro con Lascivus. De todos los gladiadores a quienes se había enfrentado, sólo él le provocaba pánico.

* * *

Critasiros se colocó al lado de su *dominus*, quien estaba disfrutando de los entrenamientos, y sonrió como un chiquillo. De baja estatura, podría haber sido como su hijo, de no ser por los veinte años que se llevaban, su pelo pomposo y canoso, sus arrugas y, en fin, todo él. Eso sí, se pasaba el día pegado a su amo como un perrito faldero.

Pronto los acompañó Laódice, silenciosa y ataviada como la mujer aristócrata que era. Como siempre, sorprendía sin necesidad de decir una palabra. Portaba un peplo blanco, sostenido por dos fíbulas de plata chapadas en oro con el relieve de un rostro femenino. Alrededor del pecho, un himatión granate la hacía aún

más elegante. En el cuello, destacaba un amplio collar de plata de donde pendían las llaves del hogar. Tanto Deceneo como Critasiros quedaron hechizados por la presencia de la señora de la casa.

—Estás espléndida, *domina* —la halagó el administrador.

Laódice asintió, satisfecha, e intentó provocar a su marido:

—¿Tú no piensas decirme nada? —dijo con cierta picaresca y de buen humor.

Sin embargo, sonó un golpe de escudos en el patio, y Deceneo volvió la mirada hacia allí, ignorando la pregunta de su esposa. La matrona, molesta, se limitó a respirar hondo. Quizá tras los entrenamientos su marido le dedicara algo de atención. No en vano Dinamia la había maquillado y vestido durante casi una hora.

—El nuevo no es tan malo como creíamos —afirmó el lanista con orgullo.

—Cierto, yo no hubiese apostado por él semanas atrás. Quizás estábamos equivocados —respondió Critasiros, adulador.

—Con suerte, aspirará a algo más que un combate gregario. Quién sabe, se le ve a gusto entrenando con Myrmex.

—Y a Myrmex se le ve a gusto entrenando con él… —añadió, socarrona, la mujer.

A Deceneo le hizo gracia el comentario, y ambos intercambiaron una sonrisa de complicidad.

—Sea como sea, los Ludi Apollinares se aproximan, y cuanta más calidad ofrezcamos, más ganancias obtendremos —sentenció el comerciante.

* * *

Kinane subió las escaleras con cuidado de no derramar el vino dulce que acababa de calentar. Antes del último peldaño, se detuvo y respiró hondo. A lo lejos, podía oír la conversación entre Critasiros, Deceneo y Laódice. Y, de los tres, no tenía ganas de ver a dos de

ellos.

La ansiedad le aprisionaba el pecho, pero se armó de valor, subió el último peldaño y avanzó hasta la terraza desde donde ellos contemplaban el entrenamiento de los gladiadores. Laódice fue la primera en percatarse de su presencia y la escrutó como si fuese un insecto. Acongojada, Kinane agachó la cabeza, justo cuando el *dominus* se volvió a mirarla, y, sorprendentemente, se aproximó hasta colocarse frente a ella, la tomó por la barbilla y le alzó la cabeza. Lo que vio fue unos ojos tristes y ojerosos. Laódice se sintió profundamente incómoda ante tal muestra de afecto. ¡A una esclava! Critasiros, por su parte, observaba la escena con desdén.

—¿Qué te ocurre? Eres una estrella, pero tu luz mengua —le susurró Deceneo con suavidad, mientras acariciaba con un dedo el lunar que tenía en la comisura derecha de la boca.

Laódice apretó la mandíbula, celosa. Critasiros, los puños, angustiado por lo que la esclava pudiese contar.

—Nada, *domine*. —Por un instante, Kinane se sintió aliviada. Alguien se preocupaba por ella. Su inocente sonrisa dibujó en su rostro dos dulces hoyuelos.

—Si algo te quita el sueño, no dudes en contármelo —insistió Deceneo, más tranquilo al ver su sonrisa.

Kinane asintió y le sirvió un vaso de vino caliente.

—Gracias —repuso él, afable.

La esclava rellenó los otros dos vasos sin levantar la cabeza. No tenía ganas de comprobar cómo la fulminaban con la mirada tanto Critasiros como Laódice. Y no se equivocaba. El administrador, que no quería levantar sospechas en su amo, disimuló su incomodidad y giró la cabeza lo más rápido posible en dirección al patio. Laódice, por su parte, no tenía nada que esconder. Ella era la señora de aquella casa.

—Sigues sin aprender modales, niña —la recriminó con desprecio al ver que Kinane daba media vuelta—. ¿Quién te ha dado permiso para irte?

La joven se giró sin osar levantar la mirada.

—Perdón, *domina*.

Pero las intenciones de la matrona no eran las de su esposo, que alzó la voz, molesto:

—Por favor, intento disfrutar del entrenamiento. Un poco de silencio.

La mujer se irritó aún más, pero, por no incomodarlo, despachó a la chiquilla con un gesto con la mano.

La escena no pasó desapercibida para Critasiros. Cada vez que se cruzaba con la muchacha contenía las ganas de escupirle. Y, ahora, al ver su reacción frente al afecto de Deceneo, todavía la odiaba más. ¿Es que él no era suficiente para ella? ¿Acaso aspiraba a alguien de mejor posición? Esa maldita zorra, acogida en casa de los Helvios porque su padre era un inútil, lo había rechazado de la manera más vergonzosa posible.

Aun así, y aunque los esclavos de su amo estaban también bajo su autoridad, Kinane era intocable. A Deceneo le agradaba. No había hecho falta más que ver cómo se preocupaba por ella. Un respeto que ella no merecía y que limitaba la capacidad del administrador para ir en su contra. Sin embargo, en esa casa había una persona con la suficiente potestad como para hacerlo. Y una idea se fraguó en su retorcida mente.

* * *

Al atardecer, las penumbras se apropiaban poco a poco de las desiertas calles de Histria cuando Audata y su vecina Tomiris regresaban a casa después de un paseo por la bahía. Se les había hecho tarde y pronto sería peligroso caminar solas por allí. No obstante, a la viuda parecía no importarle demasiado. Agradecía la fresca brisa que le acariciaba la piel. Era una mujer atormentada que en un abrir y cerrar de ojos lo había perdido todo, y aquella sensación era una de las pocas que la hacían sentir viva.

—Date prisa, Audata. Tengo que prepararle la cena a Lipoxais —se quejó Tomiris.

—Sí, disculpa —respondió, distraída.

Para ella casi nada tenía ya sentido. Lo único que la mantenía con vida era la esperanza de que en unos meses la fortuna se volvería en su favor y su hija regresaría a casa.

—Oh, no… —murmuró su vecina.

Como si las divinidades jugasen con el destino de Audata, tres hombres pasaban junto a ellas. Uno era rubio, de estatura media y de hombros anchos, con ojos verdes rodeados de patas de gallo y nariz chata, algo deforme. Sano, enérgico, invencible. La viuda se quedó paralizada al reconocer a Kávaros. Parecía que los dioses infernales no se habían cobrado aún su venganza.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Tomiris, preocupada.

—Ese era… —balbuceó Audata, cuando los vio pasar de largo—. Era él…

Su vecina asintió y tomó a su amiga por los hombros para tranquilizarla.

—Ese hijo de puta ha pasado por mi lado como si nada… ¿Es que ni siquiera es consciente de que ha arruinado mi vida? ¡Mi marido está muerto por su culpa! ¡Asesino! —se alteró.

Tomiris le tapó la boca con la mano, asustada:

—¡Cállate, cállate! ¡Pueden oírnos! —Su amiga temblaba—. Pero, Audata, ¿no te das cuenta?

La viuda, fuera de sí, parecía no escucharla, pero la mujer de Lipoxais insistió:

—¡Audata, no te ha reconocido! ¡No te ha reclamado nada!

—¿Cómo? —respondió al fin, aturdida.

—Que no te ha reclamado nada, Audata, que no te ha reconocido. ¿No te das cuenta? —manifestó Tomiris con alegría—. Kávaros no busca venganza. Quizá ni se acuerda del asunto pendiente con tu marido. Y eso significa que Kinane ya no necesita protección en casa de los Helvios.

* * *

Una vez finalizado el entrenamiento, el campeón cruzó el patio en dirección a los baños. Necesitaba desentumecer sus músculos, especialmente el hombro izquierdo. Soportar el peso del escudo durante tanto rato a veces resultaba complicado. De repente, se puso en alerta. Algo había. Aminoró el paso y, sin previo aviso, se volvió. A su espalda estaba Menoetius.

—¿Quieres algo, niño? —lo increpó Clito.

—Sí, yo… Darte las gracias —respondió el otro, nervioso.

El *primus palus* asintió sin más. El joven, en un intento porque la conversación no terminase de forma tan abrupta, trató de suavizar la situación:

—¿Por qué lo haces? —Se dio cuenta de que Clito no entendía muy bien la pregunta—. Quiero decir: ¿por qué perder el tiempo en ayudarme?

—Honramos al *ludus* Helvio con cada uno de nuestros combates en la arena. Tarde o temprano, tú también irás al anfiteatro y pelearás. Tu ridículo nos afectaría a todos, no solamente a ti —contestó toscamente el veterano.

Menoetius meditó la respuesta. Era el pensamiento de un campeón.

—Si te esfuerzas, no tardarás en ganarte el respeto de los demás —añadió Clito, sabiendo que el muchacho no encontraba su sitio en aquel lugar—. Y eso aquí es lo más importante. Hasta entonces, eres basura. Que eso cambie o no está en tus manos —sentenció, y volvió a ponerse en camino hacia el baño.

En cuanto entró en la caliente y vaporosa sala, se desató el *subligaculum* y lo dejó caer al suelo. Aquél era el mejor momento del día para él, y descendió los resbaladizos escalones de la piscina con lentitud hasta sumergirse por completo en el agua. Al sacar la

cabeza, se percató de que entre el vapor había una figura sentada en una de las banquetas.

—¿Quién anda ahí?

Pero aquella figura desconocida se incorporó de inmediato y echó a correr. Al momento siguiente, había desaparecido.

* * *

Devueltas las herramientas, Seutes se dirigió hacia la barraca de Ateas. La vivienda estaba vacía, pero no era difícil deducir dónde se encontraba su compañero. El chico ascendió los escalones hasta el columbario. Con esmero, el anciano aseaba los cubículos de sus palomas. Ellas ni se inmutaban, a pesar de tener las puertecillas abiertas.

—¿No se escapan?

Ateas dio un brinco, sobresaltado.

—Maldita sea, pajarito. No sabía que estabas aquí —comentó al tiempo que se llevaba la mano al corazón—. No, no se escapan. ¿Tú escaparías de tu casa?

Era una respuesta coherente.

—¿Por qué una paloma que nace el mismo día y a la misma hora que tú siempre será más mayor que tú? —inquirió Ateas en tono burlón.

Seutes meditó la respuesta. El anciano a veces lo confundía con comentarios que no venían a cuento. Al fin, negó con la cabeza.

—Porque cuando tú cumplas un año, la paloma cumplirá año y pico —soltó una carcajada.

—¿En serio, Ateas? ¿Ése es el nivel? —repuso Seutes al poco de entender el chiste. Y ambos se rieron.

Ateas continuó su trabajo. Al final, era su único entretenimiento en la profundidad de aquel infierno, y Seutes se sintió mal por las veces que lo había juzgado. Era cierto que era una persona

conformista y que parecía ajeno a los conflictos en la mina, pero tampoco podía culparlo. Tras una vida entera encerrado allí, ¿cómo tener fe en que otro mundo era posible? ¿Por qué escapar de lo que él consideraba su hogar?

* * *

Kávaros caminaba decidido por las calles de Histria junto a dos de sus hombres. Calles que le pertenecían. Calles en las que él era la autoridad, y no la curia municipal. Había sido un buen día y se sentía eufórico. Gracias al favor de Fortuna, había conseguido un botín sustancioso con sus apuestas en las batallas de gallos. Sí o sí esa noche tenía que celebrarlo. Pero no le apetecía emborracharse en El horno de Afrodita. El mejor sitio posible era El refugio del ratón.

Sus hombres lo seguían. Histria era suya. La noche era suya. A cada paso, escuchaba el tintineo de las monedas que portaba en un saquito de cuero. Sin duda, sí, Fortuna favorecía a los audaces.

—Como esta noche beba más de la cuenta, le abriré la cabeza al primero que me cruce —bromeó uno de los hombres.

—Es que los gallos te dan ganas de zurrarte con quien sea —se pavoneó el otro.

De repente, cuatro encapuchados les cortaron el paso. Pese a la sorpresa, el instinto de supervivencia puso en alerta a Kávaros, que se detuvo en seco y cogió a sus compañeros criminales por los hombros. Éstos, pendientes de su conversación, no se habían percatado de nada.

—¿Qué pasa? —dudó uno.

Su jefe se dio media vuelta. Aquello le olía mal, muy mal. Tras aquellos hombres, la calle seguía desierta. Tres contra cuatro, quizá tenían posibilidades. Pero ¿quiénes eran? ¿Qué enemigos le quedaban en Histria? Que él supiese, ya no existía ninguna banda capaz de hacerle frente. Echó mano a su puñal y lo sacó sin vacilar.

Los otros dos lo imitaron.

—¿Qué buscáis, perros? —los insultó el propietario de El horno de Afrodita.

—Limpiar Histria de ratas como vosotros —contestó uno.

Kávaros no reconoció la voz, y no distinguía bien su figura entre las tinieblas que ya invadían la calle. Algo imposible bajo el amparo de la oscuridad. Eso sí, era de pequeña estatura, moreno y ataviado con una *kausía* sobre la cabeza. Notó que las manos le temblaban cuando, a su espalda, escuchó pasos. Alarmado, se volvió, los ojos entrecerrados, y comprobó que otros cuatro desconocidos les cerraban el paso por atrás. No había escapatoria.

—Intentadlo, hijos de puta —los retó, y volvió la mirada hacia sus compañeros.

Éstos asintieron. Eran hombres con mil peleas a la espalda y más de una puñalada dibujada en la carne. Hacía mucho tiempo que no se encontraban en apuros, pero la brutalidad les corría por las venas. No importaba cuántas ovejas se interpusieran en su camino; la noche pertenecía a los lobos.

Kávaros se adelantó y, puñal en mano, corrió hacia sus atacantes, seguido al instante por sus dos hombres. Uno de los oponentes trató de rajarlo con su daga, pero el proxeneta se agachó, evitó la cuchillada y hundió el filo de su puñal en el vientre enemigo. Con un rápido movimiento de muñeca, retorció el arma y abrió un boquete en la carne. El hombre gruñó de dolor y dio un paso atrás, pero Kávaros no se detuvo a rematarlo. Con una ojeada se percató de que a su retaguardia se enzarzaban con sus dos hombres. Sin tiempo para que reaccionasen, emprendió la carrera.

—¡Que no escape! —ordenó uno de los atacantes.

Hacía años que no había tenido que huir por los callejones. Ni siquiera recordaba lo que era que el corazón amenazase con salírsele del pecho. Corrió y corrió sin mirar atrás, con la esperanza de que no hubiese otro grupo preparado para emboscarlo. Dobló la esquina y llegó a El refugio del ratón. Sin pensárselo dos veces, entró en el local y cerró la puerta de un golpe.

Los clientes lo miraron desconcertados al verlo entrar jadeante, sudoroso y con tanta premura. Kávaros se apoyó sobre la puerta. Los pulmones se le iban a escapar por la boca. El pecho subía y bajaba para procesar el oxígeno que tomaba a bocanadas. Las gotas de sudor se deslizaban por su frente, su cuello y su pecho. Sí, hacía años que nadie se atrevía a algo como aquello. Quizás había pecado de confiado. Quizás había bajado demasiado la guardia. Pero ¿quiénes eran? Algo parecía estar cambiando en Histria, y Kávaros no tenía idea alguna de qué podía ser.

XIII
CASUS BELLI

«Una salus victis, nullam sperare salutem
(La única esperanza para los vencidos
es no esperar ninguna salvación)»,

Publio Virgilio Marón, *Eneida, 2*, 354

Las penumbras todavía dominaban el mundo. El crepitar de las ruedas de la carreta en movimiento era lo único que se escuchaba en la soledad de la madrugada. Dos esclavos, pobremente vestidos con centones raídos y macilentos, avanzaban en completo silencio por las callejuelas de Histria, como en procesión. Ambos portaban el pelo a medio rasurar, largo a un lado y corto al otro. Su identidad era inconfundible: eran los siervos encargados de limpiar de muerte y podredumbre la ciudad.

Cuando se toparon con dos cuerpos inmóviles, uno de ellos los señaló con el dedo índice. El otro asintió con la cabeza. Los cadáveres presentaban varias puñaladas, la mayoría en el pecho y el vientre. Sus ojos apagados y sin brillo recordaban a los de un pescado muerto. El primero asió uno de los cuerpos por los brazos, y su compañero por los pies. Su piel permanecía caliente y aún no estaba rígido. Aquel desgraciado había sido asesinado no hacía mucho.

La pareja de esclavos llevaba tantos años de dedicación a la labor de limpieza que no necesitaban hablar para coordinarse. Levantaron el cuerpo al mismo tiempo, lo balancearon y lo dejaron caer sobre la carreta. Después, repitieron la misma operación con el segundo hombre. Cumplido el trabajo, en el mismo silencio pusieron rumbo hacia las afueras de la urbe, a la necrópolis.

La vía estaba custodiada por cipreses, árboles consagrados a los difuntos y a las divinidades del inframundo. Centenares de lápidas y tumbas se extendían a ambos lados del camino. El ulular de un búho que aprovechaba las últimas horas de oscuridad los acompañaba.

En un momento dado, los dos esclavos se salieron de la ruta ordinaria y se introdujeron entre las tumbas. Muchas de ellas clamaban por su atención, por una plegaria, por el recuerdo de algún familiar o cualquier transeúnte extraviado. Se detuvieron frente al mausoleo más ostentoso del cementerio, el de la familia Helvia. Allí debían aguardar.

Uno de ellos aprovechó para manosear a los cadáveres en busca de cualquier objeto de valor. El otro, al verlo, decidió hacer lo mismo. Descalzaron los cuerpos y tiraron sus zapatos a un lado. La ropa les era inservible, se había rasgado durante la trifulca y por las puñaladas, y además estaba manchada de sangre. Sin embargo, sorprendentemente conservaban los anillos de oro. No era habitual obtener un botín tan sustancioso, y con sólo mirarse se dijeron que, claramente, había sido un ataque fugaz con el objetivo claro de la muerte. Sin más.

El terrorífico sonido de un serpenteo los alertó. Ericto había llegado. La mujer, cubierta por un manto pardo, deshilachado y sucio, avanzó hacia ellos. El sonido de la cuerda que arrastraba era inconfundible. Los esclavos estaban acostumbrados al olor de la muerte, pero incluso a ellos les resultaba difícil soportar el hedor que manaba de aquella extraña criatura con cuerpo femenino.

Con fingida calma, esperaron a que aquella sombra pasara junto a ellos, aguantando la respiración para notar en la menor medida posible el olor a putrefacción. Ericto se detuvo frente a la carreta y

se retiró la capucha con sus afiladas uñas. Descubrió su deforme rostro, cuya piel arrugada demostraba que antaño había sido víctima de las brasas. Se echó atrás los desgreñados mechones de pelo y se anudó la encrespada cabellera con guirnaldas.

Entonces, acercó su cara a la de uno de los muertos, le abrió la boca y olfateó su aliento. A continuación, le metió sus largos y raquíticos dedos y le sacó la lengua. Luego, se la metió en la boca y la mordió hasta arrancarla de cuajo. Los dos esclavos desviaron la mirada justo cuando ella mordisqueaba el duro trozo de carne, con la sangre manchándole la boca y empapándole la comisura de los labios. El líquido se le derramó por la barbilla y se deslizó por el cuello.

Al terminar, anudó la cuerda que había traído consigo alrededor de la garganta del tibio cadáver. Una vez hecho, tiró de ella, y el cuerpo cayó al suelo. La terrorífica figura examinó con detenimiento al fallecido, se giró hacia los dos mortales y, en susurro casi ininteligible, afirmó con cierto entusiasmo:

—Asesinado… Mejor —sonrió, mostrando sus pérfidos y podridos dientes.

—Creemos que es un hombre de Kávaros. La gente cada vez está más harta —contestó el más atrevido, que se llevó las manos a la espalda para disimular un incontrolable temblor.

—¿Algún bebé abandonado? —masculló ella casi entre gruñidos, como un animal.

—No, esta semana ninguno. —El hombre sintió un horroroso nudo en la garganta.

—Una pena. Desde que terminó la guerra casi no hay carne fresca —se quejó, y seguidamente señaló al otro cuerpo—. Dejadlo aquí, ahora vendré a por él.

La bruja Ericto sacó de entre sus ropajes un saquito de cuero y depositó sobre una lápida un puñado de monedas. A continuación, asió de nuevo la cuerda atada al cuello del inerte cadáver y lo arrastró, con sosiego y sin prisa, hasta perderse en la oscuridad y las tinieblas de la necrópolis.

* * *

—Ha llegado un mensaje del centurión Herio Asinio Plistarco —informó Critasiros.

—¿Y qué dice? —preguntó Deceneo con curiosidad mientras desayunaba un plato de higos secos, pan y miel.

—Tal y como habíamos escuchado, el centurión Lucinio se ha desplazado a otra zona para supervisar la construcción de calzadas. Ahora que la situación está más tranquila, las tropas auxiliares asumen el control de nuestra región.

—¿Y el centurión pierde el tiempo en explicarme esto? —lo miró sorprendido.

—Bueno, *domine*. Lo que en definitiva dice el mensaje es que ahora él está al mando de las tropas en esta región —explicó el esclavo, a quien se le escapó un pequeño escupitajo que cayó sobre el pan de su amo. Critasiros se puso tenso, pero Deceneo, que no se había dado cuenta, se comió de un buen bocado el suculento pan con miel—. El centurión solicita visitar las minas para cerciorarse de que se cumple la ley.

—¿La ley? —se enfureció Deceneo—. Las minas son mías, y no se aplica la ley romana. Qué coraje me dan estos malditos soldados metomentodo.

Critasiros se tomó un tiempo para que su señor reflexionara.

—¿Qué le respondo? —preguntó al fin.

Deceneo se puso en pie y empujó la mesa sin querer con su enorme barriga. Tomó un trapo y se limpió la comisura de los labios.

—Dile que no. Las minas son mías. Si quiere verlas, será como invitado, no como soldado. Que no se tome tantas libertades.

—Le diré que acuda al *ludus* como invitado, sin guardia personal. Conforme se desarrolle la risita, valorarás si invitarlo a las minas, pero que no se tome licencias que no proceden —afirmó el esclavo.

—Sí, redáctalo como quieras, pero ésa es la idea. Que no vaya de listo conmigo; si no, lo único que va a ver de las minas son los muros desde fuera —sentenció—. Y ahora déjame solo. Creo que esos higos eran afrodisíacos.

El administrador sonrió.

—¿Quieres que llame a la esclava nueva? —preguntó con fingida socarronería.

Deceneo frunció el ceño.

—¿Para qué? ¿Crees que me interesa? —se rio.

—Es joven, esbelta, de pechos firmes. Su piel es lisa y brillante. Y no tiene parásitos de ningún tipo —añadió, acercándose con pasos cortos—. Seguro que es fértil. Está en edad.

—¿Qué insinúas?

Critasiros dio un respingo. Quizá se había excedido con su sugerencia.

—No quiero ofenderte, *domine*, pero es habitual en otras casas que los señores yazcan con sus esclavas.

—Y si la dejase preñada, ¿qué? Eso destrozaría a Laódice.

—Pero eso de… Demostraría que hay posibilidades de conseguir un heredero —se arriesgó a decir el administrador, casi tartamudeando por su atrevimiento.

Marco Helvio Deceneo se quedó pensativo, en silencio. ¿Qué consecuencias tendría si accedía a la sugerencia de Critasiros? Si bien su esposa claramente se pondría hecha una furia, el esclavo siempre lo había aconsejado bien, y sus argumentos no parecían tampoco ahora descabellados. No había yacido con otra muchacha que su esposa, pero, en verdad, ¿quién era el *paterfamilias*? ¿Acaso no tenía derecho de comprobar si era capaz de gestar un heredero? Estaba confuso, y el esclavo insistió:

—¿La llamo?

El hombre más rico de Histria respiró hondo. Aquella decisión lo aterraba más que cualquier acuerdo comercial.

—Llámala —contestó impulsivamente.

* * *

Dinamia, escondida tras la pared, se apresuró a alejarse antes de que Critasiros se percatase de su presencia. Sólo podía pensar en que la *domina* se volvería loca si se enteraba. No entendía por qué el administrador, tan sabio siempre, acababa de ofrecer un consejo tan nefasto. Sin embargo, no debía precipitarse. El único modo de que Laódice creyese lo que le iba a contar es que lo viese con sus propios ojos. Así pues, tomó una escoba y se puso a barrer hasta que llegase el momento oportuno.

* * *

—Tú, deja lo que estás haciendo. El *dominus* solicita tu presencia.

Kinane, sin siquiera contestar, entró otra vez en el corral y dejó el par de huevos en el suelo, antes de seguir al administrador, que caminaba con pasos cortos y algún trompicón. De camino al *tablinum*, se cruzaron con Dinamia, entretenida en barrer las escaleras. Deceneo los esperaba de pie, y la muchacha se preguntó si habría hecho algo malo.

—Os dejo solos, *domine*. —Critasiros agachó la cabeza y se retiró, cerrando la puerta tras de sí.

Al mirar a la muchacha de cerca, a Deceneo le pareció que Kinane había envejecido mucho en pocos meses. Sus ojeras, su piel bronceada por el sol, alguna que otra línea de expresión, el pelo sucio y enmarañado. Cualquiera diría que era esclava suya, pues en Histria tenía fama de ser benevolente con sus siervos.

—*Domine*, ¿he hecho algo mal? —preguntó ella, inquieta.

Aun así, se decía el propietario, Critasiros tenía parte de razón.

Más allá de lo descuidada que iba, la joven era menuda y de caderas anchas, y sus pechos, jóvenes y firmes, se antojaban tersos. De inmediato le entraron ganas de acariciarlos, apretarlos, lamerlos.

—No, nada. Sólo quiero que te desnudes —afirmó, dudoso.

En el fondo, sabía que lo que estaba a punto de hacer estaba mal. No por la muchacha, que al fin y al cabo era una esclava. Pero sentía que traicionaba a su mujer, e intentaba convencerse a sí mismo de que en otras casas era habitual que el *paterfamilias* tuviese relaciones con las esclavas que se le antojasen.

Kinane, con el estómago encogido por los nervios, no reaccionó.

—Desnúdate. Deseo verte desnuda —insistió Deceneo, aunque su voz no sonaba firme.

Sin dejar de mirarlo con angustia, Kinane se quitó los zapatos de esparto y la túnica. No portaba nada más. Del vestido que había dejado a Dinamia para que lo lavase no había quedado ni rastro. Eso era cuanto poseía, una túnica prestada y unas *baxae* desgastadas. Marco Helvio Deceneo contempló su cuerpo con arrobo. La piel que no le quedaba usualmente expuesta al sol mantenía el brillo propio de la juventud. Los pechos, tal como los había imaginado, permanecían firmes, como peras esperando a ser devoradas. El vientre, terso y suave, finalizaba en un vello púbico que incitaba a ser acariciado. Sin embargo, en sus ojos no encontró más que desolación. Deceneo volvió a imaginarse la ira y el disgusto de su esposa, y, enfadado consigo mismo, gritó:

—¡Vístete! ¡Vete de mi vista! ¡Vístete! —mientras la espantaba con las manos.

Justo en ese momento, Laódice y Dinamia irrumpieron en la estancia, y la *domina* se detuvo al momento, boquiabierta ante la escena. Había escuchado a su marido expulsar a la pérfida perra de su *tablinum* y allí estaba ella, sin inmutarse, desnuda. No había ninguna duda. Aquella maldita esclava buscaba lo que buscaba.

—¡Puta! —exclamó fuera de sí. Kinane, aterrorizada, retrocedió sin lograr vestirse—. ¡Perra asquerosa!

La agarró del pelo con brutalidad. Espantada, la joven gritó y se

arrodilló, tapándose la cabeza, pero Laódice la empujó, y Kinane se estampó de bruces en el suelo. Por un instante, perdió el conocimiento, pero una patada la avivó enseguida. Se llevó las manos al rostro, y éstas quedaron empapadas de la sangre que ya empezaba a salirle de la nariz. Reaccionando, Deceneo trató de interponerse entre las mujeres.

—¡No la defiendas, Dekaineos! ¡Apártate de en medio! ¡A esta perra la mato! —lo amenazó colérica su mujer, perdido el control.

—¡Laódice, para! —La agarró.

—¿La defiendes? ¿La prefieres a ella que a mí? —rugió con rabia. Rota, empezó a llorar sin consuelo.

—¡No, maldita sea! ¡Es una esclava, no una mujer! —respondió él a gritos.

—¿Y si la preñas qué? ¿Un bastardo en mi propia casa? ¿Qué supone eso si yo no puedo engendrar hijos?

Kinane sentía un agudo dolor en la nariz y que la cabeza le iba a estallar. Un enorme chichón empezaba a crecerle en la frente, y seguía aturdida por el golpe.

—¡Basta! ¡Fuera de aquí! —ordenó Deceneo, enfurecido.

—Juro por los dioses que tú no vas a salir viva de esta casa, perra miserable… —bufó entre gemidos Laódice con los ojos inyectados en sangre. Y, sin más, se dio media vuelta y se marchó.

Dinamia hizo ademán de seguirla, pero se detuvo al escuchar la voz de su amo:

—Tú. —El hombre señaló a la muchacha—. Llévatela y cúrala.

La esclava de pelo corto, nariz aguileña y cejas arqueadas asintió. Se acuclilló y esperó a que Kinane, que continuaba desnuda y tirada en el suelo, se levantara. Al fin lo hizo, no sin quejarse de dolor, y Dinamia la agarró del brazo para ayudarla a salir de la estancia.

Una vez solo, Deceneo se llevó las manos a la cabeza y bufó angustiado.

* * *

Dinamia cogió un trapo humedecido con agua y se lo pasó con suavidad por el magullado rostro. La muchacha no parecía ella. Un enorme chichón en la sien, el pelo enmarañado, la nariz hinchada y la piel manchada de sangre seca.

El leve tacto del trapo hizo que Kinane diese un respingo.

—¿No estás harta de vivir prisionera entre estos muros? —preguntó de repente, sorprendiendo a Dinamia.

Esta se quedó quieta y permaneció en silencio durante un instante.

—¿Qué insinúas? —repuso al fin, incómoda.

Pero a Kinane ya no le importaba si Dinamia era o no una chivata. Estaba cansada de agachar la cabeza y meditar qué decir y cómo decirlo.

—¿No quieres elegir tu propia suerte? ¿Tu destino?

Su compañera se puso en pie, soltó el trapo, que cayó al suelo, y le espetó:

—Mi suerte va unida a la de mi *domina*, igual que la tuya. No te equivoques, eres una esclava. Y no vuelvas a insinuar nada similar.

Molesta, salió de la estancia y la dejó sola. Así se sentía Kinane siempre, a pesar de estar rodeada de gente. Sola.

* * *

A Pugnax le asombraba que una bestia como Clito mostrase interés en el nuevo. Con otros solía mostrarse arrogante e impetuoso, pero no con el aspirante a reciario. En los descansos, incluso se dedicaba a instruir a Menoetius, lo que no agradaba nada a su *doctor* ni a sus

compañeros.

—¡Levanta escudo, *conio*! —le gritó el roxolano al campeón.

El orgullo del *ludus* Helvio volvió en sí. El instructor supervisaba cada uno de sus movimientos. El resto de los gladiadores entrenaban a poca distancia, entre ellos el aspirante a reciario.

—Myrmex, ¿qué pasa? Si no atención, abro tu cabeza —lo amenazó Barbaricus.

—Lo siento —dijo, y agitó la cabeza para concentrarse.

Su maestro, un estepario capturado hacía una década durante una razia fallida contra las ciudades pónticas, lo atacó sin previo aviso. De inmediato, levantó el *scutum* para protegerse, pero fue en vano, porque el otro, con un rápido movimiento de pies y muñeca, se adelantó y pasó el pomo de la espada por encima del borde del escudo. Antes de que Clito reaccionase, el filo de la *rudis* de madera estaba contra su cuello.

El campeón puso un gesto de decepción, y el roxolano, antaño un curtido guerrero, le indicó que descansase con un gesto con la mano. Clito se acercó a los bancos y, tras dejar las armas sobre una mesa, tomó un vaso de agua.

—¿Tú *magister*, Myrmex? ¿Ya no campeón? —oyó que le preguntaba por detrás Barbaricus con altanería.

—¿Estás de broma? —repuso burlón el gladiador.

—¿Y? —insistió el roxolano.

—Pronto vienen los juegos en honor a Apolo y creo que si no entrena bien lo matarán.

—¿Te importa? —se rio el veterano—. Tú tu entrenamiento o tú mal. Tú campeón de casa Helvia, Myrmex. No olvides.

* * *

Comio vació el pesado cesto de esparto en la carreta. El escombro, la tierra y el mineral levantaron una nube de polvo, y el soldado,

distraído, respiró el aire viciado y al momento tosió. Con un gruñido, cogió de nuevo el cesto y penetró en la oscura bocamina.

Al cruzarse con él de camino a la cámara de extracción, Seutes lo miró. El soldado parecía deambular en otro mundo; desde el accidente de los niños no levantaba cabeza. De repente, Comio tropezó con una roca y cayó de bruces.

—¡Estoy hasta los huevos! —exclamó colérico, dando puñetazos al suelo.

—Comio…, ¿estás bien?

—Pues no, ¿no ves que me he caído? —le respondió enfadado, aunque pronto cambió de tono—. Prefiero no hablar. No quiero pagarla contigo.

Seutes se agachó a su lado y lo tomó por los hombros.

—Escúchame, tú no tuviste la culpa. No abandones, hay motivos para aguantar.

—¿Sí? ¿Cuáles? —escupió éste.

—Nuestras familias. Algún día saldremos de este polvoroso agujero y volveremos con ellas. No pienso morirme aquí. La mina no será mi tumba, ni tampoco la tuya.

—Eso está difícil —asumió el soldado con resignación.

—¿Pero es que tú no quieres volver con tu familia?

Comio permaneció en silencio durante un rato, hasta el punto de que Seutes se sintió incómodo. Tal vez había sido demasiado indiscreto. Apenas se conocían, pero intuía que el soldado no era mal tipo. Se había dejado la piel durante el accidente y había arriesgado su vida para salvarlos.

—No sabes por qué estoy aquí, ¿verdad? —murmuró al fin, apoyando la espalda en la roca. El chico negó con la cabeza—. Estoy condenado por fratricidio…

Seutes palideció y se quedó inmóvil. Comio lo miró, tenso; entendía el rechazo que causaba su crimen.

—Pero mentí en mi declaración. Yo no maté a mi hermano… —añadió con profundo pesar.

—¿Y entonces? —dudó Seutes.

—Lo mató mi padre —sentenció el soldado—. Y yo lo maté a él para salvar a mi hermano. Pero fue en vano… —Y rompió a llorar como un niño pequeño.

Seutes, boquiabierto, no supo qué hacer. Al cabo, agarró la cabeza del soldado con las dos manos y lo miró fijamente a los ojos:

—Las leyes pueden condenar a un inocente, pero no los dioses. Seguro que alguien te espera ahí fuera.

—Un ejército entero —sonrió Comio mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

XIV
FAMILIA

«Fas est et ab hoste doceri
(Es lícito aprender incluso del enemigo)»,

Publio Ovidio Nasón, *Metamorfosis*, 4, 428

Idibus luniis.
Idus del 14 de junio

Audata se detuvo frente a la fachada de la *domus* Helvia. Se acercó hasta el portón, pero no se atrevió a tocar. Hacía más de dos semanas que no veía a su hija, y tenía que meditar muy bien qué decir y cómo presentarse si quería que le permitiesen acercarse a ella. Respiró hondo para armarse de valor y llamó.

Al principio no hubo respuesta y se desesperó un poco. Quizá no era la mejor idea de su vida, pero ¿qué más opciones tenía? Y justo cuando concluyó que aquella decisión había sido un error, escuchó el chirriar metálico de una pequeña ventanita que se abrió en la parte superior del portón. La mujer se percató de que unos ojos la examinaban a través del orificio.

—¿Quién eres? —preguntó una potente voz masculina.

—Soy Audata, de la calle de los pescadores —se presentó, inquieta—. Vengo a ver a mi hija.

El atriense frunció el ceño, desconcertado. Era extraño que un desconocido llamase a la puerta de la casa Helvia, y más raro aún que fuese una mujer.

—¿Tu hija? Creo que te has confundido de sitio —le espetó.

—Mi hija es Kinane. Es *ancilla* de Marco Helvio Deceneo…

—Ah… —se sorprendió—. No está aquí.

Aquélla no era la respuesta que Audata esperaba. Sintió derrumbarse toda esperanza.

—¿Y dónde está? —casi gimió, preocupada.

—Está en el *ludus*, con la *domina* Laódice. La familia Helvia últimamente viene poco por aquí.

La mujer respiró aliviada. Al menos no le había ocurrido nada malo a su niña.

—¿Con quién hablas? —oyó que preguntaba una voz ronca desde el interior.

El esclavo se volvió para responder:

—Nada, una mujer. Dice que es la madre de Kinane; esa esclava que llegó hace poco.

Critasiros se quedó un momento paralizado, sopesando sus siguientes palabras. No había reparado en que la muchacha todavía tenía familia en Histria.

—Tu hija no está aquí —sentenció al fin, acercándose a la mirilla.

—Ya lo sé, pero me gustaría verla. —Audata se esforzó en alzar la voz, ya que desde donde estaba no podía ver al administrador—. Y saber cuándo podré recuperarla.

Critasiros se alarmó. Si madre e hija se reencontraban y los trapos sucios salían a la luz, de cierto que tendría más de un quebradero de cabeza.

—Tu marido fue el que firmó el contrato de compraventa. En la cláusula para reclamarla él era la única persona valedora. Ya sabes, para evitar que cualquier malhechor con mala idea intentase quedarse con ella. Me temo que lo que pides es imposible.

Audata sintió una ira repentina y propinó un porrazo contra la puerta.

—¿Qué clase de broma es ésta? —espetó, rabiosa— ¡Quiero hablar directamente con Deceneo!

El administrador se ofendió. La madre era igual de irrespetuosa que la hija.

—Mi *dominus* no se encuentra aquí, y en su ausencia yo represento sus intereses. Mi palabra es la suya. Y, además, él no está para perder el tiempo con mujeres…

Audata aporreó la puerta una, otra y otra vez.

—Otro golpe, y el atriense te abre la cabeza con el bastón. Estás avisada —la amenazó Critasiros.

—¡Esto no quedará así! ¡Me devolveréis a mi hija, aunque me cueste la vida!

Critasiros, con un movimiento con la cabeza, ordenó salir al atriense. Aquella rata causaba demasiada escandalera. Cuando la mujer tuvo delante a la enorme y amenazante figura del esclavo, retrocedió.

—Yo maldigo a la familia Helvia. Juro por Némesis que esto no quedará así. —Y escupió en el suelo con desprecio.

El atriense ya sacaba un bastón de manera con gesto amenazador, y, resignada, Audata decidió marcharse con rapidez, antes de que aquel esclavo gigante le partiese la columna.

* * *

A mediodía, el centurión vislumbró una figura diminuta por el sendero que llevaba al *ludus* de Marco Helvio Deceneo. Aquella mujer caminaba lenta, pero decidida, e imaginó que era una de las esclavas del rico comerciante. Acompañado sólo por dos hombres, tal y como le habían pedido, se aproximó a ella.

—¿Te acercamos?

Audata se apartó un mechón de cabello de la cara.

—¿Hacia dónde vais, soldados?

—Hacia el mismo sitio que tú, supongo. Este camino no lleva a otro sitio —afirmó Plistarco.

—Cierto. Os lo agradezco.

La mujer se montó tras el *miles*. Junto a ellos, viajaban otros dos hombres, cada uno sobre su caballo. Uno lucía una frondosa barba rojiza. El otro, de mandíbula bien definida y cabeza rasurada, era alto, delgado y vestía una sencilla túnica color pardo. Audata lo ignoraba, pero era el hombre al que su marido había pretendido asesinar semanas antes.

No tardaron en llegar al *ludus* Helvio. Aquel lugar, si bien más pequeño, tenía cierto parecido a un campamento fortificado. Junto a la puerta de acceso, había una campanita metálica. Sin embargo, no hizo falta que la usaran, pues los centinelas se habían percatado de su presencia.

—*Salvete!* Soy el centurión Herio Asinio Plistarco.

—Esperábamos tu llegada —respondió uno de los guardias en lo alto del adarve.

El portón se abrió y un siervo los ayudó a desmontar y se llevó consigo a los caballos. Desde el balcón de la casa los escrutaba una mujer, alta y esbelta. A juzgar por su rica vestimenta, no cabía duda de que era la matrona del hogar.

—¡Bienvenidos a mi morada! —los saludó el anfitrión con una espléndida sonrisa desde la entrada a la *domus*.

Y, a su gesto, apareció una *ancilla* con una jarra de cerámica llena de agua fresca. El centurión agradeció el gesto con un leve movimiento con la cabeza y tomó un trago. Luego, pasó la jarra a sus acompañantes.

—Es un placer para nosotros estar aquí —afirmó el oficial.

Deceneo se acercó y estrechó la mano al soldado.

—Bien, bien. Si os parece oportuno, antes de ir al Mons Ferri os haré un breve recorrido por el *ludus*. Es mi última inversión y es una escuela de auténticos campeones —presumió.

Audata asintió, como los demás, pero con disimulo examinaba el paisaje con la mirada en busca de su pequeña. No entendía por qué

ni los militares ni el comerciante se sorprendían de su presencia allí. Quizás una confusión fortuita. Fuere como fuere, no iba a perder la oportunidad que los dioses le habían brindado.

* * *

Pugnax intentó golpear a Menoetius con el borde inferior de su escudo, pero éste retrocedió. El *secutor* dio una zancada y se aproximó a él, pero el reciario hizo ademán de pincharle el rostro con el tridente, de modo que el otro alzó el *scutum* para protegerse. Entonces, el más joven vio su oportunidad: el consejo de Clito era aprovecharse de la poca visibilidad que le dejaba el casco a su oponente.

Menoetius repitió la operación varias veces, lo que obligaba a Pugnax a mantener una posición defensiva, con el escudo aquí y allá. Distraído, fue tarde cuando se percató de que el muchacho había extendido la red a sus pies. Sin darle tiempo de reaccionar, el reciario tiró de ella, y el gladiador tropezó con las cuerdas. Cayó de espaldas, y el golpe lo aturdió. Al abrir los ojos, el tridente lo apuntaba a escasas pulgadas de la cara. Aunque nadie lo viera, Pugnax mostraba una expresión de asombro tras el yelmo.

—¡Qué buena demostración! —lo halagó el centurión.

—Sí, los preparo para los próximos juegos. Tengo que convertir a esta chusma en campeones en menos de un mes.

A pesar de que Marco Helvio Deceneo lo disimulara, el combate también lo había desconcertado. Hasta ese momento, había considerado al reciario como una inversión perdida. Pero, con todo, era el momento de lucir a la joya de la corona. Señaló a un gladiador que entrenaba apartado del resto: un gigante de piel negra, musculoso y ágil. Combatía armado de manera similar a la de un legionario, con espada corta, escudo rectangular y casco.

—Ése es nuestro campeón, Myrmex. —Lo señaló, y vio que a su

lado estaba Barbaricus—. El otro es su instructor roxolano. De no ser por vuestros prisioneros de guerra, esta escuela no sería nada.

Herio Asinio Plistarco arrugó los morros. Con toda seguridad, aquel curtido *doctor* había combatido en batalla contra él en algún momento. Las palabras del anfitrión lo devolvieron al presente:

—Myrmex tiene un palmarás de cuatro victorias y una *missio*. ¡Y esta última contra Lascivus, ni más ni menos!

—¿De verdad? He oído hablar del tal Lascivus y dicen que es la representación de Tánatos en persona —comentó el oficial con curiosidad.

* * *

En un descuido, Audata se había separado con disimulo del grupo, y ahora paseaba por el recinto en busca de su hija. Los nervios se la comían por dentro, pero trataba de demostrar calma con su paso lento. No debía llamar la atención. Sin embargo, una esclava de pelo corto, nariz aguileña y cejas arqueadas se fijó en ella.

—Perdona, ¿te puedo ayudar en algo?

—Yo… Soy la esclava del centurión. Busco las letrinas. —Se llevó la mano al vientre como si estuviese a punto de orinarse.

Dinamia le sonrió, sin sospechar nada. Había visto a aquella mujer entrar sobre el caballo del oficial. Además, era habitual que los esclavos merodeasen por las casas de los anfitriones para encontrar algo interesante que contar a sus amos. Y a Dinamia aquello no le suponía un problema. Su amo no tenía nada que esconder.

—Acompáñame —la invitó con un gesto con la mano.

Audata la siguió hasta la zona donde residía el servicio doméstico. Tras uno de los cubículos, había una zanja.

—Es aquí —sonrió la esclava de nuevo.

—Te lo agradezco de corazón —contestó Audata.

* * *

Dinamia se cruzó con los dos soldados mientras éstos esperaban a su centurión en la puerta de la casa. Entró en la cocina, cogió una jarra de vino y unos vasos de barro cocido.

—Kinane, vete al corral y trae huevos para el aperitivo.

Ésta obedeció y, en cuanto salió de la cocina, Dinamia se encaminó al piso superior, donde su amo y su imitado debatían.

—Te seré franco, centurión. Sé de sobra cómo gestionar mi negocio. Y también estoy informado de cómo se procede en territorio romano —afirmó Deceneo, seguro de sí mismo.

—¿Y por ese motivo te muestras tan reticente a que entremos en las minas? —inquirió el *miles*.

—Desde tiempos de Tiberio, los publicanos y los gobernadores provinciales han tomado el control de algunas minas como si fuesen suyas. ¿Y a cambio de qué? De nada. En algunos casos, inversión en desarrollo, pero poco más.

—La productividad ha aumentado en aquellas minas en las que nuestros funcionarios participan. Es un dato indiscutible que está ahí —insistió el oficial.

—Yo no quiero tener a los *procuratores* rondando por aquí, diciendo qué hay que hacer o qué normativa cumplo o dejo de cumplir. Esta mina es de mi familia, lo ha sido durante generaciones. Mis ancestros son de origen griego, de los tiempos en que Histria era colonia de Mileto. Tú también tienes origen heleno, ¿me equivoco, Plistarco? —suavizó el tono.

—Mi *cognomen* me delata, sí. Soy natural de Épiro.

—Tan lejos y a la vez tan cerca… —sonrió el comerciante, y asió su vaso—. Brindemos.

Herio Asinio Plistarco correspondió al gesto. Claramente, Deceneo, como hombre de negocios experimentado, estaba

sabiendo manejar la situación, pensó.

—Recuerdo que fue la curia de Histria, al igual que la de las otras ciudades pónticas, quienes solicitaron nuestro apoyo militar y táctico para frenar a las hordas bárbaras. Por eso me chirría que ahora que vivimos en paz nos tratéis como si fuésemos invasores —soltó al fin el centurión.

—Apoyo militar, pero no necesariamente político. Hay que poner freno al intervencionismo extranjero; en este caso, el vuestro. Ése es el papel de los políticos. Y yo, como político, actúo en consecuencia. No veo nada de hipócrita en ello. Sólo vigilo que no se rebasen los límites acordados en el pasado —respondió Deceneo, convencido.

—¿Y qué me dices del *ludus*? ¿Acaso su construcción no responde a la asimilación de la cultura latina en la región?

—Yo no niego lo evidente, soldado…

El centurión frunció el ceño, desconcertado al no ser apelado por su rango, pero no dijo nada.

—Comprendo que hay posibilidades de que la influencia de Roma se expanda hasta aquí. Vuestros ejércitos no sólo han traído protección y orden, sino también vuestras costumbres.

Las ciudades pónticas no disponemos de tropas poderosas, eso es una realidad. Y esto me lleva a una conclusión evidente: necesitaremos de vuestra presencia durante la próxima década, como mínimo. Soy político, pero asimismo comerciante, Plistarco. Necesito tener amplitud de miras antes de tomar cualquier decisión.

—¿Y no has valorado lo peligroso de tener tan cerca un *ludus* y una mina repleta de esclavos y prisioneros de guerra? No parece la decisión más acertada… —lo recriminó el militar.

—Sí, lo he valorado —contestó Deceneo, por primera vez incómodo.

—Las escuelas de gladiadores son hormigueros de hombres altamente entrenados en el empleo de las armas. ¿Seguro que no deseas una mayor presencia de tropas?

—Para eso ya tengo a mi guardia personal, que me obedece a mí y no a intereses ajenos —sentenció, hastiado.

* * *

Audata vio a Kinane salir de la *domus* y meterse en el corral. Sin dudarlo ni un ápice, la siguió. La muchacha se agachaba para recoger unos huevos cuando percibió una presencia a su espalda. Asustada, se dio la vuelta y, por unos instantes, no pudo creer lo que veían sus ojos. Era imposible. Los huevos se le cayeron de las manos y se hicieron añicos en el suelo.

La mujer se fijó en la nariz hinchada de su hija, el chichón en la sien, los moratones en los brazos y las piernas. En su pelo desgreñado, sucio y seco. En sus ojos, ojerosos y apagados. Audata sintió hundirse el mundo de manera repentina.

—Pero ¿qué te han hecho, princesa? —Le acarició la mejilla, y Kinane retrocedió, confusa.

—Mamá, ¿eres tú o los dioses juegan conmigo? —preguntó ella, aún perpleja.

Como respuesta, la madre la abrazó con fuerza y estrechó su pecho contra ella. Las piernas de Kinane flaquearon, su cuerpo tembló, y no tardó en echarse a llorar como una niña pequeña.

—Mi princesa, ¿qué te han hecho…? —balbuceó de nuevo Audata, ahora entre lágrimas.

Así, abrazadas, juntas, desfogaron la rabia, el miedo, la angustia y la tensión acumulada de las semanas pasadas. Se acariciaron los cabellos y se besaron, ajenas a que el mundo a su alrededor giraba sin detenerse.

—Mamá, te he echado tanto de menos…

—Y yo a ti, mi amor… No sabes la alegría que tengo, aunque no lo parezca.

Ambas sonrieron, felices. Pero enseguida la joven puso los pies en la tierra. Aquello no era un espejismo ni una ilusión.

—¿Cómo has entrado?

—Con los soldados. Creo que piensan que soy una sierva de Deceneo, y viceversa. Sea como sea, no me han puesto ningún impedimento. —Cambió de tema—: Amor mío, mi niña, ¿qué te ha pasado?

—Mamá, me caí por las escaleras —mintió Kinane para no preocuparla.

Con sólo mirarla a los ojos, Audata supo que no decía la verdad.

—Kinane… Sé que no es cierto. Cuéntamelo, mi amor.

Kinane suspiró. Su madre siempre había sido su confidente, y la había echado demasiado de menos.

—Mamá, me equivoqué…

—Ningún error justifica estos golpes.

La joven agachó la cabeza.

—¿Es verdad que papá ha muerto? —se atrevió a preguntar.

El silencio que Audata mantuvo durante unos instantes a Kinane le pareció eterno.

—Sí… —susurró al fin.

Kinane palideció y comenzó a tomar aire a bocanadas mientras trataba de asimilar la terrible noticia. Critasiros le había dicho la verdad.

—Me siento tan mal por papá…, por no haberlo ayudado… —sollozó—. Dejamos que cargara él solo con todos los problemas. Siempre lo supimos, y no fuimos capaces de hacer nada.

—Se limpió las lágrimas con el dorso de la mano. Los ojos ya le escocían.

—Papá nunca nos contaba lo que ocurría, mi amor. No es culpa tuya lo que le ha pasado. —Apartó con suavidad un mechón de pelo del rostro de su hija. Luego añadió con una falsa seguridad que no tenía—: Ahora hay que levantar cabeza y seguir adelante.

—Al menos Seutes está vivo, mamá. Lo he visto con mis propios ojos —le explicó.

—¿Cuándo? —se emocionó Audata, cuyas pupilas se dilataron.

—La semana pasada. Está más flaco, pero sigue vivo —afirmó, y se puso a llorar de nuevo, pero esta vez de esperanza—. No está

todo perdido.

—No, mi princesa. No está todo perdido…

Kinane soltó un nuevo suspiro y trató de calmarse. La realidad se imponía.

—¿Cómo voy a salir si papá no puede reclamarme? —se angustió.

Su madre se quedó callada. Era una cuestión que se le escapaba de las manos. Según el administrador de Deceneo, no existía ninguna manera de liberarla.

—No lo sé…

—Mamá, me siento muy sola…

—¿Y si me quedo aquí contigo?

—¡Eso ni hablar! Estoy más tranquila si estás en Histria —negó con la cabeza, y luego titubeó—: ¿Kávaros aún me busca?

—No, mi niña. Ya se ha olvidado de nosotros…

La voz de Dinamia en el exterior interrumpió la conversación.

—Kinane, ¿estás ahí? Necesito esos huevos desde hace media hora.

—¡Ya salgo! —se apresuró a responder ésta para evitar que la esclava entrara a buscarla.

—Vete ya… —le aconsejó su madre, dándole un último beso en la frente.

—Tarde o temprano saldré de aquí, te lo juro —le prometió Kinane con la voz quebradiza y el corazón en el puño—. Sólo te pido que me esperes, mamá.

—Yo te esperaré siempre, mi amor. A tu hermano y a ti. Os esperaré, en este mundo y en el otro.

* * *

—Yo no me cierro a ningún negocio si es provechoso. Y legal, a ser posible —bromeó Deceneo—. Cuando las legiones se instalaron en la

región, me rondó por la cabeza la forma de aprovechar la situación. Que fuese beneficioso para ambos, claro. Roma es un buen socio comercial. Y me percaté de que los soldados tenían pocas opciones de ocio. Así que decidí invertir en construir esta escuela.

—En mi región, ser lanista es motivo para ser considerado infame.

—Aquí no, centurión. Y, además, mi principal fuente de ingresos es la mina. Para mí esto es un arte. Convierto a hombres corrientes en héroes. Es el negocio del futuro. Adaptarse o morir, ¿cierto? —sonrió el rico y grueso comerciante.

—Cierto —respondió secamente el centurión.

—Pues frecuentan mi casa los funcionarios municipales que lo requieren. Del mismo modo, también lo puedes hacer tú. Y, si en mi mano está ayudarte en alguna cosa, prestarte auxilio, lo que sea, no dudes en solicitármelo. —Deceneo se mostró conciliador.

El militar se tomó un momento para digerir las palabras de su interlocutor y apurar el vino que le quedaba en el vaso. Quizá Deceneo no estaba tan cerrado a aceptar su propuesta como pensaba.

XV
HERMANDAD

«Sine amicitia vitam esse nullam
(Sin amistad, la vida no es nada)»,

Marco Tulio Cicerón, *Laelius de Amicitia*, 86

Deceneo decidió que lo mejor era llevarse con él a la joven esclava, pues Laódice prefería no tenerla cerca. Con su fiel Critasiros no podía contar, ocupado en resolver diferentes asuntos en Histria Los tres soldados, Audata, Kinane y cinco escoltas lo esperaban en las caballerizas mientras él terminaba de prepararse para ir a la mina.

—Aunque no me agrade su visita, mi deber es ser un buen anfitrión —le explicó a su esposa.

—Tienes razón.

—Aunque lejos de Roma, soy igual de ciudadano que él —añadió —. Ajústame la toga, que le quede bien claro.

* * *

En cuanto se abrió la compuerta, Audata se separó del grupo y tomó el camino en dirección a Histria.

—¿Ya te vas? —le sonrió el oficial.

—Sí, tengo recados que atender en la ciudad, *domine* —correspondió con respeto.

El resto de la comitiva permaneció en silencio. En especial Kinane, que no quería levantar sospechas. Su madre había hecho suficiente y, si tiraba más de la cuerda, ésta se rompería. A pesar de saber que sería casi imposible volver a encontrarse, no quería arriesgarse a que la descubriesen. Por eso, le dio la espalda a su madre.

El grupo inició la marcha, y Audata permaneció quieta donde estaba hasta que estuvieron lo suficientemente lejos como para no distinguir quién era quién. Después, retomó el camino a la urbe. Las lágrimas se deslizaban por sus mejillas, pues no podía dejar de recordar los moratones sobre la suave piel de su niña, el chichón, la nariz golpeada. Los ojos apagados, sin brillo. Las ojeras, el pelo enmarañado. La familia Helvia estaba asesinando a su pequeña poco a poco, pero ella no se quedaría de brazos cruzados.

* * *

—¿Y dices que Kávaros no tiene influencia en la curia? —quiso averiguar Plistarco mientras se balanceaba por el movimiento de su caballo.

—No de forma directa, pero es evidente que la tiene. Su tapadera es El horno de Afrodita. Por otro lado, tampoco se le puede acusar de nada —contestó Deceneo.

—Mis fuentes me han informado de que algunos miembros de la curia municipal le deben favores y le bailan el agua, la última reparación del dique se la adjudicaron a él —añadió el centurión.

—Lo del dique fue un proceso transparente. Respecto al resto, quién sabe. Yo no lo sé —se defendió el comerciante.

—Un hombre como él seguro que tiene muchos enemigos en

Histria —señaló Plistarco.

—No siempre llueve a gusto de todos —sentenció Marco Helvio Deceneo.

* * *

Cothelas se topaba de nuevo con la maldita muralla del Mons Ferri. En aquella madriguera estaba encerrado su hermano de armas. Sin embargo, para Ébalo era la primera vez, y se sintió diminuto ante la enorme e infranqueable construcción.

—*Salve, domine!* —saludaron los guardias.

—*Salvete!* —contestó él, orgulloso.

La puerta principal se abrió con un crujido metálico. Cuando hicieron ademán de entrar, Marco Helvio Deceneo les ordenó detenerse con el dedo índice.

—Se me olvidaba una cosa: debéis desarmaros.

—¿Por qué? —se alteró Cothelas, ataviado con su *zeira* de franjas rojas y azules.

—Porque aquí sólo va armada mi guardia. ¿Acaso a mí me ves armado?

Los tres soldados gruñeron. Aquello les parecía una humillación, pero no tenían opción. Si querían reencontrarse con Comio, deberían obedecer. Con desdén, entregaron sus *gladii* y *pugiones* a los centinelas. Después, su anfitrión señaló la *vitis* que portaba el centurión:

—La vara también.

—La *vitis* ¿por qué? ¿Es que crees que voy a golpear a tus hombres? —Y soltó una carcajada, pues creía que se trataba de una broma.

—No, qué va —se rio a su vez Deceneo—. Es por lo que representa. Es el símbolo de la autoridad del centurión, del ejército de Roma. Y, tras estos muros, la única autoridad que acepto es la

mía —concluyó, serio.

Aquello era una deshonra para el oficial. ¿Cómo se atrevía aquel comerciante avaro y gordo a insultarlo de ese modo? Se llevó la mano a la espada, pero se dio cuenta al instante de que ya la había entregado. Deceneo lo miraba, paciente, y Plistarco imaginó lo satisfactorio que sería atravesar su garganta y que dejase de sonreír como un estúpido engreído. Se dio la vuelta y paseó la vista por entre sus camaradas. Claramente, opinaban lo mismo que él. Respiró hondo y decidió que, en el futuro, ya habría ocasión de devolverle el golpe. Con displicencia, entregó la *vitis*, y el anfitrión asintió, satisfecho.

Iniciaron el recorrido por el interior de la primera muralla. Visitaron los hornos de fundición, los establos, la armería y hasta el almacén donde se custodiaban los preciados lingotes de hierro.

Después, tuvieron el privilegio de subir a la segunda muralla. Allí, tras pasar por una garita, unas escaleras los llevaron a lo alto del adarve. Desde ahí arriba, visualizaron el infierno, y se les cayó el alma a los pies. A los soldados, porque Comio vivía en aquella enorme madriguera humana. A Kinane, por su hermano Seutes. El monte principal del Mons Ferri, ese que había proporcionado tantas riquezas a la familia Helvia, ya no existía. En su lugar, un enorme agujero enroscado parecía descender hasta el inframundo. Y, en la lejanía, miles de diminutas figuras, todas ellas condenadas, minúsculas como hormigas. Más allá, una colina agujereada por doquier. En una ladera, había una especie de población muy austera, de casas de adobe construidas sin orden, unas sobre otras. Y, al fondo, una zona de cultivo cercana a lo que parecía ser la necrópolis. Los cuatro visitantes enmudecieron.

—Por Júpiter… —murmuró, incrédulo, Herio Asinio Plistarco.

Deceneo sonreía. A juzgar por los pálidos rostros de sus invitados, había conseguido su propósito. Estaban impresionados. Aterrorizados, más bien. Pero no le importaba, justo ésa había sido su intención. Aquellas minas eran la expresión de su verdadero dominio.

—Bien, ¿qué más queréis ver? —se ofreció.

—Deceneo, me gustaría pedirte un enorme favor —se amilanó el oficial.

—Dime, a ver si está en mi mano —contestó, convencido de saber lo que el hombre deseaba.

—En tu casa me has dicho que, si había algo en lo que pudieses ayudarme, te lo pidiera. Es el caso. Quiero ver cómo se encuentra el soldado que condenaron *ad metalla* —explicó—. Era uno de mis hombres. Y mi amigo.

—Y, si es posible —intervino Ébalo—, también al que me atacó en Histria. Se llama Seutes. Tengo un asunto pendiente con él. —Se señaló con el pulgar la espalda.

Kinane palideció. Por lo visto, aquel soldado era el objetivo de su padre, el mismo al que su hermano había intentado matar. La razón, sin pretenderlo, de que su vida hubiese cambiado de forma radical.

—Creo que por hoy será suficiente con ver a vuestro compañero. Otro día resolverás tu asunto pendiente con ese criminal —respondió Deceneo al fin.

El soldado contuvo la rabia y lo insultó en un gruñido al que nadie prestó atención. Aquel comerciante imbécil disfrutaba con la ostentación de su poder.

* * *

Una polvorosa ráfaga de aire golpeó a Seutes en el rostro al salir de la galería. Se cubrió con su pañuelo y esperó a que amainara. Cuando abrió los ojos, un guardia se acercaba a él.

—Comio trabaja en esta bocamina, ¿verdad?

—¿Quién lo busca? —preguntó, desconfiado.

—Marco Helvio Deceneo en persona —contestó sereno el centinela.

Por la sorpresa, se le cayó el pesado cesto de esparto entre los

pies. Jamás había visto al propietario de las centenares, quizá miles, de almas que habitaban aquel infierno. De hecho, no recordaba haberse cruzado nunca con él por Histria. Y, pese a todo, había oído hablar de él toda su vida, como de un ente divino.

—¿Y eso por qué? —dudó.

—A mí qué me cuentas, niñato. Llámalo de una vez o saco el bastón —lo amenazó el guardia.

Seutes dejó el capazo junto a la carreta y volvió a penetrar en el túnel. Se topó con su compañero cuando éste ya ascendía con su cesto a rebosar de tierra y escombros.

—Comio, hay un guardia fuera que dice que Deceneo quiere verte —lo informó, casi en un susurro.

—¿Deceneo? ¿Marco Helvio Deceneo? —Seutes asintió levemente —. ¿Por qué?

El muchacho se encogió de hombros.

De camino a la muralla, el *miles* se observó las manos. En pocas semanas, sus dedos se habían vuelto gruesos y callosos; sus uñas, negras y rompedizas. Se escupió en la palma y se la pasó por el cabello con intención de peinarse, pero el pelo, sucio de polvo, se le quedó aún más embarrado.

Llegó a la compuerta de la muralla, y allí las piernas le temblaron y creyó que no le responderían. En la garita de control, dos guardias lo recibieron como si apestase, lo que probablemente era cierto, y le abrieron la puerta del otro lado.

Lo que se encontró fue como un espejismo en medio del desierto. A unos pasos de distancia, estaban sus compañeros de armas. Incrédulo, corrió hacia ellos y saltó de alegría sobre el más corpulento, el de barba rojiza llamado Cothelas. Los otros dos se sumaron al abrazo entre risas, palmadas en la espalda y besos.

—Qué reencuentro tan feliz —Deceneo tomó la palabra. Se giró hacia su escolta y con un leve movimiento de cabeza les indicó que los vigilara—. Voy a mi oficina a resolver asuntos pendientes. Os dejo algo de intimidad para que os pongáis al día. Volveré en media hora. —Posó su gruesa mano sobre el hombro de su sierva—.

Kinane, quédate con ellos por si necesitan algo más.

—Muchísimas gracias —le agradeció con sinceridad el centurión.

El hombre más rico de Histria sonrió como respuesta y se marchó.

—Esto es el infierno, Herio… —admitió Comio ante sus amigos en cuanto estuvieron a solas—. Vivimos como alimañas. Los niños mueren antes de los diez años, los viejos no llegan a viejos. La enfermedad del polvo destruye los pulmones. Las uñas se vuelven negras y se rompen. La tos es constante e insufrible. Pero lo peor son los guardias… ¡Hasta echo de menos los golpes de tu garrote!

—Bueno, algún guardia bueno habrá —trató de tranquilizarlo su amigo.

—No, Herio. Si quedase un rastro de humanidad en sus corazones, no trabajarían aquí —afirmó, rotundo.

—Este Deceneo es más cabrón que el maldito Kávaros… —susurró Cothelas en voz baja.

—Lo dudo —manifestó con desprecio Ébalo, y miró con tristeza hacia su antiguo camarada—. Escucha, tengo asuntos pendientes con el canalla que intentó matarme. Si te encuentras con él, ábrele la cabeza de mi parte.

Kinane palideció. Si su hermano era asesinado en aquel infierno, estaba segura de que nadie se preocuparía por hacer justicia. Pero la respuesta del otro la dejó aún más perpleja.

—Hablas de Seutes.

—Sí.

—Verás… —vaciló un instante—. Aquí dentro es mi mejor amigo.

—¿Cómo? —se extrañó Ébalo. A su lado, Cothelas, Plistarco y Kinane también se habían quedado boquiabiertos.

—Trabajamos juntos —explicó Comio, algo nervioso.

Ébalo se puso tenso, pero el grandullón de Cothelas lo agarró por el hombro para evitar que iniciase una pelea. Al momento, el centurión se colocó entre ambos. Conocía de sobra sus temperamentos.

—No he bajado la cabeza frente a Deceneo para que provoques

un altercado —amenazó a Ébalo.

—Y mucho menos con Comio —añadió el de la barba rojiza.

Ébalo retrocedió, pero no sin lanzar una terrible mirada de desprecio al que hasta hacía poco había sido un hermano para él.

—Escúchame, no era su intención matarte.

Como respuesta, Ébalo se levantó la túnica y le enseñó una fea cicatriz a la altura de los omoplatos.

—¿Y entonces cómo explicas esto, mentiroso? —respondió enfadado.

—No tenía otra opción. Era eso o su hermana. Es Kávaros quien te quería muerto.

Kinane, incapaz de contenerse más tiempo, se abrazó a Comio. El soldado dio un respingo hacia atrás, pero la desconsolada muchacha se aferró a él. La calidez de su cuerpo la calmó al instante, como si fuese un remedio mágico a sus problemas. Como si a través de él sintiese a su hermano.

—¿Qué haces? —Comio miró a los demás—. ¿Me habéis pagado una puta?

Pero sus hermanos de armas comprendían lo mismo que él: nada.

—Soy la hermana de Seutes… —confesó ella entonces, con los ojos vidriosos.

Cothelas, Ébalo, Plistarco y Comio se quedaron paralizados.

—¿Tú eres Kinane? —preguntó el condenado, incrédulo ante tal coincidencia.

Ella asintió con la cabeza.

—¿Y cómo has entrado? ¿Qué haces aquí? —añadió, cada vez más confundido.

—Soy esclava de Deceneo… —declaró, triste—. Necesito que le digas a Seutes que Kávaros ha matado a nuestro padre… —Bajó la cabeza, avergonzada.

Ébalo, pendiente de lo que hablaban, agarró a la chica por los hombros, amenazador.

—¿Por qué Kávaros me quiere muerto? ¡Dime! —la zarandeó con

violencia.

Kinane, histérica, lo empujó para intentar quitárselo de encima. Al momento, Comio se interpuso entre ambos. No era ni el lugar ni el momento para provocar un espectáculo.

—¡No lo sé! Mi padre tenía deudas, y Kávaros se lo pidió. Luego lo amenazó con que vendría a por mí y me raptaría para su lupanar. Mi padre me ofreció como esclava a los Helvios para protegerme —explicó entre sollozos.

—Entonces todo ha sido para nada… —se derrumbó Comio, que había escuchado durante semanas la falsa imagen que tenía Seutes de su familia en el exterior.

—Hay que ir a por ese cabrón —añadió Ébalo, enfurecido—. Es la única forma de descubrir la verdad.

—Lo haremos. A su debido tiempo —afirmó el oficial.

Comio, pensativo, se fijó en el rostro golpeado de Kinane. Un chichón en la sien, la nariz hinchada, moratones en brazos y piernas, alguna que otra magulladura, arañazos. Respiró hondo y apretó la mandíbula con fuerza.

—¿Quién te ha hecho eso? —preguntó.

La ira de Comio era tal que los tres soldados no se atrevieron a inmiscuirse. Los ojos le fulguraban. Había cerrado los puños con fuerza. La mandíbula, prieta como la de un animal a punto de atacar a su presa.

—Mi *domina…* —murmuró.

El condenado se llevó las manos a la cabeza y bufó. Aquello destrozaría al pobre Seutes.

—¿Y tu madre?

—Sola, en casa, sin mi padre, sin mi hermano, sin mí —confesó ella.

* * *

Comio guardó silencio mientras asimilaba toda la información. Seutes había aguantado las condiciones infrahumanas de la mina por su familia. Los maltratos de la guardia, el hambre, el polvo, la enfermedad. La muerte de los niños y los ancianos. Los terribles accidentes. Lo había asumido como un sacrificio para salvarlos. Y no había estado más errado en su vida. Fuera de esas murallas, su familia ya no existía.

—¡Mierda! —exclamó al fin, fuera de sí—. ¡Mierda, mierda, mierda!

Su padre, asesinado de forma cruel por Kávaros. Su hermana, esclava en una casa en la que se la golpeaba. Su madre, sola en una ciudad caótica. Y él, encerrado entre esos malditos muros, dejando su vida bajo tierra, ajeno a la realidad. Apretó aún más los puños, impotente, y deseó que el mundo estallase en mil pedazos.

—Pero voy a escapar… —murmuró Kinane en voz baja—. Seutes está aquí encerrado. Mi madre está sola. Y yo no sobreviviré mucho tiempo en casa de los Helvios.

Comio echó una ojeada a su alrededor para cerciorarse de que nadie la había escuchado.

—Baja la voz —le suplicó, acercándose a su oído—. Estamos rodeados por hombres de Deceneo. Como alguien te escuche, estás muerta. ¿Tú estás segura de lo que dices?

—Sí —asintió, decidida—. No sé cómo, pero escaparé de esa maldita casa. Y luego me iré con mi madre, donde sea.

Ambos estaban en un complicado aprieto, pero ahora Comio notaba un nuevo fuego de esperanza en su interior. Lucharían como fuera, aunque no tuvieran medios. Con los dientes y las uñas, si era necesario. Hasta desfallecer, morir o conseguir su propósito.

—¿Y si te descubren?

—Yo ya estoy muerta. No tengo nada que perder —afirmó ella con valentía.

Comio miró a Kinane a los ojos. No había otra salida. Ni para ella ni para su hermano.

—Aguanta, Comio. Ten esperanza —lo animó su centurión al

advertir que Marco Helvio Deceneo regresaba.

—Lo intentaré, pero tú procura sacarme de aquí —le suplicó.

Los cuatro soldados se fundieron en un abrazo, que en lugar de tierno y cálido fue más bien frío. Era una despedida, pero no una cualquiera. Tanto unos como otros eran conscientes de que en la mina cualquier día podía ser el último.

Kinane y Comio no se dijeron nada, pero una sutil caricia del soldado sobre la mano de la chiquilla fue suficiente. Aquel encuentro había despertado en ellos un deseo. El deseo de derribar cualquier muro para recuperar la libertad.

XVI
DEFIXIO

«Dignum laude virum musa vetat mori
(Al hombre digno de alabanzas,
las musas le impiden morir)»,

Quinto Horacio Flaco, *Odas*, 4, 8, 28

Menoetius saboreó la breva. Estaba muy dulce, pero una de las pepitas se le quedó entre los dientes e intentó sacarla con las uñas. Clito soltó una carcajada y se limpió la comisura de los labios con el dorso de la mano.

—Venga, retomemos el entrenamiento —dijo, poniéndose en pie.

El reciario se incorporó con pereza. Habían combatido durante la mañana y por la tarde, y estaba cansado. Pero Clito insistía en prolongar su instrucción hasta el ocaso.

—No tengo fuerzas… —se quejó Menoetius.

—Los Ludi Apollinares son pronto —insistió el otro.

—Con sobrevivir me basta —afirmó el muchacho mientras se ajustaba las protecciones.

—¿Por qué no sientes entusiasmo? —se disgustó el *primus palus*.

—¿Por qué tenerlo? No estoy aquí por voluntad propia. —Colocó los brazos en jarra.

—Porque como gladiadores nuestro nombre sobrevivirá a nuestra

muerte. Fuera de la arena, no somos nada, Menoetius.

* * *

Comio estaba aterrorizado. Ni frente a un ejército enemigo había sentido algo tan devastador. Se le helaba la sangre al recordar las heridas de Kinane y las terribles noticias que les había dado. Pensaba en cómo explicar a su amigo cuanto había visto y oído, pese a que sabía que era imposible hacerlo sin derrumbarlo. La idea de no contarle nada y ocultárselo se le pasó por la mente, pero la desechó pronto. Con eso, sólo se convertiría en cómplice de su tragedia.

Ya en la bocamina, agarró el capazo vacío y penetró en el oscuro túnel. Su cabeza lo instaba a quedarse allí, escondido en algún rincón, a la espera de que todo pasase. Su corazón, sin embargo, le decía que no podía hundir aún más la vida a su amigo. Y, no obstante, el resquemor de mantener un secreto como aquél era demasiado intenso para ignorarlo.

—¿Qué haces ahí? —lo sorprendió la voz de Seutes.

Comio dio un respingo, y su compañero soltó una carcajada. Sin embargo, el rostro del soldado permaneció sombrío. El joven histriano se percató de ello.

—¿Estás bien? ¿Cómo te ha ido con Deceneo? —preguntó con verdadera curiosidad.

Pero el otro ignoraba por dónde comenzar.

—Bien… Han venido mis amigos, incluido el centurión…

—Pues no se te ve muy contento —se extrañó Seutes.

—Tu hermana… —añadió Comio, inseguro.

Seutes se acercó a él unos pasos, sin entender muy bien qué quería decir.

—¿Mi hermana qué? —preguntó, sorprendido.

—Tu hermana también estaba…

Y Comio le explicó su conversación. La muerte de su padre, la soledad de su madre, el constante maltrato que sufría Kinane.

—¡Mientes! —le espetó al fin el chico, furioso.

—Me lo ha dicho ella misma —insistió el soldado, entristecido.

—Mientes… —repitió Seutes, a punto de derrumbarse.

—Tiene un lunar cerca de la comisura derecha de la boca… —describió el soldado.

El joven se quedó callado, como absorto. Su amigo lo miraba entre triste y arrepentido por habérselo contado.

—Entonces, todo ha sido para nada… —dijo Seutes antes de caer de rodillas al suelo.

Su respiración se aceleró y no tardó en gimotear. Empezó a sudar; las gotas le surcaban la frente, la espalda y el cuello. Fuera de sí, se llevó las manos a la cabeza y lanzó un alarido sobrehumano. El grito viajó a través de las galerías y los ramales de la mina, en eco, como procedente del mismo Hades. Comio retrocedió.

Seutes advirtió que le temblaban las manos. Las lágrimas le empapaban el rostro, de su nariz escapaban los mocos y de la boca una baba blanquecina. Los dientes le rechinaban por una rabia incontenible. Movido por un arrebato, trató de ponerse de pie y salir de aquella madriguera. Pero, cuando se incorporó, se le nubló la vista y cayó al suelo, mareado.

De pronto, soltó otro rugido, aún más fuerte, y, preso de la cólera, se levantó y echó a correr hacia la salida.

—¡Seutes! —exclamó Comio, aterrado por lo que pudiese suceder, y salió a toda prisa tras él.

El histriano parecía haber perdido la cabeza. Instado por una fuerza divina, ascendió por el enroscado agujero hasta la superficie en pocos minutos, sin detenerse a tomar aliento. Comio apenas era capaz de seguirle el ritmo, con el corazón a punto de escapársele del pecho. Ajeno a todo, Seutes llegó a la ladera donde se ubicaban las barracas y subió por las serpenteantes callejuelas. Se detuvo frente al portal de Hidna y aporreó la puerta, pero, sin esperar respuesta,

entró. La vivienda estaba a oscuras, a excepción de un candil que iluminaba el fondo de la estancia. Allí, sobre el camastro, reposaba la mujer.

—Novato… —susurró ella.

—Dime cómo escapar —exigió mientras recuperaba el aliento.

Ella abrió los ojos como platos. Aunque convaleciente, estaba serena.

—¿Qué te pasa, novato? —quiso averiguar tras fijarse en su demacrada apariencia.

Comio entró en ese momento y tomó a su amigo por el hombro, pero éste se agitó de manera violenta para apartarlo.

—Seutes… —le murmuró.

—Tengo que salir de aquí ahora mismo —fue su respuesta, iracunda y amenazadora.

Hidna lo examinó con detenimiento. Jamás lo había visto tan fuera de sí.

—No sé qué ha pasado, pero los dos sabemos que no hay manera de salir de aquí. Ahora, cálmate —le ordenó al fin.

—He visto a su hermana —le explicó Comio.

Seutes, aún jadeante y rabioso, no dijo nada. Su sacrificio y obediencia habían terminado. No perdería más tiempo bajo tierra. Su padre estaba muerto; su madre, sola, y su hermana, prisionera. ¿Qué sentido tenía cruzarse de brazos y esperar?

Entonces, de repente, sintió un terrible pinchazo en la sien, como si fuese a estallarle la cabeza. El dolor lo doblegó y se apoyó en la pared. Al momento siguiente, un repentino mareo lo hizo derrumbarse. Comio se apresuró a socorrerlo y le propinó un par de bofetadas para despertarlo. Hidna, pese a estar aún débil, se puso en pie a regañadientes y cogió un vaso de agua. Con suavidad, vertió el refrescante líquido en la boca del chico, que poco a poco recuperó la conciencia.

—Dentro de estos muros, no tengo nada que perder. Cuanto quiero en esta vida está ahí fuera. Y necesito salvarlo antes de que sea demasiado tarde —susurró Seutes, balbuceante.

Hidna agachó la cabeza y meditó antes de ofrecerle una respuesta.

—No digas ese tipo de cosas o te meterás en un lío.

—Ya pareces Ateas… —murmuró el chico.

La mujer regresó a su camastro, y el soldado ofreció más agua a su desconsolado amigo. Después, se sentó en el suelo, a su lado, y fijó la vista en un muñeco de trapo con la cara de Skotos que parecía observarlos sentado desde su taburete. Se incorporó de nuevo y se acercó hasta él. Lo cogió con suavidad, desconcertado. Era el mismo que habían olvidado en la mina durante el accidente.

—¿Quién te lo ha devuelto? —preguntó con curiosidad.

—Ateas —confesó ella.

Seutes se quedó callado y se arrepintió de lo que había dicho poco antes. Aunque el viejo lo negase, en el fondo también compartía la idea de que aquel infierno era una condena injusta para todos ellos.

* * *

En la hora del crepúsculo, la comitiva alcanzó los muros de la escuela de gladiadores. Desde su posición, ya se distinguían las diminutas figuras de los centinelas sobre los adarves.

—Gracias por el favor, Deceneo.

—De nada, centurión. Espero que vuestra visita haya resultado satisfactoria —le respondió con cierta vanidad.

Plistarco se aferró a la *vitis* con fuerza para calmarse; de nuevo sentía ganas de abrirle la cabeza. Ya les quedaba poco para llegar al *ludus*, donde terminaría el recorrido de su visita.

—¿Existe la posibilidad de que un condenado escape de la mina sin que nadie se dé cuenta? —preguntó, como por curiosidad.

—Eso es imposible —respondió al instante el comerciante.

—¿Y si sobornase a la guardia? ¿O al propietario de las minas? —

insistió él, poco sutil.

—¿Qué locuras dices? ¿Y cómo va a hacer eso un pobre condenado? —se rio Deceneo a carcajadas.

Los tres soldados lo miraron con desprecio. Kinane, por su parte, se mantenía al margen, en silencio.

—Quizá podría influir en los Ludi Apollinares y el número de gladiadores contratados para el evento —amenazó el soldado.

Marco Helvio Deceneo detuvo a su caballo en seco.

—No abuses de mi hospitalidad, Plistarco. Ambos sabemos que nadie está por encima de Roma y sus leyes. Ni siquiera tú, por muy lejos que estés de la *urbs*.

* * *

El campeón del *ludus* desvió el tridente con el escudo, dejando por completo al descubierto la guardia de su rival. El *gladius* de madera apuntó en dirección a la garganta de Menoetius, que se quedó quieto. Clito sonrió con orgullo y dejó caer el arma al suelo.

—La próxima vez no te lo dejaré tan fácil —bromeó el novato.

—Vas a tener que esforzarte más si quieres vencer al famoso Myrmex, niño —le respondió en el mismo tono jocoso.

El reciario se agachó para recoger la red y siguió a su compañero hacia las banquetas. Era la hora de la cena y hacía rato que se habían quedado solos en el patio.

—¿Por qué tu apodo de gladiador es Myrmex? —le preguntó con curiosidad.

Clito se abrió de brazos, ya libre de todo el equipamiento.

—¿No es evidente? —insinuó, extrañado.

Menoetius contempló su musculoso pecho, sus implacables brazos, sus abdominales oscuros y marcados. Myrmex significaba «hormiga» en griego. Sí, sin duda el nombre hacía referencia a su constitución musculosa y su piel negra, como la de una hormiga.

—¿Y no te molesta que te llamen así? —frunció el ceño.

—Los mirmidones fueron un pueblo descendiente de Zeus que tuvieron como reyes a Éaco y a Peleo. En la guerra de Troya, fueron las tropas de Aquiles y se distinguieron por su ferocidad y su valentía. Creo que Myrmex es un buen apodo para un campeón.

Menoetius se fijó en la energía que irradiaban los ojos de Clito. Se sentía orgulloso de su nombre de gladiador. Y deseó que algún día él también fuera lo suficientemente fuerte como para que Clito hablase de él de aquel modo.

—Viéndolo así, yo también pienso que es un apodo apropiado para ti —sentenció al fin. Su admiración por el instructor se acrecentaba cada día.

* * *

Audata estaba agotada, pero una fuerza en su interior la animaba a continuar su camino. Era medianoche, y la vía estaba desierta. Ni un alma deambulaba por los alrededores. Nadie. La única presencia era la de los búhos en los cipreses que marcaban el camino hacia la necrópolis. Una ráfaga de aire helado le hizo sentir un escalofrío. Se sintió observada y se dio la vuelta, pero a su espalda no había nada ni nadie.

Tal y como le habían indicado, se dirigió hacia las antiguas tumbas de los reyes escitas, donde encontraría a la persona, o más bien criatura, a la que pedir ayuda. Por eso, en un momento dado, abandonó el camino y se adentró entre las tumbas de los difuntos.

Aunque disimulase y tratase de no pensar en los muertos, estaba aterrada. Al fin, se detuvo frente a un pequeño y casi imperceptible túmulo, bastante reciente, a juzgar por la tierra removida. La mujer se arrodilló y lo acarició. Allí, sin una lápida que recordase su nombre o marcase su ubicación, se encontraba el cuerpo de su marido, Akornion. Una vez más, se lamentó no poder pagar una

sepultura digna, situación que enmendaría cuando fuese posible.

Unos pasos más allá, se quedó observando un enorme túmulo en el que antaño había sido enterrado un miembro de una dinastía real escita. Esa tumba era una señal inequívoca de que, tiempo atrás, había sido una figura importante. Y, sin embargo, su nombre se había perdido en el recuerdo. A juzgar por el acceso a la tumba, ésta había sido saqueada en el pasado. De hecho, le habían contado que ahora era la guarida de una bruja dedicada a las artes oscuras. Audata tembló de miedo. No se atrevió a entrar. Se quedó allí, sin moverse, hasta que, de repente, la puerta se abrió y una extraña figura la invitó a pasar con el dedo índice.

Dudó, pero no tenía más opciones. Los dioses del infierno no habían escuchado sus súplicas en el entierro de su marido, a pesar de ofrecer sus huesos y su sangre. Así que era el momento de obligar a las divinidades a cumplir su juramento. Avanzó un par de pasos hasta que un terrible olor a carne en proceso de putrefacción la hizo retroceder. Tomó una bocanada de aire fresco y atisbo la luna, oculta bajo un manto de nubes. Se decidió al fin a entrar en las penumbras. Sintió arcadas; la bilis le subió por la garganta y a punto estuvo de escapársele. No obstante, se armó de valor y se tapó la nariz y la boca con un pañuelo.

La madriguera de la bruja apestaba a humedad y podredumbre. El aire, terriblemente cargado y estancado, era irrespirable. Un moho oriniento cubría las paredes y las mortecinas tinieblas impedían cualquier atisbo de claridad. Jamás entraba la luz en aquel nido de víboras.

Una figura femenina, cubierta por un manto abigarrado, salió a su encuentro. Audata dio un respingo. Su piel era pálida y enfermiza, como si sólo saliese de noche, una vez escondido el sol. La criatura descubrió su rostro al echarse para atrás los desgreñados mechones. En algún momento de su vida, su rugosa cara había sido marcada por las brasas del fuego. A continuación, anudó su encrespada cabellera con guirnaldas y la invitó a sentarse.

—¿En qué puedo servirte? —le dijo con voz viperina.

La viuda, aterrada, enmudeció. Pero, entonces, la hechicera le agarró las manos y visualizó dos cicatrices en sus palmas.

—No es la primera vez que invocas a los dioses del infierno —sonrió, mostrando sus dientes negros y podridos—. Y, si estás aquí, es porque no han satisfecho tus súplicas.

La mujer quiso hablar, pero el hedor se lo impedía. Acumuló todo su valor.

—Kávaros y la familia Helvia me han arrebatado a mi marido y a mis hijos. Quiero que los dioses del inframundo se venguen por mí —murmuró al fin.

—Soy servidora de las divinidades oscuras, pero ellas también me sirven a mí. —La criatura sonrió de nuevo—. ¿Qué les prometiste en tu juramento?

—La carne y los huesos de mi marido. Mi cuerpo, mis entrañas y mi sangre. Y la de Kávaros —dudó Audata—. Pero ahora quiero que se lleven también a la familia Helvia. Que la destruyan y que sufran por el daño que le han hecho a mi hija.

La oscura criatura tomó de una estantería una lámina de plomo, dos figuras de arcilla, un par de agujas y dos clavos de plomo. A continuación, pidió a Audata que la siguiese con un movimiento con la cabeza. La mujer, nerviosa, obedeció y entró con ella en otra estancia. Al instante, se quedó lívida: decenas de órganos colgaban del techo. Intestinos, hígados, corazones, pulmones…

Horrorizada, pensó que había sido una estúpida. Si la bruja deseaba matarla, lo haría sin dudar. Y nadie iría hasta allí para buscarla. Pero Ericto, obviándola, se detuvo junto a una mesa y depositó sobre su superficie los objetos que había preparado para el conjuro. Luego, se acercó hasta un sepulcro donde antaño habría estado el cadáver del rey escita. Sobre él, había un cuerpo en estado de putrefacción. Audata se tapó la nariz con el pañuelo.

—Vamos a aprovechar sus ojos. Hay que hacerlo pronto, pues es lo primero que se seca.

Atónita, Audata fue testigo de cómo la tenebrosa Ericto, con gozo, hundía los dedos en los ojos del difunto. Al final, pendieron de

un nervio, que la bruja rompió de un estirón. Después, extendió la mano y enseñó los flácidos y acuosos ojos a la visitante. Un escalofrío la recorrió de los pies a la cabeza.

A continuación, Ericto dejó los gelatinosos glóbulos oculares en una pátera y cogió un cuchillo de una mesa cercana. Audata retrocedió unos pasos mientras la extraña criatura se volvía hacia el cadáver y hundió el arma con brutalidad en su pecho. Sonó un leve chasquido, como cuando se rompen los huesos del pollo para despedazarlo. Después, introdujo la mano en su caja torácica.

—Éste nos sirve. Conserva los pulmones. Están rígidos, pero no se han podrido. Y aún tiene lengua para hablar —comentó con fría y oscura naturalidad.

Entonces, asió un cazo por el mango y lo acercó a un brasero que chisporroteaba. Al pasar junto a ella, Audata se percató de que el contenido era pardo como la sangre. Cuando el líquido hirvió, retiró el recipiente del fuego, se acercó al pecho del muerto y vertió la sangre caliente a través de la herida.

La tenebrosa maga entró en trance. Sus ojos se pusieron en blanco y empezó a balbucear murmullos confusos y disonantes en un idioma desconocido. «La lengua de los muertos», dedujo Audata. Y así hasta que, repentinamente, reabrió los ojos.

—Tú, cadáver, que todavía estás a medio camino entre el mundo de los vivos y los muertos. Tú, que tu espíritu atormentado no puede descansar al no tener una digna sepultura. Tú, que conservas la lengua y los pulmones. Aprovecha la sangre caliente que de nuevo transita por tu cuerpo y llama a Tánatos de nuestra parte. Descorre las moradas elíseas y obliga a la muerte a venir a nuestro encuentro. Oblígala, a ella y a los dioses infernales, a cumplir mis súplicas. Y yo, a cambio, honraré tu cuerpo de forma que puedas descansar y transitar hacia el lago Estigia para encontrar la paz.

El cuerpo se agitó. Audata ahogó un grito. La bruja se volvió hacia ella con los ojos en blanco.

—Ahora, mujer, coge las dos figuras de arcilla y las agujas que hay sobre la mesa. Pínchalas con la rabia de tu interior. Que sufran.

Así las divinidades oscuras a las que invocamos ejecutarán tu venganza.

Obedeció de inmediato, muerta de miedo. Tomó las dos figuras arcillosas con forma humana, y sintió su tacto suave. Las imágenes de su hija maltratada y del cuerpo mutilado de su marido inundaron su mente. Con saña, imaginó a Kávaros y a Laódice, los dos principales causantes de su desgracia. Al primero, lo pinchó en el cuello, pensando en cómo había decapitado a su marido. La aguja atravesó la arcilla con facilidad. El muñeco de barro se deformó. A la segunda figura, que representaba a la matrona de la casa Helvia, le rajó el vientre de lado a lado. Audata deseaba arrebatarle lo que más le dolía a una mujer, su descendencia. Luego le atravesó la cabeza y terminó en la entrepierna.

Mientras tanto, Ericto apuntaba con las palmas de las manos hacia el suelo para iniciar la invocación:

—Erebo, divinidad oscura que reina en el inframundo y en las tinieblas de los mortales; Némesis, justa, implacable y vengadora; Tánatos, dios de la muerte que controla el tránsito entre ambas orillas; Moiras, hermanas que decidís con vuestro hilo el destino de cada uno de nosotros; Perséfone, que aborreces al cielo y a tu madre; Hades, rey del infierno y de cuantos habitan en él… A vosotros os invoco con mis labios mancillados y abominables. Obedeced mis plegarias, cumplid nuestro juramento. Escuchadme, a mí que me alimento de carne humana. A mí, cuyas cabezas y vísceras infantiles he depositado en vuestros platos. Obededecedme —y entonces se volvió hacia Audata y espetó—: Ahora coge el clavo y la tablilla de plomo y escribe sobre ella lo que entregamos a los dioses oscuros.

La mujer empuñó con fuerza el punzón metálico, dispuesta a rayar con él la plúmbea lámina.

—Perséfone, arrebata la salud, el cuerpo, la fuerza y la energía de Kávaros, Deceneo y Laódice. Entrégalos a tu esposo Hades, para que sea ineludible. Llévales fiebre para que acabe con su vitalidad. Como compensación, la persona resarcida ofreció su carne, sus

huesos y su sangre. Cumple con su juramento, y ella te lo entregará. Y yo, Perséfone, te entregaré a esta víctima. Envíame a mí, que te invoco, al perro de tres cabezas para que arranque los corazones de Kávaros, Deceneo y Laódice. Te ofrezco este cuerpo en sacrificio y añadiré higos secos y el cuerpo y las vísceras de Audata, si cumples con esta promesa antes de que termine el nuevo mes.

»Te entrego la frente de Kávaros, sus cejas, sus párpados y sus pupilas. Te entrego la nariz de Deceneo, sus labios, orejas, lengua y dientes. Que no pueda decir qué le duele. Te entrego el cuello, los senos, el vientre y la vagina de Laódice. Que no pueda engendrar vástago ninguno. Y de todos ellos te entrego las nalgas, el ano, los muslos, las rodillas, los pies, los talones y las uñas. Que sean incapaces de mantenerse en pie. Que no puedan conciliar el sueño ni descansar. Que no contemplen ningún mes más.

»Os entrego, divinidades del infierno, las entrañas, la carne, los huesos, los músculos, los nervios y la sangre de los tres. A cambio, os ofreceré higos secos, este cuerpo insepulto y el de la mujer aquí presente, una vez resarcido su juramento y ejecutada su venganza. Dioses oscuros, obedecedme.

La sangre caliente del cadáver brotó hacia el exterior y empapó el sepulcro. De nuevo en trance, Ericto balbuceó una retahíla de vocablos incomprensibles. Sus ojos, en blanco, observaban la nada mientras las palmas de sus manos seguían apuntando hacia el suelo. De repente, recuperó la consciencia.

—¡Ahora! ¡Trae las tablillas y los clavos! —le chilló a Audata.

La mujer obedeció, y la bruja cogió con rapidez las láminas de plomo, las colocó sobre el vientre del cadáver y, con una fuerza brutal, las atravesó con los clavos. El cuerpo se agitó, y la asustada viuda se llevó las manos a la cabeza. Después, ambas se quedaron en silencio durante un instante. Ericto, agotada, se sentó en un taburete.

—¿Ya está? —preguntó Audata, aterrada.

La misteriosa figura arrancó de cuajo uno de los dos clavos de plomó y se lo ofreció.

—Ahora sí.

—¿Qué hay que hacer ahora? —dudó Audata, tomándolo.

—Yo enterraré el cuerpo con las tablillas y las dos figuras de arcilla. Hasta que no se cumpla el juramento, no le ofreceré digna sepultura al cadáver. Ése es nuestro acuerdo. Tú llévate ese clavo. Está maldito, pero llegado el momento las divinidades oscuras te sonreirán y conocerás su utilidad —añadió, con tono cansado.

—¿Cuándo será eso? —se atrevió a preguntar.

—Eso no lo sé. Cuando las divinidades infernales lo consideren, te marcarán el camino.

La mujer empuñó con recelo el plúmbeo punzón, cuya punta todavía estaba viscosa de sangre.

—¿Cuánto… cuánto te debo? —balbuceó.

La tenebrosa Ericto alzó la vista y sonrió, mostrando sus pérfidos dientes:

—A mí nada. Tu deuda es con las divinidades oscuras. Cuando ellas cumplan tus plegarias, cumple tu juramento. Ahora tu carne, tus huesos y tu sangre les pertenecen.

Audata fue incapaz siquiera de asentir con la cabeza. Presa del pánico, se tapó la nariz y la boca con el pañuelo, y salió con prisa de la mohosa y pestilente tumba.

XVII
SUBASTA

«Nihil illis facibus obscurius, quae nobis praestant
non ut per tenebras vidamus, sed ut ipsas
(Quien aprendió a morir se olvidó de ser esclavo)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucillo*, 6, 57, 2

Lo mejor y a mejor precio se vendía a primera hora de la mañana. El resto, las sobras, se las quedaban los últimos en llegar. Critasiros, acompañado de otro siervo, se abría paso a empujones entre la multitud.

—¡Precio de salida: ochocientos óbolos! —bramó desde una tarima el tratante de esclavos.

Junto a él, colocados de frente al público, una decena de mujeres y hombres, prácticamente desnudos, a excepción de los *subligacula* y *strophium* que cubrían sus partes más íntimas.

—¡Ochocientos seis! —pujó un hombre alto y delgado.

—¡Ochocientos diez! —comentó otro, de prominente barriga y cejas pobladas.

—¡Ochocientos veinte! —se entrometió Critasiros, que necesitaba el favor del comerciante para negociar un buen lote.

La apuesta llamó la atención del vendedor. El administrador, viejo conocido de aquel griego de Callatis que se había enriquecido en los

últimos años gracias al conflicto entre los tracios montañeses y los romanos, dio unos pasos hacia la tarima.

—¡Apolodoro! —exclamó, alegre.

—¡Critasiros, amigo mío! —Y abrió los brazos con intención de abrazarlo.

Se dieron palmaditas en los hombros, como si se hubiesen encontrado en el foro de Histria por casualidad y el motivo no fuese sacar el máximo rédito económico el uno del otro. Apolodoro indicó a su joven ayudante con un sutil gesto con la mano que prosiguiese con la subasta.

—¡Cuánto tiempo sin vernos! —continuó en tono afable Critasiros.

—¡Se ve que tu amo tiene otras vías para conseguir mano de obra barata! —apostilló el tratante.

—¡Qué bromista!

—No, de bromista nada —sonrió con ironía—. Hace mucho que no vienes a mí en busca de esclavos. ¿Crees que no estoy pendiente de los rumores que circulan por ahí?

—¿Qué insinúas, Apolodoro? —alegó el administrador sin disimular su molestia.

—¿Eres la mano derecha de Deceneo y no lo sabes? ¿Acaso no es casualidad que los jueces y magistrados condenen a la mayoría de criminales a las minas? —soltó con brusquedad el griego.

—¡Papanatas! ¡Habladurías, Apolodoro! Si eso fuera verdad, ¿qué hago aquí hablando contigo?

—Lo que tú digas, amigo mío. —Y se encogió de hombros mientras dibujaba una sonrisa en su rostro.

Critasiros, incómodo, sintió ganas de ordenar al esclavo que lo acompañaba que le abriese la cabeza a aquel griego engreído, pero tenía órdenes que cumplir.

—Para que veas que esos rumores no son más que calumnias, mi *dominus* me ha enviado para cerrar un acuerdo contigo. Necesitamos un buen lote, a ser posible de hombres de constitución robusta —detalló.

—Me alegra escuchar eso —cambió de actitud el comerciante.

Apolodoro se dirigió al lugar donde mantenía prisioneros a la mayoría de los esclavos que había traído al mercado, y Critasiros, a su espalda, observó con detenimiento a los maniatados reos que, por diferentes motivos, habían sido arrebatados de sus tierras de origen. Descartó de primeras a los niños, las mujeres y los ancianos.

—¿De dónde son?

—Tracios montañeses de más allá del río Istro[3]. La mayoría de ellos prisioneros durante sus razias a Ripa Thraciae y Mesia —añadió el de Callatis—. Los he adquirido de mano de las tropas romanas de Argamum.

Un hombre pequeño y moreno, cubierta la cabeza con una *kausía* macedonia, permanecía atento a las negociaciones. A su lado, ocultos entre la multitud, tres hombres más, pendientes de cualquier gesto de su líder.

—¡La próxima subasta es la de esta joven mujer! —anunció el ayudante de Apolodoro desde la tarima. Tomó por el brazo a una niña semidesnuda—. Como podéis constatar, no presenta ninguna malformación. Está completamente sana. —Le abrió la boca para mostrar sus inmaculados dientes.

—¿Y si tiene ladillas? —bromeó uno entre el público. A su alrededor, otros estallaron en carcajadas.

—¿Eso quieres ver, guarro? —siguió con la chanza el comerciante.

—¡Pues claro!

—¡Pues entonces, cómprala! —sentenció con una sonrisa en el rostro—. ¡La subasta empieza por seiscientos óbolos!

—¡Seiscientos diez! —pujó el desconocido.

En ese momento, un grupo de extraños se fue reuniendo poco a poco a su alrededor. El hombre, rodeado, no tardó en reconocer a su jefe por un torques plateado alrededor del cuello. Tragó saliva y se encogió.

—¡Seiscientos once! —exclamó el temible Kávaros.

Los presentes, conscientes de quién estaba interesado en la

chiquilla, enmudecieron. Nadie en su sano juicio osaba competir con aquel hombre.

—¿Nadie más? —preguntó el ayudante de Apolodoro, que no conocía al comprador, tras dejar pasar un eterno silencio—, ¡Pues adjudicada!

Los hombretones de Kávaros se abrieron paso sin necesidad de usar la fuerza, pues la muchedumbre se apartaba para evitar cualquier conflicto. Aun así, él tuvo que esperar impacientemente su tumo, ya que Apolodoro estaba ocupado en cerrar un acuerdo con un esclavo. Al mirarlo, le resultó familiar. Era Critasiros, la mano derecha del magistrado Helvio Deceneo.

—No te conviene quedar bien conmigo, sino con mi amo —añadió Critasiros.

—Bien, bien, bien. No insistas —comentaba el comerciante—. El precio más justo para ambos sería de mil dracmas por los diez. En tu caso, te los dejaré por novecientos, a cambio de que le recuerdes a tu *dominus* quién le deja los mejores esclavos al mejor precio.

—Este precio ya me parece más razonable —se relajó el esclavo.

—Pues lo cerramos en novecientos dracmas —sentenció Apolodoro.

—Perfecto. —Critasiros le tendió la mano.

—¿Cuánto te llevas tú de comisión? —preguntó con acidez el griego, estrechándosela.

—No me calientes, Apolodoro, que aún estoy a tiempo de volverme a casa con la bolsa llena.

—¡Es broma, amigo mío! —Abrió los brazos para relajar el asunto —. No te vayas muy lejos, voy a prepararte el lote ahora mismo.

En ese momento, el hombre más peligroso de Histria se aproximó a ellos, y Apolodoro se detuvo. Critasiros, achantado, se hizo a un lado.

—Necesito que me atiendas —exigió Kávaros con altanería.

—Sí, dame un momento y…

—Dile al chico que baje —lo interrumpió y señaló al joven ocupado en la subasta— y que se encargue de lo que sea que estés

haciendo. Yo los acuerdos los cierro contigo.

Apolodoro miró a Critasiros, con el terror brillando en sus ojos, y tragó saliva. El viejo siervo, que no quería poner en un compromiso a su amigo, asintió levemente con la cabeza.

Ninguno de ellos era consciente de que, a escasos pasos de distancia, un grupo de desconocidos espiaban con cautela cada uno de sus movimientos.

* * *

Era una tranquila mañana de primavera en el *ludus* Helvio. Deceneo disfrutaba del desayuno junto a su esposa. Ella untaba mantequilla en una rebanada de pan; él paladeaba unas jugosas fresas.

—Deberías probarlas, están exquisitas —le ofreció.

Laódice tomó de su mano un par de fresas y se llevó una a la boca. Deceneo no mentía. La pulpa se deshacía, y el sabor dulce le inundó la boca.

—Increíbles —sonrió ella.

Al levantar la mirada hacia su marido, se fijó en las patas de gallo y las arrugas que afloraban en su rostro. No pudo sino pensar en los años de matrimonio juntos y concluyó que, dentro de lo que cabía, habían sido felices. Los negocios le robaban el tiempo junto a él, pero no siempre era así. A veces coincidían, se encontraban. No físicamente, sino en un plano más allá de lo sensible. Momentos de calma como el de aquella mañana eran los que valían la pena. Y Laódice se sentía extremadamente feliz cuando eso ocurría.

—¿Qué tal ayer? ¿Fue muy pesado el centurión? —trató de iniciar conversación.

—Le tuve que hacer un repaso de los porcentajes que se lleva el fisco imperial en las minas. El muy imbécil creía que me pillaría. No sé si Roma algún día dominará la región, pero le recordé que, hasta que eso ocurra, las minas son mías y se atienen a mis normas, no a

las suyas.

—Esos romanos siempre están igual —comentó ella con intención de agradar.

—Son buenos socios comerciales, el uso de sus rutas marítimas me facilita llegar a diferentes puntos de la República, pero espero que nunca estemos bajo su control total. No sé quién nos saquearía más, si su fisco o los bárbaros.

La mujer soltó una carcajada y él se acarició la prominente barriga, complacido.

—¿Y cómo fue la visita a la mina?

—Como siempre, aburrida. Pero insistió en ir. Creo que se quedaron verdaderamente asombrados —sonrió con orgullo—. Luego se pasó de la raya.

—¿Por qué? —quiso saber ella, curiosa.

—Porque intentó coaccionarme, o así lo entendí yo. —Deceneo se metió otra fresa en la boca.

—¿Te amenazó? —se alteró ella.

—Me instó a liberar a uno de sus hombres. A ese soldado al que condenaron por matar a su hermano. Insinuó que, si no colaboraba, peligraría la participación de mis gladiadores en los Ludi Apollinares. —Laódice se puso en pie, ofendida, y Deceneo le pidió que se calmara agitando la palma de su mano—. Siéntate. ¿Acaso crees que me intimidó un soldadito?

La mujer se rio y acarició el brazo peludo de su marido.

—Hace mucho que no damos un paseo por la había y hoy hace un día espléndido… —dejó caer.

Deceneo se quedó mirando el llamativo color carmesí que las fresas impregnaban en los labios de su esposa y sintió ganas de besarla.

—Las últimas semanas han sido muy intensas. Quizás eso sea buena idea.

* * *

A mediodía, Critasiros se puso en camino hacia el Mons Ferri. Sus desgraciados prisioneros, ajenos a lo que les venía encima, caminaban tras él, en silencio y como desnortados, custodiados por cuatro enormes centinelas armados con bastones y puñales.

Lejos ya de la ciudad, las llanuras se extendían con elegancia. Los vetustos robles, los álamos y los fresnos les proporcionaban sombra a lo largo del camino. Los pájaros, alegres, silbaban sus melodiosos cánticos. Un paraje idílico, hermoso, de no ser por el fatal destino al que se dirigían. Sólo el administrador, sobre su pequeño burro, sonreía satisfecho al imaginar lo orgulloso que se sentiría su *dominus* al recibirlo.

A poca distancia, ocultos tras los gruesos troncos de los árboles, Douras y sus secuaces esperaban el momento oportuno. El de la *kausía* mantenía alerta a los demás, ya preparados para el asalto, puñales en mano. En cuanto oyeron un rebuzno a escasos pasos de ellos, asintió con la cabeza y salió repentinamente de su escondrijo.

Asustado, el burro se levantó sobre sus patas traseras y Critasiros cayó de espaldas al suelo, en un golpe seco. Confundido por el imprevisto y un intenso dolor en la cadera, tardó unos instantes en comprender lo que ocurría.

Ajeno al conflicto, el burro pateaba, nervioso, y cuando el administrador consiguió incorporarse y fue hacia él, el animal se marchó hacia la pradera. Refunfuñando, Critasiros se arrastró hasta el arbusto más cercano y observó a su alrededor. Los asaltaban con violencia, y trató de ocultarse bien entre los matojos. El corazón le latía con frenesí, como hacía años que no recordaba. Y es que sus guardias caían abatidos uno a uno, entre alaridos de dolor e insultos, atravesados por el mortal y afilado hierro de los asaltantes.

—¡Mierda! —exclamó el más corpulento de éstos, sentándose

con dificultad.

—¿Qué te pasa, Ptolomeo? —se acercó, preocupado, su compañero tuerto.

—¡Me han herido, joder! —se quejó, dolorido.

El tuerto le apartó la mano con la que se tapaba la herida.

—Por esto no te vas a morir —dijo Zopirión tras examinar el corte —. Al menos, hoy no. —Y sonrió.

Entretanto, los prisioneros, pese a estar maniatados unos con otros, habían intentado huir hacia las llanuras, pero los atacantes habían logrado atajarlos. Entre los que se interpusieron en su camino se encontraba el líder, quien, ataviado con una característica *kausía*, levantó la palma de la mano con intención de tranquilizarlos.

—Quietos… —pronunció Douras, lentamente, mientras se aproximaba hacia ellos.

—Tra… Tradúceles, Zopirión. Diles que no queremos hacerles da… daño —añadió otro, afectado por una ligera tartamudez.

El tuerto se llegó hasta los temblorosos reos y les habló en un idioma incomprensible para el resto. Al instante, cambiaron el gesto, de repente tranquilos, y Douras se acercó lo suficiente como para cortar las cuerdas que los mantenían maniatados.

—Zopirión —ordenó su líder—, explícales que buscamos liberar a aquellos a quienes otros, más poderosos, han condenado a la servidumbre con sus cadenas.

Su compañero se tomó un momento para transmitir el mensaje y, a juzgar por la expresión de sus rostros, entendieron sus intenciones.

Desde su escondite, Critasiros aguantaba la respiración. Lo mejor, se decía, era esperar a que aquellos desgraciados se marchasen. Su grupo yacía sin vida, con la carne atravesada. Y, cerca, en el suelo, pudo ver su pequeña bolsa de cuero, donde guardaba las monedas. Critasiros, aterrado, pegó la cara al suelo para camuflarse más.

El hombre, sin dudarlo, recogió la bolsa y, al sacudirla, escuchó un tintineo metálico.

—¿Qué has encontrado? —le preguntó el más alto y fornido.

El otro vació el contenido de aquel saquito en sus manos y descubrió una decena de tetradracmas de plata con los símbolos de Callatis grabados en el reverso; una espiga de trigo junto al mazo de Heracles y un carcaj.

—Buscad si llevan algo más de valor —ordenó Douras, mientras se acercaba al tartamudo—. Memnón, hermano, recuerda que el botín se comparte.

Critasiros se revolvió en su escondrijo. Una hormiga le subía por las mejillas, causándole un incómodo cosquilleo. Consciente de que se jugaba la vida, cerró los ojos con fuerza, tratando de contenerse, la hormiga le mordió la carne, y él ahogó un gemido. Por suerte, al instante el insecto cesó en su empeño y abandonó a su víctima.

Entretanto, los cautivos habían echado a correr en diferentes direcciones bajo la atenta y satisfecha mirada de sus libertadores. Todos, salvo uno. Bajo, de pelo enmarañado y dientes picados, se había acercado al tuerto, el único que hablaba su idioma. Tras una breve conversación, Zopirión se dirigió con decisión a Douras y los demás.

—Su nombre es Thrax, y quiere sumarse a nuestra causa. Dice que su hija Thalia ha sido vendida justo antes que él.

—¿Una niña pequeña? —preguntó Douras.

Al escuchar la traducción, el tracio asintió.

—Debe de ser la que ha comprado Kávaros… —imaginó Ptolomeo entre gruñidos. La herida le sangraba y dolía.

* * *

Una hora más tarde, el desarrapado Critasiros esperaba con impaciencia a que los guardias abriesen las compuertas de acceso al *ludus*. Entró dando voces y con pasos enfurecidos. No sentía fracaso, sino ansias de venganza. Incluso, por eso mismo, ganas de llorar. ¿Quién se atrevía a atentar contra una comitiva de Marco

Helvio Deceneo?

Subió con decisión a la planta superior, donde, como esperaba, se encontraba su amo, ocupado con unos documentos. Éste, al oír pasos, levantó la vista y vio el lamentable estado de su fiel servidor.

—Pero ¿qué te ha ocurrido? —Se puso en pie con brusquedad.

—*Domine*, yo… —Critasiros notaba un nudo en la garganta.

El comerciante, sin decir nada más, lo abrazó con fuerza. Critasiros sollozó; se sentía como un niño pequeño, frágil y vulnerable. Jamás había pasado tanto miedo. El terror todavía corría por sus venas.

—Los centinelas… —balbuceó— están muertos.

—¿Cómo? —palideció Deceneo—. ¿Cómo que muertos?

—Nos han asaltado unos bandidos. Unos forajidos, no sé si tracios o de dónde. He caído… No sé si Fortuna ha velado por mi vida, pero mi burro me ha lanzado al suelo. Luego todo ha ocurrido muy rápido… —se lamentó.

—¿Bandidos tracios? ¡Entonces para qué coño está el ejército romano! ¡Se supone que su responsabilidad es encargarse de esos malditos bárbaros! —chilló Deceneo, encolerizado, con los nudillos enrojecidos de apretar los puños.

El afligido administrador se acarició las piernas, llenas de arañazos y magulladuras. El viaje hasta el *ludus* había sido tortuoso, pero al menos estaba vivo para contarlo.

—¿Tú estás bien? —se mostró preocupado el *dominus*.

—Supongo que sí, amo.

—Al menos los dioses te han protegido. —Apuntó al cielo en señal de agradecimiento—. Eres irreemplazable, Critasiros. ¿Qué haría yo sin ti?

El leal esclavo suspiró, feliz al escuchar aquellas palabras. Su *dominus* siempre reconocía su esfuerzo. Era afortunado de vivir en aquel hogar.

—Te juro por Némesis que, cuando terminen los Ludi Apollinares, encontraré a esos criminales y vengaré la afrenta. Ahora límpiate, come, descansa. Tómate el tiempo que necesites. Cuando te

encuentres mejor, encárgate de sacar las cuentas y decirme cuánto nos han hecho perder esos malnacidos —sentenció Deceneo, palmeándolo en los hombros con cariño.

XVIII
JURAMENTO

«Una est catena quae nos alligatos tenet,
amor vitae
(Sólo una cosa nos mantiene encadenados;
el amor, a la vida)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 3, 27, 10

Desde el corral, Kinane observaba cómo Clito se secaba el sudor con un trapo. Su cuerpo, musculoso y tonificado, parecía esculpido por las divinidades. Era el hombre más fuerte y respetado del *ludus*. El campeón indiscutible. Y, como tal, tenía privilegios que el resto no podían ni soñar. Y ella lo había meditado con calma. Acercarse más a Deceneo implicaba entrar en territorio de Laódice, y posiblemente la matrona la mataría si se le presentaba la oportunidad. Con Critasiros y Dinamia descartados, su única baza de encontrar un atisbo de protección en aquella selva era el afamado gladiador. Por eso, se limpió la cara con agua y se acicaló el pelo. Nada más podía ofrecerle que a sí misma.

En cuanto el *provocator* se percató de su presencia, le sonrió. Ella notó una especie de vacío en el estómago que le subió por el pecho y le recorrió el cuerpo entero. Decidida, aunque sintiéndose algo ridícula, se acercó poco a poco, de la manera más sensual que

supo. Era la primera vez que pretendía seducir a un hombre.

A su alrededor, el resto de los gladiadores la miraban con socarronería. El maldito Clito siempre los eclipsaba. Era un imán para las mujeres. Y él tenía la costumbre de rechazarlas a todas, así que la escena les parecía de lo más entretenida.

—¿Deseas que te traiga agua? —sugirió, comida por los nervios.

Clito sonrió con amabilidad, actitud muy diferente a la que mostraba con la mayor parte de los habitantes del *ludus*.

—No te preocupes, me apaño solo —afirmó con su ruda voz.

Por un momento, Kinane se quedó descolocada, sin saber cómo continuar con la conversación. Así que tiró de descaro:

—¿No te parece que tu cubículo siempre está demasiado vacío? Tal vez te haría bien algo de compañía —se lanzó. Sin duda, si Laódice la escuchaba, su fama de perra se volvería más que sólida.

Clito, incómodo, torció el gesto. Sus compañeros se rieron a carcajadas; todos salvo uno, que había palidecido: el atlético joven de pelo castaño con el que solía entrenar. Menoetius esperaba con ansias la respuesta del orgullo de la casa Helvia.

—No te confundas, no estoy interesado en distracciones. Mi único objetivo es entrenar para ofrecerle a este *ludus* lo mejor de mí mismo —respondió de manera contundente.

La histriana se avergonzó. Había hecho el ridículo delante de aquellos hombres, y ahora se burlaban de ella. Todos menos uno. El joven reciario esbozaba una sonrisa de alivio. Kinane se percató de que, salvo ella, nadie más se había dado cuenta de aquel detalle. Ni siquiera Clito.

Ya en su cubículo, se echó en la cama, derrotada. Había perdido su última baza. Incapaz de seducir al campeón, no le quedaba más compañía que la soledad. En aquel lugar, cada uno sobrevivía a su modo. Y ella quedaba fuera tanto del círculo de los esclavos domésticos como del de los gladiadores. Había vuelto al punto de partida, con la diferencia de que ahora sabía que no encontraría apoyo alguno. Estaba sola frente a los abusos de Laódice y, en menor medida, de Critasiros. Necesitaba un plan, un plan cuyo fin

estaba muy claro: escapar. Escapar y marcharse con su madre lo más lejos posible.

* * *

La jornada había sido dura, pero al fin el atardecer daba paso al merecido descanso. Seutes y Comio, junto con centenares de compañeros, ascendían por la espiral en dirección a la casa de aperos. En todo el día, el histriano no había dicho ni media palabra. Se le hacía difícil asumir que, tras aquellas infranqueables murallas, la realidad era igual de cruda.

El soldado, sin saber qué decirle, se había mantenido al margen. No conocía mucho a Seutes, pero intuía que necesitaba un tiempo para asimilar la trágica situación de su familia. Años atrás, él también había perdido a sus seres queridos. Aunque con sus diferencias, entendía su abatimiento.

Y es que, efectivamente, Seutes intentaba asumir la situación: el desamparo de su madre, los maltratos a su hermana y, sobre todo, la inesperada muerte de su padre. Al final, el pérfido Kávaros lo había matado. A pesar de su sacrificio en aquel desértico cementerio, el proxeneta no se había sentido satisfecho. Pero no lo culpaba. Quien realmente los había metido en aquel jaleo había sido su propio padre. Un cobarde que lo había abandonado a la primera de cambio. Cada vez que pensaba en ello, la rabia lo consumía. Si las divinidades le exigiesen arrancarse la piel a cambio de volver atrás, lo haría sin pestañear. Pero la realidad era irreversible. Y lo peor era la impotencia de no poder hacer nada.

El joven miró hacia poniente, y la anaranjada luz del ocaso le iluminó el rostro con su calidez. Su pelo, enmarañado por culpa del polvo, la tierra y el sudor, parecía un nido de pájaros. Sus gruesos dedos se asimilaban a raíces de árbol. Se miró los pies, encallecidos y llenos de yagas, y dudó si alguna vez volvería a sentirse como un

ser humano.

Dentro de aquel miserable infierno, contaba con poca ayuda. Ateas lo trataba bien, pero no tenía mucha afinidad ni compartía su forma de pensar. Oroles, aunque hombre tosco, era de confianza. Hidna, siempre íntegra y dispuesta a ayudar, era capaz de despertar un deseo ardiente de rebeldía en cualquiera; difícil no admirarla. Allí dentro, Comio era lo más parecido a un amigo. De hecho, a pesar de no haber intercambiado con él ni una palabra, seguía ahí; en silencio, sin recriminarle su actitud ni su desatada reacción. Estaba sucio, como él. Olía mal, como él. Compartía su misma miseria.

—Gracias… —murmuró con un hilillo de voz. El soldado le sonrió, pero no dijo nada—. Sé que no tenías obligación de hacerlo, pero te agradezco que me contaras lo de mi hermana y… —titubeó— ojalá me perdones.

El soldado posó la mano sobre el hombro de su amigo.

—No hay nada que perdonar, hermano. Sé lo complicado que es perder a la familia. Mi deber era contártelo.

Un nudo en la garganta impidió a Seutes responder al momento. Las lágrimas brotaron de sus ojos, y se tapó la cara con las manos para que su amigo no lo viera llorar.

—Perdóname, Comio… Ya no sé qué más hacer…

—Algún día saldremos de este infierno y volverás con tu madre y tu hermana, ya lo verás.

—¡Pero es que no es justo! ¿Por qué los dioses son tan crueles?

—A mí me han castigado por asesino, pero a ti porque los dioses no son siempre justos —le respondió sin más.

Se sentaron en el suelo, y Comio aguardó en silencio a que Seutes desfogara con el llanto el dolor acumulado.

—Tú aquí tienes gente que te cuida —lo animó al fin el joven soldado—. Yo no tengo a nadie, aparte de ti.

Poco a poco, Seutes se sintió más aliviado.

—¿Tú crees que ahí fuera habríamos sido amigos? —preguntó con inocencia.

—No creo —se rio el militar—, yo casi nunca salía del

campamento.

—¿Y eso?

—No sé… ¿Para qué? —Se encogió de hombros—. Estaba a gusto allí. Siempre había algo que hacer. Cuando no estaba de guardia, entrenaba; cuando no, jugaba a los dados. Si te aburrías, buscabas a algún veterano. No hay ninguno que no disfrute contándote batallitas, aunque la mitad de lo que te dicen sea mentira —sonrió al recordar su vida fuera de aquellos muros.

—¿No echabas de menos a tu familia?

—Me alisté cuando murieron —confesó, cabizbajo—. El ejército me levantó el ánimo. No el ejército en sí —se retractó—, sino más bien tener una rutina.

Seutes se rascó la cabeza y se limpió el rostro con el antebrazo. Aquel gesto alegró a Comio, contento por haber conseguido que parase de llorar.

—No creo que esto sea para siempre —dijo entonces el soldado —. El día que mi centurión se canse, entra con el ejército y nos saca de aquí.

El histriano soltó una tímida carcajada al pensar en algo tan imposible.

—Si no te hubieran condenado, ¿qué crees que estarías haciendo? —divagó Seutes entonces.

—Supongo que lo mismo que hacía todos los días: limpiar letrinas por haber cometido alguna falta —suspiró Comio.

—¿Y ya está?

—Sí, supongo que sí —afirmó—. La vida es más sencilla de lo que nos la planteamos.

Seutes se puso en pie, decidido a continuar el camino hacia la salida. Su amigo, imitándolo, se sacudió el polvo y la suciedad de la desarrapada túnica.

—Seutes… —el novato se asombró ante el cambio de tono—, me alegro de haberte contado la verdad. No tengo costumbre de mentir.

—Yo tampoco, Comio. Y te agradezco de corazón que lo hicieras, aun sabiendo que me dolería —le respondió—. Aquí tienes a un

hermano para lo que sea.

—Pues tengo una idea para revolver el avispero que creo que te gustará —le confesó su fanfarrón amigo.

XIX
SEPELIO

«Gutta cavat lapidem
(La gota horada la piedra)»,

Publio Ovidio Nasón, *Cartas desde el Ponto*, 4, 10, 5

En plena madrugada, Ateas roncaba plácidamente, atrapado por el sueño del dios Hipnos. Seutes se incorporó de su estera de esparto, se calzó las *baxae* y, con sigilo, abandonó la barraca de adobe. En el exterior, el silencio. La patrulla de guardias encargada de hacer la ronda no se encontraba por los alrededores.

Casi de puntillas, recorrió las zigzagueantes calles hasta llegar al punto acordado. Allí, agazapado en una esquina, lo aguardaba Comio. Sin mediar palabra, y tras comprobar que estaban solos, descendieron por la ladera. La noche sin luna era su mejor aliado. Dejaron atrás las balsas donde los mutilados separaban el mineral de la tierra y bajaron por la rampa que los llevaba hacia las bocaminas. El único sonido era el de la tierra pisada por sus sandalias de esparto. El sudor les empapaba la frente. Se terminaba la primavera.

Al fin, se detuvieron frente a su galería, y entraron con decisión. La conocían como la palma de su mano. En la bifurcación, bajo el rostro pintado de Skotos, Seutes se arrodilló y cavó un pequeño

hoyo hasta que desenterró varios trozos de carbón y leña quemada.

—¿Tendremos suficiente? —dudó el soldado.

—Creo que sí —fue su respuesta.

Regresaron a la rampa de la enorme espiral, y después penetraron en la bocamina más próxima a la suya. Carbón en mano, empezaron a dibujar sobre el boquete donde se colocaban las *lucernae*. Poco después, dos rostros oscuros y redondeados mostraban sus afilados dientes sobre la piedra. Comio y Seutes se miraron y asintieron. Debían continuar. Y repitieron la misma operación en una galería tras otra, y la siguiente. Así, hasta que se quedaron sin carbón. Para entonces, Aurora estaba a punto de surcar los cielos con su dorado carro.

—¿Crees que funcionará? —vaciló el soldado.

—Hay que despertar a la gente de alguna forma. Ahora, vámonos, antes de que nos pillen —sentenció el otro.

* * *

Ateas zarandeó a su adormilado compañero de barraca. Seutes trató de abrir los ojos, pero le resultaba imposible. El minero, harto, cogió un cuenco de barro cocido lleno de agua y lo vertió sobre él.

—Pero ¿qué haces? —se agitó, enfadado, el joven.

—Un ritual acuático. ¿Qué te parece que hago? Vas a llegar tarde a la mina, pajarito —alegó el viejo.

—Maldita sea… —murmuró Seutes, fatigado.

Se demoró en ponerse en pie. Le dolía el cuerpo entero, estaba extremadamente cansado, pero el recuerdo de la noche anterior y la curiosidad por conocer su efecto lo empujó a levantarse. Se limpió la cara, despacio. El agua lo espabiló. A toda prisa, se comió una cebolla y salió disparado.

Camino a la casa de aperos, se encontró con Comio. A juzgar por sus ojeras, estaba igual de cansado que él. Sin decir nada,

recogieron sus herramientas y tomaron rumbo a la mina. Esperaban revuelo entre los mineros, algún tipo de agitación, pero nada sucedió. El día transcurrió como de costumbre, nada fuera de lo común. La decepción era enorme. El histriano se giró hacia su amigo, y éste se encogió de hombros. Quizás habían arriesgado la vida por una estupidez.

* * *

La familia Helvia disfrutaba de unos días de descanso en su *domus* de Histria; del tiempo juntos, y en especial de los paseos por la bahía al atardecer. Tras la tensión de días atrás, Marco Helvio Deceneo necesitaba un respiro.

Para Kinane, aquello implicaba tener que limpiar la casa a fondo. Aunque, a decir verdad, lo prefería para así hacer sola las tareas. La compañía de Dinamia y Critasiros la irritaba. Cada movimiento le era corregido o examinado por ellos. Y eso la hacía sentir muy incómoda. Por suerte, el administrador había regresado al *ludus* para cubrir la ausencia de su amo.

Kinane cogió los trapos y la escoba, y se dirigió hacia el *tablinum*. En el piso superior, era la habitación más importante de su *dominus*. Allí, sentado sobre el *solium*, una silla con respaldo de tela símbolo de su poder, solía recibir a sus clientes. Sólo él, el *paterfamilias*, tenía la autoridad para sentarse en él. Cuando no había visitas, un escritorio de madera de roble permanecía en el centro de la estancia.

Se quedó un momento mirando el busto que coronaba la instancia. En su base, una inscripción: M. HELVIUS DECENEUS. Era el rostro esculpido del padre de Deceneo, quien había obtenido la ciudadanía romana décadas atrás. Le habían contado que había incrementado considerablemente su fortuna gracias a la explotación de las minas de hierro heredadas de sus antepasados; gracias

también a sus relaciones con la República romana, pronto fueron una de las familias más ricas de la región.

Luego, paseó la vista por las estanterías repletas de papiros y pergaminos enrollados. En el borde inferior de cada uno de los módulos cúbicos había una breve descripción; Acuerdos comerciales, Comedia, *Domus*, Mapas, Propiedades, Tragedia. Tras comprobar que no había nadie cerca, corrió las cortinas que ocultaban la estancia a ojos ajenos. Después, extrajo con suavidad uno de los rollos de la sección de Mapas. Lo desenrolló con delicadeza sobre el escritorio, como si corriese el riesgo de partirse en cualquier momento. En la parte superior, las principales *oléis* al norte del *Istro*. Al oeste, los reinos getas y sus asentamientos más importantes. Al este, las ciudades pónticas, entre ellas, Histria. Al sur, el reino odrisio, con Seutópolis, Filipópolis y Cábile a la cabeza.

Si materializaba su huida, tendría que ir a una de esas ciudades. Al menos, al principio. Argamum, al norte de Histria, quedaba descartada. El campamento romano se encontraba allí. Kinane acarició el mapa hacia el sur con el dedo índice. Quizá podría estar bien en Tomis, Callatis o Dionisópolis, ciudades pónticas como Histria, con una cultura similar, si no idéntica. Siguiendo la costa del mar hacia el sur, Odessos, Mesembria y Apolonia Póntica. Cualquiera le valía con tal de ser libre junto a su madre y, a ser posible, su hermano.

—¿Qué haces? —la sorprendió Dinamia.

Kinane dio un respingo y sintió que el corazón se le escapaba del pecho.

—Nada… Ordeno las cosas del amo —contestó, presa de los nervios.

—Venga, date prisa. Te necesito en la cocina.

La joven enrolló el mapa y lo depositó con sumo cuidado en el mismo lugar donde lo había encontrado.

* * *

Tras el entrenamiento, Clito se dirigió a los baños. Como campeón, uno de sus privilegios era el de disfrutar de ellos sin compañía. Y él lo prefería así. Los gladiadores eran escandalosos y les gustaba armar alboroto. Por el contrario, para él era un momento de calma, el único momento del día en el que se permitía dejar la mente en blanco.

Se quitó el *subligaculum* y, desnudo, se mojó los pies antes de sumergirse en el *caldarium*. Aquella sensación era la mejor del mundo. Cerró los ojos y respiró hondo, hasta sentirse en paz. Pero pronto los pasos de unos pies descalzos llamaron su atención. Alguien había entrado y se encontraba a su espalda. Antes de poder reaccionar, unas manos se posaron sobre sus hombros y lo acariciaron con suavidad. Un agradable escalofrío le recorrió la espalda, se volvió todavía más placentero al contrastar con la cálida temperatura del agua.

Los desconocidos dedos dibujaban surcos sobre el negro pecho del gladiador, que creyó que se trataba de una satisfactoria ilusión. Las manos recorrían su espalda y, mojadas, dejaban un surco de agua allá por donde pasaban. Clito advirtió el ardiente aliento ajeno en su cuello. De repente, el suave y húmedo contacto de una lengua acarició el lóbulo de su oreja. Entonces, él sacó las manos del agua y tomó con delicadeza la cabeza de la persona tras él.

Al girarse, se encontró con los ojos almendrados del atlético reciario. Sus labios quedaron cerca, muy cerca. Tanto que el aliento de uno entraba en la boca del otro. Al momento siguiente, sus lenguas se entrecruzaron y se mordieron los labios mutuamente.

Menoetius entró en el *caldarium*. Aquello le parecía una ilusión, un sueño húmedo. Tembló, inseguro, pero Clito lo besó en el cuello, y luego en el pecho. Olía a tierra y a sudor. Sabía a sal. Los dedos

del campeón se entrelazaron con los mechones de pelo, y los corazones se aceleraron. Bajo el agua, los miembros se rozaban. Acercaron las caderas, que quedaron pegadas la una a la otra, al igual que los pechos. Menoetius cerró los ojos, abrazó a Clito y pasó los dedos por la curvatura de su espalda. Al poco, escuchó un placentero jadeo.

* * *

Al atardecer, los mineros avanzaban hacia la zona de las barracas. Se había extendido la noticia de que uno de los más viejos, casi tanto como Ateas, había sucumbido a la enfermedad del polvo. Pese a su fortaleza, se le habían secado los pulmones. Era el precio que pagar por estar tantos años bajo tierra.

La familia encabezaba la procesión. La viuda lloraba, desconsolada. Los hijos, cabizbajos, portaban el cuerpo de su progenitor amortajado en un manto de color terroso. Los nietos, algunos de ellos demasiado pequeños para entender lo que ocurría, caminaban agarrados de las manos de sus padres. Por detrás, centenares de compañeros rendían homenaje a uno de los suyos.

Entre los asistentes, Seutes identificó a Ateas, que avanzaba solo y en silencio, con semblante apenado. Seguido por Comió, se acercó a él.

—¿Lo conocías? —le preguntó.

—Claro que sí… —asintió Ateas, apagado—. Al final, aquí nos conocemos todos.

La procesión se detuvo al llegar a la necrópolis. Era la primera vez que Comio y Seutes subían hasta allí arriba. Las rudimentarias lápidas recordaban, a duras penas, el nombre de los muertos en aquel infierno. Estelas sencillas, de barro cocido. Un material que, con el tiempo, desaparecería. Y, cuando eso ocurriera, el recuerdo y los nombres de los fallecidos se volverían anónimos para siempre.

El soldado se percató de que Hidna se separaba de la gente y se acuclillaba delante de un par de tumbas. Comio y Seutes se colocaron a su espalda. Escuchando sus tristes lamentos, leyeron los nombres de las lápidas: Artulus, de cuatro años; Skilum, de veintitrés.

Al igual que ella, muchos de los asistentes al entierro aprovecharon para visitar a sus familiares, amigos y conocidos fallecidos. Mientras las honras fúnebres se sucedían, la muchedumbre recordaba a los que ya no estaban.

En solitario, Ateas paseaba entre las tumbas. Cada dos o tres pasos, se paraba frente a una y la examinaba detenidamente. Luego, continuaba su camino hasta detenerse de nuevo. Los había conocido a casi todos. Aunque no siempre había sido tan mayor. Hubo un tiempo en el que él fue el novato, cuando las barracas estaban habitadas por gente que ya no se encontraba en el mundo de los mortales. Luego, su vacío se reemplazaba por una persona nueva, que nada conocía sobre su antecesora. Él era el único testimonio de la efímera existencia de aquellos condenados anónimos que ya nadie recordaba.

La familia ya depositaba al difunto en un agujero. Los guardias observaban con atención cualquier movimiento sospechoso. Había demasiada gente congregada, para su gusto, pero no querían tensar demasiado la cuerda en un momento tan delicado. Uno de los hijos apuntó con las manos al suelo e inició un elogio hacia su padre:

—Papá, has luchado como un campeón… —se detuvo para controlar el llanto—. Pero, a veces, eso no es suficiente. El polvo ha secado tus pulmones, como a la mayoría de los que lloramos en este cementerio. Siempre se te recordará por haber sido un buen marido, servicial y dispuesto. Un padre que crio y protegió, con pocos medios, a sus hijos. Y un abuelo atento a sus nietos.

»Tánatos, hoy te has llevado a mi padre contigo. Ha sido un hombre honrado y trabajador. Tenlo en cuenta y ayúdalo a encontrar su camino entre las tinieblas del lago Estigia. Que Caronte sea benevolente y lo guíe —y entonces subió el tono de voz y los

guardias fijaron la vista en él—: ¡Skotos! ¡Hoy has perdido a uno de tus fieles servidores! ¡Tú, que reinas entre las tinieblas y eres nuestra divinidad protectora, no nos abandones, Skotos!

Los centinelas, atentos a cualquier indicio de rebeldía, tomaron la iniciativa. El culto a la divinidad oscura estaba prohibido.

—¡Apartaos! ¡Quitaos de en medio! —Y empezaron a empujar a los asistentes.

—¡Aquí arriba mandáis vosotros, pero en las minas siempre reinará Skotos! —imprecó alguien.

Los guardias sacaron los bastones y la emprendieron a garrotazos con quienes se interponían en su camino. Los mineros, decididos a no permitir a que se entrometieran en un evento tan sagrado como el entierro de uno de los suyos, respondieron con bravuconería. Las familiares del difunto se llevaron consigo a los más pequeños, ayudados por las mujeres, entre ellas Hidna. Aun así, a bastonazos, los guardias se abrieron paso, los garrotes rompieron huesos. Pero pronto, una vez pasado el estupor inicial, muchos cautivos, cansados de aguantar el continuo maltrato de los centinelas, la emprendieron a empujones, patadas y puñetazos. En un abrir y cerrar de ojos, terminaron enzarzados en una batalla campal.

Seutes y Comio eran incapaces de dilucidar con claridad lo que ocurría. Había demasiada gente, el movimiento era continuo. Gritos, alaridos, algarabía. En un momento dado, alguien cogió una piedra y arremetió contra la cabeza de uno de los guardias. Los centinelas, horrorizados, vieron como su compañero caía muerto al suelo. Y entonces fue cuando desenvainaron los puñales. También ellos temían por su vida.

El entierro había terminado. No obstante, no hubo tiempo de colocar una lápida ni nada que indicase la ubicación del cuerpo, salvo la tierra removida. Una decena más de centinelas acudieron en rescate de sus compañeros. Y la dispersión fue general.

El histriano y el soldado retrocedieron, asustados. ¿Aquello era culpa suya? ¿Habían influido las pintadas de Skotos en el ánimo de

los mineros? Era imposible saberlo, pero la mención a la divinidad oscura había sido el detonante, de eso sí estaban seguros.

XX
MUCHEDUMBRE

«Pelle moras;
brevis est magni Fortuna favoris
(Toma la iniciativa;
el gran favor de la fortuna dura poco)»,

Tiberio Silio Itálico, *Punica*, 4, 732

A medianoche, los guardias irrumpieron en la barraca de Hidna con una patada en la puerta. Las mujeres gritaron, asustadas, al ver que, sin mediar palabra, la agarraban por brazos y piernas y la sacaban del catre. La musculosa minera intentó zafarse, pero uno de ellos le propinó un puñetazo en el estómago que la dejó sin aliento.

—¡Hidna! —exclamaron con angustia sus compañeras.

Otro guardia recogió de un taburete un pequeño muñeco de tela cuyo rostro era negro como el carbón y mostraba unos dientes de sierra. Lo acercó a la cara de su prisionera y le espetó:

—Skotos, ¿verdad? —Y le arrancó la cabeza al peluche.

La mujer soltó un lastimero gemido. El único recuerdo que le quedaba de su hijo. Sin más, se la llevaron a rastras de allí.

* * *

—¡Pajarito, pajarito! —lo despertó Ateas, fuera de sí.

—¿Qué pasa? —preguntó Seutes, aturdido y adormilado.

—Los guardias se han llevado a Hidna.

El joven se incorporó de un salto. Ateas lo agarró por el cuello de la túnica.

—No salgas esta noche, te lo pido por mi vida —le suplicó.

—¿Van a matarla? —titubeó.

—No lo sé… Pero, si sales, también te cogerán a ti.

El muchacho agarró las *baxae*, dispuesto a calzarse, pero Ateas se arrodilló e insistió:

—Sé que a mí no quieres escucharme, pero ¿qué te diría Hidna en esta situación?

—Que esperara a mañana…

Y soltó sus desgastadas sandalias de esparto.

* * *

Otro puñetazo en la cara. Hidna notó un terrible pinchazo en las encías. Se pasó la lengua; el diente había quedado suelto. El sufrimiento era insoportable. La sangre caliente le bañó la boca y asfixió a la mujer con sus propias babas.

Hidna procuró recomponerse, pero sentía tanto dolor que era incapaz de concentrarse. Le habían partido una ceja, roto un diente, golpeado el cuerpo entero. Tenía la cara y el pecho cubiertos de sangre.

Un nuevo puñetazo, esta vez contra las costillas. Por unos instantes, perdió el conocimiento.

Su torturador, calvo y con una cicatriz en el cráneo, la agarró por el pelo y tiró con fuerza, hasta que la mujer sintió cómo la piel y el pelo se desgarraban. El escozor fue tan brutal que soltó un terrible berrido. El dolor la mantenía viva, pero lo peor era la sensación de impotencia. Sola. Indefensa. A merced de aquel extraño.

El hombre agitó las manos. Se había hecho daño con el último puñetazo y se le habían hinchado los nudillos. Se pasó un trapo húmedo para aliviar el dolor, sin éxito. Después, con el mismo trapo, se limpió el rostro, sucio de sudor y salpicaduras de sangre. Cansado, bufó y se dirigió hacia un guardia que esperaba en el exterior:

—Lleváosla y engrilletadla —ordenó con severidad, y un centinela obedeció al momento—. La próxima vez te mataré —la amenazó antes de perderla de vista.

* * *

Kávaros, a pesar de esconder su identidad bajo la capucha del *sagum*, no se sentía seguro. Tras el encontronazo nocturno con aquellos desconocidos, había tomado la decisión de actuar con cautela. Si había sobrevivido a la calle tantos años hasta convertirse en el dueño del peor barrio de Histria, no había sido actuando de manera inconsciente. Por eso había acudido al foro acompañado por tres de sus mejores hombres. Esperaba encontrarse allí con uno de sus posibles detractores. Quizás el más peligroso. La muchedumbre se agolpaba a su alrededor, ansiosa por escuchar su mesiánico discurso. Y sobre los demás destacaba un hombre de baja estatura, moreno y que portaba una *kausía* en la cabeza.

—La podredumbre arraiga en las ciudades pónticas. Los poderosos, los aristócratas que conforman la curia son los culpables. Son ellos los que han pactado la presencia de Roma en nuestras tierras. Son ellos quienes han vendido nuestra libertad a unos

codiciosos extranjeros. Nuestros políticos no son más que buitres en busca de ricas sedas y perlas.

»En la calle, los más salvajes son los que dictaminan las reglas. Nos amenazan y coaccionan. Son de la misma calaña que los magistrados, aunque creamos que no por su origen vulgar. Ningún hombre debería amontonar el trigo en su casa a costa de que su vecino muera de hambre. Y sí, me refiero a Kávaros y a sus criminales secuaces.

»Cuando domina el impío, el pueblo gime. Tanto unos como otros no se dan cuenta de que su orden está levantado sobre barro. El cambio surgirá victorioso y el terror asomará en los rostros de aquellos que nos someten. Murmurad, histrianos, murmurad. Que si ellos no escuchan nuestros murmuros, nosotros escucharemos muy pronto sus gritos.

El anonimato que confería la oscuridad de la noche envalentonó a los asistentes.

—¡Que mueran todos! —imprecó alguien.

—¡Hay que acabar con ellos! —rugió otro.

—¡Muerte a los miembros de la curia! ¡Muerte a Kávaros! —sentenció el de la *kausía*.

Un escalofrío recorrió la espalda del propietario de El horno de Afrodita. Aquel desgraciado sembraba el germen de la discordia en Histria. Pero no era su discurso lo que más lo aterraba, sino comprobar que a su alrededor aclamaban sus palabras.

Los *vigiles* de la ciudad irrumpieron repentinamente en el foro, alertados por la ruidosa reunión. Sin vacilar, sacaron los bastones y la emprendieron a golpes. La gente huyó de manera desordenada. Un hombre chocó con Kávaros, que perdió el equilibrio y cayó al suelo, aunque, rápido, consiguió asirse a la mano de uno de sus hombres y se incorporó. Sin separarse, corrieron hacia las callejuelas que aún mantenían bajo control, hasta entrar en el lupanar.

Ya a buen recaudo, los cuatro dedicaron un momento a recuperar el aliento. Kávaros notaba las gotas de sudor empapándole la frente. Se agachó y apoyó las manos sobre las rodillas con la intención de

respirar mejor.

—Averiguad dónde vive esa rata —ordenó a sus hombres mientras tomaba aire a bocanadas—. La quiero muerta antes de que sea demasiado tarde.

* * *

A la mañana siguiente, Oroles hacía guardia frente a la barraca de Hidna. Lo habían engrilletado, y, encorvado como si fuese un anciano penitente, permanecía en silencio. Su rostro, demacrado y sucio. Su cuerpo, magullado y herido. La nariz, hinchada por los golpes. Torturado por los guardias.

Comio y Seutes acudieron en su busca al ver que no se había presentado en la mina. Sin su capataz, les resultaba imposible trabajar. Lo habían visto por última vez durante el conflicto con los centinelas. Habían sido testigos de su detención tras la reyerta. Cinco de sus compañeros habían muerto apuñalados por los guardias, pero los cuerpos todavía no se habían entregado a sus familiares. Tampoco habían liberado a algunos de los prisioneros.

Al ver su lamentable aspecto, se sintieron culpables. Tal vez ellos habían incitado el conflicto, sin ser conscientes de las verdaderas consecuencias de sus actos. Seutes se puso a su lado, pero un nudo en la garganta le impidió hablar con normalidad.

—Oroles… —se lamentó.

Pero el hombre no se inmutó.

—A lo mejor prefiere estar solo —susurró Comio a su amigo.

En ese momento, el ruido de la tierra al ser arrastrada los alertó de que alguien se aproximaba. Se volvieron, para ver que dos guardias halaban un cuerpo hacia su posición. Por primera vez, el geta alzó la vista. Como si fuese basura, los centinelas arrojaron el cuerpo de Hidna frente a la puerta.

Oroles se agachó y le tomó el pulso. Débil, demasiado débil.

Intentó levantarla, pero las cadenas se lo impedían. Comio y Seutes se apresuraron a ayudarlo y, entre los tres, lo lograron. Pesaba menos de lo que aparentaba.

Entraron en la barraca y, con delicadeza, la depositaron sobre el catre. Ella, semiinconsciente, abrió los ojos. Al principio le costó reconocerlos. Murmuró algo que no entendieron.

—Es culpa vuestra… —repitió, en un hilo de voz casi imperceptible.

Comio y Seutes sintieron que el mundo se hundía a sus pies. Oroles los miró con desaprobación y señaló la puerta. Incapaces de negarse, se dieron la vuelta y salieron de la barraca con una terrible angustia en el pecho.

Molestos consigo mismos, se sentaron en el suelo nada más entrar en la galería. Durante un rato, se quedaron mirando a la pared sin mediar palabra. Su agitada respiración era suficiente prueba del enorme arrepentimiento. El soldado respiró hondo y sacó un par de dados para relajarse. Se los colocó entre los dedos y jugueteó con ellos bajo la atenta curiosidad de su compañero.

—¿De dónde los has sacado? —preguntó Seutes con incredulidad.

—Son míos —contestó el otro mientras se los entrecruzaba por los dedos—. Los tengo desde hace años.

—Pues yo nunca te los había visto.

—¿Para qué iba a sacarlos? No tienes nada que apostar salvo esa cara de tonto que tienes —se mofó Comio con la intención de amenizar la situación.

—¿Me los dejas? —Seutes sonrió y tendió la mano hacia el soldado, que los dejó caer sobre su palma.

—Eran de mi hermano. Es lo único que me queda de él. Gracias a Fortuna, los guardias no me los encontraron cuando me registraron —le explicó con pesadumbre.

Al tocarlos, Seutes recordó una vida lejana, ahora más próxima a la fantasía que a la realidad, en la que era pequeño y jugaba a los dados con su hermana.

—¿Echamos una partida? Cuando jugaba con Kinane, era bastante bueno —lo instó con una sonrisa burlona.

—Quizá sí tienes algo que apostar —repuso Comio, también burlón—. Si saco el mismo número en los dos dados, me caso con tu hermana.

—Tú eres un poco idiota, ¿verdad?

—¿No eres tan bueno jugando? Entonces, ¿qué miedo tienes? —insistió el soldado, para provocarlo.

—Venga, tira —se animó Seutes—. Pero ni en tus sueños te casas con mi hermana.

Y, por un rato, olvidaron que se encontraban en una madriguera de alimañas, rodeados por un desértico infierno que les arrebataba hasta el mínimo ápice de humanidad.

* * *

—Dinamia, sírveme más *mulsum* —pidió Laódice, recostada sobre el triclinio.

La esclava, jarra en mano, dudó si obedecer. Era la cuarta copa, y sus pómulos rojizos y su risa tonta le indicaban que rozaba el límite de lo correcto. Si Marco Helvio Deceneo la veía en esas condiciones, se armaría un buen alboroto.

—*Domina*, ya no queda más —mintió la *serva*.

—¡Pues llama a Canina y que nos traiga otra jarra! —solicitó, algo ebria.

La *ancilla* jamás había visto a la señora del hogar beber vino de ese modo. En alguna ocasión especial, en la intimidad conyugal, sí había compartido con su marido una copa. Pero sola y sin control…, era impropio de ella y de cualquier mujer respetable.

—¿Canina? —preguntó Dinamia, confusa.

—Kinane, ¿no es lo mismo? —La mujer soltó una carcajada—. Eso es lo que es, una perra.

Confusa, la esclava se quedó quieta. Su *domina* quería más vino, pero si el *paterfamilias* regresaba a casa y encontraba aquel esperpento, la culpable sería ella por no cuidar de su esposa.

—¿A qué esperas? —insistió Laódice.

Dinamia asintió con la cabeza, salió del *triclinium* y se dirigió hacia la planta inferior, donde se encontraba la bodega. Tenía claro que no debía subir, pero, si no cumplía, recibiría un castigo. Lo más sensato era buscar a Critasiros, así que deambuló por la casa para encontrarlo. En la cocina, se tropezó con Kinane, que especiaba unos hígados. Pensó en pedirle ayuda, pero pronto desestimó tal idea. Si su ama odiaba a la muchacha, cruzarla con ella bajo los efectos del alcohol sólo empeoraría la situación.

—¿Has visto a Critasiros? —le preguntó, tensa.

La otra negó con la cabeza y arrugó los morros, y Dinamia siguió su camino. Kinane, extrañada por el nerviosismo de su compañera, decidió averiguar qué ocurría. Se limpió las manos con un trapo y salió de la cocina en dirección al *triclinium*.

—Maldita Dinamia, ¿dónde andará? —oyó balbucear a Laódice.

Kinane se detuvo, sorprendida porque la voz de la *domina* sonaba distorsionada, pastosa.

—Canina, eres tú… —oyó Kinane que decía la matrona del hogar —. ¿Cómo llevas los golpes? ¿Ya se te ha deshinchado la nariz?

Humillada, Kinane apretó los puños y guardó silencio. Lo mejor era irse, pero cuando se dio media vuelta Laódice se enfureció.

—¡No me des la espalda! —exclamó la *domina* fuera de sí. Quiso incorporarse, pero estaba tan borracha que le resultó imposible, y cayó de nuevo sobre el triclinio—. Cuando no está mi marido delante no eres tan valiente, ¿verdad? No eres más que una puta cobarde.

La joven, harta de sus maltratos, echó una ojeada a su alrededor. Al momento, vio que, en una mesa cercana, había una *acus crinalis*. Era el momento que tanto había esperado. La aguja era lo suficientemente afilada como para cortarle la garganta a aquella rata arrogante. No le importaba que el atriense la matase a palos. Estaba cansada de ser tratada como una perra callejera. Empuñó la aguja y

se acercó amenazante hacia la matrona.

—¡Mujer indecente! —oyó Kinane a sus espaldas—. Por Hestia, ¿se puede saber qué haces?

Ella, aterrada, cerró el puño para esconder la aguja y notó cómo el alfiler le perforaba la piel. Deceneo pasó por su lado y se colocó cara a cara frente a Laódice.

—Te esperaba, amor mío —le soltó la mujer sin pensar, con una mueca.

El comerciante, abochornado, le propinó una bofetada que le devolvió la cordura en un santiamén.

—¿Cómo faltas al respeto a los sacramentos de mi hogar de esta manera tan burda? ¡Y a tus sacramentos como esposa! —la increpó.

Laódice se llevó la mano a la dolorida y caliente mejilla, atónita.

—¿Desde cuándo te has convertido en una *mulier*? —Se giró encolerizado hacia Critasiros y Dinamia, que una vez allí contemplaban la escena—. ¿Y vosotros lo permitís? ¿Cuánto tiempo hace que mi esposa bebe en mi ausencia?

El administrador, igual de sorprendido que su amo, se encogió de hombros sin saber qué contestar.

—*Domine*, he deseado controlar sus ansias de vino, pero me es difícil negarme a sus peticiones —confesó la esclava, muerta de miedo.

—¿Y tú? —Deceneo se dirigió, receloso, a Kinane.

—Yo… Yo estaba en la cocina, *domine*. He… He venido porque la *domina* me llamaba —afirmó, casi tartamudeando. El dolor del punzón atravesándole la piel era cada vez más insoportable.

—¡Dekaineos, estaba aburrida! —alegó Laódice con burla.

—¿Aburrida? ¿Quieres otra a ver si te entretiene? —Deceneo levantó la mano, amenazador— ¿Para qué quieres personal doméstico, entonces? ¡Si te aburres, díselo o date una vuelta por Histria!

—¿Salir? ¿Sin ti? Eso tampoco es propio de mujeres decentes —se quejó ella, sarcástica—. Eres tú el que me obliga a hacer estas cosas para llamar tu atención. ¡Sólo quiero un poco de tu amor!

—Si vuelves a hacer algo así, te juro por mi padre que tendremos un problema —sentenció Deceneo, y se volvió hacia los esclavos—. Y, si en otra ocasión os pide vino, se lo negáis. Si os castiga, luego ajustaremos cuentas.

Con esto, salió colérico del *triclinium*, y tras él un preocupado Critasiros, a pasos pequeños, casi a trompicones. Dinamia, angustiada, se aproximó a su *domina* para inspeccionar su hinchada mejilla. Kinane, tensa, regresó a la cocina sin soltar la aguja. De camino, percibió la calidez de la sangre dentro del puño. Al abrir la mano, una mancha sanguinolenta y rojiza se extendía a través de su palma y sus dedos.

* * *

Una vez solo, Seutes se sentó en los peldaños que llevaban al columbario de Ateas, reconcomido por el remordimiento. Por eso, enseguida, decidió visitar a Hidna y descendió por las zigzagueantes callejuelas. En la puerta de la choza, Oroles continuaba con su guardia. El geta alzó la cabeza cuando reparó en él, pero no se movió, y Seutes no tuvo más remedio que pedirle que se apartara. El capataz negó con la cabeza.

—Será sólo un momento —insistió el chico.

Oroles dudó, pero la suplicante mirada del joven lo convenció.

—¿Oroles…? —preguntó una voz entre la oscuridad de la barraca al oír que alguien entraba.

—Soy Seutes… —murmuró él, pesaroso, mientras se aproximaba al catre.

Hidna tardó en contestar y, cuando habló, se la notaba molesta.

—Por Skotos, ¿qué quieres?

—Saber cómo estás… —Un nudo le aprisionaba la garganta.

—¿Te crees que soy imbécil, novato? Sé que fuisteis el soldadito y tú quienes pintasteis el rostro de Skotos en las galerías. Es culpa

vuestra que la gente esté agitada —soltó, enfadada—. Cinco mineros muertos, otros detenidos. A mí me ha costado un diente roto y una ceja partida. Me duele cada vez que respiro. Tengo el cuerpo morado de golpes.

Seutes cayó de rodillas frente al camastro de la mujer y se puso a llorar, desconsolado.

—Habéis actuado sin pensar, como si esto fuese un juego. Y vuestra chiquillada ha costado varias vidas —siguió ella con rabia—. Sois unos estúpidos.

—Me siento muy mal… —le confesó entre sollozos.

La mujer extendió la mano y comenzó a acariciarle la cabeza, la sucia y embarrada cabellera, seca y áspera, como el polvo.

—No me quito a mi hermana de la cabeza, ni a mi madre, sola en Histria. En cómo Kávaros ha matado a mi padre como si fuese un perro. Por las noches, me atormentan las pesadillas. Tampoco el recuerdo de los cuerpos mutilados de los niños me deja dormir. —Con los ojos rojos por el llanto, Seutes levantó la mirada y descubrió la hinchada y magullada cara de Hidna—. Tengo que salir de aquí. No me importa morir en el intento. Pero necesito que me digas cómo hacerlo sin perjudicar a nadie más.

Tocar a Seutes hacía recordar a Hidna a su tierno e inocente Artulus. Siempre dispuesto a acompañar a su padre para ayudarlo en la mina. Siempre con una sonrisa tras las arduas jornadas de trabajo. Pero la piedra y la tierra sepultaban cualquier cosa bajo su peso, incluidos los recuerdos.

—Yo también pienso en los míos. Cada día. Pero no podemos hacer nada por evitarlo —suspiró ella con desánimo.

Seutes, desolado, se puso en pie.

—¿Con una paliza te han convencido de que éste es tu destino? ¿Tan fácil te das por vencida?

La mujer, sin dejar de acariciarle el cabello, señaló con la otra mano al pelele decapitado que los espiaba desde la penumbra. El guardia le había arrancado la cabeza, y las dos partes permanecían la una junto a la otra, pero separadas. El novato lo tomó y notó el

áspero tacto de la lana. De forma inmediata, el recuerdo de su madre ocupada con el telar impactó en su mente. Triste, dejó el muñeco con delicadeza junto a Hidna, que se había quedado dormida por el cansancio.

* * *

Oroles entró en la barraca pensando que Hidna estaba dormida, pero se equivocaba. Observó el pelele despedazado sobre la cama. Entre ellos no necesitaban palabras para entenderse, así que el geta se acercó.

—Creo que Skotos tiene un nuevo acólito.

Oroles abrió sus enormes ojos azules.

—Sí. Encárgate de los preparativos. Es hora de que jure lealtad al dios oscuro —sentenció la mujer.

XXI
SACRIFICIO

«Nemo malus felix
(Ningún malvado es feliz)»,

Décimo Junio Juvenal, *Sátiras*, 4, 8

Laódice se despertó de madrugada, confusa con sus recuerdos. Fuera, estaba oscuro y reinaba el silencio. De repente, un pinchazo de dolor en la mejilla le trajo a la memoria la imagen de su marido golpeándola. Se llevó la mano a la zona, aún hinchada, y bajó la mirada hacia el suelo.

Conforme se disipaban sus lagunas, peor se sentía. Había hecho el ridículo delante de su marido y de los esclavos. Había echado por el suelo su reputación de esposa decente. Quizá por ese motivo su esposo no había dormido junto a ella, aunque eso no era nada nuevo. Contempló con tristeza la cama, vacía, como de costumbre. Y ella sola, como siempre.

Apesadumbrada, se puso en pie y se acercó a la palangana para lavarse. Primero se mojó las manos. Luego, se limpió el rostro, con suavidad; algunas gotas de agua le mojaron el pecho y las ropas. La gelidez la despejó al momento. A su marido no le faltaban razones para no querer yacer con ella. ¿Para qué? Era incapaz de darle un heredero, un hijo que portara con orgullo el nombre familiar. Aquello

había sido su sueño desde que era una niña. No había honor más grande que el de ofrecer a un esposo un vástago de su propia sangre. Pero las ilusiones no habían logrado ir más allá de lo que su imaginación le permitía.

Se asomó a la ventana y atisbo el cielo estrellado. ¿Por qué las divinidades no atendían sus súplicas? Lo había probado absolutamente todo, hasta había recurrido a las artes oscuras de una bruja. Pero los dioses no le habían sido propicios. Su único consuelo era cuidar, proteger y administrar su casa de la mejor manera posible. Laódice cerró los ojos, apretó los puños y deseó con todas sus fuerzas que sus entrañas fueran muy pronto el hogar de un hijo al que amar.

* * *

Al atardecer, Seutes hacía cola frente a la casa de aperos. Había esperado ese momento todo el día. En la galería, se respiraba un ambiente tenso. Desde el conflicto con los centinelas durante el sepelio, la pesadumbre reinaba en el interior de la mina. Habían muerto algunos de los suyos y se les había negado la entrega de los cuerpos a los familiares.

Además, el malherido y engrilletado Oroles no cruzaba ni una mirada con él. Hidna había debido compartir con él sus impresiones, pues ella era la única con la información suficiente para atar cabos. A ella había recurrido tras la visita de su hermana, y poco después las minas habían amanecido repletas de representaciones de Skotos.

Una vez devuelta la pala, se dirigió hacia su barraca. Quizás Ateas no andaba tan equivocado. Quizá la mejor manera de sobrevivir a aquel infierno era asumir su nueva condición. Al fin y al cabo, el anciano no era infeliz. O, si lo era, lo disimulaba muy bien.

Un carraspeo de garganta a su espalda llamó su atención. El sentimiento de culpa lo abrumó al ver que era su capataz, Oroles,

quien sin más le indicó que lo siguiese con un gesto con la mano. Seutes sencillamente obedeció, y pronto se encontró siguiendo a Oroles ladera arriba, hasta que abandonaron las zigzagueantes callejuelas y, pasando de largo por los campos de cultivo, alcanzaron la necrópolis. El geta tosió por el esfuerzo y se tomó un momento para recuperar el aire. Seutes desconocía cuánto tiempo llevaba el capataz en las minas, pero claramente sus pulmones ya comenzaban a sufrir; también sus uñas se veían negras, como las de las víctimas de la enfermedad del polvo.

Continuaron su camino y, a cada paso, la incertidumbre aumentaba en Seutes. ¿Qué pretendía Oroles? ¿Y si lo alejaba para asesinarlo, como castigo por lo ocurrido? El geta intuyó su desconfianza y lo fulminó con la mirada. Seutes agachó la cabeza de manera instintiva y siguió caminando. Iban en dirección al monte, y se dio cuenta de que, a pesar de haber transcurrido casi un mes desde su ingreso en la mina, jamás había estado por allí. Nunca había ido tan lejos. Más allá, la doble muralla los rodeaba por completo.

Oroles se detuvo frente a lo que parecía un pozo de ventilación. Sobre él destacaba una estructura de hierro con una polea en medio. Alrededor de esta última, una cuerda se introducía en el oscuro agujero. El geta cogió el grueso cordel y tiró hasta encontrar la punta. Luego, se rodeó la cadera con él y se lo pasó de manera transversal por el pecho y la espalda para volver a anudárselo en la cintura. Entonces, con precaución, apoyó los pies en el borde del pozo, colocando las piernas en perpendicular. Seutes se asustó. Por un momento creyó que se iba a matar. Pero Oroles dejó caer la espalda un poco hacia atrás y, tras enrollarse el otro extremo de la cuerda al brazo, empezó a bajar lentamente por el oscuro agujero, ante la atónita mirada del joven. Poco después, lo único que veía era la estructura metálica, la polea y la cuerda. Y, en los alrededores, nadie. El sol se ocultaba y no tardaría en caer la noche. El instinto de supervivencia le pidió a gritos marcharse a casa, pero le aterraba decepcionar a Oroles, que creyese que era un cobarde.

La cuerda se agitó, y Seutes salió de su ensimismamiento. Sin duda, le estaba indicando que había llegado su turno. El histriano tiró de la cuerda y, con mucho cuidado, repitió lo mejor que supo los gestos de su compañero. Al apoyar los pies y dejar caer la espalda, resbaló. El corazón estuvo a punto de escapársele de la boca cuando la cuerda alada en su brazo le dio un desagradable tirón, y se vio en caída libre, pero ésta le hizo de tope y se quedó colgando. Tras unos instantes para calmarse, inició el descenso de nuevo. A cada momento, lo rodeaba más y más la oscuridad. Llegó a un punto en el que no se veía nada. La bajada era a ciegas. Cerró los ojos y confió en su suerte.

—Skotos, protégeme —murmuró, asustado.

De repente, vislumbró la claridad de una lucerna, y su luz anaranjada le proporcionó la seguridad necesaria para dar el pequeño salto que le restaba hasta el suelo. Frente a él, se abría un cruce de galerías.

—¿Dónde estamos?

El capataz entrecruzó los dos dedos índices, lo que significaba que se encontraban en un ramal. Seutes bufó mientras se desataba la cuerda a su alrededor. Luego, pasó la mano por las paredes entibadas con madera. Parecía que estuviera en su propia galería. Oroles, lucerna en mano, tomó uno de los túneles.

—¡Espera! —El otro se detuvo—. ¿No piensas decirme adónde vamos?

El geta señaló un garabato pintado con carboncillo en una de las paredes: SKOTOS. Un escalofrío recorrió la espalda del novato. Aquello lo había visto ya, tiempo atrás, bajo su propia galería, aunque ése era un dato que nadie sabía salvo Ateas. Sin embargo, Seutes decidió confiar en el mudo, curioso por descubrir adonde se dirigían. Más ramales, nuevas bifurcaciones y cambios de dirección en varias ocasiones. El calor cada vez era más sofocante, y tuvo que secarse el sudor con el brazo. Deambulaba perdido en aquel laberíntico entramado. Si a Oroles se le ocurría abandonarlo, moriría, pues sería incapaz de encontrar la salida.

Un ruido serpenteante lo asustó, y soltó un grito ahogado, pero no tardó en reconocer el sonido del aire que se filtraba por los pozos de ventilación. Cruzó los dedos porque la llamita de la lucerna que portaba el capataz no se apagase repentinamente.

Poco después, llegaron a un conducto muy estrecho. Oroles, sin dudarlo, se puso a gatas y continuó su camino. Seutes, por el contrario, sintió miedo y se quedó quieto, hasta que, al ver que el geta no se detenía y la luz se alejaba, no tuvo más remedio que arrodillarse e introducirse en el claustrofóbico túnel. Las piedras de la parte superior le rasguñaban la espalda y la tierra de la parte inferior le raspaba las rodillas. El aire estaba cargado de polvo. Por delante, Oroles se agitó y tosió con brusquedad. Seutes contuvo la respiración, asustado porque aquel angosto y reducido canal colapsara justo en ese momento.

Al fin, la luz se expandió al final del túnel. Habían salido a una cámara de extracción enorme, donde la ventilación era algo mejor, y Seutes recuperó el aliento. Sin vacilar, Oroles tomó una de las dos salidas posibles. La nueva galería estaba perfectamente entibada, lo que tranquilizó a Seutes, aunque notó pronto que allí la humedad era mayor. Las maderas estaban cada vez más mojadas, el suelo pasó de ser terroso a pedregoso, y tuvo que andar con precaución para no resbalar. Y entonces se fijó en que, sin haberse dado cuenta, estaban descendiendo.

Tras más de una hora desde el inicio de su recorrido, el geta se paró en seco y se desató el pañuelo del cuello. Luego le indicó al muchacho que se tapara los ojos con él. Seutes, desconfiado, apretó los puños. Valoró la posibilidad de que Oroles le diese una pedrada en la cabeza y lo dejase allí. Pero ¿por qué tomarse tantas molestias para hacerlo? Diciéndose a sí mismo que aquellas dudas eran estúpidas, asió la tela y se la enrolló alrededor de la cabeza. A partir de ese momento, oscuridad absoluta.

Una mano callosa y áspera tomó la suya y lo guio hacia delante. Con cautela, arrastró los pies para reconocer cuándo terminaban y empezaban los rocosos peldaños. Al poco, percibió la agradable

sensación del barro en las suelas de las sandalias.

Cuando el geta le desató el pañuelo, Seutes se sobresaltó. Se encontraban en la galería inclinada donde había perdido la pala semanas atrás. La misma en la que había caído por error el día que había conocido a Skotos. Sin embargo, aquella vez era diferente. Asustado, se estremeció y retrocedió unos pasos. Ante él, permanecían inmóviles decenas de espectros cuya identidad quedaba oculta bajo los pañuelos con que se tapaban los rostros.

Lo único visible eran sus ojos. Cada uno de ellos sujetaba una lucerna, cuyo reflejo daba la sensación de que tenían los glóbulos oculares rojos como los lémures infernales.

El espectro más cercano a ellos depositó su lucerna en un recoveco en la pared. Después, se agachó y asió un cuenco lleno de agua, que les aproximó. Oroles se limpió la cara, y Seutes lo imitó. Al mirar las manos que sostenían el cuenco, dedujo que se trataba de una mujer, aunque le era imposible saberlo con certeza. La figura retrocedió y dejó el recipiente en el suelo. Después, tomó un pequeño cesto y se lo ofreció. Seutes se sorprendió al ver lo que contenía: habas negras secas.

—Cógelo —le ordenó la sombra. Seutes obedeció—. Durante el ritual, no te des la vuelta bajo ningún concepto. Limítate a pronunciar «Arrojo estas habas para salvarme a mí y a los míos» un total de seis veces.

Seutes miró a Oroles, y éste asintió con la cabeza. A continuación, el capataz dio un paso hacia delante, metió las manos en el recipiente y cogió un puñado de habas.

—Arrojo estas habas para salvarme a mí y a los míos —exclamó Seutes, nervioso.

Oroles lanzó las habas a su espalda. Luego, se adelantó otro paso y el muchacho, aunque muerto de miedo, hizo lo mismo.

—Arrojo estas habas para salvarme a mí y a los míos —repitió por segunda vez, y avanzó otro paso.

El chico se atrevió mirar de reojo a las fantasmagóricas figuras de rostros ocultos bajo los pañuelos. Su presencia era casi

escultórica. Inmóviles, como cariátides. Las llamas de las lucernas hacían bailar las sombras a su alrededor como espíritus infernales, y la luz se extendía hacia el fondo de la inclinada galería. A cada lado los custodiaba un desconocido. En total, Seutes contó que quedaban cinco tramos para llegar al final.

—Arrojo estos habas para salvarme a mí y a los míos —dijo por tercera vez, y Oroles cumplió con su parte.

Poco a poco, sus ojos se acostumbraron a las serpenteantes sombras, que ya no le parecían espíritus, sino personas de carne y hueso.

—Arrojo estas habas para salvarme a mí y a los míos —afirmó por cuarta vez.

Seutes jamás habría imaginado a su capataz, siempre tan absorto en el trabajo, en una situación como aquélla. Oroles se giró hacia él, y sus ojos se encontraron. En la mirada del geta, el joven encontró aprobación. En la de su acólito, el geta encontró decisión. El muchacho ojeó el cesto de habas, negras como la sangre, y tras un asentimiento de su acompañante, metió la mano en el recipiente, tomó un puñado de legumbres y repitió la misma operación por iniciativa propia:

—Arrojo estas habas para salvarme a mí y a los míos —exclamó con decisión, y dio un nuevo paso tras arrojar las habas.

Casi sin darse cuenta, se encontraban al final del recorrido.

—Arrojo estas habas para salvarme a mí y a los míos —clamó por sexta vez, alzando la voz, y dio el último paso para colocarse frente a una pequeña gruta.

La última vez que se había encontrado en la misma tesitura estaba solo, perdido, aterrorizado. Sin embargo, ahora era diferente. La mina, antaño peligrosa, infinita y laberíntica, se le antojaba como un refugio. Se sentía seguro, confiado, sin miedo de penetrar en aquella galería. Con paso firme, llegó al punto en que el túnel se estrechaba tanto que tuvo que arrastrarse. Pero ahora se sentía en paz. Al otro lado del diminuto agujero se vislumbraba una tenue y anaranjada luz. Pasó las manos, luego la cabeza, y reptó por él,

hasta acceder a una cámara iluminada por una única lucerna. Agotado y falto de oxígeno, se echó en el suelo hasta recuperar el aliento. Sobre el techo de la cámara, las sombras se desplazaban por la rocosa y rugosa superficie. Las paredes estaban repletas de garabatos de cabezas negras con ojos pequeños y dientes en forma de sierra. SKOTOS se veía escrito por doquier. A su espalda, se encontraba la representación de la divinidad oscura, sentada sobre un trono.

—Skotos… —murmuró—. Aquí estoy de nuevo.

Oroles emergió entonces del agujero, como si estuviese naciendo de las entrañas de la tierra, con movimientos lentos y dificultosos por culpa de las cadenas en las muñecas. Seutes lo ayudó a incorporarse, recordando que, en esa misma cámara, él también había tenido que arrastrarse por culpa de los malditos grilletes. Y de repente vio que algo se movía en las manos de su compañero. Algo negro se agitaba, y un angustioso arrullo le indicó que era una paloma. «Se la han robado a Ateas», pensó.

El joven siguió a Oroles hasta el trono de Skotos. Allí se arrodilló, lo mismo hizo Seutes, y le entregó la convulsa paloma. El ave se revolvía, nerviosa, mientras el capataz se acercaba a gatas hasta la representación de la divinidad. Apartó una de las piedras que formaban el asiento y de allí extrajo un cuchillo de bronce. Seutes se quedó boquiabierto. Hacía tiempo que no veía un cuchillo de verdad.

El geta pegó la frente al duro suelo de la cámara en señal de respeto, y Seutes lo imitó. Luego, le entregó el cuchillo e hizo un gesto con el pulgar en el cuello. El chico respiró hondo, con la imagen de Ateas en la mente, pero no había vuelta atrás. Con decisión, acercó el filo al cuello del ave. Por un momento, cerró los ojos, pero en cuanto los abrió de nuevo dio un tajo, seco, pero con fuerza. La cabeza de la paloma cayó al suelo. Las patas todavía se movían. Seutes derramó la sangre del ave sobre la negra cabeza de Skotos; hasta la última gota.

XXII
PAN SECO

«*Ἄνευ γὰρ τῶν ἔργων οἱ λόγοι πάντες μάταιοί εἰσιν*
(Sin acción, todas las palabras son vanas)»,

Demóstenes de Atenas, *Filípicas*, 9, 20-23

Ante diem XI Kalendas Iulias.
21 de junio, fin de la primavera, inicio del verano

Seutes estaba harto del maldito pan seco. Aquella masa dura y mustia le dejaba una sensación pastosa en el paladar. El aceite, antaño algo habitual, ahora no era más que un recuerdo. Comio, a su lado, desenvolvía con delicadeza algo enrollado con un trapo.

—Vas a quedarte con el culo abierto cuando veas lo que he traído hoy para almorzar —sonrió el soldado.

—¡Cecina! —exclamó el joven, contento.

—¡Chist! Calla, calla. No hables tan alto o los demás vendrán a pedirme.

—¡No pruebo la cecina desde…! ¿De dónde demonios la has sacado?

—A ti te lo voy a decir —se burló el otro.

—Va, dímelo…

—La he intercambiado por los dados —confesó Comio mientras

extendía un trozo hacia su compañero—. Toma, a ver si le da algo de sabor a este pan de mierda.

Pero Seutes no aceptó su ofrecimiento.

—¿Has cambiado tus dados por cecina? —repuso, casi ofendido.

—No puedo comerme los dados, así que sí.

—¡Pero era el único recuerdo que tenías de tu hermano!

—¿Te quieres callar y comer? —gruñó Comio.

Seutes negó con la cabeza.

—Los recuperaré y, si no, conseguiré unas tabas. Y ahora come o te lo meteré en la boca a la fuerza —sentenció Comio.

La cecina le supo a gloria. Antes de darse cuenta, se lo había comido todo. Por su parte, el soldado libraba su propia batalla contra un duro trozo que se le resistía. Seutes lo miró con cariño y se sintió mal consigo mismo. Comio siempre cuidaba de él. Y, sin embargo, no podía contarle nada sobre el culto a Skotos. Aquél era un secreto que implicaba a demasiadas personas.

Entre mordisco y mordisco, Comio estudiaba el rostro pálido de su amigo. Aquella mañana lo notaba raro.

—¿Te pasa algo, hermano?

—No, nada —mintió Seutes—, sólo que lo bueno dura poco.

* * *

Los centinelas se taparon la nariz con un trapo cuando la carreta cruzó al otro lado de la muralla. Las moscas revoloteaban alrededor de la carne podrida, pestilente. Seutes se percató de que una mano sobresalía por debajo de la tela y sintió un escalofrío por la espalda. Comio, que conocía mejor que nadie el olor a muerto, supo al instante que eran los mineros asesinados durante la trifulca días atrás.

—Acercaos —ordenó uno de los guardias.

Comio, Seutes y el resto obedecieron a regañadientes. El

centinela retiró la tela para que pudieran ver los cadáveres de sus compañeros en proceso de putrefacción. Poco acostumbrado al hedor de la descomposición, Seutes notó que la bilis le subía por la garganta. Lanzó un escupitajo para librarse del desagradable sabor, pero se le había quedado impregnado en la lengua.

—Cavad los agujeros para las vigas —indicó el guardia, señalando un montón de vigas de madera.

No tenían más remedio que acatar las órdenes.

—Un día ensartaré a estos hijos de puta… —murmuró Comio en voz baja.

Mientras unos cavaban, otros encajaban las vigas entre sí, y el resultado fue una enorme T de madera. Los guardias, que tampoco querían provocar un nuevo motín, se encargaron de descargar los malolientes cuerpos. Luego, los colocaron sobre las estructuras y, con un martillo y unos largos y férreos clavos, atravesaron muñecas y empeines. El rítmico y metálico golpeteo atravesaba carne, hueso y madera.

La noticia recorrió de punta a punta las minas y la gente comenzó a presentarse poco a poco en el lugar. Esta reacción había sido prevista de antemano por los centinelas, que no tardaron en acudir por decenas. Una de las viudas se aproximó al guardia más cercano y se arrodilló. Suplicante, le abrazó las piernas y besó sus manos, aquellas manos homicidas que habían dado muerte a su marido.

—¿Por qué no nos dejáis enterrar a nuestros esposos? ¿Por qué los dejáis expuestos como a las alimañas?

El vigilante, pálido, retrocedió sin responder. Seutes reconoció a la mujer. La tripa de embarazada era difícil de disimular. Se trataba de la madre del niño desgarrado en la noria. El rostro de su marido, no obstante, era irreconocible por los golpes y la hinchazón.

—Me habéis arrebatado a mi marido y a mi hijo. Respetad a los dioses y a los muertos, y apiadaos de nosotras. No me importa besar las manos de sus asesinos si así consigo enterrar sus cuerpos mutilados.

A su alrededor, las demás mujeres lloraban y gemían, acompañando su súplica, pero los guardias se limitaron a retroceder.

—¡Pues que os sirva como ejemplo! —exclamó con rabia uno.

—No nos dejéis llorar sobre esta dura tierra mientras los cuerpos de nuestros seres queridos permanecen insepultos, víctimas de los cuervos, que les picotearán la carne sin miramiento —expresó otra con terrible padecimiento.

Madres, esposas, hijas y hermanas se tiraban de los cabellos, presas de un intolerable sufrimiento. La que se había atrevido a besar la mano del guardia se aproximó a la T en que pendía su esposo y se abrazó a la viga de madera.

—Amor mío —sollozó, la voz rota—. Me dejas viuda y sola. Jamás volverás a besarme con ternura ni tus brazos me rodearán para reconfortarme. No encontraré seguridad recostada en tu pecho, ni tus hombros consolarán mis lágrimas. Nuestro segundo hijo todavía no ha nacido, pero no creo que llegue a la juventud. Porque tú eras su defensor, y te han matado. —Posó las manos en su prominente barriga—. Tú, hijo mío, vienes a un mundo despiadado. Sin tu padre y sin tu hermano, no hay luz que nos ilumine en medio de tanta oscuridad.

Un canto lúgubre se extendió entre la multitud. Las viudas, a la vanguardia, sollozaban y se tiraban de los cabellos, fuera de sí. Entre ellas, Seutes vio a Hidna, que lloraba como las demás. Su acólito esperaba una señal, algo que le indicase que era el momento de actuar. Pero, conforme los guardias se acercaban a las mujeres, éstas retrocedían sin oponer resistencia, hasta que la comitiva se disolvió sin necesidad de usar la fuerza. Seutes, encolerizado, se marchó sin entender por qué motivo no había sucedido nada.

* * *

—Ten paciencia, Seutes. Recuerda lo que pasó la última vez que

actuaste sin pensar. No debemos atacar si no estamos preparados para un contraataque.

—¿Y nos quedamos de brazos cruzados?

—Por Skotos, ¿ya has olvidado lo de hace unos días o qué? Muertos y torturados, entre ellos nosotros. ¿Y conseguimos algo? —gruñó Hidna, molesta—. Si actuamos, debe ser con un objetivo claro. Mientras tanto, nos beneficia más mantenernos bajo las sombras.

—¿Y para ti cuándo estaremos preparados? —se quejó con amargura.

Oroles e Hidna se miraron, y ella bufó de nuevo y se cruzó de brazos. Ese muchacho había avivado una llama que durante años no había sido más que una débil ascua. Y, junto con su insensato amigo, habían provocado una desgracia, pero también agitado a los miserables condenados en las minas. Tras meditarlo, habían llegado a una conclusión; era el momento de dar un paso adelante.

—No hay manera de salir si no somos suficientes para enfrentarnos a los guardias —explicó ella. El histriano hizo ademán de responder, pero lo acalló con el índice—. Los ánimos están caldeados. Varias mujeres han venido a decirme que están dispuestas a pelear, si es necesario. Que aquí no hay futuro para ellas ni para sus hijos.

—¿Mujeres? —ironizó Seutes.

—Sí, mujeres —afirmó Hidna con severidad—. A ver si tengo que explicarte a estas alturas que aquí las manos de las mujeres y las de los hombres pueden empuñar las herramientas y las armas por igual.

—¿Armas? ¿Qué armas? —comentó sarcástico el joven.

Oroles le chistó, cansado de su actitud prepotente.

—Estar harto no te da derecho a comportarte como un crío. Nosotros llevamos años viviendo en este infierno. Ahórrate los comentarios que no aportan nada y escúchame. —Seutes trató de calmarse—. Lo primero es que la gente se arme. Bajo tierra es imposible fundir hierro, así que nos apañaremos con piedras, huesos

o palos.

—¿Y por qué no asaltar la casa de aperos?

—¿Con qué armas? Además, es la zona más protegida del Mons Ferri. Y los guardias cuentan con artillería. Por eso, la prioridad es traspasar el muro sin ser vistos. Es al otro lado donde tenemos más posibilidades de combatir y vencer.

Lo que planteaba Hidna era razonable.

—Entonces nos toca cavar un túnel, ¿verdad?

—Sí, y hay sólo un punto bajo las murallas en que la tierra no es tan compacta… —añadió la mujer con cierta inseguridad—. Justo donde mi marido y mi hijo murieron sepultados.

—Enséñame dónde es —le pidió Seutes, decidido.

—Mañana, si está la cosa tranquila. Y, novato —añadió ella—, ni una palabra de esto a nadie, y menos aún al romano.

* * *

Clito, que contaba con la total confianza de Deceneo, era de los pocos que tenía permiso para dormir con la celda abierta. Así, una vez caída la noche, esperó a escuchar los ronquidos de sus compañeros antes de salir al patio central. El cielo, despejado, mostraba un manto de estrellas. Respiró hondo para llenarse los pulmones del fresco aire nocturno y caminó despacio hacia el centinela más cercano, asegurándose de que éste lo viese venir.

—Buenas noches, Cotis —lo saludó el gladiador a cierta distancia.

Éste, alto, delgado, pelirrojo y pecoso, se giró y descubrió al oscuro campeón entre las sombras.

—Myrmex, ¿te cuesta dormir? —le respondió afable.

—Sí —contestó, sereno—. Y me gusta ver las estrellas en una noche así.

—Vaya que sí. —El guardia alzó la cabeza y contempló la bóveda celeste—. Quién tuviese la compañía de una mujer para disfrutar

con ella de una noche como ésta…

Ambos rieron. Luego, Clito tragó saliva, inquieto.

—Cotis, ¿me harías un favor?

El guardia se extrañó. No era habitual que el gladiador pidiera favores, y mucho menos a él, un simple vigilante.

—Depende de lo que me pidas —contestó al fin sin demasiada seguridad.

—Me gustaría… —dudó el veterano— ver a Menoetius.

—¿Al muchacho? —se asombró Cotis. Clito asintió con la cabeza —. ¿Para qué?

Myrmex, avergonzado, se quedó quieto y en silencio. De repente, el centinela entendió, y abrió mucho los ojos. Dudó si era buena idea, pero el rostro suplicante del gladiador lo apenó, y tomó una decisión…

—Me puedes meter en un problema…

—Te juro por Némesis que no —lo convenció Clito, posándole la mano sobre el hombro del centinela.

* * *

Kávaros lanzó los dados y se puso de pie, ansioso por conocer el resultado de su tirada. El primer dado, un uno. El segundo, un tres. El tercero, otro uno.

—¡Mierda! —Con un puñetazo sobre la mesa, hizo volar los pequeños cubos por los aires.

En ese momento, alguien llamó a la puerta, y poco después uno de los corpulentos hombres de Kávaros asomó la cabeza por el vano.

—¿Qué quieres, Bacilis? —preguntó con desdén el propietario del lupanar.

—Tengo información sobre el agitador del foro.

Kávaros se frotó las manos. Al fin algo de suerte aquella noche.

—Bien, dime, ¿de qué cloaca ha salido esa rata?

—El mierda se llama Douras y no es de Histria.

—Eso ya lo sé, idiota. De ser histriano no me haría falta averiguar quién es —lo interrumpió, nervioso.

—Hemos descubierto que también ha predicado en Callatis y en Argamum, pero no sabemos por qué se ha quedado aquí, en Histria —añadió Bacilis, seguro de que aquella información era valiosa.

Kávaros escuchaba atentamente a su compinche mientras acariciaba con suavidad el torques de plata que portaba alrededor del cuello.

—¿Qué pretenderá? —murmuró, más para sí mismo que para los demás—. Agitar a la gente, sí, pero ¿para qué?

—De eso no tengo ni idea —respondió con incredulidad el corpulento hombre.

—¡Pues averiguadlo, maldita sea! —Y propinó un puñetazo a la mesa que hizo volar los dados por los aires de nuevo.

XXIII
GUSANOS

«Cedant arma togae, concedat laurea laudi
(Que las armas cedan a la toga,
y que el laurel se conceda a los méritos)»,

Marco Tulio Cicerón, *De officiis*, 1, 77

No era ni mediodía, pero Seutes ya estaba agotado de cargar y descargar el pesado cesto una y otra vez. Jadeante, lo dejó un momento en el suelo y se tomó un respiro. Comio pasó por su lado, de regreso hacia la cámara de extracción. Cruzaron las miradas, pero ninguno dijo nada. El uno, porque se sentía culpable de guardar un secreto a su mejor amigo. El otro, porque no entendía por qué su compañero estaba tan distante y raro con él. Pero el orgullo era más fuerte que su curiosidad. Había intentado que el histriano le contase qué lo preocupaba, sin suerte; y ahora el orgullo ya era más fuerte que su curiosidad: no insistiría más.

Descargado el cesto, Seutes tomó el camino de vuelta hacia la cámara de extracción. Oroles lo interceptó a medio camino y, como de costumbre, agitó la mano para que lo siguiera. Sin cuestionarse la orden, Seutes fue tras él. En la bifurcación, tomaron el ramal en dirección a la galería inclinada, y enseguida el joven sintió la habitual humedad de aquel tramo. Luego, el capataz se introdujo por el

estrecho agujero que conectaba con el piso inferior, y también Seutes se dejó caer sobre el barrizal, manchándose entero. Al levantar la vista, se encontró con Hidna y con otro hombre que no conocía. Ambos portaban sendos cestos de esparto. La mujer le tendió la mano para ayudarlo a incorporarse.

—Gracias —farfulló el chico.

Sin más, a toda prisa, tomaron uno de los ramales conectados a la galería inclinada. Seutes miraba a unos y otros, inquieto. ¿Hacia dónde conducía aquel laberíntico camino? La última vez que había explorado las galerías junto a Oroles se había dado cuenta de que parecían estar conectadas entre sí. Llegaron a una nueva bifurcación iluminada por la tintineante luz de una lucerna. Sobre ella, un rostro oscuro con dientes en forma de sierra. Y de allí partía un túnel, estrecho como tantos otros, por el que pasaron a cuatro patas. Al cabo de un rato, una nueva luz, y finalmente salieron a una pequeña cámara de extracción.

—Aquí es —oyó comentar a la mujer.

Seutes respiraba con dificultad, y el aire insalubre no lo ayudaba. Fatigado, estudió la cámara con detenimiento, sin entender muy bien dónde estaban. Un familiar muñeco de trapo con el rostro de Skotos parecía escrutarlo desde una esquina. El geta se acercó hasta lo que parecía ser una veta a medio excavar del mismo tamaño que el estrecho túnel que habían usado para llegar hasta allí.

—Aquí está nuestra vía de escape —explicó Hidna al confundido muchacho.

Seutes la miró, impertérrito, y Oroles, ya manos a la obra, picaba la cavidad frente a él. La tierra y la piedra se desprendían con suma facilidad. No obstante, a cada golpe el capataz se detenía para analizar la roca y reflexionar sobre dónde realizar el siguiente picotazo.

—¿Dónde estamos exactamente?

—Bajo el tramo de muralla cercano a la enfermería —indicó la mujer.

Seutes se tomó un momento para ubicarse. La enfermería estaba

pegada al muro, a unos doscientos pasos de la garita de control.

—¿Y no sería más fácil cavar bajo la entrada?

—Qué ingenuo eres, novato. Los ingenieros que construyeron las murallas tuvieron en cuenta que no pudiesen ser atravesadas bajo tierra. La mayor parte del subsuelo por donde transcurren los muros es de piedra y roca, por lo que son infranqueables. O, al menos, eso creía todo el mundo. —Hidna tomó una bocanada de aire, pues era difícil hablar mucho con tanto polvo como flotaba en el ambiente.

—¿Aquí fue donde…? —insinuó Seutes, sin atreverse a proseguir.

Hidna permaneció callada durante un breve espacio de tiempo antes de responder.

—Cuando retiramos los cuerpos de entre los escombros, concluimos que en este punto la tierra era menos compacta. Por eso su galería colapso.

—Por ahí… ¿Por ahí escaparemos? —balbuceó mientras señalaba la diminuta y angosta veta que picaba Oroles.

—Por Skotos, ¡no! —negó en rotundo su compañera, lo que descolocó al joven—. Abrir una galería es imposible; se hundiría. La idea es cavar un túnel estrecho y cruzar a rastras al otro lado de la muralla para abrir la puerta desde fuera.

—¿Y si el túnel colapsa? —Seutes tragó saliva, aterrorizado al pensar en tal posibilidad.

—Si colapsa…, colapsa. Tú has puesto en marcha esto. Si todavía tienes ganas de escapar, coge tu pala y empieza a sacar escombro —concluyó Hidna.

* * *

Kinane examinó con detenimiento el reflejo de su rostro sobre el agua. Los morados se habían vuelto de color amarillo, la hinchazón había desaparecido por completo. Poco a poco volvía a reconocerse.

Metió las manos en el cuenco y se mojó la cara para despejarse.

Tenía que prepararse para partir junto a la familia Helvia. Al hundir las manos en el cuenco otra vez, se fijó en la fina cicatriz que le atravesaba la palma, casi imperceptible a ojos ajenos. Había estado a punto de matar a Laódice, había perdido el control de sí misma y temía que volviese a ocurrir. De no haber sido por la repentina aparición de Deceneo…

Pero, y si lo hubiese hecho, ¿qué? ¿Qué habría ocurrido entonces? La habrían matado Dinamia o Critasiros, eso seguro. O al menos lo habrían intentado. Y, si hubieran fallado, lo habría hecho la guardia del *ludus* o su propio *dominus*. Si su propósito era fugarse, no lo lograría sola. Ni tampoco desarmada. Debía conseguir alguna ayuda, ¿pero de quién? No tenía más remedio que esperar una oportunidad que tal vez no llegaría nunca.

* * *

—Critasiros, apresúrate —ordenó Marco Helvio Deceneo—. No puedo ponerme la toga solo.

El esclavo dejó el pequeño baúl en el suelo y se acercó a trompicones hacia su amo. Laódice los observaba apoyada en el vano de la habitación, en silencio. Desde el último conflicto, había procurado pasar desapercibida hasta que su marido olvidase los motivos de su enfado.

—¿Te has encargado de reunir suficientes escoltas? No quiero arriesgarme a que nos ataquen por los caminos —comentó con cierta preocupación.

—Sí, *domine* —confirmó el administrador mientras tomaba uno de los extremos de la tela.

—¿Cuántos?

—Una veintena —contestó, al mismo tiempo que tiraba de la toga.

Deceneo asintió, satisfecho. Le pareció que algo se movía, cerca,

y de reojo se percató de que su esposa lo escrutaba. Estaba preciosa, vestida con su peplo blanco favorito sostenido por dos fíbulas de oro. Alrededor del pecho lucía un himatión granate muy elegante. En el cuello, destacaba su amplio collar de plata, del que pendían las llaves del hogar.

—*Salve, domina* —saludó el *servus* con respeto.

Laódice sonrió, agradecida por aquella muestra de reconocimiento. No estaba de ánimos y hacía días que no dormía bien. Aquel pequeño, insignificante y cotidiano gesto le pareció importante, ya que su marido la ignoraba. Deceneo, nervioso porque llegaba tarde, dejó a un lado el orgullo y miró a su bella aunque cariacontecida mujer.

—Critasiros, continúa con el equipaje, Laódice me ayudará —lo despachó.

La mujer, entre avergonzada, feliz y confusa, se llegó hasta su esposo. Sin mediar palabra, tomó un extremo de la toga y comenzó su labor. Una pequeña e imperceptible sonrisa de alivio se dibujó en su rostro.

* * *

El calor y el polvo eran sofocantes, pero, si quería reencontrarse con su hermana y su madre, no había alternativa. Agotado, sediento e ignorando las dolorosas llagas que supuraban pus sobre sus dedos y convertían la tierra pegada a su carne en una pasta, no se detuvo hasta haber llenado el capazo con el suficiente escombro.

Al notar que la luz de la lucerna empezaba a menguar, Oroles se acercó hacia el recoveco de la pared y dejó el pico en el suelo. Casi no quedaba aceite. Ya podían volver a la superficie.

—¿Tenemos luz suficiente para el camino de vuelta? —preguntó Hidna, soltando el pesado cesto de esparto rebosante de tierra.

Oroles asintió.

—Pues mañana más —sentenció la mujer.

Seutes descargó su capazo en la galería al otro lado del angosto túnel y esperó a que sus compañeros salieran. Mientras, se relamió los secos y agrietados labios. Había sido un duro día de trabajo, pero estaba satisfecho. El plan no le parecía tan brillante como Hidna y Oroles afirmaban. Había esperado algo grande, una revuelta armada, un motín llevado a sus últimas consecuencias. Pero no, lo que le esperaba era arrastrarse como un gusano hacia el otro extremo de las murallas y cruzar los dedos para no ser descubierto en el intento. Eso si el túnel no colapsaba antes. Nada heroico, nada épico. Sólo tierra y polvo, como los desgraciados esclavos que eran.

* * *

El camino hacia Histria fue tranquilo, aunque a Marco Helvio Deceneo le resultaba difícil disimular sus nervios. Laódice, que lo conocía bien, se dio cuenta, y probablemente Critasiros también, pero nadie osó comentarlo. El *paterfamilias* sabía que la curia contrataría de nuevo los servicios de sus gladiadores para los Ludi Apollinares, pero cada año tenía que negociar las condiciones.

En aquella ocasión, el magistrado elegido para cerrar el acuerdo era Lucio Sergio Silo, un forastero romano que se había incorporado recientemente a la curia. Aunque *a priori* uno podía creer que por ello sería más influenciable, la verdad era todo lo contrario. Había servido en el ejército y siempre defendía su opinión a cualquier costa, actitud que Deceneo conocía de antemano.

Por eso, durante el trayecto barajaba las diferentes formas de conseguir el beneplácito de su colega para aumentar al máximo el margen de beneficios. Aun así, sopesaba, conociendo su carácter, la única manera de lograrlo era convencer al propio Silo de que sus tarifas eran las adecuadas. Sí, Silo debía compartir la misma postura que él. Y entonces la defendería como si la propuesta hubiese sido

suya.

* * *

De vuelta a la galería inclinada, Hidna advirtió que Seutes parecía decaído.

—Novato, no te veo convencido —lo increpó la mujer. Seutes agachó la cabeza para disimular su preocupación—. Estás a tiempo de echarte atrás.

—No es eso… —confesó—. Es que veo muchas lagunas en el plan.

—Por Skotos, no puedo contarte todos los detalles. ¿Y si te arrestan? —contestó Hidna.

—Si no confías en mí, ¿qué hago aquí, como un tonto?

—No es eso, novato. Tú no conoces a los torturadores de Deceneo —alegó ella con voz temblorosa.

—¿Qué más te da? Si confesara, perdería la única baza para escapar de este infierno.

—Esos monstruos te hacen desear tu propia muerte, Seutes. Cuando estás bajo su tormento, las prioridades cambian —respondió ella de manera tajante—. Confía en Oroles y en mí.

—No, si no me cabe duda de que Oroles no soltará ni una palabra —bromeó.

Sus compañeros ya salían por el conducto de ventilación. Hidna se tapó la boca con las manos para no delatar su risa contenida.

—No lo subestimes. —Sus ojos esbozaron un atisbo de compasión—. Ahí donde lo ves comandó un numeroso contingente geta durante el conflicto con los romanos. Muchos de los suyos terminaron en este agujero, así que decenas de prisioneros igual de aguerridos que él aún actúan bajo sus órdenes.

—¿Y los mandaba sin hablar? —preguntó Seutes con ingenuidad.

—En ese entonces tenía lengua —contestó Hidna, que arrugó los

morros, incómoda.

—Ya entiendo… —añadió Seutes.

* * *

—Hogar, dulce hogar —exclamó con alegría el comerciante cuando detuvo a su montura frente a la fachada de la casa Helvia.

Kinane descabalgó y se acercó hasta Critasiros para ayudarlo a bajar del animal. La *serva* se limitó a doblar la espalda y a colocarse a cuatro patas para que el anciano con el pie zambo la usase de escalón. El hombre aprovechó, además, para dar un pequeño salto que le dobló el espinazo a la chiquilla. Ella sintió un terrible pinchazo, pero no levantó la vista. El administrador lo había hecho aposta, y no quería darle el privilegio de verla sufrir.

Critasiros, al ver que la muchacha no se inmutaba, gruñó por lo bajo y se dirigió hacia el portón de entrada, que aporreó con energía. El atriense no se hizo esperar, y el resto de la comitiva desmontó y tendió las riendas de sus monturas a uno de los guardias que los había custodiado.

Deceneo y Laódice fueron directos a acomodarse a su alcoba tras tantas horas de viaje. El hombre se lavó la cara y se mojó la calva para limpiarse el sudor, mientras la mujer lo observaba, en silencio para no incomodarlo. Cuando al fin se dio la vuelta, ella se le acercó poco a poco y, con suavidad, cogió la tela de su toga y la ajustó allá donde se veía demasiado holgada. El comerciante se percató del semblante triste de su esposa y posó con delicadeza la palma de su mano sobre su mejilla amoratada, fija la mirada en las profundas ojeras de ella. Laódice se quedó quieta, especulando cuál sería la siguiente reacción de su marido. Al fin, colocó su mano sobre la de su esposo, que todavía permanecía en su mejilla.

—¿Me perdonas? —le suplicó.

Deceneo sintió un vacío en el estómago. Era una situación dura

para ambos. Al fin y al cabo, su esposa tampoco era culpable de su incapacidad, y sin embargo su labor en la casa siempre había sido excepcional. Eran las divinidades quienes no propiciaban el embarazo. El hombre la rodeó con sus enormes y peludos brazos y la estrechó contra sí.

Permanecieron abrazados durante un rato, hasta que la respiración de los dos se acompasó. Como si fuese un hechizo, se sintieron en paz. Aquello que hasta entonces los había perturbado se desvaneció.

—Seguramente —tomó al fin la palabra Deceneo—, Sergio Silo querrá visitar el *ludus* enseguida para zanjar nuestro acuerdo. Mi idea es ir y venir varias veces esta semana para estar pendiente de lo que ocurre en la curia y organizar los juegos.

—Me puedo quedar yo e informarte si se produce algún cambio —sugirió ella, feliz por sentirse útil.

—Hay asuntos que sólo se tratan en la curia. Para cuando las mujeres de los otros magistrados te informen, tal vez sea tarde —apreció él con una delicada caricia en el rostro de su esposa—. Pero sí, hasta que empiecen los Ludi Apollinares, es mejor que te quedes en Histria. El ambiente en el *ludus* durante la próxima semana será muy tenso.

La mujer asintió con una sonrisa que iluminó a su esposo y se dispuso a ajustarle la toga antes de que su invitado llegase. Era una cita importante; tanto que a su esposo le temblaban las manos, una reacción inaudita en él.

XXIV
NEGOCIOS

«Effugere non potes necessitates, potes vincere
(No puedes huir de los problemas, pero sí superarlos)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 4, 37, 3

Pugnax contemplaba con recelo el combate entre Menoetius y Clito. El joven reciario golpeaba con la red, una y otra vez. El *provocator*, por su parte, se protegía con el escudo, arriba y abajo, como si éste fuese ligero como una pluma. Sin duda, Menoetius tenía en cuenta que, tarde o temprano, Clito bajaría la guardia. Y entonces lo capturaría.

Gracias a la distancia que le confería la larga asta del tridente, el novato lanzaba estocadas en todos los ángulos posibles, convencido de que, tal y como le habían enseñado, su oponente terminaría por cansarse, por muy fuerte que fuese. El *provocator* no tardó en reconocer los primeros síntomas de fatiga, y su respiración comenzó a agitarse. La temperatura dentro del casco era sofocante. El sudor le empapaba la frente, le entraba en los ojos, se deslizaba por su cuello, pecho y espalda.

De repente, Menoetius se acercó a Clito, apoyó la parte metálica del tridente sobre el borde del escudo y tiró hacia él. El *provocator* quedó descubierto y el arma de su oponente se aproximó a su

pecho. Sin embargo, el negro hizo rotar el *scutum* con un ágil movimiento de muñeca, lo que desvió el arma enemiga. «Por los pelos», pensaron todos.

Pero aquélla no era la principal intención del reciario. Cuando Clito se libraba del tridente girando el escudo, desprotegió la guardia, y Menoetius lanzó su red sobre él. El curtido gladiador quedó atrapado en la maraña de cuerdas y retrocedió para ganar terreno y deshacerse de ella, pero el rápido reciario no iba a dejar escapar la oportunidad. El aspirante lanzó varias estocadas de las que su enemigo lograba protegerse a duras penas. La red dificultaba el movimiento del escudo, y además el *gladius* pesaba. Clito se agotaría pronto y ambos eran conscientes de ello.

Pugnax, el instructor roxolano, y el resto de miembros de la escuela observaban el combate boquiabiertos y en absoluto silencio. El experimentado gladiador había perdido la mayor parte de su visibilidad, pues el casco, por sí mismo, ya ofrecía un reducido campo de visión. Su única salvación era librarse de aquella maldita red.

Myrmex lanzó varios golpes con el borde de su escudo en horizontal, lo que intimidó a Menoetius y lo hizo retroceder. Al ganar cierta distancia, comenzó a quitarse de encima las cuerdas que lo aprisionaban. Y, justo entonces, el reciario enganchó su red con el tridente y tiró con un movimiento seco, pero rápido. La espada de Clito se enganchó a ella y voló por los aires. El *provocator* estaba desarmado.

El atlético *tiro* supo entonces que tenía la ventaja, pero ¿por cuánto tiempo? Golpeó con su red una, otra y otra vez al agotado *provocator*, que se limitaba a mover su escudo arriba y abajo para cubrirse de las estocadas de Menoetius. El veterano veía imposible desarrollar una estrategia. Los golpes del reciario eran consecutivos y a duras penas veía lo que ocurría por las rejillas del casco. Y al fin sintió cómo los pies se le enredaban entre las malditas cuerdas. Y supo que había perdido. Menoetius, seguro de sí mismo, soltó el tridente, agarró con las dos manos la red y tiró con fuerza. El

enorme gladiador cayó con un estrepitoso golpe al suelo. Al momento, el instructor roxolano, que hacía de árbitro, detuvo al reciario con su vara. El combate había finalizado.

Menoetius sintió por primera vez la admiración de sus compañeros. Pugnax asentía con la cabeza. Danao, el anterior reciario de la casa Helvia, lo miraba sorprendido. Hasta los criminales condenados a la arena lo miraron con respeto.

Clito, abrumado por la derrota y sofocado por el calor, se quitó el casco y lo arrojó lejos, con saña. Su *doctor* le tendió la mano para ayudarlo a levantarse, pero lo rechazó de malas maneras:

—Apártate, Barbaricus. —Y se puso en pie con brusquedad para dirigirse hacia su cubículo.

La sensación de victoria se desvaneció de un plumazo de la cabeza de Menoetius. ¿Acaso no era lo que Clito quería de él? ¿Que fuera un orgullo para el *ludus* Helvio?

* * *

Dinamia se apresuró a vestirse para salir a hacer la compra. Se acercaba la hora de la cena y la despensa estaba vacía. Al parecer, nadie había anticipado su vuelta del *ludus*. Y, sin embargo, una cosa estaba clara: Deceneo esperaba una visita importante y aquella noche, independientemente del resultado de su cita, querría deleitarse con algún suculento manjar.

Las calles aledañas al foro estaban abarrotadas por el tráfico constante de carretas. Faltaba poco tiempo para terminar la jornada. A un lado, los puestos ambulantes, cuyos campesinos venían un día a la semana para traer la fruta y la verdura más fresca. Al otro, las tiendas habituales, como la mercería, la carnicería, la pescadería o la barbería.

* * *

Audata estiró con firmeza la tela de lino para que los clientes riesen que no se arrugaba con facilidad. Tomiris, a su lado, regateaba precios con una clienta pesada. En ese instante, la viuda se fijó en una mujer que avanzaba con prisa entre la multitud. Le resultó muy familiar y, sin pensárselo, salió tras ella.

—¿Dónde vas? —le preguntó la esposa de Lipoxais.

—Ahora te cuento —respondió ella mientras se marchaba a zancadas en dirección a su objetivo.

Al poco, Audata logró interceptar a Dinamia. Con decisión, posó la mano sobre el hombro de la mujer de pelo oscuro, que se sobresaltó y se dio la vuelta. No cabía duda: era ella, nariz aguileña y cejas arqueadas.

—¿Sí? —saludó la esclava con una sonrisa falsa preparada para complacer, pero Audata reconoció en ella cierta inquietud.

—Eres la esclava de la familia Helvia, ¿verdad?

—¿Con quién tengo el gusto de hablar? —preguntó amablemente la *serva*, en un intento por ubicar a la mujer, a quien sabía que había visto antes.

—Con la madre de Kinane —sentenció Audata.

Lo único que expresó la mano derecha de Laódice fue una sonrisa estúpida. La viuda insistió, ante el completo desinterés de Dinamia por continuar con la conversación.

—¿Cómo está mi hija? —preguntó, disimulando la rabia. La última vez que había visto a Kinane tenía el rostro deformado por los golpes—. Y dime la verdad.

Pero la esclava, acostumbrada a mentir para satisfacer a sus amos y a no expresar sus emociones, soltó, sin más:

—Se está adaptando muy bien. Es una chica muy trabajadora y servicial —sonrió de nuevo.

—¿Sí? ¿Y por qué tu *domina* la ha pegado como a una perra callejera? —Audata fue incapaz de contenerse.

La pregunta descolocó por completo a Dinamia. ¿Cómo sabía que Laódice la había golpeado? Buceó en su memoria para recordar de qué la conocía, consciente de que la había visto antes, pero la insistencia de la desconocida le impidió concentrarse.

—Dime la verdad, maldita sea. —Se acercó amenazante a la esclava.

Dinamia retrocedió. No quería provocar un espectáculo en medio del mercado, y mucho menos cuando su *dominus* tenía una cita tan importante aquella misma noche.

—Es cierto que al principio le costó adaptarse… Mi *domina* es muy selectiva con sus esclavas —explicó, balbuceante—, pero tras unas primeras desavenencias ya han empezado a entenderse.

Audata quería creer lo que la *serva* le contaba, pero sus ojos viperinos le indicaban que mentía. Tras aquella fachada afable, Dinamia no era más que una fiel defensora de su ama. Fuese cual fuese la realidad, no se la confesaría.

—Me alegra escuchar eso —mintió con amargura—. ¿Y la familia Helvia goza de salud?

—De una salud estupenda, gracias —fingió Dinamia, complaciente.

Las divinidades del infierno aún no habían cumplido su juramento. Fuere como fuere, aquella conversación no tenía ya ningún sentido. Nada más sacaría de aquella esclava mentirosa.

—Cuídala, te lo suplico. —Tomó de las manos a Dinamia, que se agitó ante tal repentino gesto—. Todavía es una niña.

—Así lo haré —le prometió la esclava, y se apresuró a marcharse.

Audata volvió junto a su amiga Tomiris con un nudo en la garganta.

—¿Estás bien? —le preguntó la otra.

Y la viuda la abrazó con fuerza y lloró sin consuelo.

* * *

Dinamia dejó las ortigas de mar y los testículos de capón sobre la mesa de la cocina. A pocos pasos de distancia, Kinane, pendiente de remover el guiso, no se había percatado aún de su llegada, y la esclava sopesó si era apropiado o no informarla sobre su encuentro con su madre. En esas dudas estaba cuando Critasiros se asomó al vano de la puerta.

—¿Cuánto le falta a ese guiso? *Dominus* y su visita hace rato que han terminado con los huevos duros y el surtido de quesos —se quejó, nervioso.

—Ya tengo el caldo con el *garum*, el aceite y el vino en la olla. Las albóndigas de pescado están amasadas. Lo único que falta son las ortigas de mar y los testículos. Luego especiar, y listo.

—¿Y a qué esperas? —bufó el viejo con desprecio—. Tienes los testículos y las ortigas sobre la mesa.

Kinane se dio la vuelta para descubrir que Dinamia había traído los ingredientes sin que ella la hubiese escuchado llegar. Sin tiempo que perder, metió en la olla lo que le faltaba y lo dejó cocer.

* * *

Seutes llegó agotado a la barraca. Ateas, recostado sobre su catre, ojeó preocupado a su desanimado compañero. Cada día que pasaba estaba más sombrío y amargado. No obstante, aquél era el estado general de cuantos vivían en aquel infierno. ¿Cómo culpar al muchacho por perder su inocencia entre tierra, polvo y escombro? Hacía días que apenas hablaban, y el viejo trató de consolarlo.

—¿Cómo estás, pajarito? —preguntó, afable.

El joven se acercó al cuenco de barro para asearse. Observó con tedio su rostro reflejado en la superficie del agua.

—Bien, Ateas, ¿y tú? —respondió, con total desinterés.

—Como siempre… —repuso el anciano de barba blanca, afligido por la indiferencia de su compañero.

Así, sin más palabras entre ellos, Seutes terminó de lavarse y se acostó sobre su áspera y hosca estera de esparto.

* * *

Critasiros cogió la bandeja de plata con el guiso y se dirigió hacia el *triclinium*. Allí, recostados sobre sendos reclinatorios, los dos hombres disfrutaban de una velada orientada a los negocios y la política. Aun así, Deceneo sentía cierto vacío en el estómago; no por el apetito, sino por los nervios. Hasta el momento había impresionado a su visitante con su hermosa casa, el personal doméstico, la vajilla y la comida. Y, sin embargo, aquello eran preámbulos para lo que Lucio Sergio Silo había venido a negociar.

—Bien, bien —se alegró el magistrado cuando vio venir al esclavo con el plato principal—. Con el estómago lleno se razona mejor.

Deceneo se alivió al ver que su invitado parecía estar a gusto. Aquello le podía facilitar un buen acuerdo. Hasta ese momento, se habían limitado a conversar sobre asuntos triviales de la curia y los juegos en honor a Apolo del año anterior.

—Pero esta vez soy yo quien los organiza y no voy a dar puntada sin hilo. La pompa la tengo ya cerrada con músicos y acróbatas. Como de costumbre, cuento con los criminales condenados y un par de *gregarii* de tu *ludus*. —Silo se chupó los dedos manchados de guiso—. Está rico, casi tanto como el que prepara mi cocinero sirio.

El comerciante controló los nervios y se llevó una de las albóndigas de pescado a la boca. La encontró tierna y sabrosa, y el caldo acompañaba a la perfección. Pero para Sergio Silo nunca era

suficiente.

—¿Cómo se llamaban el *retiario* y el *secutor* del año pasado? —preguntó, antes de tomar un sorbo del vino más caro de la casa, traído desde Falerno y servido en copas de cristal.

—Danao el *retiario* y Pugnax el *sector* —respondió el anfitrión.

—Sí, eso. —Silo chasqueó los dedos con vulgaridad. Deceneo pensó que se le notaba a la legua que había sido soldado—. Esos dos también me interesan. El reciario no estuvo mal, quizá repita si no tienes nada mejor que ofrecer.

Ofendido, Deceneo se mordió la lengua.

—Este año Danao no combate como reciario —dijo al fin, con un carraspeo.

—¿Y eso? —indagó Lucio Sergio Silo mientras se tragaba otra albóndiga de pescado.

—Se lesionó, y desde entonces prefiere pelear como *hoplomachus* —y añadió con rapidez, para que el magistrado no se decepcionase—: Pero he conseguido un reciario mejor.

—Eso no era difícil. —Silo soltó una carcajada que no fue compartida por su colega.

—Se llama Menoetius y ha sido entrenado ni más ni menos que por Myrmex.

El lanista se quedó callado. Sabía de antemano que el nombre de su campeón despertaba pasiones.

—¡Myrmex! El año pasado estuvo estupendo, aunque sólo obtuviese la *missio* —dibujó una sonrisa socarrona. El comerciante empezaba a creer que aquel inútil intentaba provocarlo—. Mi intención es que estos Ludi Apollinares sean mejores que los anteriores. Myrmex versus Lascivus —murmuró Silo al fin.

Deceneo suspiró, aliviado. Myrmex volvería a estar a la cabeza de los Ludi.

—Creo que es lo que más ansían los ciudadanos, pero quedarnos con eso sería repetir lo mismo del año pasado —añadió entonces el romano. Deceneo frunció el ceño—. Si bien es un combate que promete, lo que la gente espera es el enfrentamiento definitivo entre

ambos.

—¿Definitivo?

—Esta vez quiero que exista la opción de que el combate sea a muerte. —Deceneo palideció—. Lascivus tiene fama de ser un gladiador formidable, pero también cruel. Nunca le ha temblado el pulso a la hora de arrebatar la vida a un oponente cuando el público lo ha pedido. A la larga, esa obediencia, o falta de escrúpulos, llámalo como quieras, le ha dado mala imagen. En cambio, la gente adora a Myrmex y es uno de los pocos supervivientes de Lascivus. El combate se vendería como el último enfrentamiento entre dos antagonistas, entre el bien y el mal —sonrió Silo, convencido de que su idea era brillante.

—Pero… —balbuceó un inseguro Deceneo—, pero… la opción a muerte también implica la posibilidad de que sea Myrmex el que caiga a manos de Lascivus.

—Eso no ocurrirá —negó con seguridad el magistrado, chupándose los dedos.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? ¿Qué garantía tienes de eso?

—Cálmate, Marco. —Movió las manos—. La gente adora a Myrmex, aunque en su último combate con Lascivus fuese derrotado.

—La gente es imprevisible —lo interrumpió el lanista.

—Mira, Myrmex perdió la última vez, pero sobrevivió. Según me has contado, lleva un año entrenando para este momento. ¿Sí o no? —insistió Lucio Sergio Silo.

Marco Helvio Deceneo reflexionó durante unos instantes. Aquello era cierto. Y, por su parte, Myrmex ansiaba enfrentarse a Lascivus de una vez por todas. La marca de su vientre en forma de X le recordaba cada día su derrota.

—¿Qué opina Arístides? —dudó, indeciso.

—¿El lanista del *ludus* de Apolonia Póntica? Él está de acuerdo, y Lascivus también —sonrió Silo, burlón—. Ofrecer la opción de que uno de los gladiadores muera siempre multiplica los beneficios. Y estamos hablando del combate del año. Arístides no querrá perder

esta oportunidad.

El propietario del *ludus* Helvio ojeó los anillos dorados de sus gruesos dedos y meditó durante unos momentos. Si Arístides había aceptado el acuerdo era porque estaba seguro de que Lascivus tenía las de ganar. No en vano, si tanto necesitaba el dinero, no arriesgaría a su mejor gladiador en un único combate.

—No me parece una buena oferta —afirmó Deceneo con desánimo.

—Pues es lo único que puedo ofrecerte —respondió el otro con rapidez para meter presión—. Para venderme lo mismo que el año pasado, mejor no me vendas nada.

Deceneo sintió un nudo en el estómago. Luego contempló los ricos mosaicos en el suelo, los magníficos frescos en las paredes, las sedosas cortinas y todo cuanto lo rodeaba. ¿Acaso no había elegido el oficio de lanista por diversión y satisfacción propia? ¿No era el riesgo lo que buscaba con aquella nueva afición? Sin duda, al contrario que Arístides, él no lo hacía por dinero ni tampoco para cruzarse de brazos ante la oportunidad de vivir uno de los combates más estimulantes de su carrera. Y, por otro lado, rechazar la oferta implicaba negarle a Myrmex el ansiado encuentro por el que había entrenado un año entero.

—¿Y bien? ¿Tenemos trato? —insistió Silo, extendiendo la mano.

Marco Helvio Deceneo respiró hondo e, impulsado por un arrebato, se la estrechó.

—Tenemos trato.

—Bien, en un par de días iré al *ludus* para conocer a tus candidatos y firmar el contrato con las condiciones que hemos acordado. —Terminó de limpiar el plato con el pan—. Y, ahora, ¿con qué postre vas a sorprenderme?

XXV
MANOS CORTADAS

«Vulpes pilum mutat, non mores
(El zorro cambia el pelo, pero no las costumbres)»,

Cayo Suetonio Tranquilo, *Vida de Vespasiano*, 16

Era medianoche. Soltó un eructo y regurgitó la *posca* de mala calidad que había bebido poco antes en una taberna cercana. Se limpió la boca con el vello de sus brazos peludos y continuó en dirección hacia El horno de Afrodita. Cuando vislumbró a los dos guardias de la entrada, se escupió en la mano y se peinó su escaso y grasoso pelo en cortinilla. Los centinelas no pusieron buena cara al verlo llegar.

—¿Esta vez traes dinero? —le espetó uno con desprecio.

—¿Por quién me tomáis? —contestó el visitante, que sacudió una tintineante bolsita de cuero.

El matón arqueó la ceja, poco convencido. Sin embargo, se hizo a un lado y le permitió el paso. Una vez dentro, el hombre sintió el fuerte olor a incienso con el que trataban de ocultar el del sudor y los fluidos humanos. La fragancia de lavanda penetró por su nariz como un regalo divino. Aun así, el ambiente estaba cargado, pero aquello no le desagradaba. Todo lo contrario: lo excitaba.

El atriense, menudo, con nariz grande y cejas pobladas, lo recibió

sin demasiado entusiasmo:

—Adelante… —dijo, sin quitarle la mirada de encima.

Por delante se abría un espacio extremadamente decorado y colorido. Las suaves cortinas, los camastros repletos de cojines. La insinuante luz de los candiles iluminaba los triclinios donde los clientes, recostados, recibían la atención y el cariño de chicas jóvenes, muy jóvenes.

El desconocido se relamió la lengua. Notaba que el corazón se le aceleraba. Se recostó en uno de los triclinios dispuesto a disfrutar con la danza erótica de las bailarinas. Sin embargo, su predilecta parecía no encontrarse disponible. Al menos, no fue capaz de verla.

De repente, a su espalda advirtió la presencia de alguien. El atriense lo miraba fijamente. Incómodo, reconoció que estaba abusando de los placeres de aquel lugar, así que se puso en pie, se llevó la mano a la bolsita de cuero y dejó caer las monedas de su interior sobre la superficie de la mesa.

—Hoy sí traigo dinero —afirmó. Pese a todo, sabía que no tenía suficiente como para disfrutar de ningún servicio personal.

El otro lo observó con desdén, pero recogió una a una las monedas y se las guardó.

—Puedes quedarte un rato —asintió.

El desconocido se repasó el escaso pelo y se lo volvió a echar a un lado para disimular la calvicie. Luego, se reacomodó de nuevo en el triclinio. Las jóvenes, en su sensual baile, rozaban con sus pezones las bocas de clientes con más dinero que él. Hasta que, de repente, vio al fondo de la estancia aquello que había venido a buscar. Sólo con distinguir su figura sintió excitación. Conforme abandonaba la penumbra, pudo ver mejor el rostro infantil maquillado en tono pálido, a excepción del colorete en las mejillas, que resaltaba su inocencia. Entre sus brazos, sujetaba una *pupa* con el pelo largo. El hombre se relamió el labio superior.

La niña se paseaba por la estancia a la espera de que le ordenasen satisfacer a algún cliente. Mientras tanto, se entretenía con la muñeca, a la que hacía saltar de triclinio en triclinio, de cojín

en cojín. Su comportamiento infantil era lo que más atraía al perturbado visitante. No obstante, era consciente de que era un servicio demasiado caro para él.

En un momento dado, la muchacha se marchó hacia el fondo de la estancia, apenas iluminado. El extraño miró a su alrededor para cerciorarse de que ya nadie se fijaba en él. El resto de los clientes, embriagados en sus propias fantasías, no repararon en que se ponía de pie. Confiado, se dirigió hacia la pequeña, que estaba entretenida jugando con su *pupa* en la esquina más oscura del lupanar.

Cuando la agarró del brazo, la niña se giró, asustada. El semblante aterrado de su rostro pálido por el maquillaje le resultó de lo más placentero. Su miedo lo hacía sentir poderoso, y el deseo aumentó. Ella, sin embargo, se quedó completamente quieta, bloqueada. Había normalizado el abuso, pero estaba acostumbrada a que la llevasen antes a uno de los cubículos.

De repente, el hombre notó un fuerte golpe en la cabeza. Aturdido, la vista se le tornó borrosa y cayó de rodillas. Mareado, apoyó las manos en el suelo antes de desplomarse. A continuación, uno de los hombres de Kávaros lo cogió por los tobillos y lo arrastró hasta la oficina de su jefe. Una vez allí, podía escuchar los murmullos procedentes de una conversación, pero no era capaz de asimilar lo que decían.

—Ha intentado forzar a Thalia sin pagar —le comentó el atriense al propietario de El horno de Afrodita—. Y no es la primera vez que viene sin dinero.

El desconocido deseó incorporarse, pero la cabeza le daba mil vueltas. Un hombre de hombros anchos, musculoso y de rubia cabellera apoyó el pie sobre su espalda, impidiéndole cualquier movimiento.

—Y, si no es la primera vez, ¿por qué lo has dejado entrar? —inquirió Kávaros.

—Bueno, traía unas monedas —dudó el otro—, pero sólo para pasar el rato.

El proxeneta se colocó de cuclillas y agarró por la barbilla al

aturdido cliente.

—Así que te gustan las niñas, ¿eh? —le dijo, mordaz—. Eres un hombre de gustos caros, pero sin dinero para pagarlos.

—Yo no… Yo no pretendía… —balbuceó, aún confuso por el golpe.

—¡Chist! —lo mandó callar—. No te esfuerces en mentir.

Kávaros se incorporó y le colocó el pie sobre la cabeza. El hombre sudaba como un cerdo y apestaba a rancio. Temblaba y sollozaba, aterrado y sometido.

—No me mates, te lo suplico… —gimió.

—La gente como tú no me da lástima —soltó Kávaros con desprecio, acariciándose el torques de plata que llevaba al cuello—. Si tuvieseis un mínimo de poder, lo usaríais para someter a los demás sin miramientos. Pero te has equivocado de persona.

Tenso por los recientes conflictos en Histria, apretó la mandíbula. La escoria que mantenía aplastada a sus pies había sido lo suficientemente atrevida como para intentar forzar a una de sus prostitutas en su propia casa. ¿Acaso ya nadie le guardaba respeto en aquella ciudad?

—Bacilis —se dirigió a su guardia más cercano—. Sácalo de aquí y córtale sus sucias manos. Luego tráemelas. Quiero quedármelas.

—¡No, por favor! —suplicó el hombre entre sollozos—. ¡Perdóname, Kávaros!

El propietario del prostíbulo se acuclilló, lo cogió por los pocos pelos que tenía, deshaciendo su cortinilla, y se rio.

—Y córtale también el pelo, que parece un coño de vieja —escupió—. Por cierto, ¿sabemos algo sobre la rata alborotadora del foro?

—Todavía no, jefe —contestó Bacilis con cierta culpabilidad.

* * *

Seutes se detuvo y examinó el contenido de su pesado cesto. Entre la roca y la tierra, había fragmentos de lo que parecía mineral, de un color entre rojizo y grisáceo. Suspiró; al fin faltaba poco para el almuerzo, lo único que deseaba desde que había atravesado la bocamina a primera hora de la mañana. En ese instante, Comio apareció tras él, cargado a su vez con otro rebosante capazo de escombro.

—Apártate, ¿qué haces en medio? —le espetó, estresado.

—Adelante —lo invitó con sarcasmo el histriano, colocándose a un lado del ramal.

Comio pasó de largo, enfadado. La convivencia bajo tierra era complicada, y más cuando se les acumulaba el trabajo. Iba a gruñir algo Seutes cuando apareció entre las penumbras la figura de Oroles. Comprendiendo al momento su intención, lo siguió, en silencio, hasta la galería inclinada.

Tras caer sobre el barrizal, se encontraron con Hidna y dos hombres más, tapados con pañuelos, a los que Seutes no supo identificar. Gracias a la tintineante y anaranjada luz de las lucernas, vislumbró la pala que había perdido un mes atrás. Estaba apoyada en la pared rocosa, como si esperara a que la empuñara de nuevo. Sin duda, alguien la había colocado de ese modo.

Llegaron al cabo a la cámara de extracción. Era un camino largo y complejo, por lo que les faltaba el aliento, pero la tierra arenosa se convertía en un polvo difícil de evitar. Seutes tosió con brusquedad y sintió una terrible picazón en la garganta.

Enseguida, se pusieron manos a la obra. Al principio, se mantuvo el silencio para evitar respirar aquel maldito aire que los asfixiaba. Sin embargo, uno de los desconocidos parecía tener dudas; dudas que Seutes, en el fondo de sí mismo, también compartía.

—Hidna, creo que es hora de concretar algunos detalles —manifestó el hombre con cierta molestia.

La mujer dejó sobre el suelo su capazo lleno de tierra. Las dudas eran capaces de destruir las voluntades más fuertes. Si bien no quería decidir tan temprano cómo iban a proceder, quizá fuera

peligroso dejar aquella decisión para última hora. Al fin y al cabo, si los guardias los apresaban, ¿quién lideraría la rebelión?

—Hay muchas cosas que aún tenemos que valorar —alegó, un tanto inquieta.

—Pues ahora es buen momento para hacerlo —propuso, tajante, el minero.

Hidna carraspeó. La picazón era insoportable.

—Vosotros conseguid armas con filo, como ya os dije —insistió ella, sin dar más información.

—¿Pero será de día o de noche? ¡No sabemos nada! —se enfadó el otro.

Oroles e Hidna intercambiaron miradas. Seutes se mantenía al margen, aunque atento a cada palabra.

—Escapar de día implicaría tener en nuestras manos las herramientas —explicó finalmente la mujer, sentándose en el duro suelo—. Picos, palas, alcotanas… Pero las máquinas de artillería nos harían trizas. Por no hablar de los guardias, que se darían cuenta enseguida.

—¿Y si los tomásemos como rehenes?

—Los dejarán morir antes que abrir las puertas —respondió ella, tosca.

—Tiene que ser de noche —se entrometió Seutes.

—De noche es más fácil. A oscuras, las máquinas de artillería son inútiles. —Hidna observó a los presentes. La escuchaban con atención, y las dudas parecían disiparse poco a poco—. Muchos guardias estarán dormidos. Si asestamos el golpe de forma rápida y contundente, las compuertas estarán abiertas antes de que se dé la voz de alarma. Con suerte, estaremos fuera antes del amanecer y de que el ejército romano salga en nuestra persecución.

—¿Y quién va a arriesgarse a terminar de cavar el túnel y abrir la compuerta? —preguntó uno de los desconocidos.

Oroles dejó de picar, se acercó y se señaló el pecho con el índice. Nadie más osó decir nada. Confiaban en la pericia del geta, tanto dentro como fuera de las minas. Si él encabezaba la fuga, muchos lo

seguirían. Hasta el fin del mundo. Y, entre ellos, se encontraba Seutes, que respiró aliviado al escuchar que su destino estaba en manos de su admirado capataz.

* * *

Laódice cogió el extremo de la toga y tiró para ajustarla. Una vez bien sujeta, Deceneo sonrió, aunque sin demasiada alegría.

—Mi amor, ¿qué te ocurre? —le preguntó ella con cariño.

El comerciante se acarició la prominente barriga y frunció el ceño. Era imposible ocultarle nada a su mujer.

—Silo… No estoy seguro de mi acuerdo con él. ¡Pero fue tan insistente! —Se golpeó la frente con la palma de la mano—. Todavía no entiendo cómo ese vulgar soldado me convenció.

—Bueno, ahora ya está hecho —comentó ella con dulzura—. Seguro que Myrmex y los demás dejan por las nubes el nombre de tu *ludus*.

—De «nuestro» *ludus* —apuntó su marido con una sonrisa.

Entonces, sorpresivamente, Critasiros entró en la alcoba. Chorretones de sudor descendían por su cabeza y su arrugado cuello.

—*Domine*, está todo listo —dijo mientras recuperaba el aliento.

—Gracias —asintió el comerciante.

El esclavo abandonó la estancia y Marco Helvio Deceneo besó a su mujer como hacía tiempo que no lo hacía. Laódice notaba los nervios que su esposo trataba de ocultar.

—Te irá bien, amor mío. Veras que sí —insistió ella con delicadeza.

Deceneo se encaminó hacia el atrio, donde lo esperaban Critasiros y Kinane. Al abrir las puertas, la luz del sol los cegó. Fuera los esperaban cinco escoltas con las monturas preparadas para el viaje hacia el *ludus*. Lucio Sergio Silo no tardaría en visitarlos con el

fin de firmar el contrato para los Ludi Apollinares.

* * *

Tras un rato de arduo trabajo, Oroles y Seutes treparon por el angosto túnel que los conectaba con su galería. Una vez arriba, se tomaron un descanso para recuperar el aliento. Después, recogieron las herramientas y caminaron por el ramal hasta detenerse en la bifurcación donde la lucerna iluminaba el rostro de la divinidad oscura en la roca. Entonces el geta extendió la mano en dirección a Seutes. El joven, extrañado, cogió lo que su compañero le ofrecía. Un duro y afilado hueso, largo, que al histriano le pareció parte de un fémur humano.

—¿De dónde…? —se inquietó.

Sin embargo, un ruido de pasos los alertó. Oroles le arrebató el hueso de las manos y se lo guardó de nuevo, y los dos se quedaron inmóviles. No tardó en pasar uno de sus compañeros. Cuando Seutes lo vio, hizo ademán de continuar con la conversación, pero el geta le tapó la boca con la mano.

—¿Qué pasa? —se molestó.

Oroles giró un poco la cabeza y entonces Seutes comprendió. No todos los que compartían su miserable condición compartían sus mismos objetivos. Había muchos que, a cambio de su libertad individual, estaban dispuestos a vender a los demás.

Oculto bajo las sombras, detenido en un recoveco del ramal aledaño, Comio escuchaba con atención. Algo tramaban aquellos dos, pero ¿por qué Seutes no le había contado nada? ¿Acaso no eran hermanos en aquel infierno?

* * *

Al atardecer dieron por finalizado el entrenamiento. El instructor se acercó a Clito cuando éste se secaba el sudor con un trapo.

—¿Pasa algo? —preguntó éste al percatarse de que Barbaricus lo examinaba.

—¿Tú qué pasa? —le espetó el instructor, que lo conocía a la perfección, aunque hablasen poco más allá de lo estrictamente necesario.

—Nada, ¿por qué? —respondió, incómodo, el gladiador.

—Mentira. —Y el roxolano se cruzó de brazos.

Clito sabía que cuando se ponía así permanecía inmóvil hasta conseguir lo que quería. Meditó un momento. Quizás era buena idea desfogarse, soltar amarras. Lo necesitaba. Y con Menoetius no podía sacar el tema, porque el chico se sentiría culpable.

—Verás… Creo que me emparejarán con Lascivus en los Ludi. —El instructor asintió, a la espera de que Clito prosiguiese—. Hasta ahora era la única persona que me había derrotado en combate. —El gladiador se acarició la fea cicatriz en forma de X dibujada con acero en su vientre—. Durante meses he creído que estoy preparado para vencer a Lascivus. Pero desde ayer tengo mis dudas. Si Menoetius es capaz de superarme, ¿cómo no va a hacerlo él?

El instructor reflexionó sus palabras antes de ofrecerle su punto de vista.

—Myrmex, tú campeón. ¿Por qué dudas? Controla emociones.

—¿Y si aún no soy lo suficientemente bueno?

Por primera vez en su vida, Barbaricus notó inseguridad en su gladiador.

—Sólo mala suerte. Y, chico, sabes tu parte débil porque tú entrenas él. Es normal —sentenció.

* * *

Oscurecía, y pronto empezarían las rondas de los guardias. Seutes ascendió por las zigzagueantes y arbitrarias callejuelas hasta llegar a su barraca. Abrió la puerta despacio, con suavidad. Al entrar, la tintineante luz de un candil iluminaba levemente la estancia. Buscó a Ateas, pero no había nadie. Así pues, echó a un lado la estera de esparto, empuñó el afilado hueso con fuerza y cavó en la dura tierra del suelo. Tenía que apresurarse. El viejo podía llegar en cualquier momento.

* * *

El anciano desmigajó los últimos trozos de pan. Observar cómo sus palomas comían con apetito lo hacía sentir en paz. Su compañía era lo más parecido a una familia en aquel inhumano lugar. Se cercioró de que las jaulas estaban bien cerradas. Hacía poco se le había escapado una paloma negra por su falta de supervisión. Una vez hecho todo, inició el descenso hacia la entrada a la barraca. Poco a poco, con cuidado de no resbalar. Era muy fácil romperse la cadera con una caída tonta.

La puerta estaba semiabierta. Escuchó un ruido extraño en el interior y se asomó con sigilo. Agazapado en el suelo, Seutes extendía a toda prisa la estera de esparto sobre la que habitualmente dormía. Ateas, con la mosca detrás de la oreja, decidió dar un paseo antes de entrar. Ya encontraría la oportunidad de descubrir lo que su joven amigo escondía con tanta celeridad.

* * *

Douras se ajustó la *kausía* y lanzó las tabas sobre la mesa. Cayó una de cada lado, y el hombre se puso de pie, entusiasmado. ¡La tirada de Afrodita! Sus compañeros de juego se llevaron las manos a la cabeza. Aquella tirada era una victoria automática.

En ese momento, irrumpió en el local un hombre con las manos ocultas entre harapos sanguinolentos. La gente se apartó a su paso, y éste, con la cara pálida y los ojos inyectados en sangre, buscó a su objetivo por la estancia.

—¿Quién es Douras? —balbuceó, dando tumbos por la sala.

Los parroquianos se miraron unos a otros sin osar a decir nada, hasta que el del gorro en la cabeza se adelantó.

—¿Quién me busca? —preguntó, no sin disimular cierta preocupación.

El desconocido se acercó a él y se puso de rodillas, abatido, al tiempo que comenzaba a sollozar, con los brazos extendidos hacia Douras. El agitador cogió por las extremidades al misterioso visitante y se percató de que bajo los harapos no había nada más que sangre y carne.

—Kávaros… —gimió el hombre entre babas y lágrimas.

El del gorro soltó los muñones sanguinolentos y apretó la mandíbula. Al parecer, aquel bastardo no había tenido suficiente escarmiento con el asesinato de sus dos hombres. El miedo todavía no había cambiado de bando. Y él no pensaba quedarse de brazos cruzados mientras Kávaros seguía con sus abusos. Ya habían aguantado demasiado.

XXVI
SECRETOS

«Quod licet ingratum est,
quod non licet acrius urit
(Lo que es lícito tiene poco sabor,
lo que está prohibido tiene más gusto)»,

Publio Ovidio Nasón, *Amores*, 2, 19, 3

De madrugada, un gimoteo despertó a Ateas. Asustado y con el corazón en un puño, descubrió que Seutes se agitaba, víctima de una terrible pesadilla.

En su sueño, el joven se encontraba frente a las cruces de donde pendían sus compañeros asesinados. Su instinto le pedía huir, pero era incapaz de moverse. Los cadáveres en descomposición mantenían abiertos sus blanquecinos ojos sin vida. Un atardecer, rojizo como la sangre, iluminaba con su color ardiente el horizonte. Y la muralla, infranqueable, se alzaba hasta las nubes.

De repente, uno de los cuerpos movió la cabeza hacia él. Un escalofrío le recorrió la espalda. A pesar del terror que lo incitaba a correr, estaba bloqueado. Los ojos del cadáver, de los que se desprendía una ligera y rugosa lámina de piel, lo atravesaron con la mirada. Y, al contemplar su rostro, Seutes descubrió que se trataba de su amigo Comio.

—¿Por qué me traicionas, hermano mío? —susurró el condenado con voz viperina.

El joven se despertó, agitado y empapado de sudor. Respiraba con brusquedad. Fuera de sí, miró a su alrededor. Poco a poco comprendió que se encontraba en la barraca y que sólo había sido una pesadilla. Y, entonces, se percató de que Ateas lo miraba preocupado desde su catre.

—¿Estás bien, pajarito? —murmuró en voz baja.

El chico, todavía angustiado, asintió con la cabeza. Aún necesitaba calmarse. El anciano, por su parte, arrugó los morros. Después, se volvió a acomodar e intentó dormirse, pero la inquietud y el malestar le rondaron por la cabeza durante un buen rato.

* * *

Al amanecer, Seutes recorrió el camino que lo llevaba hasta la casa de aperos. Como una procesión fúnebre, tanto él como el resto de los mineros pasaron en silencio frente a las cruces de donde aún pendían los cadáveres de sus compañeros. El llanto inconsolable de las viudas agitaba el ánimo y hundía a los prisioneros en la más absoluta miseria. Aquellas mujeres no se habían despegado de las malditas cruces desde que las habían erigido.

Los cuervos revoloteaban y graznaban por la zona. Con altanería, se posaban sobre lo alto de las estructuras de madera. Aquellos cuerpos ahora les pertenecían. Las mujeres agitaban los brazos para espantarlos, pero ellos ignoraban sus estúpidos movimientos.

Seutes sabía que, si levantaba la mirada, jamás olvidaría la terrible imagen de los cadáveres en descomposición. La pesadilla de aquella noche aún lo atormentaba. Así que, con la cabeza gacha, se obligó a acelerar el paso para alejarse lo más rápido posible.

* * *

Menoetius observó a Clito durante toda la mañana. Hacía dos días que no se habían dirigido la palabra, desde que el reciariolo ganara en combate. El muchacho estaba cansado tras varias noches en vela. La duda lo reconcomía por dentro. ¿Qué había hecho mal? ¿Por qué ahora el campeón lo ignoraba y hacía como si nada hubiese ocurrido entre ellos? Hasta ese momento, había preferido mantenerse al margen y no estresar al veterano gladiador. Quizás el estrés por la proximidad de los juegos en honor a Apolo lo angustiaba. Quizá no tenía tiempo para él porque se preparaba para el combate de su vida. Quizá se había dado cuenta de que lo suyo había sido un error.

Cuando el entrenamiento con Pugnax terminó, era la hora de comer. Su contendiente, que antaño le había hecho la vida imposible, ya no lo incordiaba. Aun así, Menoetius sabía que no lo veía como a un igual. Hasta que no se estrenase en la arena, no sería más que otro recluta.

Se dirigió hacia su mesa, cercana a la de los más veteranos. La misma en la que tiempo atrás había sufrido un conflicto con el gladiador. Ahora ya no mostraba inconveniente en que estuviese allí. Sin embargo, Menoetius tenía la ilusión de que algún día Clito y él lo invitarían a comer con ellos. Pero esa ilusión se desvaneció cuando comprobó que el campeón se sentaba con Pugnax sin siquiera mirarlo. Cualquier atisbo de amor parecía haberse desvanecido.

* * *

Con el rostro cubierto por un pañuelo para protegerse del polvo,

Seutes cargaba con su pesado y áspero capazo de esparto. Los dedos, llagados, le provocaban un terrible dolor. El aire silbaba entre los conductos de ventilación, pero aun así a su espalda logró distinguir el sonido de pasos. Alguien se aproximaba con premura. Al momento, la familiar figura de Oroles se dibujó entre las penumbras. El histriano esperó una señal de asentimiento por parte de su capataz, pero el geta negó con la cabeza.

—¿Por qué?

Con un movimiento con dos dedos, le explicó que no siempre debían bajar juntos. Seutes no tardó en ser consciente de que tenía razón. Aquello podía levantar sospechas. El joven asintió, y Oroles continuó hacia la bifurcación. Entonces cogió de nuevo el cesto de escombros, pero, al incorporarse, un terrible pinchazo en las lumbares lo doblegó. Decidió tomarse un breve descanso.

—¿Hoy no vas? —Una voz a su espalda le hizo dar un brinco.

Era Comio, que lo miraba desdeñoso. El muchacho enmudeció, lo que irritó aún más a su compañero.

—¿Te crees que soy imbécil? —preguntó el soldado, amenazador —. El geta y tú desaparecéis sin más cuando os da la gana.

—No sé de qué hablas.

—Por la galería inclinada, donde se supone que no hay nada — insistió Comio—. ¿Qué me ocultas, hermano?

Y sus palabras le impactaron. Se acordó de la pesadilla de esa noche. Y también de que Hidna le había exigido que no revelase sus intenciones a nadie. De hecho, había insistido expresamente en que no le comentase nada a él. Y, sin embargo, la culpa y el remordimiento lo reconcomían. ¿Acaso iban a dejarlo de lado durante la fuga? Si el plan era que todo el mundo escapase, ¿por qué ocultárselo a su mejor amigo?

Mientras Seutes reflexionaba en silencio, Comio se había cruzado de brazos. En el ejército, habría sonsacado información a sus enemigos con cualquier artimaña dolorosa. Pero frente a él tenía a un hermano, a la persona que más lo había apoyado en aquel infierno. Con él no podía usar los mismos métodos. Su única baza

era confiar en que la amistad sería lo suficientemente fuerte como para que, por voluntad propia, le contase la verdad.

—Yo… —dudó el histriano.

Apenado, Comio dedujo que quizás en aquel lugar no había sitio para la amistad. Que, tal vez, conceptos como la lealtad, la hermandad y la fidelidad eran inexistentes allí donde la condición humana quedaba reducida al polvo y los escombros.

Seutes, conmovido y cansado de salvaguardar un secreto que lo destruía por dentro, no lo soportó más.

—Vamos a intentar escapar… —confesó, casi en un susurro.

Comio tardó unos instantes en asimilar aquella información.

—¿Cómo? —preguntó, como para verificar que lo que había oído no era una alucinación.

Seutes tragó saliva y volvió a dudar.

—¡Ni una palabra a nadie!

Comio apretó la mandíbula con fuerza; su rostro empezaba a enrojecerse de ira.

—Hijo de puta… ¿Por qué no me lo habías contado? ¿Tan poco confías en mí? —espetó enfadado—. Si no os hubiera descubierto, no habrías abierto la boca.

—¡Baja la voz!

Las palabras recorrían los ramales de la mina. El soldado, cruzado de brazos, trató de comprender la situación.

—No tenía sentido contártelo hasta tener algo claro. Todavía no es seguro. —Agachó la cabeza, apesadumbrado—. Desde el día que lo sé, la culpa me corroe por dentro.

—¿Cómo y cuándo? —se apresuró a averiguar Comio.

—A través de un túnel que nos llevará al otro lado del muro. Desde allí abriremos las compuertas. Cuándo, no lo sé —explicó Seutes, con cierta inseguridad—. Sólo necesito saber si cuento contigo.

Comio respiró hondo y abrazó a su amigo con fuerza.

—Para que el plan tenga éxito habrá que levantar a la gente, a lo grande. No vale con hacerlo sólo de forma sutil. Hay que armar

ruido, y mucho —se envalentonó el soldado, de repente.

—Pero eso es imposible. En cuanto alguno asome la cabeza sobre las demás, la cortarán de cuajo. Hay que mantenerlo en secreto hasta el momento oportuno. Luego ya se verá cómo agitamos el avispero.

—¿Y una vez fuera? El ejército actuara, no te quepa duda. Algo muy gordo tendría que ocurrir para que se cruzasen de brazos. Aunque de eso… Tal vez de eso podría ocuparme yo —imaginó el soldado, pensativo.

Seutes, que temía haber revelado ya demasiada información, cogió por los hombros a su amigo.

—Hazte un arma con madera, piedra, hueso o lo que encuentres. Y por nada del mundo se lo cuentes a nadie —concluyó, preocupado por si acababa de cometer el mayor error de su vida.

* * *

En el descanso de la tarde, Menoetius esperó a que Clito se encaminara hacia su cubículo. Lo atormentaba continuar de esa manera, así que lo siguió sin pensárselo. Necesitaba respuestas, aunque supiese de antemano que le destrozarían el corazón.

El gladiador no tardó en darse cuenta de que el reciario iba tras él. Molesto, le lanzó una mirada fulminante. Sin embargo, el joven se armó de valor. No iba a huir.

—¿He hecho algo malo? —preguntó, angustiado.

—Baja la voz, niño —le exigió Clito, al tiempo que comprobaba que nadie los escuchaba.

—¿Por qué? —inquirió el otro. Estaba acostumbrado a que Pugnax lo llamase «niño», pero en aquella ocasión le parecía un apelativo que lo distanciaba de su amado instructor.

—Porque podrían oírnos —murmuró el campeón.

—¿Y qué?

—¿Eres tonto o qué pasa? —rebufó con desdén—. Nos descubrirán si no eres discreto.

—¿Eso es lo que más te importa? —se lamentó Menoetius.

Clito se aproximó a él y lo cogió con firmeza por los hombros.

—Escúchame bien. Hay muchos motivos para ser considerado una rata dentro del *ludus*. Ser *tunicati* es uno de ellos. Aquí dentro, la reputación lo es todo, y tú lo sabes.

«Así que es eso», pensó Menoetius, más tranquilo. El campeón de la casa Helvia, el orgullo de Deceneo, no añadió nada más. Sin embargo, el latido de su corazón se aceleró al recordar cada uno de los besos compartidos. Desde que había ingresado en el *ludus*, era lo más mágico que le había ocurrido. Sentir el cuerpo de Menoetius junto al suyo era igual de gratificante y de hermoso que una victoria en la arena. La misma sensación que cuando el *summa rudis* lo declaraba vencedor ante el júbilo de un público que lo adoraba.

—Entonces, ¿no estás enfadado por nuestro último combate? —El joven se quedó dubitativo por haberse atrevido a soltar tal cosa.

—¿Enfadado? —se asombró Clito—. No, estoy orgulloso de ti. —Y le acarició la mejilla con suavidad.

El *primus palus* contempló aquellos tiernos ojos almendrados, capaces de calmar a las bestias más feroces. Después, lo besó en la frente, y Menoetius lo abrazó, pero el veterano gladiador no tardó en retirarse.

—No deben vemos juntos. No de este modo. La fama como *tunicati* podría interponerse en nuestra participación en los próximos juegos —dijo, taxativo.

Clito lo quería, pero su amor debía permanecer oculto. El joven de castaña cabellera se sintió extraño. ¿Era eso lo que él también deseaba?

* * *

La soledad era el peor castigo para Audata. La casa, vacía y sombría, se le antojaba una prisión. El polvo y la suciedad se acumulaban en el suelo y en los muebles. Las hormigas, en fila, correteaban de aquí para allá, buscando las migas de pan esparcidas por doquier. Hacía tiempo que no se encendía la lumbre, y las vetustas cenizas parecían estar sedimentándose, como si fuesen parte de la estructura natural del hogar. En el rincón, el telar, del que todavía pendían hilos de lana. Antaño lo había usado con ilusión para tejer la ropa de su marido y sus hijos. La mujer acarició las delgadas y suaves hebras; cuando las colocó, jamás habría imaginado que nunca llegaría a usarlas.

Con paso lento, entró en el dormitorio y se sentó en el suelo, sin fuerzas. Una solitaria manta sobre una estera ocupaba el centro de la estancia. En una esquina se apilaban, dobladas, las que solían usar para dormir Akornion, Kinane y Seutes. Sobrela manta de la hija aún estaba su peine. Desde pequeña había sido el mismo, hecho de hueso y blanquecino como la leche. Cerró los ojos e imaginó que, una vez más, Kinane se acuclillaba a su espalda y la peinaba con delicadeza. Quería creer que la esclava de la casa Helvia le había dicho la verdad. Que Kinane se encontraba sana y salva. Y también quería creer que Laódice y ella disfrutaban juntas mientras ella la peinaba con ilusión. Pero algo en su interior, tal vez el instinto maternal, le indicaba que todo aquello eran fantasías y que su hija era tratada de manera miserable.

Su mente voló al pasado, al nacimiento de sus dos hijos. Seutes, como varón, había sido deseado por su padre, que lo recibió como un presente divino. Sin embargo, la niña suponía una carga para él, tanto que incluso propuso abandonarla. Audata lo convenció de que ambos eran un regalo de los dioses. Como los gemelos Rómulo y Remo, su nacimiento simbolizaba un mundo de posibilidades. Por suerte, su marido terminó por escucharla.

Fueron años de dificultades económicas y adversidades, pero las afrontaron y criaron lo mejor posible a sus vástagos. Ahora, de todo aquello, lo único que le quedaba a Audata eran los recuerdos. De

ellos se nutría, pues la realidad era cruda y cruel.

Aquel lugar ya no era su hogar. Ya no tenía nada. Nada, salvo una cosa. Su mirada se fijó en el objeto punzante y negro que descansaba sobre la manta doblada de su marido. Un clavo enorme de plomo, maldito por las divinidades oscuras. Allí residía su última esperanza, su última ilusión. La de la venganza.

XXVII
BRASAS

«Oculum pro oculo el dentem pro dente
(Ojo por ojo y diente por diente)»,
Éxodo, 21,24

En cuanto fue llamado al vestíbulo, Clito sospechó las intenciones del *dominus*. A pesar de vivir en el *ludus*, los gladiadores tenían prohibido entrar en la *domus* sin el permiso expreso de su amo. Esto casi nunca ocurría, y llegado el caso siempre era por un propósito concreto; la mayoría de las veces informar sobre los combates pactados relevantes para la escuela.

Inquieto, esperó a que Critasiros le diese alguna indicación. Mientras tanto, se entretuvo curioseando los frescos de las paredes. En ellos se representaba una escena de caza en la que participaban un hombre y una mujer que perseguían a un enorme jabalí. Al fin, un casi imperceptible movimiento de su dedo índice lo invitó a seguirlo por las escaleras hacia el piso superior, hasta llegar al *tablinum*, donde Marco Helvio Deceneo lo esperaba de pie, apoyado en la barandilla del balcón que daba al patio donde habitualmente entrenaban.

—Myrmex, ponte cómodo —le sonrió, y señaló un taburete frente a la mesa, iluminado por un par de lucernas.

El gladiador se sentó, paciente. Con mucha calma, Deneceo tomó asiento al otro lado del escritorio, donde colocó sus gruesas manos repletas de anillos dorados, y miró al hombretón a los ojos. Éste se achantó. Mientras tanto, el administrador se había retirado de manera tan sigilosa que ni se habían dado cuenta.

—El otro día me reuní con Lucio Sergio Silo, el magistrado que organiza este año los Ludi Apollinares, y hablamos sobre los posibles emparejamientos de esta edición. Eso sí, todavía no hemos firmado el contrato… —Aproximó el rostro al de Clito y le preguntó con interés—: Dime, ¿con quién combatirías si tomaras tú esa decisión?

El orgullo de la casa Helvia bajó la cabeza. No estaba acostumbrado a tratar de manera tan directa con su *dominus* ni mucho menos a compartir su opinión.

—Yo… Sólo soy un esclavo, no sé darte una buena respuesta, *domine* —dudó, con un hilo de voz.

Deceneo se puso de pie con brusquedad y sonrió.

—Buena, mala, ¡qué más da! Dame una respuesta, Myrmex. ¿Con quién te gustaría pelear? —insistió.

Clito respiró hondo y se acarició el vientre. Aquella cicatriz en forma de X le recordaba cada día su única derrota.

—Contra Lascivus, *domine* —sentenció, parco en palabras.

Deneceo se relamió el labio superior y, sintiéndose algo más tranquilo, se sentó de nuevo. Las dudas sobre su acuerdo con Silo se disipaban. Al fin y al cabo, Myrmex también deseaba enfrentarse contra su peor enemigo.

—Bien, como me suponía… Llevas un año de duro entrenamiento y sé de sobra que tu objetivo es vencer a Lascivus. Por ese motivo he pactado con Silo un combate entre vosotros, y será el colofón de los Ludi. La región entera está pendiente de que anunciemos vuestro emparejamiento —añadió el comerciante con simulado orgullo.

Un escalofrío recorrió la espalda del veterano gladiador. Apoyó las manos sobre los muslos para detener el ligero temblor que se había apoderado de sus piernas.

—¿Y bien? No te quedes callado, dime qué piensas —le pidió

Deceneo, algo más serio. Aún no le había comunicado la peor de las noticias.

—Será un honor defender el nombre del *ludus* Helvio en los Ludi Apollinares, *domine* —respondió el esclavo sin demasiado entusiasmo. Una gota de sudor resbaló por su frente y se posó sobre una de sus cejas.

—Este año hay una novedad, Myrmex. —El lanista entrecruzó los dedos de ambas manos—. En esta ocasión, tendrás la oportunidad de enviar a ese maldito Lascivus a cruzar el lago Estigia.

Clito se pasó el dorso de la mano por la frente para secarse el sudor y tragó saliva.

—¿Te encuentras bien? —le preguntó Marco Helvio Deceneo con preocupación—. No te veo contento.

El gladiador tardó unos instantes en responder, pero sonó convincente:

—*Domine*, no me van a temblar las manos si mi destino es visitar a Plutón. Un gladiador no teme a la muerte, un gladiador la abraza.

Al oírlo, el lanista, seguro de sí mismo, se puso en pie y colocó el índice sobre la sudorosa frente de Myrmex, el *provocator*.

—No eres tú quien tiene que asumir su prematura muerte, sino Lascivus —sentenció con altanería.

* * *

A medianoche, Clito entró con sigilo en el cubículo de Menoetius y se quedó quieto, en silencio, bajo la tenue y anaranjada luz de la lucerna, que tintineaba. Por un momento, dudó de si su amante lo aceptaría. Éste, sin decir nada, lo asió por las muñecas y tiró con delicadeza para llevarlo a la cama.

Con dulzura, el reciario acarició los rudos y marcados pómulos del campeón de la casa Helvia. Sus rostros se acercaron lentamente, sus bocas se entreabrieron. Menoetius sintió la calidez de su

espiración en los labios y comenzó a temblar, ardiente, como siempre le sucedía. Pero, cuando pensó que venía lo mejor y cerró los ojos para disfrutar del instante, Clito se detuvo.

—¿Qué pasa, amor? —se atrevió a decir con cariño antes de sonrojarse.

El *provocator* se giró y se colocó boca arriba, con la mirada perdida hacia el techo. Menoetius, con cierto temor, acercó su mano hasta el vientre de Clito y le acarició con suavidad la cicatriz. El cuerpo del curtido gladiador se estremeció, desconcertado por aquel gesto.

—Vengo… —carraspeó, tratando de disimular los nervios—. Vengo de hablar con el *dominus*.

El joven fijó su mirada en aquel hombre al que tanto admiraba. Jamás había imaginado que vería en sus ojos ningún atisbo de dudas, pero se había equivocado.

—Los Ludi Apollinares —soltó, para proseguir la conversación.

—Me van a emparejar con Lascivus —respondió Clito, serio.

—¡Pero eso es magnífico! —se alegró Menoetius—. Al fin tendrás la revancha que mereces.

Pero el entusiasmo se esfumó con rapidez cuando el reciario comprobó que Clito no se inmutaba.

—¿Qué ocurre? —preguntó rápidamente, preocupado.

El gladiador se tomó un momento antes de responder. Acarició con ternura las mejillas de su compañero.

—Menoetius… El combate se ha pactado a muerte.

El aspirante a reciario palideció.

—Pero… Pero eso no significa que tenga que ser a muerte obligatoriamente, ¿verdad? Sólo que existe la posibilidad de que el público decida si eso pasa o no.

—Lascivus puede matarme antes de que el público me conceda la *missio*.

—¡Eso no va a pasar! —Tomó a Clito por las mejillas y lo acercó hacia sí—. Vas a vencer, Myrmex. Tu destino es aplastarlo. Llevas un año preparándote para este momento. Eres el mejor gladiador de la

región. ¿Desde cuándo te da miedo? —trató de motivarlo.

—Desde que tengo algo que perder aparte de mi vida —confesó con los ojos cristalinos—. La muerte en la arena es la más digna de todas. Si tengo que encontrarme con el barquero Caronte, no me negaré a aceptar mi destino. Lo único que me atormenta si abandono esta vida es no disfrutarla a tu lado.

* * *

—¡Coge la brea! —ordenó Douras a uno de sus compañeros.

Éste, de pelo largo y castaño, llenaba en cuclillas un cuenco de candentes brasas. Al igual que su hermano, portaba sobre la cabeza una *kausía*. El ambiente estaba caldeado, y todos iban de aquí para allá presos de la agitación. Un par de hombres empuñaban afilados y mortíferos cuchillos. El agitador, que portaba su típico gorro macedonio, se subió a la mesa para llamar su atención.

—Thrax, Ptolomeo, vosotros encargaos de los porteros. Sed rápidos y silenciosos. Zopirión —se volvió hacia el tuerto, que cargaba con un recipiente con un líquido negruzco y espeso—, cuando ellos cumplan su parte, lanza la brea sobre el portón. Memnón —se acercó hacia el que tenía más cerca, también cubierto con una *kausía*—, hermano, tú te encargas de las brasas. Échalas sobre la brea. —Entonces, levantó la vista y se dirigió al resto—. Los demás nos quedaremos en la retaguardia, por si acaso. ¿Alguna duda?

Zopirión, el hombre de pelo negro, robusto y al que le faltaba un ojo, tradujo las instrucciones al tracio. El montañés se mostró preocupado y pronunció algo en su lengua ininteligible, a lo que el tuerto asintió con la cabeza.

—Douras —lo llamó el intérprete.

El líder del grupo se volvió hacia su fiel compañero.

—¿Qué pasa?

—Thrax dice que el plan le parece peligroso. Su hija Thalia está cautiva en El horno de Afrodita.

El hombre se fijó en el tracio de pelo enmarañado y dientes picados, que en ese momento lo miraba con el ceño fruncido. Posó la mano sobre el hombro del montañés.

—Dile que todo saldrá bien —le dijo a Zopirión—. El fuego es sólo para asustar a Kávaros y que evacúe el lupanar. Será una buena oportunidad para rescatar a su hija.

Tras la traducción, el tracio asintió, aunque fue incapaz de disimular su inquietud.

* * *

Una quincena de hombres armados atravesaba las calles de Histria con absoluto sigilo. La ciudad, en completa calma, era desconocedora de cuanto iba a ocurrir. En determinado momento, penetraron en un callejón sin salida. Dos de ellos, uno de enorme tamaño y el otro pequeño pero ágil y escurridizo, se separaron del grupo en dirección a El horno de Afrodita. El resto se quedó a la espera, en silencio.

No habían elegido aquella noche por casualidad, sino que sabían de antemano que el lupanar, justo ese día, estaba cerrado al público. Sólo dos corpulentos matones hacían guardia en la entrada. Enfrascados en sus asuntos, conversaban sin prestar demasiada atención a su alrededor.

—¿Te has enterado de que Bacilis se ha confesado a Selene? —se mofó uno.

—¿Cuál Selene? ¿La tuerta? —Y el otro colocó los brazos en jarra mientras mostraba una sonrisa burlona en el rostro.

—Sí, la tuerta —y el primero soltó una carcajada.

—A Selene le falta un ojo, pero a Bacilis le deben faltar los dos…

Antes de terminar la frase, sintió un terrible pinchazo en la nuca.

—¡Qué cojones! —se sobresaltó su compañero al ver que la punta de un cuchillo atravesaba el pescuezo de su compañero. Antes de poder reaccionar, alguien de su misma estatura le tapó la boca por la espalda y pasó un frío y afilado puñal por su garganta. Deseó gritar, pero sólo pudo taparse con las manos la herida del cuello unos instantes antes de desplomarse.

Ptolomeo, el más corpulento, trató de forzar el portón mientras Thrax intentaba abrir la única ventana adyacente. Todo cerrado a cal y canto. Memnón, el hermano de Douras, se ajustó la *kausía* y corrió junto a Zopirión hasta la entrada del lupanar. El primero arrojó la brea contra la puerta con tanta prisa que se salpicó entero. El segundo vació con celeridad el recipiente lleno de brasas sobre el líquido inflamable, que prendió con una llamarada.

—¡Vámonos! —exclamó Memnón.

Sopló una ráfaga de aire, y la *kausía* le voló de la cabeza y cayó al suelo. Memnón hizo ademán de retroceder para recuperar el gorro, pero Zopirión tiró de él con fuerza para proseguir con la huida. Thrax no tuvo más remedio que seguirlos, rezando porque todo saliese tal y como estaba planeado. Sabía que su hija estaba dentro, y sólo pensaba en recuperarla.

* * *

Un intenso olor despertó repentinamente a Kávaros. Se puso de pie de un salto, con tal brío que la prostituta que yacía a su lado cayó al suelo.

—¡Qué coño te pasa! —le espetó, enfadada.

Pero el propietario del lupanar no perdió el tiempo y, desnudo como estaba, corrió hacia el piso inferior. El torques plateado de su cuello se balanceaba a cada escalón. Al llegar abajo, soltó un bufido. La estancia se estaba llenando de humo y la puerta principal ardía en llamas.

—¡Fuego, fuego! —gritó fuera de sí.

Presa del pánico, echó un rápido vistazo a su alrededor en busca de algo que le fuera de ayuda. En una esquina, vio una enorme ánfora de vino. Fue hacia ella, pero era demasiado pesada. Fortuna, que sonríe a los audaces, hizo que en ese momento apareciera Bacilis, su mano derecha, que vivía en el prostíbulo junto al resto de las chicas.

—¡Ayúdame, joder! —le ordenó Kávaros, angustiado.

Bacilis tosió con brusquedad. La humareda cada vez era más densa y algunas de las paredes ya se ennegrecían.

—A la de tres —Kávaros movió la cabeza para que, al tiempo, movieran el ánfora—. Una, dos, ¡tres!

La cerámica chocó contra el suelo y se hizo añicos. Algunos fragmentos volaron por los aires, y uno de ellos le hizo un corte en la pierna a Bacilis. Cuando el líquido empapó la puerta, se produjo un fogonazo, y ambos retrocedieron asustados. Luego, el fuego perdió fuerza y fue entonces cuando varias prostitutas, entre tosidos, lanzaron contra la puerta telas y cortinas empapadas en agua que, poco a poco, extinguieron las destructivas llamas.

Kávaros la emprendió a patadas contra el maltrecho portón, que no tardó en desplomarse. Iba aún desnudo, y las brasas le quemaron las plantas de los pies, pero estaba tan enfurecido que no sintió ningún dolor. Con la boca llena de babas, la respiración agitada y el rostro tiznado por el humo, planeaba la venganza contra los responsables de aquel ataque. Algunos vecinos, alarmados por el ruido, se asomaron a las ventanas de sus casas. Otros, más curiosos, se atrevieron a bajar a la calle.

—¡Hijos de puta! —imprecó al aire con rabia.

Y, entonces, a lo lejos algo llamó su atención. Sin importarle que los vecinos lo viesen en cueros, caminó a zancadas hasta lo que parecía ser un gorro blanco de alas anchas, tradicional de Macedonia.

—¡Te mataré, Douras! ¡Te juro que te encontraré y te mataré con mis propias manos!

* * *

Thrax empuñó con fuerza el mortífero cuchillo e hizo ademán de correr hacia el lupanar ahora que la puerta había caído. Sin embargo, Douras lo tomó por el hombro para detenerlo. Los demás, indecisos y a la espera de recibir la orden oportuna, no se movieron. Douras les pidió silencio, y no tardaron en escuchar el barullo de la guardia urbana dirigiéndose hacia El horno de Afrodita. Asomado a una esquina, Douras contó el número de *vigiles* apostados en la zona. Eran más de una veintena y estaban mejor armados que ellos.

—No podemos arriesgarnos —murmuró al tracio con pesadumbre —. Son demasiados guardias. Pero te prometo que rescataremos a tu hija Thalia de las garras de ese cabrón.

Sin necesidad de que Zopirión tradujera nada, el montañés, lleno de rabia, se mordió el labio inferior y tomó rumbo hacia su guarida sin esperar al resto del grupo.

* * *

Menoetius se levantó con sigilo del sudado camastro. Debía despertar a Clito antes del amanecer. Ese era su acuerdo con el guardia si querían continuar con sus encuentros furtivos. El gladiador roncaba plácidamente, y al joven le apenaba tener que separarse de su lado. Estudió la cicatriz en forma de aspa dibujada en su vientre. Después, observó su rostro, su pecho, sus brazos, su cadera y sus piernas. Musculoso, implacable. Le era imposible quitarse de la cabeza la sensación de placer que le producía morderle los labios y disfrutar de su cuerpo. El sabor salado de su piel y el aroma inconfundible del sudor mezclado con la arena. Sin embargo, ahora

lo angustiaba el ignorar cuánto tiempo duraría ese sueño, cuándo las Moiras decidirían cortar el hilo de su vida mortal.

La confirmación de que Lascivus sería su rival durante los Ludi Apollinares lo aterraba, pero él no era quien para privarle a Clito de su anhelada venganza. Al fin y al cabo, era un campeón, afamado y orgulloso. Él mismo se lo había dejado claro. Estaba preparado para combatir. Estaba dispuesto a morir, si ése era su destino. Y él, por su parte, debía aceptar su decisión.

Menoetius se apartó un mechón de pelo del rostro y anheló que algún día Clito lo admirase de la misma forma. El único modo de conseguirlo era convertirse, él también, en un campeón del *ludus* Helvio. Aunque ello supusiese morir en combate.

XXVIII
SUEÑOS

«Esse in mentibus hominum tamquam oraclum aliquod,
ex quo futura praesentiant
(Existe en la mente de los hombres una especie de oráculo
mediante el cual pueden intuir el futuro)»,

Marco Tulio Cicerón, *De Divinatione, 2*, 48, 100

Myrmex contemplaba el cielo azulado. Trataba de incorporarse, pero las piernas le fallaban. Notaba la arena en su espalda y el calor abrasador del sol sobre su piel. Su pecho se hinchaba y deshinchaba con frenesí.

Lascivus, de imponente estatura y armado con su terrible espada y su infranqueable escudo, se acercó lentamente. La muchedumbre acalló los vítores y aclamaciones frente a lo que temían que iba a suceder. Al llegar junto a Myrmex, se quitó el casco, y su calva, mojada por el sudor, resplandeció. Sus ojos, penetrantes y de un color verde claro, lo atravesaron con la mirada. Sin embargo, Lascivus no mostraba ni un ápice de emoción. En su mandíbula prieta no había rastro de duda. Venía a cumplir su objetivo. Empuñó el *gladius* y, con la brutalidad propia de una bestia, lo hundió en el negro vientre de su oponente. Myrmex se agitó al sentir en sus entrañas el contraste entre el frío y el calor, entre la gelidez de

Tánatos y la calidez de la sangre que brotaba de forma abrupta por la herida.

Clito se despertó sobresaltado. El sudor le empapaba la frente y el pecho. La respiración, frenética, le era difícil de controlar. Se llevó las manos temblorosas al vientre para acariciarse con las yemas de los dedos la cicatriz que le había regalado Lascivus en su último combate. Sentía que le latía con fuerza, como si allí estuviese el corazón.

Echó un vistazo a su alrededor. Estaba en su cubículo, completamente solo. Se tomó un momento para recuperar el aliento. Después, sediento, se incorporó, cogió un vaso de barro y bebió con ansia. Gracias a Fortuna, aquello no había sido más que una terrible pesadilla.

* * *

Distraída, la *serva* tiró sin querer más de lo debido y el peine arrancó un par de pelos.

—¡Ay! —se quejó Laódice, poniéndose en pie de un salto.

Dinamia retrocedió. Su ama odiaba los tirones, y lo normal era que la abofeteara. Sin embargo, le pareció que su respiración, agitada al principio, se calmaba poco a poco.

—Lo siento, *domina* —se atrevió a decir.

La mujer bufó y negó con la cabeza. Sin decir nada, colocó los brazos en jarra y dio un par de pasos por la estancia, mientras se acariciaba la comisura de los labios con los dedos, pensativa. Luego, suspiró. A Dinamia aquel silencio le pareció eterno. Pero la *ancilla* ignoraba las dudas que atormentaban a su ama.

—Ve a casa de Sergio Silo —habló la *domina* al fin— y habla con su mujer. Quiero que le propongas que vayamos juntas al *ludus* cuando su marido vaya a firmar el contrato con mi esposo. Convéncela de que la visita será entretenida.

—Sí, *domina* —afirmó, sumisa, entendiendo al momento sus intenciones.

Laódice la tomó por la barbilla y la miró directamente a los ojos:

—Pero vete ya mismo —le ordenó.

Dinamia dejó el peine dorado de estilo escita sobre el tocador y abandonó la habitación. Una vez sola, Laódice se mordió las uñas, nerviosa. En la villa se encontraba su marido junto a la perra de Kinane. No podía saber si aquella rata aprovecharía la situación para seducir a su esposo de nuevo. No obstante, no podía presentarse allí de manera repentina, pues entonces delataría sus celos y Deceneo se enfadaría. No, lo había meditado bien. La mejor opción era presentarse con una buena excusa.

* * *

Ateas desmigajó los últimos trozos de pan duro. Las palomas picotearon los diminutos restos de comida y zurearon con entusiasmo. Sin embargo, el anciano no se sentía tranquilo. Lo que su joven compañero de choza ocultaba bajo la estera de esparto enturbiaba sus pensamientos.

Era mediodía, hora en la que nadie lo importunaría. Una vez se cercioró de que las jaulas estaban bien cerradas, bajó con cautela y, en cuanto entró en la barraca, puso el cerrojo y comprobó que era imposible abrir la puerta. Sólo entonces se quedó mirando, dubitativo, la estera de Seutes. Quizá se preocupaba demasiado. Quizás había encontrado una moneda o una piedra preciosa, cualquier cosa que el muchacho no quería que le robasen. ¿Debía realmente meterse en asuntos que no le incumbían? ¿No implicaba eso traicionar su confianza? Pero, por otro lado, estaba en su casa. ¿No era Seutes quien traicionaba su confianza al ocultar cosas que podrían ponerlo a él en peligro? ¿Qué era lo que escondía con tanto empeño?

Despacio, se acuclilló, y sus rodillas chasquearon. «La vejez es inexorable», pensó. Cogió la áspera estera y la apartó a un lado. En un punto determinado, la tierra estaba removida, y Ateas se puso a cavar allí sin demasiada dificultad, hasta que desenterró un objeto alargado de color blanquecino. Extrañado, se quedó contemplando lo que claramente era un duro y afilado hueso. No tardó en entender que había sido tallado para usarse como un arma, y Ateas soltó un bufido. Sólo había un motivo para esconder un objeto como aquél: el de usarlo en un futuro. La pesadumbre lo invadió, aunque no supo identificar si por tristeza, decepción o ambas cosas a la vez. Sin duda, Seutes tramaba algo. Algo peligroso.

Con las manos temblorosas, se escondió el afilado hueso entre las ropas. No conocía las intenciones de su joven amigo, pero ocultar esa arma en su casa los ponía en riesgo a los dos. Decidido, tapó de nuevo el agujero y lo cubrió con la estera. Después, abrió la puerta de la barraca. Se desharía de aquel maldito hueso antes de que fuese demasiado tarde.

* * *

Clito dirigió un golpe en horizontal con el borde de su escudo contra Barbaricus, que se cubrió con el suyo con rapidez. El choque de la madera sonó fuerte, pero ambos contendientes sabían que aquello no era más que una caricia.

El *doctor* se mantuvo firme, y Myrmex comenzó a dar rodeos a su alrededor en busca de un punto débil en su guardia. Al poco, el campeón repitió la misma operación con el escudo para achantar al roxolano. Entonces, este último apoyó con fuerza su *scutum* sobre el umbo de su oponente, dejándole el cuello al descubierto. Sin tiempo que perder, dio una zancada para apuñalarlo, pero Myrmex retrocedió para ganar terreno y evitar que lo alcanzase.

El instructor roxolano, que ahora era quien mostraba más

iniciativa, aspiró a abrir la guardia de su oponente golpeando con su escudo de forma horizontal. Sin embargo, Myrmex previo sus intenciones y agachó el *scutum*, lo colocó debajo del de su rival y luego lo levantó, quedando ambos con la guardia abierta. El movimiento pilló desprevenido al instructor, que no vio venir la estocada de Clito a tiempo. Dentro de su casco, el orgullo del *ludus* Helvio sonrió.

Se separaron unos instantes para tomar aliento antes de iniciar otra ronda. El calor era sofocante, pero cada momento desaprovechado era un tormento para Myrmex. Los Ludi Apollinares se celebrarían en un par de semanas. No había tiempo que perder.

—*Pugnate!* —exclamó Barbaricus.

Con entusiasmo, el roxolano se acercó a Clito y lo golpeó con el borde del escudo. Éste, que no esperaba un ataque tan repentino, se protegió levantando el *scutum*. Sin embargo, Barbaricus no se detuvo y aprovechó para dar un paso a un lado y alcanzarlo en el cuello con su *gladius*.

El de piel negra, sobrepasado, levantó su escudo para protegerse y retrocedió.

Clito, que era mucho más voluminoso y fuerte que su instructor, retrocedió y, levantando el escudo, golpeó con él de manera frontal. El impacto fue tan fuerte que el roxolano perdió el equilibrio por un momento. Myrmex suspiró. Debía centrarse, debía calmarse. Estaba atacando a lo loco. Era su contrincante quien llevaba el ritmo del combate, y tenía que cambiar eso cuanto antes para vencer.

Los escudos chocaron de nuevo, con un ruido ensordecedor. El *gladius* del gladiador llegó por fin a estocar contra el casco del roxolano, que soportó el impacto mientras la espada se deslizaba por su ovalado yelmo. Un nuevo golpe del *scutum* de Clito contra el de su contrincante, y casi lo hizo caer. Entrechocaron los escudos, trataron de apuñalarse, sin éxito. El sudor les entraba en los ojos. El corazón les palpitaba con frenesí. Jadeaban. Pero ninguno de los dos deseaba detener la pelea.

Clito trató de concentrarse en los movimientos de su oponente,

anticiparse a ellos. Respiró hondo e imaginó que Lascivus, su eterno rival, se encontraba frente a él. Entonces, estalló en una ira contenida durante muchos meses. Era todo o nada. Colocó el escudo de manera horizontal y se abalanzó contra su instructor, que retrocedió con rapidez. El hombro le dio un tirón, sintió un doloroso pinchazo, pero no cejó. Se adelantó con una zancada. Con el pomo de su *gladius* enganchó el borde superior del escudo rival y le abrió la guardia. Antes de que Barbaricus pudiese reaccionar, el gladiador le propinó un duro cabezazo en el casco. El roxolano se tambaleó con violencia, y Clito, sin pensárselo, lo pateó con fuerza en el pecho. Aturdido, Barbaricus perdió el equilibrio y cayó al suelo, derrotado.

El vencedor, exhausto, se quedó de pie sin inmutarse. Su prioridad era recuperar el aliento. Entre el calor, el sudor y el agobiante casco le invadía una horrible sensación de asfixia, pero estaba demasiado cansado para quitarse el yelmo. Menoetius y Pugnax, atentos al combate desde hacía rato, como el resto de sus compañeros, corrieron hacia ellos para auxiliarlos. El reciario liberó la cabeza de su amado con delicadeza, mientras que Pugnax socorrió a su instructor, todavía atarantado a causa de la brutalidad de su oponente.

Clito se apoyó sobre los hombros de Menoetius, que a su lado parecía pequeño y delgado. Al sentir el sudor del gladiador en su propia piel y su bronca respiración tan cercana mientras éste trataba de recuperar el aliento, el joven notó mariposas en el estómago. Hasta su olor corporal se le antojaba dulzón.

—El hombro… —murmuró entonces Myrmex, magullado.

—¿Cómo? —preguntó Menoetius, sin entenderlo bien.

—El hombro… Me duele… —insistió Clito, que expresó una mueca de dolor.

Apoyado en Menoetius, Clito se arrastró hasta el barracón del *medicus*. A unos pasos de distancia, Pugnax hacía lo mismo con el pobre Barbaricus, al que ya se le insinuaba un prominente chichón en la frente.

* * *

Dinamia aporreó la puerta con energía. El atriense no se hizo esperar, y el ventanuco del portón se abrió instantes después. Cuando el hombre reconoció a la esclava de nariz aguileña y cejas finas, despasó el cerrojo y la dejó entrar. La *serva* se sintió pequeña al pasar por su lado y agradeció no ser una visitante. Lo había visto más de una vez abrirle la cabeza a algún molesto desconocido con el bastón que colgaba de su cintura.

El contraste de temperatura entre la calle y la casa fue inmediato. Fuera, el calor era asfixiante, pero allí dentro corría una suave brisa que transportaba un refrescante olor a rosas. Dinamia se detuvo un momento para contemplar el familiar mosaico que representaba las cuatro estaciones en forma de cuatro mujeres. Le gustaba especialmente la del verano, con una hoz y una corona de espigas sobre la cabeza. Pero pronto se encaminó hacia la cocina, para beber un vaso de agua, y después aceleró el paso hasta llegar a la alcoba de su *domina*, donde ésta descansaba recostada sobre la cama. Laódice se incorporó de inmediato:

—¡Dinamia! —se alegró al verla—. Cuéntame, venga, ¿qué te ha dicho Marcia?

—*Domina*, menos mal que me has enviado con presteza. La señora Marcia dice que no tenía previsto acompañar a su marido al *ludus*, ya que los negocios son cosa de hombres. Pero ha cambiado de opinión. Nunca ha visitado una escuela de gladiadores y le entusiasma la idea —sonrió, complaciente.

—¿Y cuándo irá Silo a cerrar el trato? —quiso saber la mujer, impaciente.

—Mañana, *domina*.

—¿Mañana? —Laódice se llevó las manos a la cabeza—. ¡Entonces no tenemos tiempo que perder! ¡Prepara mi ropa y mi

maquillaje!

* * *

Cuando el *medicas* le palpó el hombro, Clito refunfuñó. Después, le movió el brazo en distintas direcciones. Por sus muecas de dolor, el sanitario supo enseguida lo que le ocurría. Cerca, al otro lado, Barbaricus tomaba a sorbos un vaso de agua y poco a poco recuperaba la vitalidad. Menoetius y Pugnax escuchaban atentos la conversación entre su ídolo y amigo y el médico.

—Reposo durante un mes. Tienes el tendón del músculo inflamado. Si lo fuerzas, empeorará —dictaminó el *medicus* con un marcado acento jonio.

Al escuchar eso, Barbaricus escupió el agua de manera repentina.

—¿Un mes? ¿Cómo que un mes? —se desesperó el afamado Myrmex.

—Bueno, ésa es mi recomendación. Si antes sientes que puedes volver a combatir, yo no te lo impediré —añadió el médico.

—En dos semanas son los Ludi Apollinares… —murmuró Clito, totalmente alicaído.

—¿Y no hay forma de acelerar el proceso? —preguntó Menoetius, cruzado de brazos.

—Como he dicho, puede que se recupere más rápido. Por un solo combate no creo que pase nada mientras no fuerce el hombro.

—¿Entonces estaré listo para luchar en los juegos o no?

—Sólo los dioses lo saben. Ofrece un buen sacrificio a Asclepio para que te sea propicio. Lo que yo te diría es que, si tienes un combate importante en dos semanas, no te arriesgues a pelear hasta entonces —sentenció el sanitario.

El gladiador se llevó las manos a la cara y soltó un sollozo. Menoetius, incómodo, dudó qué hacer. El doctor se encogió de

hombros; él no era quién para obrar milagros divinos.

—Estás más que preparado para enfrentarte a Lascivus —lo animó Pugnax—. Descansa una semana, y ya está.

Myrmex asintió. Quizá no estaba todo perdido.

* * *

Ateas había estado nervioso toda la tarde. Haber descubierto el afilado hueso lo preocupaba sobremanera. ¿Cuánto tiempo tardaría el chico en percatarse de que se lo había quitado? ¿Para qué quería Seutes un arma? ¿Qué tramaba el inconsciente? Hidna ejercía influencia sobre él, pero había estado atento a los movimientos del joven y hacía semanas que no se veían. Algo se le escapaba. ¿Tal vez fuera un plan de ese soldado romano? Aunque tenía fama de impetuoso e impulsivo, no lo veía capaz de organizar un motín.

En ese momento, Seutes entró en la barraca y sin mediar palabra tomó asiento en un taburete. Exhausto, bufó y apoyó la cabeza sobre la mesa. Ateas trató de controlar sus palabras.

—Pajarito, ¿tu madre no te enseñó a saludar cuando llegabas a casa?

—Lo siento —murmuró con desánimo el otro.

—¿Te encuentras bien?

Seutes respiró hondo. En el fondo lo apenaba no poder confiar en Ateas; era difícil convivir con él y ocultarle al mismo tiempo su secreto. Pero sabía de antemano que Ateas recriminaría su actitud, si es que no delataba sus intenciones a los centinelas.

—Estoy tan cansado… —contestó sin despegar la cabeza de la mesa.

El viejo cogió un vaso, lo llenó de agua y se lo ofreció. Por un momento, sintió la necesidad de confesarle que había encontrado el hueso y de preguntarle qué pretendía hacer con él, pero aquello sólo traería problemas.

—Ateas… —susurró Seutes entre sorbo y sorbo—. El día que me trajeron aquí vi un almacén custodiado por muchos guardias.

—¿Cuál? ¿El que está cerca de la entrada? —preguntó el anciano mientras se acariciaba una de las manchas en la cara causadas por la prolongada exposición al sol.

—Sí, ¿es allí donde torturan a los prisioneros?

La pregunta descolocó por completo a Ateas, que mostró expresión de asombro.

—No, pajarito. En ese almacén se custodian los lingotes de hierro. Allí está el fruto de nuestro sacrificio —contestó—. Desde allí viajan alrededor del mundo conocido, especialmente a las ciudades libres del Ponto. En los últimos años, la mayor parte de la producción ha ido a parar a las arcas de Roma.

—¿Un lingote vale mucho? —preguntó con inocencia el joven.

—Con un par de esos lingotes se puede vivir sin preocupaciones durante años —afirmó el viejo, sin estar muy seguro de si su respuesta era la adecuada, teniendo en cuenta la delicada situación.

Seutes se quedó en silencio. Su mente divagaba sobre un posible futuro junto a su familia. Con un par de lingotes, podría mantener a su hermana y a su madre, y las sacaría de Histria. Nada más importaba, ni si quiera los riesgos implícitos de fugarse de un infierno del que ningún prisionero, jamás, había logrado salir con vida.

XXIX
LIBACIÓN

«Omnes, si ad originem primam revocantur,
a dis sunt
(Todos, si se rastrea hasta su primer origen,
provienen de los dioses)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 5, 44, 1

Al día siguiente, Laódice, Dinamia y dos custodios esperaban con impaciencia. La *domina*, sencilla y discreta, iba peinada al estilo romano, con el cabello separado en una raya central y recogido en un moño bajo la nuca. Vestía un quitón color beis de mangas cortas. En el hombro izquierdo, una hermosa fíbula plateada con forma de caballo sujetaba los pliegues de la tela. Alrededor del vientre, un cinturón purpúreo de lino ayudaba a ajustar la prenda al cuerpo mediante una hebilla de plata con el grabado de una garza en el centro. En la abertura que el vestido dejaba a la altura de los muslos, un hermoso alfiler dorado unía ambas puntas para evitar que se abriese. Y de su cuello no pendía un glamuroso collar, sino las llaves del hogar, símbolo de su papel como matrona responsable.

Todo en ella daba a entender su alta posición social, pero también su respeto por las costumbres. Para Laódice, aquellos detalles eran de suma importancia.

Dinamia bien sabía que su *domina* quería impresionar a sus amigos, pero sin caer en una suntuosidad desmedida. Por ello, había elegido para la ocasión una túnica verdosa de manga larga, con los bordes de las muñecas estampados a rayas rojas y blancas. En la cadera, un cinto rojizo. Era el conjunto que Kinane había traído a su ingreso en la casa de los Helvios. Desde el día que lo había visto, se había encaprichado de él y lo había guardado hasta entonces. Qué mejor momento para lucirlo.

Un golpe en la puerta les indicó que la comitiva de Lucio Sergio Silo y su esposa Marcia había llegado. Al momento, Laódice se colocó el velo sobre la cabeza y salió a la calle, radiante bajo la luz del sol que iluminaba su rostro y destacaba sus maquillados pómulos.

En el exterior, el magistrado montaba sobre un caballo negro como el azabache. Por su parte, Marcia descendió de su *carpentum*, un carro cubierto para el transporte de matronas y vestales. Junto a ellos, esperaban de pie una sierva y tres esclavos armados con bastones y puñales al cinto.

Laódice se acercó a su amiga, que se cubría el rostro con un velo rosado. Un hermoso collar de perlas lucía en su cuello. Vestía una llamativa *stola* de lo que parecía ser seda, un material carísimo traído desde el otro confín del mundo. Alrededor de la cintura, llevaba un *patagium* bordado con hilos de oro y perlas. Laódice sintió un ápice de rechazo. Por lo visto, a Marcia le gustaba ser el centro de atención.

—Por Venus. Parece que hoy iré acompañado por las pléyades más hermosas de la región —bromeó el magistrado Silo.

Laódice se limitó a fingir una leve sonrisa. Aquel tipo de comentarios le parecían impropios para una mujer decente en plena calle. Sin embargo, Marcia respondió con un simulado pudor:

—Qué tonto eres a veces. —Y se tapó la boca con la mano como si estuviera avergonzada.

—Vaya día más hermoso para iniciar una aventura, ¿no crees? —comentó Laódice con alegría, con intención de amenizar el

encuentro.

—Vaya que sí —añadió la otra—. Venga, sube —señaló el carruaje.

* * *

A Seutes le faltaba el aliento. Se detuvo en seco y dejó caer el pesado capazo al suelo. Apoyó la mano en la roca y se quitó el sofocante pañuelo de la cara. El aire estaba cargado de polvo, y tosió con brusquedad. Cuando recuperó la compostura, carraspeó y lanzó un escupitajo. Asustado, le pareció que era de color negro, pero, como la luz en aquel ramal era escasa, primero pasó un dedo sobre el espeso líquido, y luego se acercó hasta la lucerna más próxima y lo examinó con detalle. Era sangre. Sus pulmones comenzaban a fallar.

* * *

Critasiros subió a toda prisa los escalones que conectaban con el piso superior. Allí se encontraba su amo, entretenido con la lectura del pergamino que contenía *Las Aves*, del autor griego Aristófanes. Entre carcajada y carcajada, el comerciante no reparó en la presencia de su administrador hasta que éste habló.

—*Domine…* —saludó en voz baja.

—¡Critasiros! —exclamó, sorprendido—. Maldita sea, me has asustado. ¿Qué quieres?

El esclavo estaba pálido. Tenía dos malas noticias que transmitir.

—Verás… —dudó un momento—. Parece ser que ayer por la tarde Myrmex se lesionó.

Aquella información le sentó a Deceneo como un jarro de agua

fría.

—¿Cómo? —casi gritó, y se levantó de forma abrupta.

—El hombro, *domine*. Tuvo un tirón en el hombro. El médico dice que necesitará varias semanas de reposo. —Agachó la cabeza por temor a su reacción.

Con violencia, Deceneo tiró el rollo de pergamino al suelo.

—¿Varias semanas? ¡Los Ludi Apollinares son en menos de dos semanas! —rugió.

—El médico recomienda ofrecer un sacrificio a Asclepio —añadió el esclavo para calmar a su amo.

Fuera de sí, el lanista volcó su escritorio con brusquedad. Las lucernas, las tablillas, los pergaminos… Todo voló por el aire. Critasiros agachó de nuevo la cabeza y esperó a que pasase el vendaval. Aún le faltaba comunicar la otra noticia.

—Habla con ese maldito matasanos y prepara lo necesario para la ofrenda —ordenó con firmeza—. Y limpia el larario; a ver si nuestros manes, lares y penates nos socorren. Voy a asearme para el ritual ahora mismo.

El administrador asintió, pero se quedó donde estaba.

—¡Muévete, vamos! —le ordenó su amo con severidad.

—*Domine*, eso no es todo —decidió continuar, pues prolongar la pausa sólo irritaría más a su amo—. Hoy está programada la cita con Lucio Sergio Silo para firmar el contrato de los juegos. Según me traslada un informante, la comitiva ya se dirige hacia aquí.

Marco Helvio Deceneo bufó con violencia y la emprendió a patadas contra los trastos esparcidos por el suelo. Critasiros, sin tiempo que perder, lo dejó solo para que se desfogara y evitar que aquello lo salpicase.

* * *

Myrmex se había sentado en una banqueta a observar el

entrenamiento de sus compañeros. Cuando permanecía quieto no sentía ningún dolor, pero, si movía el brazo izquierdo, el pinchazo era instantáneo. Pugnax y Barbaricus abandonaron por un momento el entrenamiento para ver cómo se encontraba.

—Muy buena vida tú, ¿eh? —bromeó el roxolano.

—Tienes suerte de que no pueda pelear y meterte el *gladius* por el culo —se burló el lesionado.

Pugnax se aproximó al *doctor* y posó la mano sobre su hombro.

—Cualquier excusa es buena para holgazanear, ¿verdad? —comentó, burlón.

La mirada de Myrmex se centró en el muchacho, que, a lo lejos, estocaba sin descanso con su tridente a un oponente. Aquel renacuajo inútil se había convertido en pocos meses en una promesa de la arena. Hasta el propio Barbaricus le había confesado su asombro por su rápido progreso.

—Escuchadme —dijo con cierto temor, algo inusual en él. Barbaricus y Pugnax lo miraron con curiosidad—. Deceneo me confesó que quizá Menoetius participaría en los Ludi Apollinares de este año.

—¿Menoetius? —se extrañó el *secutar*—. Si no lleva aquí ni un año.

—Pues la última vez te hizo morder el polvo —añadió Clito entre risas.

—No voy a negar que el niño aprende rápido —admitió el *secutar*.

—Pero todavía no lo veo preparado —apuntilló el *provocator*.

—¿Y a ti qué más te da?

La pregunta lo dejó en silencio.

—Porque él ahora *magister* se inmiscuyó Barbaricus con su rudo y estepario acento.

—Sí, y ya no puedo entrenarlo más —dijo Myrmex mientras señalaba su hombro—. Necesito que lo hagáis por mí.

Los dos gladiadores fruncieron el ceño.

—Nosotros lo respetamos por lo que significa para ti, pero eso no

quita que sea un *tunicati* —confesó Pugnax con cierto temor.

—¿Cómo dices? —se molestó Clito.

Barbaricus no lo comprendió todo por su desconocimiento del idioma, pero sí la carga negativa en su tono de voz. Pugnax estaba hablando demasiado, pero el roxolano no se atrevió a entrometerse.

—Se le nota a la legua que es un *cinaedus*. Si los demás no se meten con él, es porque te respetan —prosiguió el *secutar*.

Clito, enfadado, se puso en pie y lo agarró por la nuca con violencia. Los ojos pequeños de su amigo se abrieron, aterrorizados.

—¿Y yo no lo soy? ¿O es que vas a negar que no sabes lo que siento por él? —espetó, fuera de sus cabales.

De un manotazo, Pugnax apartó el brazo de su compañero. Barbaricus, por si acaso, se colocó entre ambos para separarlos antes de que fuese demasiado tarde. Sin atreverse a decir nada más, el *secutar* regresó a la arena. Clito, angustiado por su incontrolable reacción, cogió la banqueta y la estrelló contra el suelo. Quedó hecha añicos.

* * *

Critasiros se encontró a Kinane distraída, más pendiente del entrenamiento de los gladiadores que de barrer el patio, por lo que se acercó para recriminarle su actitud; todo debía estar listo antes de la llegada de los invitados. En cuanto lo vio llegar, la joven retomó con energía sus labores.

El administrador se dio cuenta y sonrió para sí. Hasta ese punto la amedrentaba sin necesidad de hablar. Al fin Kinane empezaba a entender quién mandaba. Sin más, se encaminó hasta el corral en busca de una víctima propicia. El dios Asclepio prefería los bueyes blancos, pero no había tiempo para ir a Histria a comprar uno. Deberían conformarse con lo que tenían. Al fin y al cabo, las divinidades valoraban el empeño y la intención más que la víctima

en sí.

Al entrar, las gallinas se apartaron revoloteando con sus molestos cacareos. Al fondo, el esclavo encontró lo que buscaba: un gordo y hermoso gallo blanco. El ave, al percatarse de que el humano tramaba algo, se estiró y aleteó amenazante. Pero el viejo se acuclilló y, con un ágil movimiento, agarró al animal por el cuello. De poco le sirvió el removerse para librarse de aquellas garras que lo mantenían prisionero.

* * *

Por indicación de los instructores, los gladiadores detuvieron el entrenamiento. Por lo visto, era una orden directa del patrón, Marco Helvio Deceneo. Nadie rechistó. Sin queja alguna y en absoluto silencio, los combatientes se dirigieron a sus respectivos cubículos.

Myrmex se volvió hacia sus compañeros, pero Pugnax le giró la cara. Se dio cuenta entonces de que había sido un auténtico idiota y se maldijo a sí mismo. Su reputación, esfumada de un plumazo por bocazas.

Menoetius vio como Clito se marchaba, taciturno, sin siquiera reparar en él. Algo había sucedido, ignoraba el qué, pero no era el momento de preguntar. Mientras tanto, varios esclavos apilaban leña seca en un rincón del patio y no tardaron en encender una pequeña hoguera.

* * *

El rítmico sonido de los picos contra la dura piedra los acompañaba desde el amanecer hasta el atardecer. Sin embargo, con el tiempo, uno se acostumbraba. Como cada día, la tarea de Seutes era la de

llenar su cesto de esparto y vaciarlo en el exterior. Sin duda, el trabajo más pesado, pero le tocaba, igual que a Comio, por ser los últimos en llegar. La parte positiva era que él salía de la mina cada cierto tiempo a tomar una bocanada de aire fresco.

Sediento, se acercó al rincón donde se guardaban las calabazas llenas de agua, indispensables para soportar el terrible y sofocante calor de la mina. El histriano dejó las herramientas a un lado y bebió con ansia. Estaba fresca y le sentó bien. Aun así, el sabor a tierra era inevitable. El polvo se posaba en cualquier lado, incluidos los labios y el agua.

Cuando terminó de beber, se giró hacia Oroles, que picaba la piedra sin detenerse. Concentrado, como de costumbre. El capataz era tenaz; cualidad que Seutes admiraba. Tocaba volver al trabajo, así que agarró de nuevo la pala con energía y comenzó a llenar su capazo de escombros. En un momento dado, le pareció que algo negro y diminuto se movía entre la roca y la tierra. Al ver que era un gusano, Seutes frunció el ceño. En todos esos meses, nunca antes había encontrado vida en las entrañas de aquel infierno. Con suavidad, colocó al insecto en el cesto e inició el camino de vuelta.

Al llegar a la bifurcación, se detuvo ante el rostro del dios oscuro. Con los ojos vacíos y la boca en forma de sierra, parecía que Skotos se reía de él. El gusano, que se agitaba para escapar del capazo, cayó al suelo. Seutes se agachó para recogerlo y, al levantarse, su cara y la del dios quedaron la una frente a la otra. Hacía demasiado tiempo que no ofrecía un sacrificio a su divinidad protectora.

* * *

Con ayuda de Critasiros, el *dominus* se vistió con una toga inmaculada. Después, se dirigieron hacia el atrio. Allí, Deceneo se cubrió la cabeza y se acercó al pequeño altar con forma de templo. Diversas representaciones divinas los observaban. Los lares

familiares, dos figurillas de bronce en forma de adolescentes vestidos con túnica corta, sujetaban en una mano el cuerno de la abundancia y en la otra una pátera. Los penates, protectores de la dispensa, permanecían sentados mientras sostenían sendas lanzas. El genio, el espíritu tutelar del *paterfamilias*, estaba representado como un hombre cuya cabeza quedaba cubierta por su toga, como si fuese una copia de Marco Helvio Deceneo en ese mismo instante.

El lanista se fijó en las figuras de los manes, los espíritus de sus antepasados, y pensó en su padre, preguntándose si éste estaría orgulloso de sus éxitos. Respiró hondo. Seguro que aquel sacrificio también honraría a su progenitor.

Entre las imágenes divinas se encontraban las de Júpiter, Juno, Vesta, Mercurio y Asclepio. Con delicadeza, Deceneo tomó un candil y lo colocó en el centro del larario. Con la cabeza cubierta y las palmas de las manos en dirección al cielo, inició su invocación hacia Jano, la divinidad de los comienzos:

—Iane pater, te hoc ture ommovendo bonas preces precor, uti sies volens propitius mihi, domo, familiae[4].

Repitió la misma fórmula sagrada frente al dios Asclepio y, con calma, encendió con la llama de la lucerna un puñado de incienso. Por un momento, el humo lo embriagó, pero enseguida centró su atención en la figurilla que representaba al dios de la Medicina, con el torso desnudo y la túnica cogida a su cintura. En una mano, sostenía un bastón con una serpiente que reptaba por él en sentido ascendente.

A su lado, Critasiros sujetaba un pan y una pátera de plata con vino de Falerno, el más caro del mercado.

—Aesculapius, te hac strue commovenda bonas preces precor, uti sies volens propitius mihi liberisque meis domo familiaeque meae[5].

Con cuidado, Marco Helvio Deceneo dejó el pan sobre el altar y prosiguió con la libación del vino.

—Aesculapius, uti te ture ommovendo bonas preces bene precatus sum, eiusdem rei ergo macte vino inferior esto[6].

Con solemnidad, depositó también la plateada pátera en el larario

y apoyó la mano derecha sobre éste para plantear su petición particular:

—Asclepio, divinidad de la medicina y la curación. Te ofrezco estas libaciones para que me seas propicio. A cambio, sana a mis gladiadores heridos. Ayuda a Myrmex a restaurar su fuerza y vitalidad antes de los Ludi Apollinares. En compensación, te ofrezco este incienso, este pan y este vino, y un hermoso gallo blanco.

Tras estas palabras, se marchó en dirección al patio. El silencio era absoluto. Nada perturbaba la paz en el *ludus* Helvio. Critasiros sujetaba el ave en una mano y un cuchillo de bronce en la otra. El animal, cansado de forcejear, permanecía quieto e impasible. Deceneo desmigajó un trozo de pan sobre el cuerpo del pollo. Entonces, el esclavo pasó el filo del cuchillo con suavidad por su columna. Y después el lanista asió la pátera con vino y salpicó con el rojizo líquido la frente del ave. Sin miramientos, al instante siguiente, Critasiros degollaba al animal.

* * *

Seutes dejó su capazo a un lado del ramal y se apresuró a desaparecer entre las sombras.

—¿Dónde vas, hermano? —lo sobresaltó la voz de su amigo.

El histriano se dio la vuelta con una calabaza en la mano.

—Necesito que me cubras hasta que vuelva.

El soldado dudó durante un momento, pero no insistió.

—Ándate con ojo —lo aconsejó antes de que se esfumara por la galería inclinada.

* * *

El fuego chisporroteó al contacto con las vísceras y la grasa. Al poco rato, el esclavo depositó la carne en un platillo y, de vuelta frente al larario, Deceneo la roció con vino y sal, y miró directamente hacia la figurilla del dios que sujetaba su bastón con la serpiente enroscada a su alrededor.

—Divino Asclepio, te ofrezco la carne de esta víctima para que cumplas mi petición. Sana a mis gladiadores heridos. Ayuda a Myrmex a restaurar su fuerza y vitalidad antes de los Ludi Apollinares.

Depositó cuidadosamente el platillo en el altar y, con la punta de los dedos, pellizcó un trocito de pollo y se lo llevó a la boca. Junto a los dioses, disfrutó de la carne de la víctima sacrificada. El ritual había terminado. Quedaba zanjado su pacto con la divinidad.

* * *

Embarrado de los pies a la cabeza, Seutes se arrastró por el angosto túnel. Al otro lado, la luz tenue de una lucerna iluminaba la cámara. Se quedó tirado en el suelo durante un rato hasta recuperar el aliento. Al fin, se incorporó y, tomando el candil más cercano, se aproximó hasta la oscura figura. Aun tratándose de una representación, causaba un profundo respeto. En realidad, lo intimidaba. Al fin y al cabo, se encontraba en sus dominios. Aquél era el reino de Skotos.

—Dios de la oscuridad, tú que nos proteges allí donde la luz no llega, te ofrezco lo más preciado que tengo. No es incienso ni pan, ni vino, pero es lo que puedo darte. Skotos, derramo para ti esta agua, que es lo más valioso que tengo.

Quitó el tapón a la calabaza y vertió el líquido a los pies de la divinidad. A continuación, arrancó de un mordisco la cabeza del grueso gusano y la escupió sobre su mano. Luego, cavó un pequeño agujero y colocó en su interior las dos partes.

—Skotos, rey en las penumbras, yo te ofrezco este sacrificio como muestra de fidelidad. A cambio, sólo te pido que me mantengas con vida hasta que logre salir de aquí. Dame salud y fuerzas para aguantar. Protégeme de la enfermedad del polvo, te lo suplico —su voz se quebró y gimoteó.

Las lágrimas amenazaban con salirle, así que Seutes se limpió los ojos con el antebrazo.

—Mantenme con vida hasta que consiga escapar —suplicó de nuevo—. Necesito salvar a mi hermana de las garras de Deceneo —añadió con rabia—. Mantenme con vida para que pueda volver con mi familia. Sólo te pido eso.

Cubrió entonces de tierra el pequeño agujero en el que había depositado su ofrenda. Luego cerró los ojos con fuerza. Ojalá la divinidad lo escuchara.

XXX
ARENA

«Non est arbor solida nec fartis nisi in quam frequens uentus incursat
(Sólo es sólido y fuerte el árbol que el viento azota con frecuencia)»,

Lucio Anneo Séneca, *De la providencia*, 4, 16

La comitiva se detuvo frente a la fortaleza donde se entrenaban y vivían los temidos gladiadores. Al asomarse por un ventanuco de la carreta, Marcia se quedó boquiabierta. Murallas tan altas sólo podían tener como propósito contener a hombres peligrosos y salvajes.

—¿No te da miedo cuando vienes sola? —preguntó.

Laódice intuyó cierto temor en las palabras de su acompañante y no perdió la oportunidad de presumir.

—Querida, los perros sólo ladran a los extraños —sonrió—. Los gladiadores de mi marido reconocen a su dueño y no osan morder la mano que les da de comer —añadió con satisfacción.

—Me alegra que te entretengas con su amaestramiento —contestó su invitada—. Desde que parí a mis dos hijos, yo no tengo tiempo para divertirme.

Esa respuesta sentó a Laódice como una patada en el estómago, y no pudo si no dudar de si había sido o no con mala fe.

El portón de acceso al *ludus* se entreabrió en cuanto los centinelas divisaron a los visitantes. Marcia, curiosa, se asomó de nuevo, aunque no por mucho tiempo, pues casi al instante el vehículo se detuvo y un esclavo abrió la compuerta del *carpentum*. La esposa de Silo salió en primer lugar, cosa que desagradó a Laódice. Al fin y al cabo, ella era la *domina* de la villa.

Marco Helvio Deceneo se sorprendió al ver a su mujer junto a los invitados. Nadie lo había informado de que los acompañaría. Sin embargo, no dejó traslucir su asombro y se aproximó hasta Lucio Sergio Silo para saludarlo.

—Bienvenido, amigo mío —forzó una sonrisa para disimular los nervios y le estrechó la mano.

—Gracias, gracias. —El romano se pasó el brazo por la frente para secarse el sudor—. ¿Tienes agua a mano?

Deceneo miró a Dinamia. Parecía exhausta después de tan largo trayecto a pie. Sin embargo, ésta, sin necesidad de ninguna indicación, se encaminó hacia la casa para traerles refresco.

—Vaya, normal que prefieras estar aquí que en la bulliciosa Histria —manifestó Silo, que ojeaba cada rincón de aquel curioso lugar.

A un gesto, el obediente Critasiros se colocó junto a su *dominus*, y éste le ordenó en voz baja:

—Di a los guardias que abran a los muchachos. Encárgate de que se pongan a entrenar.

Mientras el siervo se dirigía hacia los cubículos, Deceneo se dispuso a entrar en la *domus*. Sin embargo, a punto de traspasar el umbral, Silo, burlón, lo detuvo:

—Amigo mío, ¿es que no piensas enseñarme tu maravilloso *ludus*? —Se abrió de brazos, como asombrado.

—Sí, por supuesto —suspiró el otro, con fingido entusiasmo.

Pese a su disimulo, Laódice supo lo que sentía su marido. Aquel romano era demasiado vulgar y ordinario para su gusto. Y eso irritaba en demasía a Deceneo.

Gracias a Fortuna, Dinamia apareció con un hermoso ritón de

bronce cuyo extremo inferior tenía forma de cabeza de toro. La *ancilla* sirvió un poco de agua en una copa de plata con dos asas, y Sergio Silo y su mujer se la bebieron con gusto. A decir verdad, el calor era horroroso y el camino había sido sofocante.

Al momento, el lanista los invitó a recorrer las instalaciones. Silo se quedó observando una hoguera aún humeante, pero enseguida su atención se centró en los gladiadores, que ya salían a la arena. Sin reparar en él, éstos recogieron los equipamientos y, de manera automática, sin necesidad de ninguna orden ni indicación, cogieron sus armas y se alistaron para el entrenamiento.

—Los tienes disciplinados, lo reconozco —lo felicitó con total sinceridad el magistrado.

Deceneo asintió, orgulloso.

—Desde mi despacho se disfruta mejor de los combates —y le señaló el balcón que daba a su *tablinum*.

* * *

Kinane se había escondido tras el muro de las letrinas. Estaba a punto de perder la compostura. No quería cruzarse con Laódice. De ningún modo. No, no deseaba ni siquiera que recordase que estaba allí. Así pues, se quedó quieta, tratando de calmarse y pensando qué hacer. Sin duda, el mejor lugar para resguardarse sería, como de costumbre, la cocina. Un lugar inapropiado para dos mujeres de alta alcurnia.

* * *

Al entrar en la *domus*, Silo se fijó en el larario y en las recientes ofrendas. Eso, sumado a la humeante hoguera del exterior, lo hizo

llegar a la conclusión de que Deceneo, sin duda, había pedido su favor a los dioses antes de su llegada. Pero ¿por qué? Supuestamente su acuerdo estaba cerrado y sólo faltaba firmarlo. ¿Qué preocupaba tanto al lanista?

Una vez en el despacho de Deceneo, salieron al balcón. Efectivamente, desde allí podían contemplar la lucha de los gladiadores de forma excepcional. Y ya estaban a pleno rendimiento. Golpes, contragolpes, el sonido de las espadas al entrechocar, los cascos al recibir los terribles impactos de las armas, los alaridos de dolor. Las parejas combatían con fervor e iniciativa. Era inevitable no motivarse al verlos.

—Me entran ganas de bajar y ponerme a pelear con ellos —bromeó el soldado retirado.

—Es difícil no sentir admiración por su espíritu. A día de hoy, todavía me impresiona su capacidad para sobreponerse una y otra vez —confesó el lanista, entrecruzado de brazos.

—¿Cuál de ellos es Myrmex? —quiso saber Silo, estudiándolos con detenimiento.

Marco Helvio Deceneo sintió un escalofrío por la espalda y carraspeó. Aquélla era la pregunta que más había temido.

—Myrmex está descansando en su cubículo —respondió—, pero algunos de los fichajes de los Ludi Apollinares de este año se encuentran entre estos de aquí abajo.

—¿Y cuándo voy a verlo en acción? —Parecía que el resto de gladiadores no le interesaban demasiado.

—No creo que sea necesario, amigo mío. Cada combate tiene su riesgo, aunque sea un entrenamiento. Sería fatal que se lesionase en una exhibición privada, ¿no crees? —trató de convencerlo Deceneo.

—Ja… —se rio el magistrado—. Ya sería mala suerte. Fortuna no nos dará la espalda justo ahora.

El anfitrión respiró hondo y, poco convencido, levantó la mano. Barbaricus y el resto de instructores detuvieron los combates y volvieron las miradas hacia el balcón.

—Tú. —Señaló a Pugnax, equipado de *secutor*, casi el mismo

armamento que usaba Clito, pero con un casco esférico y con una pequeña cresta en su parte superior—. Y tú —se dirigía a Menoetius, que junto a su compañero dio un paso adelante. Luego se volvió hacia Silo y añadió con orgullo—: Éstas son mis dos promesas ahora mismo.

—Pero no son Myrmex. Él es etíope… —gruñó el romano.

—Ya llegará ese combate, tranquilo. Vamos a comenzar con algo más ligero —añadió con intención de satisfacer las ansias de su invitado.

—Vale, empecemos con esto —aceptó Silo, poco convencido.

* * *

Laódice y Marcia se recostaron sobre los cómodos triclinios y disfrutaron del agua fresca que les servía Dinamia. La romana se mostraba asombrada por la exquisitez de los frescos de las paredes que representaban escenas de caza.

—Si te soy sincera, me siento como en Tusculum[7] —afirmó mientras jugaba con las perlas de su collar.

—¿Tusculum? Creo que no te entiendo —contestó su anfitriona.

—Ah, perdóname. —Movió la mano para restarle importancia al asunto—. Es mi ciudad natal, cerca de Roma.

—Me alegra que te sientas como en casa. —Laódice sonrió, intentando ser afable.

—Sí, nunca habría creído que viviría tan a gusto en tierras bárbaras. Cuando anunciaron el traslado de mi esposo tuve un miedo terrible, ¿sabes? Me imaginaba esta región llena de salvajes escitas montados a caballo —soltó una carcajada.

—Ya ves que te equivocabas —respondió Laódice con un disimulado desdén.

—La verdad es que sí. Se os nota mucho la influencia helena —la halagó Marcia—. Sois muy civilizados, quiero decir.

Laódice respiró hondo y contuvo las ganas de tirarle del pelo. Aquella mujer era la más estúpida que había conocido en mucho tiempo.

—Las ciudades del Ponto no son un mal lugar para vivir, dentro de lo que cabe —continuó la esposa de Silo mientras apuraba las últimas gotas de agua—. Hemos encontrado buenos maestros griegos para nuestros hijos, aunque nuestra idea no es quedarnos para siempre.

—Como puedes constatar, tenemos todas las comodidades que cualquier familia necesita para vivir plácidamente —apostilló Laódice.

Las interrumpió por un instante Dinamia, que había aparecido de nuevo con el ritón de bronce para rellenarles los vasos.

—Sí, aunque, como comprenderás, a mí me gustaría más que mis hijos crecieran en Roma. Es difícil aprender cómo ser romano tan lejos de la *urbs*. —Se ajustó el velo rosado de la cabeza—. Si algún día consigues quedarte embarazada, cambiarás de opinión y preferirás conocer otras tierras más adecuadas para criar a un ciudadano decoroso.

Laódice había aguantado suficiente. Aquella insolente y arrogante mujer parecía querer reírse de ella en su propia casa. Y lo peor es que aquel encuentro había sido idea suya. De haber sabido que Marcia era tan imbécil, se habría ahorrado perder el tiempo. Debía encontrar otra manera de distraerse. Si no, no tardaría en insultarla.

* * *

Con una agilidad tremenda, Pugnax saltó, evitando que sus piernas quedaran atrapadas en la red. Menoetius tiró de ella y la recuperó para un nuevo ataque. Como bien le había enseñado Clito, el *secutar* llevaba armamento pesado, así que su plan era acosarlo hasta que se agotara. En consecuencia, lanzó una estocada con su tridente en dirección al rostro de su oponente, que levantó el escudo para

protegerse. Justo entonces, el reciario enganchó el borde del escudo con su arma y tiró para abrir su guardia.

Pugnax, abrumado, supo leer las intenciones de su rival y dio una zancada atrás para ganar distancia. Se había dado cuenta de que, si no tomaba las riendas del combate, el reciario lograría herirlo en algún despiste. Con bravura, tomó la iniciativa y lanzó varias estocadas con su *gladius*. Menoetius retrocedió y se defendió con el asta del tridente para desviar el arma enemiga, que se encontraba demasiado cerca como para que la red le fuese útil.

Al fin, el reciario ganó la distancia suficiente como para agitar con fuerza la red. Pugnax, en alerta, levantó su escudo.

Entonces Menoetius lanzó una nueva estocada por debajo y lo pinchó en un costado. Pugnax, dolorido, bajó inmediatamente el escudo y el reciario retiró su tridente antes de que fuese demasiado tarde. Había entrenado en varias ocasiones con su rival y sabía que no debía dejarlo a su merced si no quería que éste se lo quitase de las manos.

* * *

Clito, curioso, había salido a la puerta de su cubículo para ver los entrenamientos. En cuanto vio, con asombro, que quienes peleaban eran Menoetius y Pugnax, se acercó a la zona donde el resto de sus compañeros contemplaban el enfrentamiento, a un lado del patio, junto a sus instructores.

* * *

Marco Helvio Deceneo se giró ligeramente hacia su invitado. Silo contemplaba el combate con la boca abierta. Tan abstraído estaba

que ni siquiera se percató del gesto de su compañero. Aquel enfrentamiento era el más estimulante que había presenciado en mucho tiempo. *A priori*, la calidad de los gladiadores de su anfitrión superaba la del *ludus* de Arístides de Apolonia Póntica. Excepto, evidentemente, al temible e invicto Lascivus.

* * *

Pugnax, agotado, se tomó uno momento para recuperar el aliento, y Menoetius decidió otorgarle aquella fugaz tregua. El *secutar* se debilitaba; le dolía el golpe recibido en el costado. Otra consecución de ataques similar y el reciario conseguiría superar su guardia.

El sol iniciaba su retroceso y poco a poco la luz dejaba paso a la oscuridad de la noche. El cielo anaranjado daba dramatismo a la escena. Al cabo, el *secutar* golpeó su escudo con la espada.

—¡Vamos, *cinaede*! —lo provocó.

Al escucharlo, el reciario buscó entre los espectadores la figura musculosa de su amado. Lo encontró en una esquina, sentado sobre una banqueta. Clito parecía orgulloso, y ese detalle fue suficiente para que Menoetius sintiera un ardor incontenible en el pecho. Sin pensárselo, tomó la iniciativa y arremetió con la red contra su oponente, que se apartó a un lado, y luego, con una zancada, se aproximó a él. Con el borde del escudo, Pugnax lanzó un golpe contra el rostro de Menoetius, que reaccionó rápido y se agachó para evitar que le desfigurara la cara. El *secutar* trató de pincharlo de nuevo, así acuclillado, pero éste desvió la estocada con el tridente. Entonces, Pugnax le propinó una patada frontal que lo hizo caer al suelo. Clito, desde su esquina, se levantó de inmediato temiendo que el combate terminara, pero Menoetius, de rodillas, agitó la red para atrapar las piernas de su oponente. El *secutar* saltó y logró zafarse. El combate estaba reñido.

Pugnax tomó aire a bocanadas. Cuanto más se alargase el

enfrentamiento, peor para él. Estaba agotado y cada vez lo estaría más. Por su parte, el reciario no iba a perder otra oportunidad. Era ahora o nunca. De modo que, con energía, agitó la red y la lanzó, y el *secutar* apenas tuvo tiempo de reaccionar. Su escudo quedó atrapado. Menoetius se abalanzó, y Pugnax no tuvo más remedio que soltar el *scutum* y retroceder. Al primero sólo le quedaba su puñal en el cinto y su tridente. Al segundo, el *gladius*. Ambos se enzarzaron en una serie de ataques y contraataques en los que no estaba claro quién sería el vencedor.

Pugnax respiraba con dificultad, apenas era capaz de mantener una posición defensiva. El asta del tridente era demasiado larga, y solamente tenía el *gladius*. Pero no se rendiría. Menoetius, angustiado, lanzó una, otra y otra estocada con su tridente hasta que, en un momento dado, el veterano gladiador lo asió con la mano izquierda y tiró de él. Y justo cuando parecía que el aspirante a reciario perdería su arma, éste giró por su lado derecho y se colocó tras Pugnax, que no tardó en sentir el filo del puñal de su contrincante en el cuello.

* * *

—Joder —expresó boquiabierto Lucio Sergio Silo.

El mismísimo Deceneo estaba tan asombrado por el combate que había enmudecido. En el patio, los presentes se mantenían atentos. Lo único que delataba que el tiempo no se había detenido eran las frenéticas respiraciones de ambos contendientes. Clito, anonadado, se aproximó hasta sus dos sudados compañeros y los abrazó con entusiasmo:

—Ha sido lo más espectacular que he visto en muchísimo tiempo, cabrones —los felicitó.

Menoetius, henchido de felicidad, lo abrazó con fuerza y sintió cómo el corazón del campeón se aceleraba igual que el suyo.

Pugnax, orgulloso tanto de sí mismo como de su rival, sonrió satisfecho. Quizá Clito tenía razón y aquel mocoso no era un *lunicati* cualquiera. Desde el balcón, todos escucharon al invitado de su amo mientras señalaba al novato:

—Lo quiero, Deceneo. Quiero a ese reciario para los juegos —dijo con energía.

XXXI
UN NUEVO CAMPEÓN

«Sine gloria vinci, qui sine periculo vincitur
(La gloria es inalcanzable sin correr riesgos)»,

Lucio Anneo Séneca, *Sobre la providencia*, 3, 4

Laódice y Marcia decidieron dar un paseo por la casa. Dinamia las seguía unos pasos atrás, sin llamar la atención, como si fuese su sombra.

Critasiros, asomado al umbral de la cocina, miraba con lujuria el cuerpo de Kinane, de espaldas a él. Ella, sin embargo, distraída como estaba en limpiar el pescado para la cena, no reparó en que alguien la vigilaba. Con minuciosidad, insertó el afilado cuchillo y sacó las tripas. El administrador, recordando su suave pelo púbico y su deliciosa figura, se imaginó tomándola por las caderas, y algo se endureció entre sus piernas.

Las dos mujeres, divertidas, habían advertido la presencia del anciano y se pararon a mirarlo. Dinamia, incómoda por la situación, intentó esconderse. Kinane todavía no la había visto con su vestido. Marcia, incapaz de contenerse por más tiempo, soltó una risita. Critasiros dio un brinco al saberse descubierto.

—Tan mayor y tan fogoso —bromeó Marcia entre risas.

Laódice, al fin, se sintió más relajada. Ya que la esposa de Silo

era demasiado tonta para conversar, al menos pasarían el rato enfocando su atención en los esclavos.

—No es culpa suya. A Canina le encanta provocar a los hombres, por eso la tenemos metida en la cocina.

—Podrías juntarlos a ver qué sale. Si nacen deformes, los envías a las minas de tu marido, y listo —se mofó Marcia.

Critasiros, con la cara roja de vergüenza, agachó la cabeza y pensó en desaparecer, pero sin el permiso de su *domina* no podía hacerlo. Por un momento, pensó en contestar a aquella mujer engreída, pero él mismo había generado aquella situación con sus estúpidas fantasías. Y, en verdad, sólo era un esclavo. Lo mejor era desviar el tema de conversación.

—Hoy he descubierto a Kinane escaqueándose en el patio, y sólo la superviso por si vuelve a hacerlo —mintió con descaro.

—La deseas… —le refutó Marcia, con una carcajada.

—¿La deseas, Critasiros? —se adelantó un paso Laódice—. Eres un esclavo fiel. Si de verdad la deseas, sólo tienes que pedirlo.

Kinane respiró hondo. Aquello eran patrañas de Laódice para provocarla. Con inusitada calma, apartó el cuchillo por si volvía a perder el control y fijó su atención en las tripas de pescado amontonadas a un lado. Tenía ganas de mirar a aquella harpía a los ojos y escupirle en la cara, pero decidió no darle la satisfacción de mostrar emoción ninguna. De modo que, paciente, esperó a que se diera la vuelta. Pero ésta no lo hizo. Por el contrario, aquella situación incómoda le resultaba placentera a la *domina*. No hacía tanto, esa maldita ramera había intentado seducir a su marido. Y eso era algo que jamás le perdonaría.

—Bien, Critasiros —prosiguió el ama—. Hablaré con mi esposo esta noche y decidiremos cuándo te darás un capricho. Y no te preocupes si la preñas, en las minas siempre hacen falta manos.

Marcia, al imaginarse a un bebé con las extremidades deformes y el pelo pomposo y blanco como el del esclavo, soltó una carcajada. Laódice, satisfecha con la humillación, se volvió para continuar con el paseo. Aquella desgraciada se merecía eso y más.

Kinane empuñó el cuchillo con la intención de seguir con la cena. Pero, impulsada por un arrebato, miró a su *domina* con absoluto desprecio. Su mano derecha, con la que sostenía el afilado cubierto, temblaba. Critasiros, asustado, dio un paso hacia atrás, y eso no pasó desapercibido para nadie. Y fue entonces cuando vio que Dinamia se había puesto su vestido.

—Pero ¿qué…? —se sorprendió Kinane.

Laódice, al ver cómo Kinane se acercaba armada, había sentido pánico por primera vez en la vida. Marcia también había retrocedido unos pasos. Sólo Dinamia se había quedado paralizada, en el sitio.

—¡Suelta el cuchillo, Kinane! —se atrevió a ordenar Critasiros.

—Tú no te entrometas, cerdo —lo insultó la otra sin temor ninguno. El esclavo se achantó y se hizo a un lado. Luego, la joven apuntó con el afilado cubierto a Dinamia y la amenazó—: Devuélvemelo, maldita harpía.

La esclava la miró aterrorizada. Kinane, fuera de sí, repitió su petición con firmeza.

—Devuélveme mi vestido.

Pero Laódice, que no pensaba amilanarse en su propia casa y mucho menos delante de su invitada, se atrevió a propinarle una dura bofetada. Le dio con tanta fuerza que el cuchillo salió disparado y terminó en el suelo. Enseguida, Critasiros se agachó para recogerlo. Marcia miró a su anfitriona, boquiabierta por su coraje.

—Que sea la última vez que amenazas a nadie en mi casa, perra sarnosa. —Y le propinó otra bofetada en la boca.

Kinane se llevó la mano al labio, ahora sangrante. También sentía un calor ardiente en la mejilla.

—Ese vestido es mío —se atrevió a insistir.

—¡Ese vestido es mío, Canina! —respondió la *domina* con firmeza, cansada del atrevimiento de aquella insolente—. Un esclavo no tiene propiedades. ¡Asume tu condición de una vez!

—¡Lo traje el día que vine a vuestra casa! —chilló ella, consternada.

—Desde ese día, tú y todo lo que traías contigo me pertenece. Y,

si yo deseo que Dinamia se ponga ese vestido, tú te callas —sibiló la matrona.

Durante un instante que se hizo eterno, Kinane y Laódice se sostuvieron la mirada, a escasas pulgadas la una de la otra. La agitada y cálida respiración de una penetraba por los orificios nasales de la otra. Marcia, Critasiros y Dinamia contemplaban la escena paralizados.

—Ahora, desaparece de mi vista.

Kinane, entre sollozos, salió a la carrera. La esposa de Deceneo se tomó un momento para recuperar el aliento y controlarse. Una vez pasado el peligro, se dio cuenta de que sus piernas y sus manos temblaban, y su aparente fortaleza no tardó en derrumbarse. Marcia la abrazó y la besó en la mejilla.

—Amiga mía, querida, no me extraña que aquí los muros sean tan altos. Estos esclavos se comportan como absolutos animales. Y tú… —añadió con honestidad—, tú eres la mujer más valiente que he conocido en mi vida.

Laódice, más relajada, dibujó una sonrisa. La desobediencia de Kinane podría haber socavado su reputación y su autoridad, pero el resultado había sido el contrario. Marcia parecía completamente admirada por su entereza. Y había demostrado quién mandaba en casa.

* * *

—¿Cuándo voy a ver a Myrmex en acción? —insistió el magistrado.

Deceneo, harto de la situación, señaló al negro y musculoso gladiador. Clito dio un paso adelante. Barbaricus, a su lado, frunció el ceño. El campeón del *ludus* Helvio estaba lesionado, no debía combatir.

—*Domine* —replicó el roxolano con su marcado acento estepario —, Myrmex está…

Pero la voz grave de su amo lo interrumpió:

—¡Silencio!

Todos los presentes enmudecieron. Clito, inseguro sobre si era buena idea pelear, dio un paso al frente. Entonces, el anfitrión señaló hacia Danao, el más reciente *hoplomachus* de la escuela.

—El *hoplomachus* es un oponente habitual de los *provocatores* —dijo Deceneo sin más.

Barbaricus le aproximó el escudo, y Clito dudó si cogerlo o no. El instructor lo miró con pesar, pero no dijo nada. Si se terciaba, aquel combate sería el último de su carrera. Con todo, el *provocator* asió el *scutum* y desenvainó el *gladius*.

—No fuerte, Myrmex —le aconsejó el *doctor* antes de alejarse.

Danao observaba a su contrincante con temor, pero también con compasión. Si no había más remedio que luchar, al menos lo haría a un ritmo que Clito aguantase. Lo último que quería era arrebatarle la oportunidad de vengarse de Lascivus. Que fuese *cinaede* o no, eso era tema aparte.

Los dos contendientes se colocaron en guardia. Myrmex, con el pie izquierdo adelantado junto a su escudo. Danao, un poco flexionado y con la lanza en alto, preparada para ensartar.

—*Pugnate!* —exclamó el roxolano para dar inicio al enfrentamiento.

Tanto el uno como el otro tantearon el terreno, moviéndose de aquí para allá sin atreverse a lanzar la primera acometida. Clito sujetaba con fuerza el escudo; por el momento, no sentía molestias. La tensión se palpaba en el ambiente, entre ellos y entre los espectadores. Sólo Sergio Silo no sabía de su lesión.

Myrmex se relamió el labio superior. Con el yelmo, nadie lo vio. Pero, pensaba, fuese cual fuese el desenlace del combate, daría lo mejor de sí mismo, como siempre. Fue él quien lanzó el primer ataque con su puntiaguda arma, que chocó con el escudo de su oponente. Menoetius, inquieto, cruzó los dedos para implorar la fortuna divina.

La siguiente acometida no se hizo esperar, y Danao lanzó otra

estocada que Clito desvió con su escudo, para luego dar una zancada y aproximarse a su contrincante, que retrocedió antes de que lo apuñalara en el costado. Los elementos defensivos del *hoplomachus* eran un pequeño escudo redondo que, en realidad, protegía poco; una *manica* que cubría el brazo con el que sostenía la lanza y las grebas de las piernas que resguardaban sus espinillas.

Danao retomó la iniciativa e inició una serie de estocadas con la lanza en distintas direcciones que Myrmex repelió con su *scutum* una y otra vez. Arriba, a un costado, abajo, arriba, a otro costado. El escudo del *provocator* se movía incesante sin importar el esfuerzo. Si Clito continuaba a la defensiva, la pelea terminaría pronto. Justo el hombro lesionado era el izquierdo, con el que sujetaba el *scutum…* Si se forzaba, estaba perdido. Y, como si Myrmex le leyese la mente, arremetió con ímpetu. Una, otra y otra vez.

El *hoplomachus*, que sabía que Clito casi no podía alzar el escudo, lo estocó con la lanza hacia el cuello. Pero el otro levantó el *scutum* con rapidez y aprovechó que su atacante estaba desprotegido para cortar con su espada el vientre rival. Menoetius apretó los puños con alegría.

Herido, aunque no de gravedad, el *hoplomachus* retrocedió para recuperar el aliento y comprobar que no tenía más que un pequeño corte. Clito, contento por sus rápidos reflejos, sonrió. Danao, sin embargo, sintió la rabia nacer en su pecho. ¿Por qué el campeón siempre tenía que imponerse? ¿Si tanto dolor sentía, por qué no se dejaba vencer? Era su compañero, pero no por eso tenía que dejarlo ganar. Si no estaba preparado para los Ludi Apollinares, mejor que lo asumiera en ese momento y no frente al temible Lascivus.

El *hoplomachus* aumentó la violencia de sus ataques. Clito, distraído, no intuyó el rápido movimiento, y la lanza de Danao se le ensartó en la visera del casco. El chirriante sonido del metal y el golpe lo aturdieron. Menoetius se llevó las manos a la cabeza, pero ya Danao lanzaba una nueva estocada. Clito levantó el *scutum* a tiempo. Si bien logró zafarse del mortífero ataque de su oponente, un pinchazo en el hombro le hizo encogerse. Apretó la mandíbula.

Rendirse no era una opción. Así que, con ímpetu, se abalanzó contra su oponente. Su lanza, a corta distancia, era inútil y difícil de controlar, y éste lo alejó con una serie de golpes consecutivos de su pequeño escudo. Luego, ejecutó la misma operación que anteriormente e hincó su lanza en el casco rival. Desesperado, Clito desvió el arma con su *scutum*, pero al hacerlo abrió su guardia, y el *hoplomachus* remató contra su cabeza con su pequeño y circular escudo. El *provocator* se tambaleó unos pasos hacia atrás e hincó una rodilla al suelo.

Barbaricus se mordió el labio y Menoetius apretó los puños.

Myrmex, desesperado por su incapacidad de usar el escudo de manera ofensiva, valoró sus posibilidades. O peleaba como de costumbre o estaba perdido. Tras una consecución de golpes y contragolpes cuya intención era la de distraer a su enemigo, de forma repentina alzó el *scutum* y con su borde inferior golpeó el yelmo de Danao. Éste cayó aturdido al suelo, pero él no pudo contener un alarido de dolor al sentir que algo dentro de su hombro se había roto.

—¡Joder!

Marco Helvio Deceneo entrecruzó los dedos. A su lado, Silo estaba ensimismado con el combate. El lanista dudó si detener o no el enfrentamiento. ¿Hasta cuándo aguantaría su orgulloso campeón? ¿Por qué no se rendía y lo dejaba estar?

Myrmex se volvió de lado para mirar a Menoetius a través de los pequeños orificios de su casco. Su amante parecía angustiado, y entonces sintió ganas de llorar. El dolor del hombro era terrible, pero peor era que su amante lo viese derrotado. No, de ningún modo iba a decepcionarlo. Jamás volvería a perder un combate.

Pero Danao tampoco se iba a dejar vencer fácilmente. Sin vacilar, arremetió contra él. Clito intentó levantar el escudo para defenderse, pero el brazo no le respondió y lo único que sintió fue otro terrible pinchazo en el hombro. Al instante siguiente, notó un nuevo impacto en el yelmo y su cabeza dio mil vueltas. El *provocator* contuvo las ganas de vomitar. Y, entonces, la lanza de su rival lo pinchó en el

cuello. La herida no era profunda, pero lo suficiente como para abatir la moral del gladiador.

—¡Defiéndete! —lo instó Danao, en una súplica encubierta en forma de orden.

Clito, exhausto y malherido, retrocedió para ganar distancia y recuperar las fuerzas. Aquello era imposible. El brazo no le respondía. ¿Por qué Fortuna no le favorecía? ¿Por qué le arrebataba la oportunidad de vengarse de Lascivus dos semanas antes de los Ludi Apollinares? ¿Para qué se había sacrificado durante un año entrenando de sol a sol?

* * *

Lucio Sergio Silo frunció el ceño, decepcionado.

—¿Qué le ocurre?

—Creo que está recuperando el aliento —mintió un angustiado Deceneo, que ya preveía el inesperado resultado de aquel enfrentamiento.

El romano lo miró, desdeñoso.

* * *

Pese al agotamiento y el dolor, Myrmex arremetió de nuevo con el *gladius*. Pero cada una de sus estocadas era desviada sin dificultad por el redondeado escudo del *hoplomachus*. A esas alturas, Danao ya había decidido que lo más sensato era dejar que su oponente se cansara. Poco peligro suponía con un solo brazo. Y es que le llegaba un espadazo tras otro, y muchos más, pero no tenían efecto.

En un momento dado, Clito se sintió ridículo. Sabía que no podía vencer, pero era demasiado cabezón para asumir la derrota.

Harto de prolongar el espectáculo, el *hoplomachus* se dispuso a zanjar aquel conflicto y arremedó contra él con la lanza. Clito cayó de rodillas al suelo. Aun así, se negaba a rendirse, y su oponente a darle tregua.

El campeón del *ludus* Helvio se incorporó de nuevo. El dolor en el hombro, ya entumecido, era terrible. El sudor le empapaba el pecho; el calor, asfixiante. Apenas se sostenía en pie, y dedujo que no tardaría en desmayarse. Pero no quería dejarse vencer. La figura de Lascivus hundiéndole el *gladius* en el vientre lo había atormentado desde hacía un año. Prefería morir a seguir viviendo con aquella derrota a su espalda. Y, entonces, ¡pum!, el escudo de Danao impactó con brutalidad contra su casco.

Menoetius, fuera de sí, se metió entre los dos y empujó a Danao.

—¡Basta! —chilló.

—¡Apártate, niño! —exigió el *hoplomachus*.

—¡He dicho que basta! —Y lo amenazó con su tridente.

—Todavía no entiendes lo que es ser un gladiador… —le espetó su compañero, que bajó la guardia para que el reciario se calmara.

—¡Menoetius! —bramó el instructor roxolano.

Completamente fuera de sí, el joven se volvió a mirar si su amante se encontraba bien, pero éste usó las pocas fuerzas que tenía para recriminarle su actitud.

—Me estás avergonzando —murmuró entre estertores—. Vuelve a tu sitio. Este es mi combate.

* * *

—¿Pero esto qué es? —recriminó el romano a su anfitrión.

Deceneo, sobrepasado por la situación, mintió con descaro:

—Una sorpresa que te tenía preparada, para que compruebes el potencial de mi próximo campeón. —Y esbozó una idiota y nerviosa sonrisa.

—No hace falta. Los combates han sido sublimes. Estoy agotado de tanta tensión. Además, se ha hecho de noche, y nosotros tenemos que estar en Histria para cenar.

—Podéis quedaros como invitados hasta por la mañana. Últimamente los caminos están infestados de asaltadores y no me sentiría bien dejándoos marchar —cambió de tema el lanista.

—¿Asaltadores? Que yo sepa los caminos están protegidos por las guarniciones romanas —presumió el magistrado.

—Hace un par de semanas perdí a una remesa de esclavos por culpa de esos malditos criminales. Mataron a mis escoltas y sólo escapó vivo el bueno de Critasiros —explicó con resquemor el anfitrión.

—¿Y por qué no lo trasladaste a la curia? ¡Es algo muy grave! —se agitó el romano.

—En cuanto terminen los Ludi Apollinares, me ocuparé de ello, Silo. Se la tengo jurada a esos malnacidos —se ofuscó Deceneo—. Por eso te propongo que os quedéis esta noche a dormir aquí.

—No queremos causarte más molestias. —Silo se mostró modesto por primera vez.

—Para nada, amigo mío —repuso Deceneo, dándole un golpecito en el hombro para animarlo a entrar en el despacho—. Además, tenemos un contrato que firmar.

—Sí, respecto a eso —dijo el magistrado mientras se dejaba conducir hacia la casa—, tenemos que modificar una de las cláusulas.

—¿Cómo dices? —El comerciante se puso pálido.

—Myrmex prometía mucho, pero no lo he visto… al cien por cien.

—Eso es porque necesita descanso —se inventó con rapidez Deceneo.

—No me mientas, por favor. Ese infame no puede ni levantar el escudo. Se ha lesionado durante el combate, ¿o es que no lo has escuchado maldecir?

No veía por qué alargar por más tiempo la farsa, y decidió darle la razón a su compañero. Asintió con la cabeza.

—En la legión aprendí bastante de medicina, sobre todo de traumatismos. Myrmex es incapaz de mover el brazo, y eso es indicativo de una lesión jodida. No va a estar recuperado en una semana —le explicó con seriedad el romano.

—Entonces… —Deceneo, que ya se veía fuera de los juegos, sintió ganas de derrumbarse.

—Entonces vamos a cambiar los términos del contrato. Hay una nueva promesa en tu *ludus* que quizá pueda plantar cara a Lascivus.

—¿Danao? —se calmó el lanista al constatar que Silo no quería sacar a sus hombres de los Ludi Apollinares.

—No, él no —negó Silo con la cabeza—. El reciario.

* * *

Menoetius le ofreció el brazo a Clito para ayudarlo a incorporarse, pero éste lo rechazó de un manotazo. Por el contrario, cuando el instructor roxolano acudió en su auxilio, se apoyó en él y juntos marcharon a la enfermería.

El reciario, iracundo y entre lágrimas, se aproximó hasta Danao.

—¿Por qué lo has hecho? ¡Es tu compañero! —le recriminó con desprecio.

—Por eso mismo, niño —le contestó con tosquedad el *hoplomachus*.

El joven, sin entender, negó con la cabeza.

—Lo has humillado delante de todos…

—Lo has humillado tú, con tu actitud infantil. Ser un gladiador no es sólo saber usar esto —y asió su lanza con fuerza—, sino mantener tu espíritu hasta el final del combate, independientemente del resultado. Ser un gladiador es aprender a sufrir y a soportar el dolor. Y eso es algo que parece que nunca entenderás —sentenció.

Y, volviéndose, lo dejó completamente solo.

XXXII
COMPASIÓN

«Quod amicum tantum in foro et in curia quaeras,
et domi invenies
(No busques los amigos solamente en el Foro y en el Senado,
puedes encontrarlos en casa)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 5, 47, 16

Menoetius, ansioso por conocer el estado de Clito, se dirigió hacia la enfermería. Barbaricus y Pugnax estaban en la puerta. Al verlo, arrugaron los morros en señal de desacuerdo. El chico ignoró su gesto e hizo ademán de entrar, pero el roxolano se interpuso y le impidió el acceso.

—¿Qué pasa, Barbaricus?

—Mejor no —dijo con su acento estepario.

—¿Por qué? —titubeó el muchacho.

—Myrmex necesita tiempo —le respondió.

—Pero ¿por qué no puedo ver cómo está? —insistió el reciario.

—Porque te culpa de haberlo humillado —confesó Pugnax en voz baja desde el vano de la puerta.

Aquellas palabras derrumbaron al joven. Un doloroso nudo en la garganta le impidió hablar. ¿Qué había hecho mal? ¿Acaso debería haber permitido que Danao lo golpease hasta desfallecer? ¿Era así

como asumía la derrota un campeón?

—Lo peor para un gladiador no es perder frente a un enemigo, Menoetius, sino frente a uno mismo —explicó el *secutar*.

El reciario se sentía demasiado abrumado como para reflexionar con claridad y comprender las palabras de Pugnax. Se asomó por el vano y vio de reojo a Clito, sentado sobre el poyete donde el médico lo atendía. Parecía sereno, pero apenado. Sus ojos rojos delataban que había llorado. El joven respiró hondo. Si los dos gladiadores le recomendaban esperar, así lo haría, aunque sintiese que el corazón le estallaba en mil pedazos.

* * *

—¿Dónde está Kinane? —preguntó Deceneo mientras Dinamia servía la cena.

Las tres mujeres presentes se miraron, y Marcia soltó una risita. La desobediencia de un esclavo era motivo para avergonzarse. Significaba la pérdida de la autoridad dentro del hogar. Y, aunque Laódice estaba deseosa de contarle a su marido lo sucedido, hacerlo delante de Silo y su esposa los pondría en evidencia.

—Vaya tarde de emociones —comentó la romana con exaltación.

—La verdad es que sí —confesó su marido mientras se llevaba un pellizco de pescado a la boca, pensando que su mujer se refería a los combates gladiatorios.

La falta de respuesta de Laódice era suficiente indicio para que Deceneo sospechase, y más al pensar en las ocasiones en que su esposa había maltratado a la esclava. ¿Qué habían hecho las dos mujeres mientras ellos hablaban de negocios? Aun así, consciente por el semblante pálido de su esposa de que no era adecuado insistir, desvió el tema.

—¿Os habéis enterado de que un agitador merodea por Historia?

—No me extraña. La ciudad está llena de rumores; las multitudes

se amontonan y cada quien tiene una opinión sobre los asuntos públicos —alegó Lucio Sergio Silo.

—Yo he escuchado que viene de Callatis, que allí está en busca y captura por la guardia urbana —añadió Laódice, orgullosa de poner su granito de arena en la conversación.

—Lo capturaremos, tarde o temprano. La gente como él no tarda en pifiarla —aseguró el romano.

—Entre éste y los asaltadores de caminos… Es imposible mantener el orden en la región —se quejó Deceneo.

—El ejército hace lo que puede, mi buen amigo —comentó con cierto resquemor su invitado.

—No lo dudo —respondió, y cambió de tema antes de que se iniciara una posible discusión— ¿Os gusta el vino? Es ni más ni menos que de Falerno.

—¿De Falerno? —se sobresaltó el viejo soldado—. Si ya en Roma es caro, me imagino lo que te habrá costado traerlo hasta aquí. ¡Por Baco!

* * *

Kinane, acuclillada en un rincón de su cubículo, lloraba desconsolada. Los ojos le escocían y, de no ser porque no deseaba ser ciega, se los habría arrancado para terminar con tanto dolor. Con la cabeza entre las piernas, se tiraba con rabia del pelo. Tenía ganas de desaparecer, de no sentir más. La angustia se la estaba comiendo. ¿Por qué los dioses la habían abandonado? ¿Por qué ella, que jamás había perjudicado a nadie, era tratada peor que un perro? ¿Por qué Laódice era tan mala con ella? Se llevó la mano a la boca y se mordió con fuerza. El intenso dolor no le importó. Poco a poco, la sangre le empapó los dientes, las encías y los labios.

Desde el primer día, su ama había pretendido destruirla. Le parecía una mujer arrogante y odiosa, que eliminaba sin ningún

miramiento cualquier persona que le hiciese sombra. No había nada más importante que su posición. Sólo cuando ella no estaba cerca, se sentía tranquila. En realidad, allí tenía su propio cubículo, un espacio privado que no compartía con nadie. En su casa, nunca había gozado de algo así, de modo que, en lo material, su vida era mejor como esclava que libre. ¿Pero a qué precio? ¿Al de ser sometida por una vil mujer que la odiaba? ¿Al de renunciar al cariño de su familia? Su padre había muerto, asesinado. Su madre estaba sola. Y su hermano se pudría bajo tierra, entre escombros. Cada vez que recordaba el paisaje desértico e infernal de las minas, sólo podía pensar en el martirio del pobre Seutes. Y, a decir verdad, ni siquiera sabía si seguía con vida. Quizás hacía tiempo que había muerto sepultado bajo las rocas de aquellos laberínticos y oscuros túneles.

* * *

Clito, abatido, se dejó caer en el catre. Los ojos le escocían y el hombro, ardiente, le dolía como si un puñal le atravesase la carne. Después de su derrota contra Lascivus, aquél había sido uno de los peores días de su vida. No sólo había sido humillado delante de todo el mundo, incluidos sus compañeros y su *dominus*, sino que el causante había sido Menoetius. ¿Por qué no le había dejado levantarse una vez más? ¿Por qué no le había permitido ser derrotado de manera honrosa? ¿Aún no entendía lo que significaba ser un gladiador?

Demasiadas preguntas se agolpaban en su cabeza, a punto de estallar. Se levantó, con desgana, y apagó con un soplido la pequeña lucerna que iluminaba el cubículo. Después, se acomodó y buscó la mejor postura para que su hombro no se resintiese. Fatigado y presa del cansancio, la divinidad del sueño se apiadó de él y, con su manto, lo condujo a parajes más llevaderos.

* * *

—¿Y bien? ¿Contaremos con el afamado campeón durante los juegos? —inquirió Marcia, curiosa.

Deceneo, incómodo, carraspeó para ganar tiempo. Por fortuna, fue su colega quien tomó la palabra.

—No, querida, pero he descubierto a otro que lo reemplazará, y creo que estará a la altura de las circunstancias —comentó—. De hecho, Deceneo —y éste abrió los ojos, aguardando sus palabras—, creo que ya sé cómo venderé su combate de una manera que el público lo espere ansioso. —Se puso de pie para darle dramatismo a su interpretación—: «Menoetius, el discípulo de Myrmex. La joven promesa entrenada para ejecutar su venganza». —Y sonrió como si hubiese inventado la sopa de ajo.

Deceneo concluyó para sí que el romano era un auténtico idiota, aunque, en aquellas circunstancias, eso lo beneficiaba. Si un *tiro* entrenado por Myrmex derrotaba al temible *provocator* de la escuela de Arístides, la fama de su *ludus* se elevaría por las nubes. Y, si no, moriría sin más y su campeón tendría la oportunidad de vengarse al año siguiente, si es que los dioses no le volvían a dar la espalda.

* * *

Con sigilo, Menoetius se asomó a la puerta para averiguar si Clito se encontraba mejor. La celda estaba a oscuras, lo que le hizo suponer que se había acostado con intención de dormir. Al poco, la fuerte respiración le indicó que había logrado conciliar el sueño a pesar del dolor. Aun así, decidió asomarse.

Myrmex descansaba plácidamente, y Menoetius suspiró, más

relajado, al verlo en paz. Se acercó al catre de puntillas, para no despertarlo, se acuclilló y acercó su rostro al de su amado. Su cálido aliento le acarició la nariz y las mejillas, y un agradable escalofrío le recorrió la espalda. Muy a su pesar, no era el momento oportuno de molestarlo, y se conformó con aspirar su olor a sudor, sal y arena, tan inconfundible. Había algo más, una esencia particular, adictiva e indescriptible que el reciario nunca había apreciado en nadie más.

Consciente de que llevaba demasiado rato allí y de los riesgos que eso implicaba, se puso en pie y, con delicadeza, le acarició el pecho.

—Lo siento… Ojalá algún día consiga que te enorgullezcas de mí —se despidió y abandonó en silencio la oscura celda.

Myrmex, sumido por el sueño, sintió una agradable caricia en la piel. Abrió los ojos y echó un vistazo a su alrededor, pero no había nadie.

* * *

Marco Helvio Deceneo se paseaba por la alcoba, arriba y abajo, histérico. La cena había transcurrido de manera incómoda tanto para él como para su mujer. Pese a todo, Laódice, dentro de su ser, se sentía eufórica después de haber plantado cara a la esclava armada.

—Dime qué ha ocurrido con Kinane —le exigió enfadado.

—Amor mío, no creo que sea el mejor momento para hablar del tema. Suficiente tienes con lo tuyo —titubeó ella, preocupada por si estallaba allí mismo.

—¿Pero es que no ves que si no me lo cuentas me enfado aún más? —le gritó él, apretando los puños con fuerza.

—¡Chist! Baja la voz. Marcia y Silo están aquí al lado —murmuró, inquieta.

El comerciante dio unos pasos hacia ella, amenazador.

—Pues confiesa de una maldita vez lo que ha pasado.

Laódice sintió su aliento en el rostro.

—¿Por qué te importa tanto esa niñata? —repuso molesta.

—No es eso —alegó él, contrariado—, sino que cuanto ocurre bajo mi techo es de mi incumbencia. Y más todavía si Marcia ha sido partícipe.

—Esa furcia —verbalizó Laódice con rabia— ha amenazado con un cuchillo a Dinamia delante de Marcia.

—¿Cómo? —se sobresaltó el hombre, incrédulo.

—Por lo visto, Dinamia llevaba el vestido que esa fulana trajo consigo cuando llegó a nuestra casa. Está loca, amor mío —añadió —, y, si no fuera porque le he plantado cara, no sé si el desenlace hubiese sido el mismo.

Deceneo se aferró al rostro de su mujer y la miró a los ojos.

—¿Te ha hecho daño? —preguntó, angustiado—. ¿Os ha hecho daño a alguna de las dos?

—Gracias a Fortuna no ha ocurrido nada más.

—¿Y todo delante de Marcia? —se indignó de repente.

La mujer asintió. Deceneo, movido por un arrebato, abandonó la alcoba con brusquedad. Laódice, preocupada, salió tras él y lo agarró por la túnica. Éste se agitó y se zafó de sus garras. Presa de la ira, aporreó la puerta que daba a la habitación de invitados y Silo, alarmado, no tardó en salir a su encuentro.

—Acompañadme —ordenó con firmeza el enfurecido *dominus*.

El romano y su esposa, sin entender lo que ocurría, obedecieron. Se cruzaron con Critasiros, quien estaba entretenido en terminar unos cálculos con el ábaco, pero, al ver la enfurecida expresión de su amo, se puso en pie de inmediato, decidido a seguirlo. Dinamia, alarmada por el alboroto, también se sumó al grupo.

Deceneo entró en el cubículo de Kinane de un portazo. La muchacha, aun sollozante en su catre, se asustó, pero no tuvo tiempo de entender lo que ocurría. De un manotazo, Deceneo la agarró por el pelo y la sacó a rastras. Sólo pudo chillar antes que, una vez fuera, la dejara caer al suelo con brusquedad y la emprendiera a patadas. A cada golpe, Kinane estaba más segura

que no vería un nuevo amanecer y que aquélla era la última noche de su vida. En un momento dado, notó un impacto contra sus costillas que le cortó la respiración. Algo dentro de ella se había roto.

Laódice, aunque satisfecha al principio, pronto se sintió rara frente a la brutal paliza. No era culpabilidad ni pena, sino un sentimiento difícil de describir con el que no estaba cómoda. Critasiros, consciente de que la razón de aquella tunda era haber amenazado a Dinamia con un cuchillo, se limitó a contemplar la escena y esperar a que su amo se cansara. Dinamia giró la cara; tenía suficiente con escuchar los angustiosos gemidos de su compañera. Marcia se tapó los ojos con las manos, y Silo se cruzó de brazos y aguardó el final de la escena, sin comprender nada.

—¿Quién cojones te crees que eres? —se oyó entonces, y le propinó otra patada en el costillar.

El golpe le hizo perder el aliento, y sus músculos se contrajeron.

Con tanto alboroto, muchos de los gladiadores se habían asomado a los ventanucos de sus cubículos y empezaban a murmurar.

—¡Todos a dormir! —ordenó Deceneo, fuera de sí.

Kinane temblaba sin control. Por un momento, los presentes allí creyeron que la había golpeado hasta matarla. Tampoco importaba. Al final, no era más que una esclava que había provocado problemas desde su llegada.

Deceneo se frotó los dedos de los pies. Le dolían después de tantas y tan contundentes patadas. Y, sin mirar atrás, se dio media vuelta en dirección a la *domus*. Tras él, en completo silencio, avanzaron su esposa, el administrador, la esclava y sus dos invitados. Una vez llegaron al piso superior, el comerciante se giró hacia el romano y su pareja.

—Laódice me ha contado lo sucedido esta tarde —dijo, aún fatigado por el esfuerzo—. Siento mucho las molestias que os ha causado mi *serva*. Espero que consideréis adecuado el castigo infligido —se excusó, recuperando la compostura.

—No… pasa nada —manifestó Marcia, todavía abrumada por la

terrible paliza.

—Al final, los esclavos son como animales —añadió Laódice, pese a seguir acompañados por Dinamia y Critasiros—. Hay que enseñarles a comportarse y es inadmisible lo que ha ocurrido esta tarde. Mis más sinceras disculpas.

Lucio Sergio Silo y su esposa asintieron. Luego, Deceneo ordenó a Dinamia que se encargara de proporcionarles vino y cualquier capricho que deseasen para ayudarlos a conciliar el sueño. Después, cada pareja regresó a su alcoba, aunque todos estaban desvelados por completo.

En su dormitorio, Deceneo se paseó por la habitación hasta que se encontró mejor. Laódice, que lo conocía bien, sabía que su marido hacía eso siempre que quería relajarse y que lo mejor era no interrumpirlo. La mujer se metió en la cama y esperó.

—Si esta noche no se muere, en cuanto pasen los Ludi Apollinares se la vendo a Kávaros —soltó él cuando se acostó junto a ella—. Estoy cansado de tener tantos quebraderos de cabeza por su culpa.

En el fondo, la mujer sintió alivio. Al fin se desharía de esa chiquilla insolente. Aquella noche, ella fue la única que durmió plácidamente.

* * *

Kinane respiraba con dificultad. Temblaba sin parar y los dolores la consumían. Cada vez que tomaba aire, notaba unos terribles pinchazos en el pecho. El sonido que hacía a cada bocanada era como un afligido ronquido. Y el frío, fuera, era demoledor. Su cara, aplastada contra el suelo, estaba llena de arena, babas y lágrimas. Confiaba en que Tánatos no tardaría en ir a por ella. Las Moiras habían decidido cortar el hilo de su vida. Aquél era su miserable y patético final. Pero no le importaba. Lo único que deseaba era dejar

de sentir aquel tormentoso castigo.

* * *

—Cotis, ¿qué es eso? —preguntó el gladiador desde el ventanuco de su celda.

—La esclava nueva —respondió el guardia pelirrojo—. Creo que Deceneo la ha matado de una paliza.

—¿En serio? —se sorprendió Clito.

—Está ahí tirada y no se mueve… —dudó el otro, mirando de nuevo hacia la sombra que yacía en el suelo.

—Ábreme, te lo suplico —le pidió el campeón del *ludus* Helvio.

—Sabes que no puedo hacer eso. Casi todo el mundo está despierto.

—Te daré lo que quieras, Cotis, pero ábreme. Si no la ayudamos, sí que se va a morir —se apiadó el gladiador.

El otro echó una ojeada al piso superior de la *domus* y comprobó que no había ninguna luz encendida. Luego, paseó por el patío y se cercioró de que nadie permanecía asomado. A continuación, aún lleno de dudas, despasó el cerrojo de la celda. El malherido gladiador asintió en señal de agradecimiento y se acercó con sigilo a la muchacha. Clito sintió una enorme rabia. La habían abandonado como a un perro sarnoso. Con suavidad, se acuclilló y escuchó su lamentosa respiración.

—Esto te va a doler, pero tengo que cogerte en brazos —susurró, compasivo.

Con delicadeza, pasó una de sus manos por su nuca y otra por los muslos e intentó levantarla. Pero, al instante, notó un terrible pinchazo en su hombro. A punto estuvo de soltarla. Gruñó, hizo acopio de todas sus fuerzas y, paso a paso, a pesar del dolor, la llevó hasta su cubículo. Cuando la depositó sobre el catre, el hombro se resintió de nuevo. Apenado, se acercó hasta una palangana y mojó

un paño, que llevó luego a los labios de la maltrecha chiquilla. Entre temblores, Kinane sorbió con dificultad, pero parecía buscar el agua con ansia. Al verla así, Myrmex sintió unas ganas feroces de entrar en la *domus* y arrancarle la cabeza al miserable de su amo.

Cotis penetró en el cubículo y observó la terrible escena.

—Me voy a quedar aquí un poco más —comentó entristecido el *provocator*.

—Ni de broma. Me vas a meter en un lío —refunfuñó el vigilante.

—Haz lo que tengas que hacer, Cotis, pero no voy a dejarla sola. Confía en mí, por favor —le rogó.

El centinela se mordió el puño, ansioso. Si alguien los descubría, perdería el trabajo.

—No tardes, o nos clavarán a los dos en una cruz —sentenció, y salió para continuar con su ronda.

XXXIII
CONTRATIEMPOS

«Forsan miseros meliora sequentur
(A los miserables quizá les sucedan cosas mejores)»,

Publio Virgilio Marón, *Eneida*, 12, 153

Ante diem IV Kalendas Iulias.
28 de julio

Deceneo y Laódice se despidieron de sus invitados al amanecer, con toda la cortesía debida, pero conscientes de que la visita distaba mucho de cuanto habían imaginado en un principio.

Ella, consciente de que su marido seguía enfurecido, decidió dejarle su espacio y volver dentro de la casa sin decir ni una palabra. Él se quedó observando la salida del sol. Nada de cuanto había pedido a los dioses se había cumplido. De hecho, tenía pendiente comunicar a Myrmex que, como era evidente, quedaba fuera de los juegos. Un año de arduo entrenamiento y esfuerzo perdido. La única buena noticia era que Silo había apostado por Menoetius, su joven promesa.

En el vestíbulo, el lanista lanzó una fugaz mirada de desprecio hacia el larario. Las sacras figurillas de bronce lo escrutaban desde la pequeña réplica en forma de templo. Junto a ellas, aún permanecían

las ofrendas del día anterior.

—¿Por qué me dais la espalda a pesar de ser un hombre virtuoso? ¿Por qué nunca atendéis mis plegarias? ¿Es que no muestro la suficiente *fides* ni soy piadoso con vosotros? —se atrevió a recriminar a las deidades.

Critasiros, que entraba en ese momento en el atrio con intención de dirigirse a su escritorio, reculó y esperó fuera.

—Y no sólo me humilláis con perder a mi mejor gladiador de una forma ridícula dos semanas antes de los juegos en honor a Apolo, también me atormentáis al negarme la posibilidad de aumentar mi estirpe. ¿Es que disfrutáis con mi tormento? ¿Es ése el motivo? —Deceneo se encolerizaba más con cada palabra—. Ni mi mujer ni yo nos merecemos vuestro divino castigo.

* * *

Laódice, distraída en busca de ropa más cómoda, se sobresaltó cuando su esposo irrumpió en la estancia. Con dedicarle una leve ojeada supo que no había calmado su furia.

—No te cambies —le ordenó Deceneo toscamente.

La mujer sintió un vacío en el estómago.

—¿Qué pasa ahora, esposo?

—Ayer te presentaste aquí junto a Silo y su esposa sin pedirme permiso y sin avisarme de tu visita. ¿Eres consciente de lo que habría podido ocurrirte? ¡Los caminos están infestados de asaltadores!

Laódice, consciente de que lo que había molestado a su esposo era haberse puesto en peligro, se acercó a él y rodeó cariñosamente su prominente barriga con los brazos.

—Pero aquí estoy, sana y salva —murmuró, cariñosa.

—Te dejé en Histria para poder ocuparme tranquilamente de organizar los juegos. Necesito paz hasta la semana que viene —

confesó él, zafándose de los brazos de su mujer.

Laódice no esperaba aquella antipática reacción y retrocedió, molesta.

—¿Es que conmigo no encuentras la paz, Dekaineos? —Y pronunció su nombre griego con desdén.

—¡Mira lo que sucedió ayer! ¡Una esclava casi te acuchilla! Necesito tranquilidad. ¿Por qué te enfadas? Si lo mejor es que me quede aquí solo hasta zanjar de una maldita vez el tema de los Ludi Apollinares.

—¡Pues échala a ella, no a mí! —se enfureció ella—. ¿Has olvidado que soy yo tu esposa?

—No es eso… —Deceneo se llevó la palma de la mano a la frente —. Es sólo que eres una mujer con carácter, ya lo sabes. —Laódice se quedó en silencio, esperando a que su marido dijera algo más, y él no tardó en darse cuenta de ello—: Cuando esto pase, me encargaré de vendérsela a Kávaros, como te prometí.

La *domina* respiró hondo, decaída. A pesar de su desacuerdo, la última palabra la tenía él. Deceneo, algo más calmado, la besó en la frente.

—En breve estaremos juntos disfrutando de unos buenos combates, ya verás. Haré que este esfuerzo valga la pena —le susurró con ternura.

* * *

Poco después, una carreta transportaba a la Laódice, a su esclava y a una comitiva de más de una decena de escoltas en dirección a Histria. A pesar de su enfado inicial, estimó que su marido quizá tenía parte de razón. Además, era un hombre de palabra. En una semana aquella pesadilla daría paso al mejor momento del año. Y, tal y como le había prometido, la sarnosa Kinane desaparecería de escena para siempre.

* * *

Seutes se detuvo a mitad del túnel, jadeante. El calor era sofocante y parecía que aquel día el polvo flotaba más que de costumbre. Comio, a su zaga, se detuvo junto a él cuando lo escuchó toser con brusquedad.

—Eso no suena bien, hermano —le dijo, preocupado.

El histriano se frotó los ojos, rojos.

—El otro día escupí sangre… —confesó, abatido—. Si no salimos pronto de aquí, la mina acabará con nosotros.

El soldado apoyó la mano sobre su hombro en señal de apoyo. De repente, sin embargo, un bramido los hizo volverse.

—¡Eh, vosotros dos! —escucharon desde la bocamina—. ¡Venid aquí!

Sin duda, era la voz de un guardia. Comio y él se miraron, asustados. Los vigilantes siempre evitaban introducirse en aquellos angostos y laberínticos túneles. Al fin y al cabo, bajo tierra no tenían ningún tipo de control y más de uno no había vuelto a la superficie. El soldado apartó a Seutes a un lado.

—Espérame aquí. Voy a ver qué quiere ese hijo de puta.

Con las prisas por salir, la luz del sol lo cegó y tardó en identificar a la persona que los buscaba. A su alrededor, se apelotonaban una decena de guardias. Algo malo estaba a punto de suceder.

—En esta veta trabaja un tal Oroles, ¿verdad? —preguntó el centinela, cuya mano descansaba sobre su bastón sujeto al cinto.

—¿Oroles? —Se llevó las manos a la barbilla, pensativo—. No, no me suena —mintió él.

—Tu capataz —se entrometió otro, de mayor envergadura, con tono amenazador.

Comio lo observó con altanería. Por muy grande que fuese, de contar con su espada le hubiera cercenado la cabeza sin pestañear.

En ese momento, Seutes, alarmado por la tardanza de su compañero, llegaba a la salida.

—¿Quién lo pregunta? —dijo el soldado al fin.

El enorme guardia se aproximó hasta el minero y se le encaró a escasas pulgadas del rostro.

—No me toques los cojones. Dile a Oroles que salga si no quieres que os coja a ti y a tu amigo y os meta el bastón por el culo hasta que os lo saque por la boca.

A su alrededor, muchos mineros analizaban la escena con interés. Seutes, consciente de que Comio podía perder el control en cualquier momento, lo asió por la túnica y lo empujó hacia el interior del agujero. Ya dentro, el soldado apartó a su amigo de un manotazo.

—¿En serio vas a entregarles a Oroles? —inquirió, iracundo.

—¿Eres tonto? —le contestó Seutes—. Lo que vamos a hacer es preguntarle qué hacemos.

Sin tiempo que perder, avanzaron por los estrechos canales hasta llegar a la cámara de extracción, donde sus compañeros picaban con ahínco. El geta advirtió que sucedía algo extraño cuando ambos se detuvieron en silencio tras él.

—Oroles, un guardia pregunta por ti… —susurró Seutes con cierto temblor en la voz.

El capataz dejó el pico en el suelo e hizo ademán de marchar hacia la salida, pero Seutes se interpuso en su camino.

—¿Vas a ir, así sin más? ¡Hay una decena de guardias esperándote! —exclamó.

Oroles tragó saliva y meditó durante un instante hasta que asintió. Después, los señaló, a ambos, y negó con la cabeza, tras lo cual chocó los puños. El geta no quería que se enfrentasen a los guardias. Por último, los cogió por la nuca y chocó su frente con las suyas a modo de despedida. Luego, se dio la vuelta y caminó hacia la salida. Ellos lo siguieron. Sólo sus pasos lo delataban en la oscuridad, hasta que Seutes y Comio volvieron a distinguir su silueta a contraluz en la boca de salida.

A los guardias se les notaba nerviosos. En cuanto lo vieron aparecer, dos de ellos lo agarraron, uno a cada lado, y se lo llevaron a empujones pendiente arriba. Decenas de esclavos los rodearon con intención de enfrentarse a ellos y liberar a su líder, pero Oroles negaba con la cabeza de manera insistente. No habría derramamiento de sangre. Seutes y Comio contemplaron la escena con exasperación, impotentes. El soldado, fuera de sí, cogió una piedra de la carreta más cercana y la estrelló contra el suelo, haciéndola añicos.

—¡Eh, tú! —le voceó el guardia más cercano.

Comio se dio la vuelta, amenazador, y se encaró con el centinela. Al instante, el guardia descargó con dureza el garrote contra la clavícula del revoltoso prisionero. El soldado se encogió en el suelo. Seutes, alarmado, se acercó para socorrerlo, pero el militar masculló entre dientes mientras recibía un golpe tras otro:

—¡Avisa a Hidna!

Entendiendo que su amigo trataba de ganar tiempo, salió corriendo pendiente abajo.

Cuando llegó cerca de la bocamina donde trabajaba Hidna, el centinela se extrañó al verlo llegar a toda prisa, sofocado y sin aliento. Seutes lo obvió y entró en el túnel. Allí se detuvo un momento. No conocía aquel entramado, y el recorrido parecía muy diferente al de su propia galería. Tal y como le había sucedido la primera vez, tuvo que ir con cuidado de no tropezar con los agujeros de ventilación ni chocar la cabeza con ninguna piedra.

Al fondo, una luz anaranjada y tintineante le indicó el camino. A paso lento pero seguro, llegó hasta una bifurcación. Con más experiencia que antaño, agudizó el oído y escuchó de dónde procedía el rítmico ruido de los picos contra la roca. Debía ser cauto, pues era fácil que el sonido se moviera de manera engañosa por aquellos irregulares pasadizos. Pero, bajo el amparo del divino y oscuro Skotos, tomó un ramal, luego zigzagueó por otros, hasta encontrar la cámara de extracción principal. En cuanto la alcanzó, Seutes tosió con brusquedad, lo que delató su presencia. Una

decena de mineros se giraron extrañados por su inesperada visita. Entre ellos, se encontraba una corpulenta y morena mujer a la que el histriano reconoció de inmediato, pese a la penumbra.

—¿Qué haces aquí, novato? —inquirió Hidna, desconcertada, mientras el descompuesto joven recuperaba el aliento.

—Ven… —dijo antes de escupir un esputo sanguinolento.

Ella se adelantó sin abandonar su pico y salieron juntos a la entrada de la galería.

—Han detenido a Oroles… —le contó Seutes, sin saber qué más añadir.

La minera, pasmada por la inesperada noticia, palideció.

—Por Skotos, ¿cuándo?

—Ahora mismo. Alguien lo habrá delatado.

El rostro de Hidna se ensombreció. Apoyó la espalda en la roca de la pared y se deslizó hasta el suelo. Miles de preguntas pasaban por su cabeza como un torrente, y respiraba agitada. El ruido de su pico cayendo al suelo rompió el terrible silencio.

—Tenemos que rescatarlo —fue lo único que se le ocurrió decir a Seutes.

—Dame un momento, novato. Necesito pensar. —Se llevó las manos a la cara y se tiró de los pelos, en un intento por mantener la mente fría.

Seutes asintió. Se daba cuenta, al fin, de la gravedad de la situación. No sólo la vida de Oroles corría peligro, sino también la suya, y la de muchos. Si alguien había delatado al geta, ¿qué otros nombres habría dado? ¿Soportaría su capataz las terribles torturas? ¿Acaso él no los delataría? Conforme más reflexionaba, más nervioso se ponía.

—Tenemos que rescatarlo y escapar, Hidna —insistió—. Ya he perdido a mi padre, y no pienso perder a nadie más.

La mujer se incorporó. Ese muchacho llevaba muy poco tiempo en aquel infierno, y no era el protagonista de ninguna epopeya. Allí, bajo los mortíferos dominios de Skotos, la carne se atrofiaba, las uñas se ennegrecían y los pulmones enfermaban. Cualquier día

podía ser el último, por mucho empeño que se mostrase en anteponerse a un destino inexorable.

—Tenemos que actuar con cabeza…

—¿Vas a dejar que maten a Oroles? —gritó, furioso.

Hidna lo miró de manera fulminante, lo cual fue suficiente para que el histriano retrocediera un par de pasos.

—¿Te crees que eres el único que ha perdido a alguien? ¿Acaso olvidas que mi hijo y mi esposo murieron sepultados bajo una pila de escombros? Aquí todos sufrimos por igual. Y es por eso que tenemos que escapar para que esto termine. Pero no es sólo nuestra lucha.

Seutes se dejó caer sobre su compañera, y ésta lo rodeó tiernamente con sus brazos. Apoyado en su pecho, sollozó. Por un momento, la veterana minera cerró los ojos e imaginó que se trataba de su pequeño Artulus, algo mayor, pero igual de aterrorizado por el mundo en el que les había tocado vivir. Sin darse cuenta, le estaba acariciando el cabello, áspero por culpa del polvo, el sudor y la inmundicia.

—La muerte de un ser querido jamás sana, porque cicatriza en el corazón. Nunca se supera la pérdida, Seutes, sólo se aprende a convivir con ella.

El muchacho alzó la mirada, enrojecida por el llanto. La mujer recordó a su esposo e hijo y un terrible nudo le aprisionó la garganta y le impidió hablar.

—Hidna… —murmuró al fin el chico en voz baja. La minera, ocupada en secarse las lágrimas, no respondió—. Creo que sólo han delatado a Oroles, si no, habrían venido a por ti.

—O puede que me usen de cebo —contestó ella con rapidez—. No has hecho bien en venir a buscarme.

—¿Entonces ahora qué hacemos?

—Terminar el túnel cuanto antes. Contactaremos como de costumbre. Si ves a alguien comportarse de forma extraña o merodear por allí abajo, sé cauto e infórmame.

Seutes asintió con decisión.

—Y no vuelvas a entrar en mi galería por la bocamina, a la vista de cualquiera —le ordenó la mujer—. Cuando tengas oportunidad, sigue con el túnel. Yo moveré mis hilos para que todo esté listo llegado el momento.

El novato respiró hondo. Quizás había alguna remota posibilidad de rescatar a Oroles y escapar con vida de aquel infierno.

—¿Crees que Oroles cantará?

—Ni aunque le arranquen las entrañas con los dientes —afirmó la mujer.

La respuesta lo alivió durante un momento, pero no tardaron en asaltarle las dudas de nuevo.

—Si él no está, ¿quién terminará el túnel y abrirá la compuerta?

—No tenemos muchas opciones, novato. —Hidna posó su mano sobre el hombro del nervioso muchacho.

* * *

Al regresar a su galería, encontró a Comio recostado sobre el muro de piedra. Asustado, Seutes se apresuró a socorrerlo. El malherido soldado sonrió, con los dientes manchados de sangre.

—Estamos jodidos, ¿verdad? —preguntó, levantando los brazos, con las muñecas encadenadas.

XXXIV
SEDICIÓN

«Facta non verba
(Hechos, no palabras)»,

Locución latina

Deceneo eructó, satisfecho, y apartó a un lado el plato vacío. Una cena frugal para su gusto, pero suficiente. La oca hervida sazonada con salsa de *garum*, aceite de oliva, pimienta, cilantro, menta y ruda había logrado saciar su voraz apetito. Así pues, reposó un rato y luego ordenó llamar a Clito para anunciarle las malas noticias.

El gladiador había esperado aquel momento desde su derrota frente a Danao. Había quedado en evidencia delante de todo el mundo. Era de esperar que prescindieran de él para los juegos. Veía innecesario el gesto de su *dominus*, aunque entendía que era de buena fe. Cabizbajo, abandonó su cubículo custodiado por el bueno de Cotis en dirección a la *domus*, donde lo recibió Critasiros.

Sin saludarlo, lo guio al interior de la casa, hacia las escaleras que lo llevarían al piso superior. Clito ya conocía el camino, pero jamás había imaginado que volvería a estar allí para ser informado de que quedaba descartado para los Ludi Apollinares.

En su despacho, Marco Helvio Deceneo lo aguardaba de pie, como taciturno. No le gustaba encontrarse en esa tesitura, pero veía

justo ser transparente con su mejor gladiador.

—Siéntate —le pidió, señalándole un taburete cercano a su escritorio.

Apesadumbrado, el esclavo obedeció.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó entonces, con cierta tristeza en su tono de voz.

Clito supuso que el lanista estaba decepcionado por haber perdido la oportunidad de participar en el combate más esperado del año. Y decidió ser sincero.

—Mal, *domine*.

—Es normal —dijo el otro tras respirar hondo—. Ambos esperábamos que este año te vengaras al fin de Lascivus. Sé que tú estabas igual de entusiasmado que yo.

El orgulloso gladiador agachó la cabeza. Sus peores temores se confirmaban.

—Sin embargo, te honra haber entrenado a Menoetius —añadió, en un intento por alegrarlo—. En pocos meses lo has convertido en un candidato a campeón. ¡Su combate contra Pugnax me dejó boquiabierto!

Myrmex recordó la humillación que le había hecho sufrir. Sus intenciones no habían sido malas, pero había quedado en ridículo frente a sus compañeros y su *dominus*. Y, ahora, éste lo felicitaba por haberlo entrenado. A eso había quedado relegado, a un mero instructor.

—Sonríe un poco, Myrmex. Este año, aunque no lo creas, me has salvado de un buen contratiempo.

—¿Cómo, *domine*? —El asombro repentino de Clito se reflejó en su semblante.

Helvio Deceneo lo tomó por los hombros y habló con entusiasmo:

—Gracias a ti también nos enfrentaremos a Lascivus en esta edición. ¡Arístides se va a enterar!

—No entiendo nada, *domine…*

—Menoetius se encargará de ponerlo en su lugar. Vengará tu afrenta y le hará morder el polvo. ¡Será el combate del año! Ya verás

cuando anuncien que el pupilo de Myrmex anhela derrotar al mayor enemigo de su instructor.

—¿Menoetius? —balbuceó el gladiador.

—Eso es —afirmó con orgullo el lanista—. Has hecho un trabajo estupendo con él.

A Clito le dio un vuelco el corazón. Menoetius era apenas un muchacho. ¿Cómo iba a vencer a Lascivus? Y entonces se acordó del acuerdo entre Deceneo y Silo. El combate terminaría con la muerte de cualquiera de los contendientes.

—¡Es un novato! ¡Lo has condenado al inframundo! —se alteró.

El lanista torció el gesto. ¿Cómo se atrevía a usar ese tono con él?

—¿Acaso olvidas tu posición? ¿O es que el exceso de privilegios te nubla la vista?

Clito respiró hondo. Lo único que le faltaba era ser azotado frente al resto de sus compañeros por faltar el respeto a su amo.

—*Domine*, Menoetius no tiene ninguna victoria en su palmarés. La gente se mostrará disconforme. No es un emparejamiento justo —se quejó, ahora en un tono más tranquilo para no ofender a su amo.

—Lo has entrenado tú, Myrmex. Y ahora mismo es mi mejor baza —insistió Deceneo.

—Pero Lascivus es un *provocator*. La pareja usual para un reciario es el *sector* —trató de convencerlo, en balde.

—Mejor para nosotros —sonrió Deceneo, acariciándose la enorme barriga—. Tú bien sabes que el casco del *provocator es* más fácil de enganchar con la red que el del *secutor*. Por no decir que ha entrenado contigo, que eres un *provocator*.

—*Domine*, te lo suplico… —Se arrodilló y lo tomó por la toga. Deceneo se quedó impactado; jamás lo había visto humillarse de ese modo—. Evita este combate. Lascivus matará a Menoetius nada más empezar.

El comerciante, hastiado, tiró de la toga para liberarse.

—No tengo que darte más explicaciones. Lárgate —sentenció con

seriedad.

Myrmex, con el corazón en un puño, se incorporó. Avergonzado por haber perdido los papeles de aquella manera, asintió con la cabeza y abandonó la estancia. Deceneo lo miró marchar con enfado. Estaba cansado de la desobediencia de sus siervos. Claramente, había sido demasiado laxo con ellos. Clito, como los demás, merecía una lección. Pero era demasiado valioso como para desterrarlo a las minas. Y seguro que en la próxima edición de los Ludi Apollinares se le había pasado la tontería.

* * *

Custodiado por varios de sus más leales compañeros, un hombre moreno, de pequeña estatura y con una *kausía* sobre la cabeza avanzaba con seguridad por las calles de Histria. A su alrededor cada vez se apilaban más personas dispuestas a escuchar sus palabras. El barullo que provocaba el constante murmullo del grupo causaba curiosidad en los vecinos del barrio. Y justo eso buscaba él: reunir el máximo número de espectadores para su próximo discurso en la escalinata de la curia.

* * *

Tomiris vertió el caldo en el cuenco de barro. Audata, agradecida, cogió el recipiente y notó su agradable calidez en las manos. Más aún, en la cicatriz de su juramento en la palma. Pero, antes de tomar el primer sorbo, la algarabía en el exterior llamó su atención. No era habitual aquel ruido a esas horas de la noche. Lipoxais se asomó a la pequeña ventana y vio con asombro que una muchedumbre pasaba por allí, en dirección a la curia.

—¿Qué pasa, cariño? —le preguntó su mujer, impaciente por cenar.

El hombre, curioso, le hizo un gesto para que esperara y fue a abrir la puerta. Fuera, la calle estaba abarrotada.

—Creo que es ese agitador otra vez —intuyó Lipoxais en voz alta.

Tomiris y Audata intercambiaron una mirada. La viuda sentía curiosidad por escuchar a aquel popular orador. La última vez había despertado un ardor hasta entonces desconocido en su espíritu: esperanza. Y la había hecho sentir acompañada en su dolor. Aquel hombre criticaba sin pelos en la lengua a gente como Kávaros, la familia Helvia y el resto de los miembros de la curia. A todos los que, en definitiva, abusaban de los miserables como ellos. Tomiris dedujo sus intenciones al instante.

—No vayas. Es peligroso —se adelantó.

Audata sabía que era de mal gusto abandonar de manera repentina a sus anfitriones, pero algo la animaba a salir. Cada vez más gente se molestaba en oír las palabras de aquel forastero, y eso debía ser por algún motivo. Si unían fuerzas, tal vez fuera posible darle una lección al maldito Kávaros y a sus secuaces. Las malas lenguas decían que varios de sus hombres habían sido asesinados por orden de aquel agitador. De hecho, hasta habían intentado incendiar su burdel. Aquel desconocido no era un charlatán cualquiera.

—No es más que un vendehúmos —insistió su vecina para que no se uniese a la turba.

—¿Pero no crees que tiene razón? —dudó Audata.

—¿Y qué, si la tiene? ¿Acaso va a cambiar algo? —respondió Tomiris con escepticismo.

Ahí era donde Audata pensaba que su amiga erraba. Aquellos desconocidos habían demostrado que iban más allá de la mera palabrería.

—Sabes tan bien como yo que algo está cambiando en la ciudad. Y, si me aferró a un único rayo de luz, que así sea. ¿Tengo otra opción? ¿O es mejor que me quede de brazos cruzados mientras mis

hijos se mueren?

Hacía muchísimos años que se conocían. Tomiris y Lipoxais no habían sido capaces de engendrar hijos propios, pero habían cuidado de Seutes y Kinane como si lo fuesen. Para los hermanos, no eran unos simples vecinos, sino sus tíos adoptivos.

—Perdonadme —se disculpó la viuda antes de salir—. Os agradezco de corazón todo lo que hacéis por mí.

Las oscuras calles de Histria apenas estaban iluminadas por la luz lunar. Audata miró a ambos lados para cerciorarse de que no había peligro. Pasear a aquellas horas era aventurado, pero estaba decidida a correr el riesgo. A lo lejos, se escuchaba el bullicio, y agilizó el paso para llegar cuanto antes.

—¡Espera! —escuchó a su espalda.

Lipoxais y su esposa corrían hacia ella.

—Es mejor que no vayas sola —sonrió su amiga.

* * *

La multitud se agolpaba para escuchar al desconocido orador. En esta ocasión, sí lo había planeado todo. Hasta el momento, daba sus discursos de manera improvisada y luego se disolvían del mismo modo. Pero esa vez era diferente. Había convocado, de una manera un tanto peculiar a los habitantes de la ciudad. Muchos se habían sumado a la bulliciosa comitiva para averiguar qué sucedía.

Para colmo, el escenario no podía ser más acertado. Allí, desde lo alto de la escalinata que daba acceso a la curia municipal, miraba a la gente, serio, rodeado y protegido por varios hombres armados con palos, porras y cuchillos envainados. En ocasiones anteriores, había aprovechado los mercados y otros lugares más apartados. Ahora ocupaba sin temor la sede del gobierno de Histria.

Sus allegados pidieron silencio. Chistaron. Y poco a poco el murmullo que hasta entonces había copado el foro se diluyó.

—Cada uno de vosotros está aquí por una razón diferente —comenzó—, pero tenemos algo en común: no estamos de acuerdo con cómo nos someten nuestros gobernantes y sus cómplices —y dejó un momento de silencio para que la masa asintiera.

Las gentes lo escuchaban con atención.

—Las cosas en Histria no van bien, eso es evidente. Y lo que también es evidente es que los culpables se reúnen en este edificio cada cierto tiempo para tomar decisiones que van en nuestra contra. Cada uno de ellos, cada uno de los magistrados es culpable. Ninguno se salva. —Entonces elevó el tono—: No olvidéis que los miembros de la curia son los responsables de las atrocidades cometidas por los ejércitos de Roma. Bajo la excusa de salvarnos, alargan sus tentáculos sobre nuestra tierra. Con el pretexto de expulsar a las hordas bárbaras, se han instalado aquí para enriquecerse a nuestra costa. ¡Y todo bajo el beneplácito de nuestros queridos curiales, que les brindan los recursos necesarios para que mantengan dominada la región!

»Lucio Sergio Silo, Marco Helvio Deceneo y los demás magistrados son culpables. Que no os engañen con su falsa imagen benevolente. Se dice que la familia Helvia es amable y cuida de sus conciudadanos, pero ¿cómo puede ser bueno alguien que retiene a centenares de esclavos en las minas? Allí mueren a diario niños, viejos y enfermos. En Histria se lava las manos, pero en el Mons Ferri, no tan lejos de aquí, hay un infierno bajo tierra donde las personas son tratadas como alimañas. —Un nuevo silencio, para evaluar el impacto de sus palabras.

La muchedumbre aplaudió con fervor. Audata también, pues veía reflejada la miseria de su hijo en aquel discurso. No le importaba quién era aquel hombre, sólo que era alguien que hablaba por aquellos que no tenían voz ni voto, como su familia.

Ocultos entre la multitud, varios hombres, todos de complexión robusta y armados bajo los mantos, prestaban atención a sus palabras. Tenían órdenes claras. Entre ellos, uno que ocultaba su identidad bajo la capucha de un *sagum* acarició con suavidad el

torques plateado que rodeaba su cuello.

—No toleraremos que sigan derramando nuestra sangre, sudor y lágrimas. Pero no os equivoquéis. —Paseó la mirada sobre los espectadores, atentos todos—. Nuestros enemigos no son solamente ellos. —Señaló en dirección a la curia—. Nuestros enemigos no sólo viven en las calles más limpias de Histria y en sus villas fuera de la ciudad. No, no es así. También conviven con nosotros, en los barrios más sucios y pestilentes. No visten lujosas sedas ni togas impecables. Pero nos tienen sometidos mediante el miedo, las deudas y un sistema de favores malintencionado.

»Gente como Kávaros, que juega con las necesidades de los más vulnerables. Personas que, sin otra opción, acuden a él sin saber que desde ese momento sus vidas están en las manos de un asesino sin escrúpulos. Y ése es el enemigo más peligroso, ¡porque es como nosotros! —La gente aplaudió con tanto entusiasmo que Douras tuvo que interrumpir su discurso.

Kávaros apretó la mandíbula y deseó abrirse paso a empujones hasta aquel hijo de puta. Pero veía que el agitador había tomado las suficientes medidas como para frustrar cualquier plan de atacarlo. Al menos, en ese momento. Custodiado como estaba por tantos hombres, era difícil llegar hasta él. Aun así, tarde o temprano encontraría la oportunidad para atravesarle el pecho.

—No os traigo sólo palabras vacías —prosiguió Douras, contento por la reacción de la muchedumbre—. Mi idea es la de erradicar a las sanguijuelas que viven a nuestra costa. Edifiquemos una ciudad libre de tiranos, donde no haya más voluntad que la de los ciudadanos de a pie. Ese es nuestro deseo. ¡Que vuestro ímpetu ardiente se anteponga al capricho de unos pocos! ¡Qué vuestra voluntad se manifieste a través del alzamiento armado!

Las masas se alzaron en vítores, acaloradas. Los aplausos coparon por completo el foro de Histria. Las proclamas de muerte a los tiranos se repitieron con entusiasmo.

—Ciudadanos de Histria, ¿estáis conmigo? —bramó, levantando los brazos.

Los gritos afirmativos recorrieron el lugar de punta a punta. Hasta Audata lanzó un apasionado «Sí» al aire. Lipoxais la tomó por el hombro, alarmado.

—Vámonos antes de que la guardia urbana disuelva esta locura —la instó.

Gracias a las palabras de aquel hombre, la esperanza bullía en su interior. No estaba sola en aquella tarea. Mucha otra gente estaba dispuesta a cambiar las tornas del poder en Histria. Audata se dio la vuelta, y entonces tropezó con un hombre y cayó al suelo. Al mirar hacia arriba, se fijó en algo que destellaba con la luz lunar. Un torques plateado. Audata se quedó paralizada. Cuando Lipoxais la ayudó a incorporarse, el desconocido ya se había esfumado.

* * *

Conforme la multitud se disolvía, Kávaros fijó la mirada en los hombres que rodeaban al de la *kausía*. Al momento, se giró hacia el matón alto, moreno y fornido que estaba a su lado.

—Bacilis, síguelos y averigua en qué cloaca se ocultan —ordenó.

El otro asintió y se mezcló entre la muchedumbre que regresaba a sus casas.

XXXV
MÁRTIRES

«Cineri gloria sera venit
(La gloria llega tarde para quien está muerto)»,

Marco Valerio Marcial, *Epigramas*, 1, 25, 8

Clito comenzó a ponerse su equipo. Al verlo, asombrados, Menoetius y Pugnax pararon de combatir. Barbaricus se llegó hasta él.

—Myrmex, tú no entrenar —le ordenó en voz baja para no avergonzarlo delante de los demás.

Obviando al instructor, el orgulloso etíope se ajustó la correa del casco y asió el *scutum* más cercano, no sin que se dibujara en su rostro una mueca de dolor. Entonces, hizo ademán de avanzar hacia la arena. El roxolano se interpuso en su camino, pero él, sin mirarlo, se limitó a pasar por su lado en dirección al campo de entrenamiento.

Menoetius, al igual que los demás, ya sabía que el campeón del *ludus* quedaba fuera de los juegos por la lesión. Y esa misma mañana había recibido la feliz noticia de que él era el elegido para enfrentarse a Lascivus. Sin duda, había pensado, la oportunidad de oro para que Clito estuviese orgulloso de él. Por mucho que lo anhelase, Clito no debía luchar, no estaba en condiciones. El público era exigente, y él no podría dar un buen espectáculo ni aguantaría el

tiempo suficiente como para que le perdonasen la vida por segunda vez. Menoetius sabía que debía ser él. Él se vengaría para que su amado se sintiese al fin en paz.

Pero Myrmex no lo veía del mismo modo. Había entrenado con ardor durante un año entero. Había sobrevivido a una herida en el vientre que a cualquier otro le habría supuesto la muerte. Y Lascivus era un monstruo de la naturaleza. Nadie sino él podía derrotarlo. Menoetius estaba condenado desde el principio.

—¡Prepárate! —bramó Myrmex, poniéndose en guardia frente a Menoetius.

El joven, sorprendido, no reaccionó. Luego negó con la cabeza y dejó caer al suelo el tridente y la red.

—¡Lucha, maldito *cinaede*! —insistió, brusco.

Aunque aquellas palabras tenían la intención de hacerle daño, Menoetius sintió lástima. Clito no lo insultaba porque lo sentía, sino porque trataba de provocarlo.

—¿Qué coño te pasa? —intervino Pugnax—. No estás en condiciones de pelear.

—¿Es que tú lo ves capaz de enfrentarse a Lascivus? —voceó Myrmex fuera de sí.

—Nosotros no tomamos esas decisiones. —El *secutor* arrugó los morros—. ¿Y acaso tú eres capaz, así?

Clito, que no esperaba recibir un comentario tan hiriente, se abalanzó contra el *secutor*. Pugnax se hizo a un lado y lo golpeó con su *rudis* en el hombro malherido, y el gladiador no pudo contener un alarido de dolor. Barbaricus se acercó, temiendo la reacción de su pupilo.

—Fuiste tú el que me animó a convertirme en un campeón, Clito —habló Menoetius—. Yo no tenía razones para conseguirlo hasta que me enamoré de ti.

Todos los gladiadores se quedaron helados. Por lo visto, los rumores de que Myrmex también era un *cinaede* eran ciertos. Aun así, nadie tuvo el valor de abrir la boca. Hasta el orgulloso etíope se quedó paralizado ante la confesión.

—¿Acaso crees que quiero arrebatarte tu lugar? —insistió, decepcionado, el joven—. ¡Yo sólo quiero que estés orgulloso de mí!

Clito dejó caer el escudo al suelo.

—Ya lo estoy, Menoetius. Pero Lascivus te matará…

—¿Tan débil me ves? ¡Tú me has entrenado! ¡Has visto mis progresos! Me has enseñado a no tener miedo frente a ningún adversario. Y ahora que puedo vengarme de él, pretendes que renuncie.

—¿No te das cuenta de que han puesto precio a tu cabeza? —se quejó Myrmex con amargura.

—¡Y a la de Lascivus también! —Menoetius se tomó un momento para calmarse—. Tú me has enseñado a ansiar la gloria. De ti he aprendido que un gladiador no teme a la muerte, la abraza.

—¡Patrañas, coño! —gruñó el otro con rabia.

—No lo hago por mí, Clito. Lo hago por nosotros. —Dio unos pasos hacia él—. Para que algún día podamos ver las estrellas sin necesidad de escondernos.

De repente, una voz los sorprendió.

—Barbaricus, ¿qué cojones ocurre? —La oronda figura de Deceneo se había asomado al balcón.

—Nada, *domine* —respondió con temor el *doctor*.

Pugnax se acercó a Menoetius y lo animó a irse para terminar con aquella absurda situación. Myrmex, enfurecido, lanzó la *rudis* al suelo y se marchó hacia su cubículo, no sin antes exigir a los gladiadores:

—Si todavía queda un resquicio de amistad entre nosotros, no lo entrenéis.

—Si no lo entrenamos, Lascivus lo matará —respondió el *secutar*.

—Pues que lo mate —sentenció Clito—. Es Menoetius quien ansia ese combate.

Sin más, Clito se encerró en su celda.

Menoetius, aún en el patio, sentía que le temblaba todo. ¿Por qué lo hería con esas terribles palabras? ¿Por qué lo humillaba frente a los demás? ¿Acaso era su venganza por lo sucedido durante el

combate con Danao?

* * *

Hidna escuchó que el único portón de la muralla se abría. Al momento, inquieta, se acercó hacia allí y, a contraluz, vislumbró una extraña silueta que caminaba lenta, a trompicones. Conforme se acercaba, todos los que por allí estaban se quedaron mirándola. Aquel prisionero, magullado, claramente había sido golpeado, y ahora cargaba con una pesada viga de madera a la espalda.

El condenado caminó hacia las cruces, de donde aún pendían cadáveres putrefactos. Los guardias marchaban junto a él con garrotes, puñales y fustas en mano. Los mineros, horrorizados, comenzaron a acercarse con cautela. Ya lo habían reconocido. Aquel hombre tosco era admirado y querido por todos.

—¡Oroles! —exclamó alguien con un lastimero gemido.

Y las mujeres comenzaron a sollozar.

Pero el abatimiento del geta era tal que ni siquiera tenía fuerzas para levantar la cabeza. La cruz era demasiado pesada y arrastrarla cada vez le era más difícil. Su figura, siempre robusta y fornida, ahora se antojaba frágil y vulnerable. A pesar de ello, se mantenía en pie y cargaba con empeño su tormento. El mundo entero pareció abrirse a los pies de Hidna al ver el horrible estado de su leal amigo. Tenía el rostro cubierto de sangre, sudor y mugre. Los ojos, hinchados y amoratados por los golpes, sólo permanecían entreabiertos. Dio un paso hacia él, pero otras mujeres la retuvieron.

—¡Oroles! —gritó desconsolada, tratando de zafarse de sus compañeras.

Con la mirada borrosa, el geta apenas veía más allá de sus pies, pero intuía que a su alrededor se agolpaban decenas de personas. La confrontación era inevitable, pero sólo provocaría más víctimas. La única manera de evitarlo era asumir cuanto antes su fatal

destino.

Seutes y Comio también estaban allí. Ambos habían palidecido al ver al capataz. El amargo sabor de la bilis hizo que el histriano la escupiera de forma repentina. El soldado, que conocía los métodos de los torturadores para sonsacar información, miraba horrorizado las ennegrecidas puntas de los dedos de Oroles. No era suciedad lo que se veía, sino sangre y carne secas que delataban que le habían arrancado las uñas. Pero no sólo eso. La nariz, hinchada y rota. Los labios, partidos. Bajo la suciedad, estaba pálido. Y las astillas de la madera le arañaban la piel.

Exhausto, el reo se detuvo para respirar, ya cerca de uno de los postes de madera. El guardia más cercano, armado con una fusta cuyos extremos portaban pequeñas bolas de plomo, lo atizó con fuerza. Las tiras de cuero y sus plúmbeas puntas le arrancaron la piel. El golpe doblegó a Oroles, que dibujó en su rostro una lamentable mueca de dolor. Los cuervos, alertados por el olor y el alboroto, revoloteaban en el cielo a la espera de un suculento manjar. No tardarían en picotear los ojos y la carne ni en saborear su sangre todavía caliente.

—¡Soltadlo, hijos de puta! —chilló alguien entre la multitud.

Ateas, consciente de lo que se avecinaba, observaba la escena con horror. Convencido de que entre toda aquella gente tenía que encontrarse su joven compañero, comenzó, a empujones, a abrirse paso entre la muchedumbre.

—¡Seutes! —lo llamó con la voz quebradiza.

Los guardias ataron una cuerda en cada extremo de la viga que cargaba Oroles, quien ya no era capaz de dar otro paso hacia delante. Uno de los custodios le propinó un empujón que lo derribó, y, al caer, pudieron ver su espalda, flagelada y cubierta de sangre. Los azotes con las fustas le habían arrancado tiras de piel y trozos de carne. En el suelo, el capataz vomitó un líquido sanguinolento mezclado con bilis.

La multitud se movió, rodeando a los guardias de manera amenazadora, y enseguida se desató el caos. Los centinelas,

inquietos, respondieron con sus duros garrotes. A su paso, los bastones rompían dedos, brazos, dientes. No había hueso que soportara su impacto sin quebrarse. En un momento dado, uno de los mineros le quitó a un guardia la fusta y lo azotó con ella en la cara. El herido se tapó con las manos para protegerse y bramó de dolor. Al darse cuenta, el centinela más cercano, presa del pánico, desenvainó su puñal y lo hundió en el pecho del agresor.

—Comio, no seré capaz de hacerlo —titubeó Seutes en medio del caos—. Yo no soy tan valiente como ellos.

—Tú tienes que cumplir con tu parte, igual que yo con la mía. Ahora ya sé por qué los dioses me han enviado a esta mierda de sitio —afirmó el soldado.

—¿Tu parte? ¿Cuál es tu parte?

Comio extrajo de debajo de la túnica un afilado hueso y apretó la mandíbula. Su mejor amigo, horrorizado, lo cogió por la muñeca.

—Pero ¿qué haces? —se alarmó.

—Si las divinidades quieren castigarme, aquí estoy. Es ahora o nunca —sentenció el otro.

Y, pese a seguir encadenado por las muñecas, se mezcló entre la multitud a empellones. Muerto de miedo, Seutes fue tras él, pero un empujón lo tumbó al suelo y al momento una pisada en la espalda le hizo arquearse de dolor. A su alrededor, sólo había caos y piernas en movimiento. Asustado, se encogió hasta que alguien lo asió por la túnica para ayudarlo a incorporarse.

—¡Ateas!

—¡Pajarito, hay que salir de aquí! —Y tiró de él para alejarlo de la turba.

Seutes se dio la vuelta y vio al soldado rajándole el cuello a un guardia con su afilado hueso. En torno a él, otros empuñaban rudimentarias armas de madera, hueso o piedra. Un hombre armado con una alcotana se aproximó a Comio y partió sus cadenas. Al instante, el soldado se encaramó a una de las cruces. Armado con su afilado hueso, cortó las sogas que mantenían sujeto el cuerpo ya putrefacto, y éste se desplomó. Solemne, Comio se puso de pie en lo

alto de la viga y alzó sus muñecas liberadas. Sus grilletes, manchados de tierra, parecían hechos de barro.

—¡Sus cadenas no son de hierro, sino de barro! ¡Es el miedo lo que nos mantiene sometidos!

Las mujeres alrededor de Hidna sacaron sus afiladas armas, dispuestas a sacrificarse.

—¡Alto, parad! —exclamó ella, tirando de sus túnicas.

Desde los adarves de las murallas, los centinelas cargaron sus *scorpiones* con largos y punzantes dardos. Sin tiempo que perder, Comio saltó para bajar de la cruz, con la mala suerte de que se dobló el tobillo.

—¡Mierda! —se quejó dolorido.

Al levantar la mirada, un bastonazo le hizo perder la conciencia.

* * *

Los proyectiles cortaban el aire en su trayectoria antes de caer sobre los mineros, que corrían hacia todos lados para salvar la vida. Más de un dardo atravesó la inocente carne de los esclavos en desbandada. Y, aprovechando el momento, los guardias se retiraron del lugar.

En medio del caos, Hidna vio como el vulnerable y debilitado Oroles caía de rodillas al suelo, incapaz de mantenerse en pie por más tiempo. Ignorando cualquier peligro, echó a correr hacia él, y al momento vio cómo sus esperanzas se esfumaban. Uno de los guardias lo tomó como rehén, cuchillo al cuello. El capataz levantó la mano para detener la masacre, pero aun así unos cuantos trataron de rescatarlo, a empellones. Sin dudarlo, el histérico centinela lo degolló. El cuerpo del malherido Oroles se desplomó. Y, al momento, a su lado, caía su ejecutor, muerto a manos de una rudimentaria pero letal arma.

XXXVI
ERRORES

«Nulla servitus turpior est quam voluntaria
(Ninguna servidumbre es tan vergonzosa como la voluntaria)»,

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 5, 47, 17

—Esta locura debe terminar —comentó Ateas, tan nervioso que se mordía las uñas.

—También se han llevado a Comio… —balbuceó Seutes, con los ojos inyectados en sangre.

—Maldita sea, pajarito —insistió el viejo, que lo zarandeó por los hombros—. Sea lo que sea que traméis, detenlo. Si no, acabaréis muertos.

—¿Es que todavía no entiendes que no tengo nada que perder? ¿Qué diferencia hay entre esta vida y la muerte? —procuró mantenerse firme, pero su voz se quebró—. ¡Mira cómo ha terminado Oroles!

—Mejor es perro vivo que león muerto.

—¡Por Skotos! —se atrevió a maldecir—, ¿Por qué no te entra en la cabeza que yo no pertenezco a este mundo? Ahí fuera tengo familia, Ateas. Una hermana y una madre que me necesitan. No me vale con sobrevivir cada día —rabiaba—. Ahora mismo están torturando a Comio, y tú no muestras ni un ápice de compasión.

—¡Él solito se ha metido en este lío! ¡Y lo mismo Oroles! —respondió enfadado el anciano.

Seutes, fuera de sus cabales, lo empujó con fuerza, pese a saber que se sobrepasaba. Pero apartó la estera a un lado y cavó en el suelo con intención de desenterrar su afilado hueso. Y no encontró nada. Las miradas de ambos se entrecruzaron y el muchacho observó la tez pálida del viejo. Ateas lo sabía todo. Presa del pánico, se puso en pie y salió de la barraca.

* * *

Abstraída en sus recuerdos, Hidna rememoraba el día en que los cadáveres de su marido y su hijo fueron sacados de debajo de los escombros. Imposible olvidar cómo abrazó sus desmembrados cuerpos. Aún podía sentir su sangre embarrada y pegajosa en la piel. La sangre de sus dos amores, la misma que corría por sus venas. Como tantas otras veces, se dijo que ofrecería su vida entera a cambio de sentir durante un instante el cálido aliento de su hijo en la mejilla. Por escuchar el latido de su pequeño corazón mientras se quedaba dormido. Por acariciar su pelo infantil, suave y brillante. Por besar de nuevo los labios de su esposo y yacer junto a él, piel con piel.

El aporreo de la puerta la sacó de su ensimismamiento. Sus compañeras de barraca, asustadas, dudaron. Pero volvieron a llamar, e Hidna se dijo que si no respondía los guardias entrarían por la fuerza.

—Soy yo —escuchó al otro lado.

La mujer reconoció de inmediato la voz. Cuando vislumbró la figura del muchacho, lo asió de la túnica y lo metió a toda prisa en la barraca. Luego cerró el pestillo, preocupada.

—Por Skotos, ¿qué haces aquí?

Nervioso, Seutes no sabía por dónde empezar. La había pifiado

hasta el fondo y temía la reacción de la veterana minera.

—Tenemos que rescatar a Comio antes de que sea tarde…

La mujer abrazó al chico con fuerza. Todavía era demasiado inocente para un infierno como aquél.

—Lo siento… —le susurró con una profunda resignación—, pero no podemos hacer nada por él.

—No lo entiendes… —insistió Seutes.

Y fue entonces cuando Hidna comprendió lo que insinuaba.

—¡Por Skotos! —bramó enfurecida—. ¡Te dije que mantuvieras el pico cerrado! ¿Por qué lo has hecho? ¡Nos has condenado a todos!

La minera lo agarró por los hombros, lo estampó contra la pared, y, llevada por un arrebato, le propinó un puñetazo en el vientre que lo doblegó. Después, asustada de sí misma, se giró con la intención de recuperar el control. Seutes gimió, totalmente desamparado. Oroles siempre le había hecho sentirse seguro. Nadie más tenía su ímpetu ni coraje. Y, ahora, además, Comio estaba en manos de los torturadores. ¿Cuánto tiempo aguataría sin confesar?

—El túnel no está terminado —comentó ella sin más, como si no lo acabase de golpear.

—¿Cuánto crees que le falta? —No la culpaba. Al fin y al cabo, el único culpable era él.

—No lo sé, pero espero que tu amigo no cante antes de hora. Tenemos que escapar esta noche —sentenció Hidna con severidad.

* * *

En aquella oscura celda, era difícil calcular cuánto tiempo llevaba preso. Intuía, además, que en las próximas horas recibiría las peores torturas, y más tras ver el maltrecho cuerpo de Oroles y las terribles heridas en su cuerpo. Y, luego, como los demás, sería crucificado.

Desolado, se sentó en el suelo y apoyó la espalda en la pared. Cerró los ojos y procuró controlar su respiración, hasta que al fin

logró calmarse. Ya con la mente fría, exploró a tientas el lugar para hacerse una idea de las dimensiones y si había alguna posibilidad de huir. Palpó el frío y duro suelo hasta que sus dedos encontraron un objeto pequeño, áspero y ligero. Se lo acercó a la nariz y lo olió. Carbón. Sin nada más que hacer, se puso de cara a la pared y dibujó a ciegas un caduceo, la vara con la que Mercurio ubicaba a los extraviados.

* * *

Seutes, completamente solo, descendió en silencio por la espiral hasta la bocamina. El túnel estaba a oscuras; la lucerna se había quedado sin sebo y se había apagado. Aquello era peligroso. Lo único con lo que contaba era con su experiencia, pues había transitado el mismo recorrido una y otra vez.

En la bifurcación, tomó el ramal que lo conducía hasta la galería inclinada y descendió con precaución. Las rocas, como de costumbre, estaban mojadas y resbaladizas. Con soltura, se introdujo por el orificio y saltó al piso inferior, donde notó el suave tacto del barro en los pies. Allí se detuvo un momento, intranquilo. Era aterrador encontrar los túneles vacíos, oscuros y silenciosos. Nunca había echado tanto de menos el rítmico picoteo de Oroles. A un lado, vio su pala, y respiró hondo. Le faltaba poco para dejar atrás aquel infierno.

Sin tiempo que perder, cogió la herramienta y tomó uno de los ramales conectados a la galería inclinada. Sobre la lucerna tintineante, un rostro oscuro con dientes en forma de sierra. El serpenteante sonido del aire que se filtraba por los pozos de ventilación lo estremeció. Prosiguió con la marcha hasta detenerse frente a un reducido túnel por el que se accedía a gatas. Seutes tomó una bocanada de aire antes de entrar en él. Allí dentro era imposible respirar. A tientas, avanzó hasta que salió a una pequeña

cámara de extracción sin ningún tipo de iluminación. El muchacho exploró la estancia con las manos hasta encontrar un pico y ubicar la veta a medio excavar.

* * *

Al anochecer, en completo sigilo, los esclavos se dispersaron por las zigzagueantes callejuelas para evitar ser vistos. Se habían redoblado las guardias, y cualquier despiste sería letal. Sus identidades quedaban ocultas bajo las deshilachadas telas con que se habían cubierto los rostros, tal y como solían hacer al acceder a las minas. Sin embargo, su misión era una muy distinta: la insurrección armada.

Hidna abandonó su barraca y se reunió con una decena de rebeldes. En su mayoría, getas que habían servido bajo las órdenes de Oroles en la guerra contra Roma. Todos se tapaban con pañuelos y trapos roídos. Pero la mujer sentía absoluta confianza en su lealtad. No hicieron falta palabras para entenderse, tal y como había ocurrido con su anterior líder. Su sola presencia era la mayor muestra de obediencia y fidelidad a la causa.

Cuando la mujer les explicó el plan, no tardaron en separarse para cumplir cada uno con su parte. A continuación, Hidna se dirigió hacia una de las barracas y subió unas pequeñas escaleras, tras las cuales encontró el columbario de Ateas. Con extrema pericia, abrió una de las pequeñas celdas y atrapó con sus callosas manos un palomo negro como el azabache. El pájaro, domesticado, no hizo el menor esfuerzo por liberarse.

* * *

De repente, la puerta de la celda se abrió y dos guardias armados con garrotes entraron con virulencia. Comio, agitado, se puso en pie. Sin mediar palabra, los desconocidos lo estamparon contra la pared. Mientras uno lo sujetaba, el otro le rasgaba la túnica. Le fue fácil, estaba más que raída. Comio trató de zafarse de ellos, pero uno le propinó un bastonazo en la rodilla que lo hizo caer abruptamente al suelo. Desnudo y maltrecho, no tardó en sentir en sus carnes el frío suelo. Se llevó la mano a la rodilla y un punzante dolor lo hizo chillar como un animal. Aquellos dos no se andarían con tonterías. Su primer objetivo era romper su espíritu.

—Esto no es nada comparado con lo que te espera —lo amenazó uno de ellos, calvo y con una cicatriz en el cráneo.

Pero Comio, orgulloso como era, sonrió a pesar del terrible dolor. Estaba muerto de miedo, pero no se doblegaría con facilidad. Muy pronto demostraría de lo que era capaz un miembro de las tropas auxiliares.

* * *

Hidna penetró en la cámara donde la sacra figura de Skotos parecía mirarla, imperturbable. Tras ella, dos compañeros se encargaron de colocar aceite en la lucerna para iluminar de anaranjado el tenebroso lugar. Sin embargo, la mujer no sentía ningún miedo allí dentro. La divinidad oscura la protegía a cambio de su leal devoción. Se acercó al dios con el palomo en la mano y apartó una de las piedras que formaban su trono. Bajo ella, encontró un cuchillo de bronce que empuñó sin dilación.

—Skotos, tú que reinas en la oscuridad. Protégenos, a nosotros, tus fieles servidores, mientras habitemos bajo tus dominios. Senos propicio en nuestras intenciones. A cambio, te ofrezco la vida, la sangre, la carne y los huesos de este palomo negro.

Y degolló al pájaro. El palomo estiró las patas para liberarse de

las garras de su captora, en vano. Poco después, Hidna depositaba el cálido cadáver a los pies de la sombría deidad.

* * *

Siempre había sido un tocapelotas, para el centurión y para todo el mundo. Pero aquello que para algunos era un defecto, en ocasiones se convertía en una virtud. Si las divinidades lo habían castigado a morir en aquel infecto agujero, que así fuera. Abrazaría su destino sin agachar la cabeza.

—¿Quién está detrás del alzamiento? —inquirió el torturador, cuya dentadura estaba picada y medio podrida.

Comio guardó silencio. Y el hombre, experto en su arte, colocó uno de sus dedos en el suelo para apisonarlo con el pie.

—¡Contesta, coño! —Y le aplastó el dedo con saña.

El soldado soltó un alarido de dolor, pero la imagen de los niños muertos durante el accidente acudió a su mente. De él dependía no abrir la boca para que Seutes cumpliera su parte del plan. No sabía cuánto aguantaría, pero sí que no lo pondría fácil.

—Mátame si quieres, cara de perro. Pero no te voy a contar una mierda —espetó entre babas y esputo.

Tras sobrevivir a decenas de encarnizadas batallas en el ejército, al fin descubría de qué forma las deidades ejecutarían su venganza por asesinar a su padre. Pero no le importaba. Había intentado salvar a su hermano, sin fortuna. Resistir era su última oportunidad de dar sentido a su miserable existencia.

* * *

Seutes escuchó un ruido desde el exterior y se quedó

completamente inmóvil. Un terrible vacío le aprisionó el estómago. Nadie salvo Hidna y el resto de los insurrectos conocía su paradero. Quizás Ateas lo había delatado. Él era el único ajeno al plan que intuía sus intenciones. Agazapado en un rincón, pico en mano, esperó con paciencia. Su respiración, aunque agitada, era apenas imperceptible. De repente, una luz anaranjada iluminó el angosto tramo que lo separaba de la cámara de extracción anterior.

—¡Novato! —exclamó una voz femenina que Seutes reconoció de inmediato.

—¡Estoy aquí! —respondió con entusiasmo.

A gatas, Hidna avanzó por el estrecho túnel hasta llegar a la diminuta y claustrofóbica galería. Seutes dejó el pico en el suelo y la ayudó a entrar.

—Te traigo una lucerna. —Le extendió el pequeño candil, que el histriano colocó en su respectivo recoveco en la roca.

—¿Qué hora es?

—Pasada la medianoche.

Seutes asintió con la cabeza. Llevaba ya varias horas en aquel maldito túnel.

—Sé que tienes miedo, pero tenemos que hacerlo —lo animó Hidna mientras extendía hacia él un pequeño muñeco de trapo—. Quédatelo.

El joven observó el juguete, con sus ojos negros y su boca repleta de dientes en forma de sierra. Un hilo suelto en el cuello delataba que había sido cosido hacía poco.

—Si llegas a la muralla, lanza la lucerna. Así veremos la señal cuando la luz caiga —le indicó con falsa seguridad su compañera.

Antes de separarse, Hidna lo cogió por la cabeza y lo besó en la frente. Ninguno de los dos sabía si aquélla sería la última vez que se verían.

* * *

En completo sigilo, Hidna entró en la barraca para informar. Había llegado el momento. De todos los recovecos posibles sacaron huesos afilados, punzantes estacas de madera o piedras puntiagudas. Otro le arrancó la pata a un taburete y la convirtió en un garrote. Y la mujer abandonó la vivienda dispuesta a entrar en la siguiente para dar la voz de alerta. Sin embargo, una fina y alargada figura la escrutaba desde las sombras.

—¿Cuánta gente morirá hoy, Hidna? Detén esta locura, por Skotos —aspiró a convencerla el anciano.

—Ateas… —verbalizó, conmovida—, morirán igual si no los sacamos de aquí.

—Lo natural es que sean las Moiras las que determinen el final de cada uno. Manipular nuestro sino sólo provocará consecuencias nefastas.

—Cómo hablar del mar a una rana que nunca ha salido de su charca… —respondió ella, sin fe de convencerlo—. A partir de ahora serán nuestras manos y no las de las Moiras las que tejerán nuestro destino.

De repente, unos pasos. A lo lejos, divisaron a dos centinelas que se dirigían hacia donde ellos estaban. Ateas e Hidna guardaron silencio. Merodear de noche era una de las peores acciones que se podían cometer. La mujer temió que el anciano la delatara, pero una inesperada decena de siluetas sorprendió a los centinelas y los cosieron a puñaladas. Sus cuerpos cayeron al suelo a plomo. A partir de ese instante, el tiempo corría en su contra. Tenían hasta el próximo cambio de guardia para escapar. Ateas, incapaz de comprender la magnitud de lo que se avecinaba, se encerró en su barraca y pasó el cerrojo.

XXXVII
CADENAS DE BARRO

«Ut desint vires, tamen est laudanda voluntas
(Aunque falte la fuerza, la voluntad es digna de elogio)»,

Publio Ovidio Nasón, *Pónticas*, 3, 79

La tenue luz iluminaba a duras penas la estrecha cavidad. Seutes, de puntillas, cavaba hacia arriba con ímpetu. Por un momento, lo paralizó la idea de que el túnel se derrumbara. En esa misma galería habían muerto sepultados el hijo y el marido de Hidna. Pero la imagen de su familia acudió a su mente y retomó la tarea con determinación. Terminaría aquel maldito túnel sí o sí. La vida de Comio también pendía de un hilo. Cavaría con las uñas y los dientes si era necesario. No le importaba el sudor que se adhería a su cuerpo, la tierra que se pegaba a su piel o el polvo que penetraba en sus pulmones y lo hacía toser cada vez con más frecuencia.

Recordó la deplorable imagen de Oroles antes de ser degollado, la de Hidna en la cama tras una brutal paliza, la del niño desmembrado en la noria, la de los compañeros crucificados. De sus callosas y magulladas manos dependía el destino de centenares de esclavos hacinados como alimañas en aquel inframundo. Y en su cabeza no cabía dejar a nadie atrás. Él no era un cobarde. No era como su padre.

* * *

Comio sintió en los ojos la dolorosa presión de los dedos de su torturador. Aterrado ante la posibilidad de que sus globos oculares estallaran en cualquier momento, escupió en la cara de su agresor. Éste, que no esperaba tal reacción, se retiró y se limpió las babas con el dorso del brazo.

—Hijo de puta… —murmuró.

Un repentino manotazo le giró a un lado el rostro, y Comio notó cómo un diente le salía disparado. Al instante, casi se atragantó con el caliente y férreo líquido que manaba de la herida. Y, sin piedad, varios puñetazos en el costillar y el hígado le provocaron unas horrorosas arcadas.

¿Es que aquel desgraciado no se cansaba de golpearlo? ¿Cuánto tiempo duraría el martirio? ¿Acaso existía alguna probabilidad de salir de aquella miserable celda? Golpe a golpe, la moral del soldado se desvanecía. A aquel ritmo, no volvería a ver un nuevo amanecer ni a percibir el olor de la tierra mojada. Comio cerró los ojos y pensó en el mundo que existía más allá de aquellos infranqueables muros. Recordó las historias narradas por los veteranos alrededor de una hoguera. Los nervios previos a una batalla. El apoyo de los compañeros en cualquier circunstancia. La esperanza de volver a vivir aquellas experiencias se disipaba con cada golpe.

El torturador, hastiado, se tomó un tiempo para respirar. Por un momento, Comio recuperó la fe en que tarde o temprano se cansaría, pero entonces, el otro, el de la cicatriz en la calva, lo relevó. Y cuando el de los dientes picados abandonó la celda, el soldado supo que todo estaba perdido. No iban a detenerse hasta conseguir la confesión que buscaban.

—Yo voy a ir al grano —lo amenazó mientras cogía las pinzas para arrancar uñas—. Voy a extirparte partes del cuerpo hasta que

hables. De ti depende salir de aquí más o menos entero.

Sin mediar más palabras, el torturador enganchó con la herramienta la uña del dedo índice del soldado y tiró con saña. Comio percibió cómo la uña se separaba paulatinamente de la carne. Intentó contenerse ante la espantosa y punzante sensación, pero al final bramó como un animal.

A ese paso no resistiría mucho más. Pensó en Seutes y sintió una profunda aflicción. En sus manos quedaba que su mejor amigo allí dentro, su compañero más fiel, volviese a Histria y rescatase a su hermana y a su madre. Sin darse cuenta, y a su pesar, se le saltaron las lágrimas que había procurado contener para no mostrar debilidad frente a sus captores. Pero ya no aguantaba más. Aquel martirio era insoportable. Sus únicas salidas eran la confesión o la muerte.

El verdugo analizó a su víctima sin inmutarse. La experiencia le hacía intuir que el soldado estaba a punto de romperse y hablar. Aquel terrible silencio era crucial para terminar de fracturar el espíritu de aquella inmundicia que se negaba a proporcionarle la información que buscaba. Sólo debía ser paciente. El gallo estaba a punto de cantar.

* * *

La luz de la lucerna menguaba. Seutes ignoraba cuánto tiempo llevaba allí abajo, pero seguro que demasiado. ¿Qué estaría ocurriendo en la superficie? Debía afanarse antes de que fuese tarde. Abstraído en sus pensamientos, un terrón le cayó en la cara. El muchacho se limpió con el dorso de la mano. Luego, picó de nuevo sobre su cabeza con la puntiaguda herramienta, hasta que se quedó encallada. Desesperado, tiró con brusquedad para liberarla lo más rápido posible. Y, de pronto, la tierra se derrumbó, y el histriano quedó sepultado bajo los escombros.

Presa del pánico, estiró los brazos para deslizarse hacia abajo y

volver a la cámara de extracción. Cerró y abrió las manos de manera instintiva, y, aun a punto de quedarse sin oxígeno, se percató de que, efectivamente, parte de sus brazos estaban libres. Con las últimas fuerzas que le quedaban, reptó entre las rocas y la tierra, que rasgaron su piel y su carne sin piedad, pero logró sacar la cabeza de entre las piedras y salir a la superficie. Fuera de sí, tomó una bocanada de aire llena de polvo que lo hizo toser. Después, abrió los ojos y comprobó que se encontraba en algún lugar al otro lado de las murallas. Una sonrisa se dibujó en su rostro mientras recuperaba el aliento con resuello. Lo había conseguido.

* * *

Hidna oteaba impaciente el horizonte a la espera de la señal acordada. Junto a ella, permanecían los servidores de Skotos y los getas más fieles, dispuestos a abrir paso al resto con sus rudimentarias armas. En sus barracas, centenares de personas esperaban un aviso que cada vez parecía más improbable.

* * *

Por un momento, Seutes observó el agujero por el que había salido y consideró volver al otro lado. El pánico era difícil de controlar. ¿Cómo iba a alcanzar el adarve de la muralla y luego abrir las compuertas sin ser visto? Aquello era una misión suicida. Si obedecía las indicaciones de Hidna, jamás volvería a ver a su madre y a su hermana. Era demasiado peligroso; no tanto si escapaba él solo. Pero la idea de que las esperanzas de centenares de prisioneros residían en su voluntad lo hizo recapacitar. Tras los infranqueables muros, esperaban su señal con impaciencia personas que llevaban

encerradas años, décadas o una vida entera. También niños que nunca habían visto el mar, tan cerca como estaba. Ni tampoco montañas de verdad, llenas de árboles y animales.

—Mierda… —maldijo en voz baja para sí mismo.

Se cercioró de que no había ningún guardia cerca y trató de ubicarse. A unos doscientos pasos a la izquierda se encontraba la garita de control más cercana. A su derecha, el único acceso entre las minas y el exterior. Hidna y Oroles no habían errado demasiado en sus cálculos. Entonces, buscó a su alrededor algún utensilio útil por si necesitaba defenderse. Había perdido el pico y la pala durante el derrumbe y era imposible recuperarlos sin perder demasiado tiempo. Si el maldito Ateas no le hubiese escondido el hueso… Pero no era momento de quejarse. Tenía que concentrarse. Un poco más allá, había una piedra puntiaguda. Le podía servir.

Con sigilo, se acercó hacia las escaleras y, poco a poco, ascendió hasta lo alto de la muralla. Por si acaso, mantuvo hacia atrás el brazo con el que sujetaba la piedra, con la intención de atacar lo más rápido posible en caso de toparse con un guardia. Sin embargo, llegó hasta el adarve sin cruzarse con nadie. Y entonces fue consciente de que la lucerna también se había quedado bajo tierra.

Sin embargo, a lo lejos podía ver una pequeña luz anaranjada. En cuclillas, para evitar ser visto, fue lo más rápido posible hacia ella. Hasta que, de repente, un ruidoso ronquido lo hizo detenerse. Junto a la lucerna, un guardia que dormía a pierna suelta. Cualquier movimiento en falso y daría la voz de alarma.

Seutes respiró hondo para no delatar su presencia. Una vez ya había intentado asesinar a un soldado y éste había sobrevivido. Ahora, no fallaría. Con total sigilo, se acercó, con el brazo en alto para ejecutarlo de una pedrada. Sin saber muy bien cómo actuar, le tapó la boca con la mano. El centinela se despertó, sobresaltado, y recibió una violenta pedrada en la cabeza que lo aturdió, pero sin matarlo. Desesperado, mordió uno de los dedos de su atacante y Seutes golpeó con la piedra contra su cráneo con frenesí hasta que aflojó la mordedura. Conteniendo un aullido de dolor y entre

lágrimas, Seutes se palpó la herida y constató que aquel maldito centinela le había arrancado uno de los dedos con los dientes. Apretó el puño y asumió el tormentoso suplicio en silencio. Si gritaba, estaba muerto.

Apretando la mandíbula, cogió el luminoso candil y miró hacia la zona de las barracas, que permanecían en absoluta oscuridad. Sin pensárselo dos veces, lanzó el aceitoso recipiente al vacío.

* * *

—¡Vamos! —ordenó Hidna desde su posición.

Eran centenares los esclavos armados con huesos, palos y piedras. Los más ingeniosos habían elaborado rudimentarias hachas de madera y piedra. Otros habían recuperado herramientas supuestamente extraviadas, como alcotanas, picos y palas. Pero el arma fundamental que compartían era su voluntad de escapar. Sin embargo, su ímpetu perdió fuerza al llegar frente a las murallas, donde aún yacían los caídos durante la reyerta de aquella tarde. Hidna buscó entre los cadáveres el de su estimado Oroles. Como ella, otros descolgaban los putrefactos restos que pendían de las cruces. Sus lamentos ahogados se contenían en gargantas estreñidas por el dolor.

Cuando descubrió el maltratado cuerpo de su amigo, Hidna se arrodilló a su lado. Con amor, le acarició los amoratados labios. A pesar de la tortura, Oroles no había delatado a nadie. Temblando, lo estrechó contra su pecho y las lágrimas se derramaron por sus mejillas. Juntos habían soñado con aquel momento durante años; él había sido su amigo más leal. Y, de los dos, sólo ella cruzaría las puertas hacia la libertad.

—No volverás a ver las montañas donde naciste ni los valles en los que te criaste… —susurró con absoluto pesar—. Pero no estarás solo, Oroles. Tus restos descansarán aquí, junto a los de Skilum y

Artulus.

A su alrededor, sus compañeros la observaban desconsolados. Antes de ser condenados a las minas, Oroles había sido un comandante admirado entre los getas de las montañas y, a pesar de los años transcurridos, el respeto hacia un guerrero con su espíritu permanecía intacto. No sólo había demostrado ser un hombre de palabra en el campo de batalla, sino también allí dentro, donde todos eran iguales entre los escombros y el polvo.

—Enterradlo junto a mi esposo y mi hijo —ordenó Hidna a algunas de sus más fieles compañeras—. Los demás, seguidme.

* * *

Seutes desvalijó al guardia, ya muerto. Se vistió con su ropa, se ajustó el *linothorax* y se quedó con su puñal y su bastón. A continuación, retrocedió en dirección a las escaleras para ejecutar la última parte del plan.

—¡Filipo! —llamó alguien desde abajo.

El muchacho se quedó paralizado. Lo único que se le ocurrió fue toser.

—¿Qué te pasa, perro? —le dijo, con socarronería, el desconocido.

—Estoy acatarrado… —comentó, fingiendo una voz más gutural.

—¿Acatarrado? ¿En verano? Eso es de dormir con el culo al aire. Baja y nos tomamos algo, que ha sido un día difícil.

Seutes valoró esperar a que aquel guardia desapareciese, pero no tenía tiempo. Además, en el peor de los casos, otra pareja vendría a hacerles el relevo, y entonces descubrirían que el tal Filipo estaba muerto. Bajó las escaleras con unas piernas temblorosas que apenas lo obedecían y entonces vio, a cierta distancia, al otro, sentado en el suelo, ocupado en verter el líquido de una jarra en dos vasos de madera. Aguantando la respiración, aterrado, se fue

acercando lentamente mientras desenvainaba el puñal.

—¿Quién coño…? —dijo el centinela al verlo, antes de recibir una puñalada en el cuello.

El guardia intentó zafarse de su atacante y gritar auxilio, pero Seutes lo acuchilló una y otra vez, sin importarle dónde hundía el afilado punzón, y no se escuchó más que un lamentoso estertor. El esclavo, fuera de sí, empuñó el bastón con la otra mano y no paró de golpear el cráneo de aquel desgraciado hasta que los sesos y la sangre empaparon el suelo. Las convulsiones asustaron al histriano, que creyó que el guardián seguía vivo, pero no tardó en percatarse de que no volvería a levantarse nunca más.

Acongojado por lo que acababa de hacer, se tomó un momento para recuperar la compostura. Luego arrastró el cadáver hasta una esquina en penumbra y miró a su alrededor. Parecía que bajo las sombras la divinidad oscura velaba por él. A punto había estado de ser descubierto, y si tal cosa hubiera ocurrido todo estaba acabado, no habría más oportunidad de huir ni de accionar las palancas que abrían la compuerta entre las minas y la muralla. Sin dudarlo, cogió con fuerza la palanca para abrir el acceso. Al hacerlo, el dedo herido le punzó de dolor y volvió a sangrar, y Seutes temió desmayarse antes de alcanzar su objetivo. Sin embargo, la madera cedió y se abrió un palmo. El muchacho insistió, y poco después varias personas ataviadas con harapientas y sucias túnicas pasaron a través del delgado resquicio.

Al principio no se percataron de su presencia, afanados y nerviosos como estaban, pero no tardaron en ver que aquel extraño guardia les había facilitado el acceso. Seutes retrocedió, consciente de que su vestimenta daba pie a malentendidos. Por Fortuna, Hidna se adelantó a los demás y, reconociéndolo, lo abrazó, orgullosa.

—Novato… —susurró mientras las lágrimas de felicidad surcaban su rostro.

Sin embargo, la multitud se agolpaba tras la compuerta. Empezaban los quejidos y las riñas. Había que dispersarla cuanto antes.

—¡Chist! —chistó Hidna—. No hagáis ruido o nos descubrirán.

Los miserables prisioneros habían logrado su objetivo, pero todavía no eran libres. Un grupo se dirigió hacia la salida, donde encontrarían la oposición de los centinelas de guardia. Y entonces se daría la voz de alarma. El tiempo se agotaba.

—¿Dónde retienen a Comio?

La mujer, ocupada en coordinar a los fugitivos, señaló un edificio cercano.

—¡No vayas solo! —le suplicó, pero el chico ya había tomado una decisión.

XXXVIII
VERDAD

«Amicus certus in re incerta cernitur
(El verdadero amigo se descubre en las situaciones difíciles)»,

Marco Tulio Cicerón, *De Amicitia*, 17, 64

Memnón, agobiado, observaba cómo una gota de sudor se deslizaba por su pierna. El alboroto a su alrededor era ensordecedor, lo que aumentó su incomodidad. A su lado, Ptolomeo apuró un trago de cerveza y eructó. Memnón, abstemio como era, sintió nauseas al inhalar el terrible hedor del regüeldo de su compañero.

—¿Es pre… preciso que eructes en mi cara? —tartamudeó, molesto, poniéndose en pie.

—Lo siento, hombre —se disculpó el otro—. No te enfades.

Douras, sentado junto a ellos, se dio cuenta de que su hermano estaba estresado por alguna razón.

—¿Estás bien?

—Sí, sólo que me agobia este mal… maldito calor —se excusó Memnón—, Voy fu… fuera a tomar aire, a ver si se me pasa.

—Ponte mi *kausía*, no vaya a ser que te resfríes. —Y le ofreció su gorro, que su hermano se ajustó antes de salir.

Una vez friera, Memnón inspiró con fuerza, pero no tardó en decepcionarse. El bochorno era igual de sofocante que dentro del

local. A lo lejos, un par de transeúntes se dirigían hacia la taberna. Uno de ellos sacudía un pequeño bolsito de cuero que, a juzgar por el sonido metálico, estaba lleno de monedas. Le oyó decir, entonces, que esa noche invitaba él, a lo que su compañero se mostró agradecido con un par de palmaditas en su espalda. Memnón sonrió. Qué fáciles de satisfacer eran los hombres corrientes.

Cuando los dos desconocidos llegaron a la puerta, se hizo a un lado para no interponerse en su camino. No obstante, en un abrir y cerrar de ojos, le colocaron un saco en la cabeza y le propinaron un golpe tan duro en la nuca que perdió la conciencia, la *kausía* cayó al suelo mientras Memnón se desplomaba en los brazos de uno de sus atacantes. Al momento, Bacilis recogió el gorro de origen macedonio y lo examinó con detenimiento.

—Lo tenemos —sonrió satisfecho.

* * *

—Mátame y termina con esto… —suplicó Comio a su torturador.

—Esto no funciona así, amigo. Si quieres que esto acabe, habla —repuso el otro con serenidad.

Cada vez le era más complicado respirar. Tenía la nariz hinchada, llena de sangre y mocos. De su boca sanguinolenta caía una baba espesa que colgaba de su barbilla como una estalactita. Sus palabras parecían más balbuceos ininteligibles que vocablos. Los ojos, amoratados, le escocían por los golpes y las lágrimas.

—Yo maté a mi padre —confesó en voz baja, casi en un susurro.

El de la cicatriz en la calva frunció el ceño. ¿Es que aquel desgraciado había perdido la cordura?

—Y por ese crimen atroz las divinidades no me perdonarán jamás… —continuó, casi más para sí mismo que para su interlocutor. Luego, añadió con los ojos inyectados en sangre—: Cada mentira que contamos es una deuda con la verdad, y tarde o temprano hay

que pagarla. Por eso sé que no saldré vivo de esta celda.

La inesperada confesión desconcertó al torturador.

—No me arrepiento de haber pasado los últimos años de mi vida en las tropas auxiliares, a pesar de que ahora me dé cuenta de que la causa haya sido injusta —prosiguió entre balbuceos el aturdido prisionero—. Porque en el ejército conocí a mi nueva familia. Y en lugar de a un hermano, encontré a muchos más.

El de la cicatriz en la calva le propinó una bofetada.

—¡Espabila, idiota! ¡Dime quién más está implicado en la insurrección! —bramó, cansado de tonterías.

—Qué más da que me mates o no… —murmuró el soldado—. He visto morir en estas tierras lejanas a muchos de mis amigos por defender, sin ser conscientes, los privilegios de gente como Deceneo.

—Loco no me sirves —sentenció el torturador—. Acabemos con esto de una vez.

* * *

Seutes no podía pensar más que en el dolor del dedo y en el enfrentamiento con el maldito guardia. Pero vio que, a cierta distancia, un centinela vigilaba el acceso al edificio donde mantenían retenido a su amigo. Disimuló, pero al otro le extrañó verlo correr hacia él.

—¿Qué pasa? —preguntó el guardia con desconcierto.

—Hay una brecha en la muralla. Están escapando… —le susurró el histriano.

—¿Cómo? ¡Hay que dar la voz de alarma! —se asustó el otro, e hizo ademán de entrar en el edificio.

En cuanto le dio la espalda, Seutes lo agarró por detrás, por la barbilla, y le cercenó la garganta con el puñal. El desgraciado trató de zafarse, pero cuando el histriano lo soltó cayó al suelo, entre

estertores, y el muchacho empuñó el bastón y golpeó el cráneo de su oponente para rematarlo. Sin más, echó un vistazo para confirmar que nadie lo había visto y entró en aquel oscuro lugar.

Recorrió con presteza los diferentes pasillos hasta que escuchó unos lamentos desde lo que parecían celdas. De repente, una puerta se abrió y un hombre calvo con una cicatriz en la cabeza lo miró de arriba abajo. Sin titubear, Seutes se abalanzó sobre él y le atravesó el pecho con el puñal. Su cuerpo se deslizó por la pared, manchándola con su sangre.

El otro torturador, alertado por el ruido, salió para averiguar lo que pasaba. Pero Seutes descargó su bastón con dureza contra el cráneo del de los dientes picados, y éste se desplomó al instante.

Jadeante, el joven se asomó a la pestilente estancia, y al instante vio en el suelo el cuerpo desnudo de su compañero de fatigas.

—Comio… —susurró con la voz quebrada, arrodillándose junto a él.

Los párpados de su amigo temblaron. Con los ojos hinchados por los golpes, tardó un momento en distinguir quién era.

—¿Seutes? —preguntó, incrédulo.

Con el corazón lleno de alegría al ver que estaba vivo, el histriano estrechó al soldado contra su pecho. El malherido soldado se quejó. Sentía que le habían roto el cuerpo entero.

—Tenemos que salir de aquí —ordenó Seutes, incorporándose.

—No sé si puedo caminar… —gimoteó el soldado mientras se llevaba las manos a la desencajada rodilla—. Déjame aquí. Es el castigo que merezco.

Pero Seutes se agachó, se pasó el brazo de su compañero por encima y lo ayudó a ponerse en pie. Comio gimió de nuevo, dolorido.

—Si las deidades quisieran que murieras en esta pestilente celda, no me habrían dejado rescatarte, así que espabila.

—¿Por qué no te vas sin mí, joder? —gruñó.

—Porque eres mi mejor amigo.

Tambaleantes, con Seutes cargando a su compañero, al llegar al

exterior comprobaron que las cosas no andaban bien. Seutes había imaginado en sueños aquella noche, en la que habría un discurso apasionante que provocaría un ardor en el espíritu de los mineros liberados. Pero nada más lejos de la realidad. Se había dado la voz de alarma y los guardias abandonaban sus barracones para hacer frente a la muchedumbre que corría de un lado para otro, dispersa.

—¡Fortificaos en los adarves! —oyó que decía el que parecía ser un oficial—. ¡No traspaséis la muralla u os arrinconarán en su madriguera! ¡A las murallas! ¡A las murallas!

Algunos centinelas apostados en los adarves cargaban las temibles máquinas de artillería. Mientras, una parte de sus compañeros liberados, en lugar de centrarse en contraatacar, perdían el tiempo vaciando el almacén donde se guardaban los preciados lingotes de hierro. La ilusión no les duraba demasiado, pues pronto eran atravesados por los férreos puñales de los centinelas.

—¡No vas a tener ninguna oportunidad de escapar, y será por mi culpa! —se exaltó Comio al ver la situación.

—¡No voy a abandonarte! —afirmó el joven.

—¡Déjame aquí, maldita sea! Cuando las noticias lleguen a mi centurión, enviará al ejército y me encontrarán.

Seutes se relamió el labio, sin saber qué hacer.

—Voy a tratar de conseguir un caballo. Si no lo logro, será como tú dices —sentenció el histriano, y abrazó a Comio por última vez.

—Nunca he montado desnudo a caballo —se rio el soldado, acostumbrado a disociar en contextos tan violentos como el que los rodeaba—. Supongo que es el sueño de cualquiera.

—¡Déjate de bobadas y desvalija al guardia! ¡Vuelvo enseguida! —le ordenó su amigo, echando a correr.

—¡Un lingote te será más útil que yo! —le dijo Comio, pero Seutes ya estaba lejos para escucharlo.

En su camino, Seutes se dio cuenta de que la situación estaba fuera de control. Mineros y guardias se enfrentaban por doquier, sin distinción de edad o género. Los cadáveres de niños y madres

yacían en el suelo sobre charcos de sangre. El instinto lo apremiaba a escapar, pero a media carrera le vino a la cabeza la imagen de Ateas. A pesar de sus contradicciones, siempre había velado por su bienestar; había sido la luz que lo había mantenido con vida en aquel oscuro agujero. No, no lo dejaría atrás. A él también tenía que encontrarlo. Entonces, de repente, junto a la compuerta, se cruzó con Hidna, que encabezaba a un grupo armado de mujeres.

—Por Skotos, ¿dónde vas? ¡Hay que huir!

—¡Vuelvo a por Ateas!

—¿Estás loco? —dijo ella, llevándose las manos a la cabeza—. ¡Ateas no quiere escapar!

—Nos salvó la vida, ¿te acuerdas? Tengo que insistirle una última vez —se justificó antes de traspasar el resquicio de la puerta y entrar de nuevo en el infierno del que había logrado salir.

Seutes recorrió a la carrera la desértica y solitaria distancia que le separaba de las barracas. En el poblado, el silencio era absoluto, ajeno a la carnicería que se producía al otro lado de las murallas. Llegó al fin al que había sido su hogar durante aquellos terribles meses y empujó la puerta, pero estaba cerrada, así que aporreó con vehemencia.

Ateas, sentado sobre su catre, se sentía incapaz de moverse a pesar de escuchar los repetidos golpes contra la puerta. Sabía que, fuera de la barraca, lo único que había era caos y muerte. El mundo se desmoronaba a su alrededor y se negaba a constatarlo con sus propios ojos. Hacía rato que el silencio había invadido el lugar, hasta que aquel ruido lo había sacado de su ensimismamiento.

—Ateas, soy yo… —susurró el joven.

El viejo se quedó quieto para simular que no había nadie en casa, pero el muchacho no cejó en su empeño y aporreó de nuevo, soltando un sollozo ahogado. Luego, nada. Seutes subía ya por las escaleras que llevaban a la parte trasera de la barraca. Movido por un arrebato, abrió todas las jaulas que mantenían prisioneras a las palomas de su vetusto compañero. Sin embargo, las aves no se inmutaron ni un ápice.

—¿A qué has venido? —escuchó a sus espaldas.

Seutes se dio la vuelta y reconoció la fina figura del anciano.

—Vente conmigo, Ateas… —le suplicó.

—Lo que estáis haciendo es una insensatez… Y, aunque no lo fuera, para mí no hay nada más allá de estos muros. —Se acercó hasta las jaulas abiertas y acarició a sus fieles palomas—. Esto es lo que tú intentas conmigo, pajarito. Que vuele. Pero yo no lo necesito. Éste es mi hogar, y el suyo.

—No son las cadenas lo que nos convierte en siervos, sino nuestro amor por ellas —alegó Seutes con amargura.

—Tenías razón en algo, pajarito. Hasta ahora no te entendía, y tú a mí tampoco. Los pájaros que han nacido libres jamás olvidan lo que se siente al surcar el cielo con sus alas, por eso son tan difíciles de domesticar. Sin embargo, los que se han criado cautivos creen que volar es imposible —reflexionó Ateas.

—Ven conmigo, no tenemos tiempo… —le imploró. Las lágrimas surcaban su rostro y empapaban sus mejillas.

—Éste es mi lugar —negó Ateas, posando la mano sobre su hombro—. El cielo está hecho para personas como tú. Vete, antes de que sea demasiado tarde.

Seutes respiró hondo y miró al anciano con pesar. El mismo que le había abierto las puertas de su casa cuando estaba perdido. El mismo que había procurado mostrarle siempre la parte positiva de las cosas.

—Cuídate, Ateas. —Y echó a correr, sin lograr detener el llanto.

* * *

Al galope, Koinos cabalgó hasta una distancia prudencial de las infranqueables murallas que rodeaban el Mons Ferri. Había escapado por los pelos. Los fugitivos habían asesinado a la mayoría de los guardias. Una masacre peor que cualquier pesadilla imaginable.

Miles de preguntas martilleaban su cabeza, impactado por la carnicería de la que había sido testigo. ¿Cómo habían traspasado la muralla sin que nadie diese la voz de alarma?

Fuere como fuere, cruzó los dedos. Por el momento, Fortuna lo había salvado, aunque desconocía el motivo. En ese instante, se percató de que diminutas figuras se movían en lo alto de los adarves. Escuchó varios alaridos provenientes del interior del recinto, y se asustó. Al mismo tiempo, el metálico pasador del portón chirrió al deslizarse. Cauto, Koinos hizo retroceder a su caballo una decena de pasos. No tardó en vislumbrar a través del resquicio de la compuerta las demacradas y macilentas siluetas de decenas de mineros. Sus peores temores se confirmaban. La guardia entera había sido fulminada.

Sin tiempo que perder, arreó a su caballo en dirección al *ludus* Helvio.

XXXIX
VENGANZA

«Aequat omnis cinis
(Todas las cenizas son iguales»),

Lucio Anneo Séneca, *Cartas a Lucilio*, 15, 91, 16

Kávaros lo cogió por las mejillas y le examinó las facciones. Memnón sintió la brutal fuerza de la mano de un hombre al que no tardó en reconocer. El plateado torques de su cuello y sus penetrantes ojos verdes lo delataban.

—¡Este no es Douras, imbéciles! —insultó a sus secuaces mientras soltaba con brusquedad la cabeza de Memnón.

Bacilis, el más alto, se aproximó a la víctima y la examinó mejor a la luz de un candil. Su jefe tenía razón.

—¿Entonces quién coño es? —se preguntó en voz alta.

—¡Y yo qué cojones sé! —exclamó el proxeneta.

—Habla, perro —lo amenazó Bacilis con un puntiagudo cuchillo—. Dinos quién eres.

Memnón reflexionó antes de decir nada. Frente a él tenía a uno de los peores enemigos de su hermano. Pero ¿qué perdía confesando su verdadera identidad? ¿Acaso tenía algo que ocultar? Lo más sensato, *a priori*, era colaborar. Luego tantearía de qué manera sobreponerse a aquella complicada situación.

—Douras es mi her… hermano —confesó.

Sus captores sonrieron y compartieron miradas de complicidad. Kávaros, contento, le propinó un par de palmadas en la espalda a Bacilis en señal de aprobación.

—Bueno, la caza no ha ido tan mal. No sois tan tontos como creía.

* * *

Cuando Seutes traspasó de nuevo la compuerta, comprobó que la situación había cambiado radicalmente. Decenas de cadáveres yacían sobre el suelo, empapados en su propia sangre. Y muchos de ellos se veían atravesados por mortíferos proyectiles, descargados desde los adarves mediante las máquinas de artillería. A los pies de las murallas también había abundantes cuerpos. El muchacho no tardó en deducir que el enfrentamiento más cruento se había producido allí arriba.

Gimoteos, sollozos, alaridos… A pesar de que ya casi no había movimiento, los lamentos de los heridos resultaban abrumadores. Seutes apresuró el paso en dirección al almacén donde guardaban los lingotes. Allí permanecían los que todavía no habían huido. Fruto de la ignorancia o la insensatez, aquellos desgraciados no eran capaces de entender que, cargados con las pesadas y férreas barras, era imposible huir sin que el ejército los interceptara.

En aquel momento, escuchó un relincho cerca y dedujo que las caballerizas no estaban lejos. Un caballo era lo que necesitaba, y siguió el sonido. En las cuadras, un guardia trataba de calmar a un alocado animal que no se dejaba montar. Al ver a Seutes ataviado con el *linothorax* y el bastón al cinto, lo identificó como a uno de los suyos.

—Amigo, llegas tarde —comentó mientras intentaba someter al animal—. Este es mío.

Decidido a que no se saliese con la suya, Seutes desenvainó de nuevo el puñal, ya manchado de sangre. Pero no necesitó usarlo, porque el infeliz recibió una inesperada coz en la cabeza y cayó de espaldas. El esclavo dio un respingo, sorprendido. Luego, se acercó al guardia y ojeó su cráneo reventado. Ahora le tocaba a él probar suerte.

El caballo retrocedió con los ojos muy abiertos. Seutes vislumbró la tenue y anaranjada luz de una lucerna. Con parsimonia, para no espantar a la bestia y evitar que huyese, la cogió. Después volvió sobre sus pasos.

—No quiero hacerte daño —le dijo con suavidad mientras iluminaba su rostro.

Acercó su mano herida hacia su cabeza. El caballo capto el olor de la sangre y bufó. Seutes pensó que lo último que le faltaba era que lo mordiese y le arrancase otro dedo. Pero, al contrario de lo que temía, no pasó nada.

—Eso es, bonito —insistió con calma—. Aquí ya no queda nada para nosotros.

Al fin, el animal agachó la cabeza y aceptó las caricias de aquel desconocido. Al poco, se quedó quieto, como esperando a que Seutes montara.

* * *

—¿Por qué tu hermano pone tanto empeño en joderme? —preguntó Kávaros.

—Porque abu… abusas de los más vulnerables.

—¡Habla bien, coño! Que no sabes ni hablar. —Y, sin saber que era tartamudo, le propinó una colleja, a la que sus secuaces respondieron con una carcajada.

—Está tan nervioso que creo que va a cagarse encima —se mofó Bacilis.

—Creo que es imbécil —añadió Kávaros antes de proseguir con el interrogatorio—. Pero ¿por qué yo? ¿Por qué Histria?

Memnón había decidido que no tenía nada que ocultar, así que habló con libertad.

—Histria es una ciudad póntica cualquiera —confesó—, pero tiene unas carac… características que la hacen más predispuesta a la rebelión. Durante la ocupación persa, participó en la re… revuelta jonia. Tampoco se sometió al diádoco Lisímaco. Junto a otras *poleis* helenísticas, se alió a Mitrídates en las guerras contra Roma. Y so… soportó los asedios del poderoso rey Burebista.

Kávaros frunció el ceño. No esperaba una respuesta basada en relatos históricos.

—Bueno, ¿y qué?

—Que su historia demuestra el ca… carácter de sus habitantes. Y que si a esto le sumamos la cercanía de las minas de hierro, la ocu… ocupación del ejército en la región y los abusos de la curia… —Hizo una pausa y sentenció—: Casi no tenemos que hacer nada para que todo estalle.

—Pero vosotros sois forasteros, ¿por qué cojones perdéis el tiempo en mi ciudad? —se enfadó Kávaros, que no encontraba respuesta a sus preguntas.

—Douras no se detendrá en Histria, Kávaros. Esto sólo es el pri… principio.

—¿Quién coño sois?

—En el pasado fuimos siervos de un ti… tirano. Y nuestra intención es erradicar la esclavitud del mundo —afirmó Memnón con convicción.

—¡Ja! Menudo idealista —se burló el otro—. En fin, suficiente por hoy. Dale recuerdos de mi parte a tu hermano en el lago Estigia —y, sin mediar palabra, rodeó el cuello de su víctima con sus gruesas manos y apretó hasta que el joven convulsionó y se le salieron los ojos de las órbitas.

* * *

El soldado permaneció un rato en el suelo, con la espalda apoyada en la pared. Durante la ausencia de Seutes, había sido testigo de la carnicería. Sin embargo, herido y desnudo como estaba, nadie reparó en que seguía vivo. A regañadientes y con empeño, logró incorporarse, aunque un pinchazo en la rodilla lo hizo doblegarse.

—Me cago en todos los dioses —se atrevió a blasfemar.

Cuando entró cojeando en el edificio y encontró el maltrecho cuerpo del guardia con la cabeza abierta y la garganta cercenada, Comio tragó saliva. Le resultaba difícil creer que aquello era obra de Seutes. Aun así, sin tiempo que perder, le quitó el calzado, el *linothorax*, la túnica y las armas. Después, aguantando el dolor, se vistió, se colocó el *linothorax* y empuñó el bastón. Como un recuerdo fugaz, le vino a la mente su primer encontronazo con un guardia nada más llegar a las minas. Los dos varazos recibidos: uno en la clavícula y otro en la boca. Comio le lanzó un escupitajo al cadáver y sonrió. Las tomas habían cambiado.

Aunque la situación se había calmado, prefirió no salir del edificio, débil como estaba. Además, ataviado como un guardia, prefería evitar posibles confusiones.

—¡Comio! —escuchó desde el exterior.

El soldado se asomó y no creyó lo que veía. Aquel maldito histriano había conseguido su propósito. Sin duda alguna, aquella noche las deidades estaban de su parte.

—Menudo hijo de puta —dijo mientras dibujaba una enorme sonrisa en el rostro.

—Sube, tenemos que largarnos —le ordenó su amigo.

Desde arriba, Seutes lo ayudó a montar. Cuando comprobó que su compañero estaba bien sujeto, atizó al animal para escapar cuanto antes de aquel execrable lugar. En su mente ya sólo quedaba

un objetivo: rescatar a su hermana.

* * *

Koinos divisó el *ludus* a poca distancia, pero, a pesar de los golpes, su caballo se negó a aumentar la velocidad. Hacía rato que respiraba con dificultad y le caía baba por el hocico. Con la cabeza gacha, el animal pateaba con sus últimas fuerzas. En base a la posición de la luna, el guardia calculó que quedaban unas tres horas para el amanecer. Así pues, desmontó y se acercó hasta una pequeña campanita que colgaba de la pared. Tras sacudirla, un centinela se asomó en lo alto del adarve y lo miró con suspicacia.

—¿Quién va? —preguntó.

—Mi nombre es Koinos y trabajo como guardia en las minas de hierro. Abre la puerta, maldita sea —lo urgió el otro.

Pero el guardia, poco acostumbrado a que nadie le hablase en ese tono, le espetó:

—Creo que vas a quedarte fuera hasta que me apetezca bajar a abrirte.

—¡Los esclavos de las minas han escapado, joder! ¡Avisa a Deceneo!

El centinela abrió los ojos como platos y se apresuró a abandonar su puesto. Al momento, aporreaba la puerta de la *domus* con energía, dispuesto a despertar a Critasiros y a quien hiciese falta. Poco después, el acceso al *ludus* se abrió, y Koinos dejó fuera a su fatigado caballo. Marco Helvio Deceneo corrió a su encuentro, seguido por el diminuto Critasiros, que avanzaba a trompicones.

—¡Qué cojones ha pasado! —exclamó aterrorizado el *paterfamilias*.

—¡Han escapado, *domine*! ¡Las putas ratas han escapado!

—Despiértame, Critasiros, por favor. Que esto no sea más que una cruel broma de Morfeo… —suplicó el lanista mientras daba

vueltas sobre sí mismo con las manos en la cabeza.

Pero el tembloroso esclavo estaba inmóvil. Y entonces Deceneo recordó que su esposa estaba sola en Histria, apenas protegida por el personal doméstico; cabía la posibilidad de que los fugitivos se dirigieran a la ciudad en busca de botín. Tenía que actuar con rapidez.

—Ve inmediatamente a avisar al ejército apostado en Argamum. ¡Tienen que actuar! —le ordenó a Koinos con severidad.

—Necesitaré otro caballo, el mío… —murmuró el guardia.

—¡Coge lo que necesites, pero muévete, maldita sea! —lo interrumpió Marco Helvio Deceneo con urgencia.

Sin demora, Koinos corrió en dirección a las caballerizas acompañado por el otro centinela. Mientras tanto, el angustiado lanista se dirigió hacia el larario de su hogar en busca de orientación, respirando hondo para tratar de mantener la mente fría. Aquella situación lo sobrepasaba.

—Organiza a los guardias necesarios —ordenó de repente a su administrador, que lo seguía presa de los nervios—. Abandonamos el *ludus*. Laódice está sola en Histria.

El rumor de lo que ocurría se extendió entre los gladiadores, ya despiertos debido al ajetreo. Critasiros seleccionó a los custodios que los acompañarían, pero eran demasiado pocos.

Cabía la posibilidad de que parte de los fugitivos se dirigieran hacia el *ludus*, y tampoco quería desguarnecerlo. Sus murallas no eran infalibles. Si los esclavos lo atacaban y liberaban a los gladiadores, se agravaría el problema con creces.

Clito, alertado por el ruido, miraba con cautela a través del ventanuco de su cubículo, agarrándose el hombro por el dolor. Los guardias se movían frenéticamente aquí y allá. Entre ellos, vislumbró la figura alta y pelirroja de Cotis, que a una orden del pequeño Critasiros se aproximó hasta su celda para abrirla.

—Cotis, ¿qué está pasando?

—Te vas con Deceneo a Histria —respondió el agitado centinela.

—Pero ¿por qué?

—Los esclavos de las minas han escapado y Deceneo quiere que te sumes al convoy que lo protegerá hasta la ciudad —afirmó el guardia, a quien le temblaban las manos.

Al salir, Myrmex echó un vistazo a la celda de su amado.

—¿Y Menoetius? —preguntó, angustiado.

—El único gladiador en quien Deceneo confía plenamente eres tú. Y tú vales como diez de nosotros… —Y, con una profunda incertidumbre, añadió—: Los demás nos quedamos aquí, por si nos atacan.

Aquellas palabras helaron el espíritu de Clito. ¿Por qué las divinidades jugaban con sus destinos de aquel modo tan injusto? Primero le arrebataban la oportunidad de vengarse de Lascivus, para luego arrancarlo de los brazos de su amado compañero. Sin tiempo para más preguntas, siguió a Cotis en dirección al arsenal, donde una multitud de guardias se armaban dispuestos a partir en dirección a Histria, desconocedores de lo que se encontrarían por el camino.

—Ahora prepara tu equipamiento. Esta noche eres un escolta más de tu *dominus*.

Clito, ya equipado con las armas que, durante un año, se habían reservado para su enfrentamiento con Lascivus en los Ludi Apollinares y no para defender a su amo del ataque de unos esclavos fugitivos, se fundió entre la guardia.

* * *

Cotis aporreó varias veces la puerta del cubículo. Kinane, despierta por el estruendo, entreabrió y se topó con el pálido rostro del guardia. Todo le indicaba que sucedía algo grave.

—¡Ven conmigo! —le ordenó el pelirrojo.

Confusa, Kinane se quedó quieta. Los guardias iban y venían a toda prisa. Entre ellos, atisbo la fulgurante y enorme figura de Clito,

ataviado con su equipamiento de combate. ¿Acaso el mundo se había vuelto loco? Cotis, cansado de esperar, la asió con fuerza por la túnica y la obligó a seguirlo hacia las caballerizas.

—¿Me puedes decir qué está pasando?

El guardia palideció al ver la cara de la joven, hinchada y llena de moretones.

—Deceneo se marcha a Histria. Ha habido una fuga masiva en las minas.

Kinane tardó un momento en asimilar la noticia. ¿Una fuga en las minas? Eso le parecía imposible. Pero, a juzgar por el caos y las prisas a su alrededor, tenía que ser cierto. Un rayo de esperanza la traspasó y el latido de su corazón se aceleró. ¿Estaría Seutes entre los fugitivos? Tal vez ahora sí había una remota posibilidad de reencontrarse con su hermano. Lo único que se interponía en su camino era la familia Helvia.

—Sube —le ordenó Cotis mientras le acercaba un asno.

Sin más dilación, se aproximaron al grupo que esperaba en la compuerta de acceso al *ludus*. Al ver a Myrmex, Kinane sintió un vacío en el estómago. Era imposible no sentirse pequeña y vulnerable frente a aquella mole armada y amenazadora. Por su parte, Clito no se percató de su presencia. La separación de Menoetius y la posibilidad de que los fugitivos atacasen la escuela de gladiadores en su ausencia era lo único que copaba su mente.

XL
A VERBIS AD VERBERA[8]

«Ne malum quidern ullum esse sine aliquo bono
(No hay ningún mal sin algo bueno)»,

Plinio el Viejo, *Historia Natural*, 27, 9

Sin tiempo que perder, Douras organizó a los hombres más cercanos. Cuchillos, puñales, garrotes y cualquier objeto a mano podían ser útiles. Habían buscado a Memnón por todos lados sin encontrarlo. La única opción que quedaba era el lupanar de Kávaros. Había llegado el momento de actuar con contundencia. Pero antes tenía que tomar precauciones. La vida de su hermano estaba en juego.

—Zopirión —le dijo, apoyando la mano en el hombro de su leal compañero con confianza—, la guardia urbana seguro que está alerta. Necesito que elimines al máximo número posible de hombres o, al menos, que los contengas.

—Nosotros os cubriremos —aseguró con convicción el tuerto, armado con un puñal y una honda en el cinto.

—Pues marchaos ya. Nosotros nos vamos en breve. —Y ambos se fundieron en un fraternal abrazo.

Poco después, todos abandonaron el local en dirección a El horno de Afrodita, amparados bajo la oscuridad de la noche. Douras miró

al cielo. Quedaban un par de horas para el amanecer. Tenía que apresurarse.

* * *

En cuanto los dos porteros del lupanar divisaron al grupo que se dirigía hacia ellos, fueron conscientes de lo que se les venía encima. Sin dudar ni un ápice, entraron en el burdel y cerraron con llave. El atriense fue el primero en leer la situación. Se había enterado de que Bacilis había raptado a uno de los hombres de Douras. Era evidente que el agitador no iba a quedarse de brazos cruzados.

Kávaros, que había previsto la reacción, había despachado a sus clientes tras matar a Memnón con sus propias manos. En el interior del lupanar, una veintena de hombres, todos a los que había logrado reunir en tan breve lapso de tiempo, esperaban con impaciencia el ataque. Puñales, cuchillos, espadas de contrabando, martillos, garrotes, mazas…, cualquier arma era idónea para el enfrentamiento que se avecinaba.

Douras apostó a algunos de sus compañeros en las calles que hacían esquina para impedir que los rodeara la guardia urbana. Junto a él, una treintena de hombres armados dispuestos a abatir al mayor tirano de Histria. Entre ellos, Ptolomeo y Thrax, quien ansiaba rescatar a su niña de las zarpas del proxeneta sin escrúpulos.

—¡Devuélveme a mi hermano! —exigió a voces el cabecilla de la revuelta.

Pero no obtuvo respuesta, lo que envalentonó aún más a sus forajidos acompañantes. Entre cuatro, asieron un pequeño ariete para echar abajo el portón de entrada a El horno de Afrodita. Douras, Ptolomeo, Thrax y el cuarto hombre se miraron a los ojos antes de lanzar el primer golpe.

—A la de tres —les indicó Douras—. ¡Una, dos, tres!

Y el ariete chocó con violencia contra el portón con un ruido

ensordecedor. En el piso superior, el impacto asustó a las chicas y a los eunucos, recluidos en sus cubículos. Desorientado, un muchacho de piel broncínea echó a correr, y Kávaros, histérico, lo cogió por el cogote y estampó su cabeza contra la pared, salpicándola con sangre y sesos.

—¡Vosotros, a vuestros cubículos! —ordenó fuera de sí.

Mientras tanto, Bacilis vaciaba por una de las ventanas un enorme caldero lleno de aceite hirviendo.

—¡Cuidado, arriba! —avisó desde la calle uno de los atacantes.

Douras, Ptolomeo y Thrax lograron apartarse a tiempo, no así el cuarto hombre, que bramó como un animal al sentir cómo el aceite le freía la piel.

—¡Mierda! —maldijo el enorme Ptolomeo.

Sin demora, la abrasada víctima fue arrastrada a un lado por uno de sus compañeros.

* * *

Los *vigiles* se apresuraron hacia los suburbios de Histria tras el aviso de una reyerta. El camino más corto pasaba por la curia municipal. Sin embargo, una vez allí, comprobaron que las salidas estaban bloqueadas mediante barricadas. Sin tiempo para reaccionar, escucharon un mortífero silbido que tardaron demasiado en identificar. Decenas de glandes de plomo y piedra se estrellaron contra los cráneos y la carne de los desprevenidos guardias urbanos.

—¡Nos disparan! —chilló uno, protegiéndose con los brazos.

—¡Retroceded hacia el pórtico de la curia! —voceó otro, asustado por el repentino ataque.

Los aterrorizados *vigiles* se agruparon, en un intento por hacerse fuertes, y retrocedieron en dirección a la curia, aunque en los escalones algunos de ellos tropezaron. Cada vez eran más los heridos o muertos que se quedaban rezagados.

—¡Continuad! —ordenó Zopirión desde su posición.

La guardia urbana comprendió que confiar en que los asaltantes se detuvieran era inviable. La única vía de escape era la calle por la que habían accedido antes, y hacia allí se dirigieron, pero, al alzar la vista, se toparon con que una veintena de hombres armados los esperaban para hacerles frente.

—¡Desarmaos, y os perdonaremos la vida! —exclamó el tuerto, oculto entre la multitud.

Los magullados *vigiles* dudaron y un par de ellos avanzaron con las espadas desenvainadas, dispuestos a enfrentarse a sus desconocidos enemigos. Sin embargo, no tardaron en escuchar el metálico ruido de las espadas de sus compañeros al ser lanzadas al suelo.

* * *

En la planta inferior de El horno de Afrodita, el atriense atrancaba la puerta con cualquier mueble a mano. Fuera, los hombres de Douras lanzaron teas en llamas hacia las ventanas del piso superior del local. La mayoría fallaron, pero otros consiguieron su objetivo. Bacilis tuvo que apartarse para que una de las teas no le diera de lleno. Pese a todo, el fuego había prendido con rapidez las suaves y finas cortinas que decoraban el burdel, y todos se afanaban en apagar las llamas antes de que fuese demasiado tarde.

—Si nos quedamos aquí, somos hombres muertos… —murmuró Kávaros—. ¡Vamos, abajo!

Cinco de los hombres apostados en la planta superior lo siguieron por las escaleras hacia la puerta trasera del lupanar. Una salida sólo conocida por los clientes más prestigiosos de Histria, aquellos que no deseaban que se dañara su imagen pública. Bacilis, por su parte, atrancó las ventanas para evitar que los atacantes colaran más teas incendiarias y, luego, descendió hacia el piso inferior y se reunió con

el resto.

Entretanto, el ariete impactaba con rotundidad contra el portón. La madera comenzaba a quebrarse. A cierta distancia, Douras vigilaba las ventanas, alerta por si volvían a tirarles aceite hirviendo. Impaciente, asió una tea incendiaria y la lanzó con tal fuerza que cayó sobre la techumbre del lupanar.

* * *

Los hombres de Kávaros viraron en una esquina y sorprendieron a sus atacantes por la retaguardia. Douras y los suyos no se percataron hasta que fue demasiado tarde. Los puñales se hundieron en las carnes y los garrotes partieron cráneos, sin compasión. Varios hombres cayeron abatidos al suelo sin oportunidad de defenderse.

Ptolomeo y Thrax soltaron el ariete, dispuestos a plantar cara. El tracio, pequeño y ágil como era, cercenó la garganta a uno de los secuaces de Kávaros con un rápido movimiento de muñeca. A su lado, uno de sus compañeros caía con la cabeza abierta por un bastonazo.

La refriega era caótica, los miembros de ambos bandos se entremezclaban sin orden alguno. Bacilis hundió su daga en el costado de un enemigo, que retrocedió. A escasos pasos de él, Douras se enzarzó con otro y le perforó el vientre con el puñal. Su víctima cayó de rodillas al suelo tapándose la herida para que su intestino no escapase por ella. El de la *kausía* echó una ojeada a su alrededor. El proxeneta no se encontraba por ningún lado, ni su hermano Memnón tampoco.

Poco a poco, los hombres de Kávaros retrocedían. Los atacantes eran demasiados y los perseguían por todas partes, encabezados por Thrax y Ptolomeo. Bacilis, a la cabeza, organizó la retirada para disminuir el número de bajas. Acosados, los secuaces del proxeneta

se apelotonaron en la parte trasera del burdel.

Cráneos rotos, huesos partidos, carne segada y extremidades cercenadas. La sangre salpicaba a vivos y muertos, y empapaba las sucias calles de Histria. Bacilis trataba de contenerlos, en vano. Ptolomeo, de su misma estatura y fuerza, le propinó tal bastonazo en la cabeza que cayó a plomo de inmediato. Thrax pasó por encima de su cadáver, ansioso por recuperar a su pequeña Thalia lo antes posible, arrasando a cuantos se encontraba a su paso. Todo quedaba teñido del color cobrizo de la sangre.

Dentro, el ruido fue ensordecedor cuando el ariete partió al fin el portón principal. Con ferocidad, los compañeros de Douras arrancaron los pedazos de madera que colgaban de la estructura y penetraron en el lupanar. La violenta reyerta proseguía en el interior del local.

* * *

La comitiva se detuvo delante del acceso a la ciudad. Marco Helvio Deceneo, visiblemente nervioso, llamó al centinela en repetidas ocasiones. Era raro que ignorasen su petición, pues veía movimiento en lo alto de los adarves. Volvió la mirada hacia Critasiros, montado sobre un pequeño asno, y éste le respondió frunciendo el ceño. Algo extraño ocurría.

—¿Quién va? —le inquirió al fin un afanado centinela.

—Soy el magistrado Marco Helvio Deceneo —afirmó con autoridad—. ¿A qué se debe esta tardanza?

Sin mediar palabra, las compuertas se entreabrieron. Sin embargo, nada más cruzar al otro lado, se dieron de bruces con el *vigil*.

—Magistrado, la mayor parte de nuestras unidades están ocupadas sofocando algunos disturbios. Id con cuidado —lo aconsejó en el tono más respetuoso que supo.

Deceneo valoró informar a aquel desgraciado del verdadero peligro que se avecinaba, del que suponía al guardia desconocedor. Pero no había tiempo para ello y, además, seguro que aquellas trifulcas entre borrachos terminarían pronto. Por otro lado, su mensajero estaba nimbo a Argamum y el ejército no tardaría en hacer acto de presencia. No podía alarmar a la población por un problema que no era responsabilidad suya y que quizá dinamitaría su carrera política.

—Las reyertas entre borrachos no me incumben —sentenció con severidad—. Os recomiendo que os reorganicéis.

El centinela dio por concluida la conversación con el engreído comerciante y regresó a su puesto.

* * *

Zopirión limpió la pegajosa sangre de la espada con su túnica. Aquellos inocentes *vigiles* habían entregado las armas sin oponer la mínima resistencia. Sus cadáveres, todavía calientes, yacían sobre el gélido suelo. Gracias a su ingeniosa maniobra habían neutralizado a gran parte de la guardia urbana y se habían quedado con sus valiosas armas. El tuerto observó con alegría la fabulosa espada y sonrió. Ahora sí eran peligrosos de verdad.

—¡Es Deceneo! —le voceó alguien, cerca.

Al momento, todos ellos se adelantaron hacia la llamativa comitiva. Desde la calle aledaña, el comerciante escuchó los alaridos de la turba.

—¡Desmonta, Critasiros! —le ordenó con rapidez.

El viejo administrador dio un brinco y bajó de su diminuto asno, al mismo tiempo que lo hacía su amo, a pesar de su oronda tripa. Kinane, a unos pasos de distancia, se percató de lo que ocurría y los imitó. Fue entonces cuando Clito se giró y descubrió que la muchacha se encontraba entre los presentes.

—¡Cubridnos! —voceó el lanista a su guardia.

Kinane los alcanzó, y los tres corrieron en dirección a la *domus* Helvia. El afamado gladiador, junto al resto de los escoltas, retrocedió para hacer frente a sus repentinos y embravecidos oponentes.

* * *

El aporreo de la puerta despertó a Audata, profundamente dormida. Al abrir, se encontró a una asustada Tomiris, temblorosa.

—Vente a mi casa, rápido —le pidió su vecina—. Ese loco se está tomando la justicia por su mano.

Audata, somnolienta, tardó en percibir el griterío. Al parecer, provenía de la zona de El horno de Afrodita. Entonces comprendió que su amiga se refería a Douras, y un escalofrío recorrió su espalda.

—No vayas —le suplicó su vecina al intuir sus intenciones.

Tomiris no tardó en ser consciente de que había sido un error ir a su casa a buscarla en mitad de la trifulca, pero Audata asintió. El olor a humo confirmaba que no era un ataque cualquiera.

—Aquí estaré bien. Vete antes de que Lipoxais se preocupe —la calmó Audata.

Su vecina volvió sobre sus pasos, pero no se quedó tranquila hasta escuchar a su amiga cerrar la puerta con cerrojo.

Una vez sola, Audata respiró hondo. Un enorme vacío en el estómago le indicaba que algo importante estaba a punto de suceder. Sus ojos divagaron por la vacía estancia hasta fijarse en el largo y puntiagudo clavo de plomo que le había regalado la tenebrosa bruja tiempo atrás. Era el arma predestinada a ejecutar su venganza. A paso lento, se aproximó hasta él y lo asió con fuerza. En la palma de la mano, en el mismo lugar donde tenía las cicatrices de su sacrificio a las divinidades, sintió el frío metálico. Y entonces

recordó las palabras de Ericto, susurradas con su voz viperina a través de sus dientes podridos: «Cuando las divinidades infernales lo consideren, te marcarán el camino».

Sin dudarlo, salió en dirección a El horno de Afrodita.

* * *

Junto a dos de sus hombres, Kávaros bloqueó el acceso a las escaleras que daban al piso superior. A través de los resquicios libres, intentaron apuñalar a sus atacantes. Ptolomeo recibió un tajo en el pecho y tuvo que retirarse. No así Thrax, el que más ímpetu demostraba. No en vano era su hija la que estaba secuestrada en manos de aquel miserable. El tracio sólo tenía que imaginar las horripilantes escenas a las que su niña habría sido sometida para inflarse de valor y de rabia.

—¡Thalia! ¡Thalia! —llamaba, con su marcado acento tracio, mientras en la planta inferior sus compañeros ejecutaban a los últimos supervivientes de la banda de Kávaros.

Fue entonces cuando éste se percató de que la niña era una rehén útil. Al fin y al cabo, el maldito Memnón llevaba un par de horas muerto. Ella era su única baza para negociar una tregua con Douras. Anduvo de un cubículo a otro hasta que, al apartar una cortina, la encontró, agazapada en un rincón y cubierta hasta las mejillas con una manta.

Cuchillo en mano, se aproximó a la pequeña y le arrancó la manta de las manos con virulencia. La hija de Thrax chilló aterrorizada. Su rostro, pálido por el maquillaje, a excepción de los pómulos sonrosados con colorete, dibujó una fea mueca de horror. Kávaros la asió de la cabellera y la arrastró hasta la estancia principal con intención de mostrársela a su padre. El acuerdo era bien sencillo. La niña a cambio de salir con vida del burdel.

Mientras, los hombres de Douras trataban de separar los muebles

que bloqueaban el acceso al piso superior. Uno de los secuaces de Kávaros retrocedió, herido. El otro, al ver que era imposible defender su posición, se dio la vuelta y confirmó que su jefe sujetaba a la niña cuchillo al cuello. La única idea que se le pasó por la mente fue la de abrir las ventanas y arrojarse al vacío. Desde el piso superior del lupanar se escuchó el seco golpe.

A excepción del que se lamentaba en el suelo, malherido, el resto de los cómplices de Kávaros estaban muertos. La ira inicial se había disipado debido al cansancio, y lo único que ahora se escuchaba eran los murmullos de las prostitutas y los asustados eunucos, los muebles aporreados y la agitada respiración de los ejecutores de aquella carnicería.

—¡Devuélveme a mi hermano! —bramó Douras desde el piso inferior.

Y el asustado proxeneta se quedó quieto, con la esperanza de iniciar la negociación.

XLI
LUDI APOLLINARES

«Dente lupus, cornu taurus petit
(El lobo ataca con los dientes, el toro con los cuernos)»,

Quinto Horacio Flaco, *Sátiras*, 2, 52

El enorme atriense abrió la puerta de inmediato. Las encendidas mejillas de Marco Helvio Deceneo contrastaban con la palidez de su rostro. Tras él, Critasiros y Kinane recuperaban el aliento a bocanadas.

—¿Qué haces tú aquí? —le espetó, de repente, el comerciante a la muchacha mientras se llevaba la mano al pecho.

Kinane, atosigada por la carrera y bajo la mirada de desprecio de Critasiros, tardó en percatarse de que quizá la idea de Cotis no había sido la mejor. Pero, en ese momento, alguien aporreó la puerta con insistencia y todos se quedaron petrificados. El atriense, ajeno al peligro exterior, abrió el ventanuco del portón y frunció el ceño, asombrado.

—¿Quién es? —le preguntó un sofocado Deceneo.

—Es… —y dudó—, ¿un gladiador?

—¡Abrid la puerta! —vociferó Clito desesperado.

—¡Abre! —se dejó llevar por la situación Deceneo.

El esclavo obedeció, y Myrmex penetró en la estancia. Nada más

sentirse a salvo, se doblegó y apoyó las manos sobre las rodillas para recuperar el aliento.

—¿Cómo has encontrado mi casa? —se extrañó el lanista.

—Tu caballo, *domine…* —balbuceó, jadeante aún.

—¿Y para qué has venido? —se enfureció Deceneo—. ¡Tu obligación es defendemos!

El gladiador, que había sido testigo del asesinato del resto de la escolta, contuvo las ganas de partirle la cabeza. Apretó la mandíbula y respiró hondo. Luego, con parsimonia, se desabrochó la correa del casco y liberó su testa. Las gotas de sudor le empapaban la frente, el rostro y el cuello. La lucha callejera había sido complicada; por su hombro lesionado y por el número de enemigos. Al alzar la vista, sus ojos se encontraron con los de la aterrada Kinane, que lo contemplaba con incertidumbre.

* * *

Douras subió los peldaños que lo separaban del piso superior y observó la temblorosa pero sonriente figura del proxeneta, que sujetaba a la niña cuchillo al cuello. El corazón le dio un vuelco. Que Kávaros hubiese tomado a Thalia como rehén y no a su hermano era un claro indicativo de que estaba muerto. Memnón habría sido una baza mucho más valiosa que la hija de Thrax.

—¡Thalia! —sollozó el tracio mientras su mundo se desmoronaba.

—Dejadme salir y no la mataré —propuso un angustiado Kávaros, que había visto morir a todos sus hombres—. Lo único que quiero es un caballo a la salida de la ciudad.

—¡Douras! —se escuchó entonces la voz de Ptolomeo desde abajo—. Está aquí…

Éste palideció. Había llegado el momento de afrontar la dolorosa verdad.

—No te muevas —ordenó en un gruñido al proxeneta.

Thrax también permanecía inmóvil, pero no por la indicación de su líder, sino por la peligrosa situación en la que se encontraba su hija. Su aspecto maquillado, abominable, le hacía añicos el espíritu.

Douras inició el descenso por las escaleras, y a punto estuvo de resbalar con la sangre que empapaba los peldaños. Pasó por encima de algunos cadáveres y llegó hasta el umbral de una estancia que, por la decoración, parecía ser la oficina del dueño. Allí lo esperaba el enorme Ptolomeo, quien, mirándolo desolado, se presionaba una sanguinolenta herida con la mano. No hicieron falta palabras para deducir qué había al otro lado de la puerta.

Al entrar en la habitación, encontró el cuerpo de su hermano sobre el suelo, desparramado como si no fuese más que un muñeco de trapo. Yacía con la boca abierta, aunque alguien con un mínimo de compasión le había cerrado los ojos. Con el alma rota, Douras se arrodilló, hundió el rostro en su melena castaña y estrechó el frío cuerpo contra su pecho. Buscó en vano los latidos de su corazón. Entonces, víctima de la impotencia, su gemido desgarrador se oyó hasta en la curia de Histria.

* * *

Marco Helvio Deceneo ordenó que atrancaran la puerta del vestíbulo. Cabía la posibilidad de que la exaltada turba asaltase su casa. Sin dilación, se dirigió hacia la alcoba donde descansaba Laódice, ajena a cuanto sucedía en el exterior. Por primera vez en mucho tiempo, Deceneo sintió una inconmensurable felicidad que le inundó el pecho. A punto de llorar por el cúmulo de emociones, se echó sobre la cama, se estrechó junto a su esposa y la abrazó con fuerza. Si tenía que enfrentar el fin del mundo, lo haría al lado de la mujer a la que amaba.

Laódice, adormilada, tardó un poco en percatarse de la presencia a su lado, pero cuando lo hizo saltó de la cama.

—Soy yo, amor mío —la tranquilizó él.

—¿Qué haces aquí? —balbuceó la mujer, mientras se apartaba el pelo de la cara.

Dinamia se asomó a la habitación, despierta por el ajetreo.

—Hay una reyerta, pero se calmará pronto. He venido por si acaso. —Deceneo no quería preocupar a su esposa—. Que Dinamia te haga compañía. Yo voy a orar a los lares y los penates para que velen por nosotros.

La fiel esclava entró en la alcoba y se quedó de pie a la espera de órdenes mientras su *domina* se limpiaba las legañas en la palangana. Entretanto, Deceneo se dirigió al vestíbulo para preparar la libación con ayuda de Critasiros. Sin embargo, la tranquilidad no duró demasiado.

—*Domina*, Kinane está aquí… —le confesó Dinamia.

Laódice miró a la esclava. Sus ojos no mentían. Sin ni siquiera secarse la cara, abandonó la habitación, y, una vez en el vestíbulo, se sorprendió al ver al afamado Myrmex en una esquina, junto a Kinane, que permanecía paralizada. Deceneo y Critasiros, conscientes de lo que se avecinaba, dejaron el vino y la pátera a un lado.

—¿Para qué has traído a esta sucia rata a mi casa? —se enfureció la matrona.

—¡No la he visto hasta llegar aquí!

—¿Es que eres ciego o me tomas por imbécil? —se atrevió a decir, ofendida, delante de los esclavos—. Que se vaya, ya.

—Cariño, ¡tú no sabes cómo está la situación ahí fuera!

—Sácala o la saco yo, Dekaineos —amenazó Laódice.

—Te prometo que mañana a primera hora se la llevo a Kávaros… —Pero estas palabras fueron interrumpidas por su mujer, que se abalanzó decidida contra Kinane.

Laódice la cogió por el pelo y se lo estiró con brutalidad. Movida por el instinto, la muchacha le mordió la mano para zafarse de sus garras. Sin titubear un ápice, Dinamia se enzarzó en la pelea para evitar que Kinane hiriese a su *domina*.

—¡Detened esta locura! —ordenó el orondo Deceneo.

Pero ya era demasiado tarde. Dinamia y Laódice se habían enzarzado con Kinane, y ésta volvía a recibir golpes en la ya amoratada carne. Critasiros, sobrepasado por la situación, la cogió del cuello para sofocarla.

En medio del caos, Myrmex observaba al angustiado Deceneo, que daba rodeos alrededor de la refriega entre las mujeres. El incompetente comerciante había perdido las minas, le había arrebatado la oportunidad de vengarse de Lascivus y había condenado a Menoetius a una muerte segura. Y, además, había humillado a Kinane días antes, dejándola en un estado deplorable. La joven había estado a punto de morir y a aquel miserable parecía no importarle nada.

La abrumadora inquietud sobre el estado de Menoetius le martilleaba la cabeza. Los Ludi Apollinares ya no importaban una mierda. La ciudad estaba tomada por unos rebeldes forajidos. Los esclavos de las minas habían escapado, y existía la posibilidad de que atacaran no sólo el *ludus*, sino toda Histria. El mundo que conocía se derrumbaba frente a él. Y, entre tanto caos, lo único que anhelaba era rescatar a Menoetius. Fuera cual fuera el precio que pagar.

De repente, el atriense se movió. Había visto que su *domina* sangraba, y empuñó su temido bastón para acabar con la problemática esclava. Alzó el brazo ejecutor en dirección a la cabeza de Kinane, pero enseguida advirtió que algo extraño asomaba por su pecho. Al retorcerse el filo, sintió un terrible dolor. Soltó la vara y cayó de rodillas. Luego, su cara se estampó contra el suelo.

—¡Basta! —exclamó iracundo el gladiador, de cuya espada goteaba sangre.

Critasiros, Dinamia y Laódice se apartaron. Kinane miró horrorizada al malherido atóense, que se desangraba a su lado mientras todavía parpadeaba.

—¿Cómo te atreves? —se enfureció Deceneo.

Dinamia aprovechó la distracción para ir a la cocina y coger un

cuchillo. Marco Helvio Deceneo pasó por encima del cadáver del atóense, como si fuese un obstáculo, y se colocó entre su esposa y el peligroso gladiador.

—Menoetius morirá en los Ludi Apollinares por tu culpa… —sollozó Myrmex, sin más.

Su instructor siempre le había recomendado mantener la mente fría durante un combate. Debía ser prudente y no dejarse llevar por los arrebatos, tal y como le acababa de suceder. Y entonces, bajo la incredulidad de los presentes, bajó la espada.

Dinamia aprovechó el descuido y se abalanzó hacia él cuchillo en mano. Myrmex se apartó a un lado para evitar el mortífero filo, asió con dureza la delgada muñeca de la esclava y la apretó hasta que el arma cayó al suelo. El silencio se adueñó de la estancia, sólo roto por las agitadas respiraciones.

Kinane, que había estado esperando una oportunidad como ésa durante meses, agarró el cuchillo de un manotazo y dio una zancada hacia Laódice. Deceneo se movió, rápido, para interponerse, pero, fuera de sí, llevada por el impulso, la muchacha hundió la afilada arma en el cuello de su *dominus*. Éste soltó un grave gemido y se tapó la herida con la mano, tratando de evitar la pérdida de sangre. Pero fue en vano. Herido de muerte, las fuerzas no tardaron en fallarle y cayó al suelo.

—¡Te voy a matar! —bramó Laódice, antes de abalanzarse contra ella para arrebatarle el arma.

Pero Kinane, sin dudarlo, la agarró por la cabellera y le hundió el cuchillo en el vientre, una y otra vez. Tras un inerme intento de zafarse, la mujer se deslizó sin resistencia entre sus brazos, y la joven, embobada, contempló cómo la vida abandonaba su cuerpo.

Dinamia, sujeta por las recias manos de Clito, se había echado a llorar, desconsolada. Se soltó, de repente, y el gladiador vio, desconcertado, cómo la esclava iba hacia Kinane, con pasos furiosos, y ésta, con los ojos inyectados en sangre, le hundía también a ella el cuchillo entre las costillas. La indefensa esclava arañó la espalda de su oponente con odio, pero Kinane ya no sentía nada. Retorció el

mango del arma y se zafó de su víctima de un empujón. Dinamia se llevó las manos a la herida y se quedó en el suelo, en posición fetal, bramando de dolor.

Empapada en sangre ajena, Kinane echó un vistazo a su alrededor y por primera vez fue consciente de lo que había hecho. El afilado cuchillo se deslizó entre sus dedos y provocó un breve zumbido metálico al impactar contra el suelo.

Marco Helvio Deceneo, con sus últimas fuerzas, se había arrastrado hacia Laódice. A cada respiración, muy leve, expulsaba un borbotón de sangre por la boca.

—Per… dóname —balbuceó Laódice entre estertores.

En un último esfuerzo, Deceneo aproximó su rostro al de su esposa, mejilla con mejilla. Las lágrimas fueron sus últimos signos de vida.

* * *

Con la niña como rehén y ante la atenta mirada de decenas de personas que sólo deseaban que las divinidades terminaran de hacer justicia, Kávaros abandonó El horno de Afrodita. Se había salido con la suya. A pesar de sus ansias de venganza, Douras tenía el suficiente corazón como para anteponer sus sentimientos a la vida de una inocente.

Cerca, Thrax trataba desesperadamente de zafarse de las garras de Ptolomeo y sus amigos mientras observaba cómo aquel miserable alejaba a su hija Thalia de él. Era imposible hacer entender al tracio que la mejor manera de evitar un mal mayor era dejarlo escapar, al menos de momento.

* * *

El repentino silencio desconcertó a Audata. Como si los dioses jugaran una última partida con su destino, divisó la figura de un hombre que avanzaba andando hacia atrás por la calle aledaña a la suya. Desde el otro extremo, un grupo de hombres parecían observarlo con recelo. Fue entonces cuando la mujer se percató de que llevaba un cuchillo con el que amenazaba a la niña que tenía entre los brazos. Y, entonces, Kávaros se dio la vuelta, y su torques plateado lo delató.

Tal y como había ocurrido la última vez que se habían cruzado, él no la reconoció. La mujer, por un momento, temió ser incapaz de reaccionar. El instinto le exigió huir, pero su mirada y la de la aterrada niña se entrecruzaron. Su semblante maquillado en tonos blanquecinos contrastaba con el de sus negras y dilatadas pupilas. Y entonces Audata supo que aquélla era su última oportunidad.

De un salto, se abalanzó contra Kávaros y le hundió el puntiagudo clavo en el cuello. Kávaros, que, ocupado en salvar el pellejo, no había previsto un ataque tan arbitrario, soltó a la niña y acuchilló a la mujer, que no tuvo tiempo de apartarse. Audata retrocedió malherida con el arma hendida en la clavícula. El proxeneta aprovechó para intentar sacarse el punzón del cuello, pero ya de su boca salía la sangre en abundancia, y no tardó en desplomarse. La viuda recordó la cabeza cercenada de su marido y deseó hacerle lo mismo, pero su resistencia flaqueó. Mareada, se desmayó al fin al lado de su víctima.

* * *

—Perdóname, *domine* —murmuró Clito, arrepentido, mientras cubría con una sábana su cuerpo inerte. Luego, respiró hondo y se llevó las manos a la cabeza. Aquello había sido una carnicería innecesaria. Habían perdido los papeles por completo, especialmente Kinane. ¿En qué mente retorcida cabía la idea de asesinar a sus amos? ¿Qué futuro les depararían ahora las Moiras con sus frágiles hilos?

Los ojos sin vida de Dinamia parecían escrutarlo desde el suelo. Todo había acabado. Su participación en los juegos, el *ludus*, su propio destino. ¿Qué iba a hacer ahora? ¿Regresar a la escuela de gladiadores como si nada hubiese ocurrido? Tantos deseos, aspiraciones, sueños… desvanecidos de un plumazo. ¿Y qué sería ahora de su relación con Menoetius? Como campeón, Deceneo se la hubiese permitido. Siempre y cuando, eso sí, si Menoetius hubiese sobrevivido a su enfrentamiento con Lascivus. Entonces comprendió que Kinane tenía parte de razón, por mucho que le costase admitirlo. Su relación con él no era más que un estúpido sueño preso entre las manos de aquel arrogante lanista. De haber participado en los Ludi Apollinares, Menoetius habría muerto pocos días después; así que no, bajo la tutela de Deceneo era inconcebible un final feliz para ambos.

Fuere como fuere, ahora era libre para tomar sus propias decisiones. ¿Pero qué vida le esperaba como un esclavo fugitivo?

Jamás había tenido que valerse por sí mismo, a pesar de su gloriosa fama como campeón. ¿Qué era él fuera de la arena?

* * *

Anonadados ante el desenlace de los acontecimientos, Ptolomeo y sus compañeros soltaron a Thrax, que salió a la carrera a buscar a su hija. Al instante siguiente, la abrazaba con fuerza y la acariciaba con dulzura en sus tiernas mejillas, sin poder contener las lágrimas. Sin embargo, la niña no parecía mostrar ningún tipo de emoción. Le

costaba reconocer a su padre y casi había olvidado que meses atrás había formado parte de una familia feliz.

Audata, aún en el suelo, incapaz de ponerse en pie, los miraba, confusa. Siempre había creído que tras matar a Kávaros se sentiría mejor, pero no. Lo único que ocupaba su mente era la idea de que iba a morir sin volver a ver a sus hijos. Había sido una completa idiota. La anhelada venganza le había costado demasiado cara.

Pronto llegaron allí todos los hombres y, al ver que se presionaba con ahínco la clavícula para bloquear la hemorragia, Ptolomeo le apartó sus manos con suavidad y tomó el relevo. Ella gemía, demasiado débil y a punto de desfallecer de nuevo. A una orden de Ptolomeo, la auparon y cargaron con ella hasta el lupanar. Audata recobraba la conciencia de manera intermitente, y en un momento le pareció ver la fachada de El horno de Afrodita. La puerta estaba hecha añicos. Las baldosas del suelo, encharcadas de sangre. Las suaves cortinas, arrancadas. Los coloridos cojines, lanzados por doquier. Apestaba a lavanda mezclada con el olor del sudor, el orín y las heces. Aquél era el maldito sitio donde su marido había encontrado la muerte.

* * *

Los primeros rayos de sol cegaron a los dos fugitivos. El cielo se teñía de un tono anaranjado cuando Seutes y Comio divisaron las murallas de la ciudad. El caballo, fatigado, a duras penas soportaba ya la marcha. Consciente de ello, el histriano desmontó.

—Adelántate y que te abran las compuertas —sugirió—. Yo te sigo a pie.

Comio asintió, y el animal, más aliviado, aceleró el paso. El portón estaba entreabierto. El soldado parpadeó un par de veces por si veía mal, pero, en efecto, tenían el acceso libre y no había centinelas en los adarves. Aquello era muy raro. Como parte de las

legiones, él mismo había asaltado ciudades. El griterío, el fuego, el humo, el caos. Todo ello formaba parte del ataque a una urbe. Su instinto le indicaba que algo similar había sucedido. Cauteloso, detuvo a su montura y esperó a que su amigo lo alcanzara.

XLII
AMOR

«Amor omnia vincit
(El amor todo lo vence)»,

Publio Virgilio Marón, *Bucólicas*, 10, 69

Koinos azuzó al caballo, y éste ascendió con dificultad por el montículo. En otros tiempos, aquello había sido una tumba real escita, pero habían transcurrido demasiados siglos como para que el guardia fuese consciente de ello. Ya amanecía, y bajo la brillante luz oteó el horizonte para reubicarse. A lo lejos, divisó lo que parecía ser el campamento del ejército apostado en Argamum. Y, dispersos, podía ver también reducidos grupos de fugitivos en movimiento. Koinos sintió el ansia terrible de perseguir y matar a aquellos malnacidos, pero no tenía ni el tiempo ni la posibilidad de hacerlo. Aquellas miserables ratas huían en diferentes direcciones. Algunos hacia las montañas, otros hacia zonas boscosas y de campos, pero ninguno de ellos era tan insensato como para buscar refugio en las ciudades políticas cercanas. Sabía que la mayoría eran de origen tracio, roxolano y geta, convertidos en botín tras las recientes guerras con sus belicosas tribus. Otros nunca habían conocido la libertad y no tenían ningún sitio al que volver, pero seguían a sus compañeros de fatigas. Koinos se mordió el labio inferior con rabia e

inició el descenso hacia la vía que lo llevaría hasta el campamento romano.

* * *

Con cautela, Seutes y Comio atravesaron el resquicio de la compuerta. Por el aire, enrarecido, ascendían varias columnas de humo. Conforme avanzaban a través de las calles de Histria, se toparon con algunos cadáveres aquí y allá, envueltos en charcos de su propia sangre.

—¿Qué mierda ha pasado aquí? —preguntó retóricamente el soldado, pero Seutes estaba demasiado asustado como para contestar.

El histriano, completamente pálido, caminaba con las riendas del caballo en la mano, para dirigirlo. ¿Cómo era posible tal carnicería? ¿Acaso sus compañeros habían llegado antes que él y habían tenido tiempo de matar a tanta gente? Seutes lo dudaba, pero, a juzgar por lo que veían sus ojos, eso mismo debía de haber sucedido. Un doloroso vacío le inundó el estómago. ¿Era él el culpable de aquella masacre?

Fuere como fuere, tenía que llegar a su casa cuanto antes. Le hubiese gustado subirse al caballo y recorrer las calles de Histria a todo galope, pero la situación era demasiado peligrosa y debía permanecer alerta.

—Esto no me gusta nada… —murmuró Comio, nervioso.

Atajaron camino a través de la curia, donde se horrorizaron aún más al toparse con decenas de cadáveres, la mayoría miembros de la guardia urbana. El caballo se asustó y se detuvo, pero el muchacho tiró de las riendas con insistencia y retomaron la marcha.

—¡Soltad las armas! —se escuchó una voz cerca.

Seutes, a quien ya le temblaban las piernas, se sobresaltó. En lo alto de la escalinata del templo de Apolo, el más importante de la

polis, bajo el pórtico, unos cuantos desconocidos rodeaban a lo que parecía ser una familia.

—¡No contaminéis este sacro lugar con vuestra impía presencia! —respondió el sacerdote con un marcado acento latino.

—Vosotros, romanos, sois los que habéis traído la miseria a nuestra región —contestó el otro, espada en mano. A Seutes le pareció ver que le faltaba uno de los ojos.

—Vuestra causa es impura —aulló el que era Lucio Sergio Silo, *gladius* en mano. A su espalda se escondían su esposa Marcia, un hijo adolescente armado con un puñal y una niña pequeña—. No mancilléis también este templo con nuestra sangre.

—No es con pureza con lo que los legionarios mataron a mi familia —sentenció Zopirión.

A juzgar por sus armas, no eran fugitivos de las minas. Seutes y Comio no necesitaron palabras para comprender que aquella trifulca no era de su incumbencia. Quién sabía si su madre se encontraba en una situación peor, se dijo el joven. Sin arriesgarse a ser los siguientes, abandonaron a su suerte al magistrado y a su familia.

* * *

La agotada Kinane sació lo que le parecía una sed incontenible con el vino destinado a la libación. Pero fue en vano. En cuanto volvió a fijar la mirada en los cuerpos que yacían a su alrededor, las náuseas la hicieron vomitar.

De repente, se sobresaltó. Había notado un sutil movimiento en las cortinas del *tablinum* de Marco Helvio Deceneo. ¿Acaso los lémures de los asesinados habían regresado del otro lado para atormentarlos por su traición?

Clito también lo había percibido y, pese a la maraña de nervios que le reconcomían el estómago, avanzó espada en mano hasta la entrada de la estancia. Kinane, alarmada, empuñó el cuchillo y fue

tras él. Pero sólo se encontraron con un Critasiros tembloroso, agazapado en una esquina, como un perro con el rabo entre las piernas. La adolescente recordó con ardor la primera vez que aquel miserable esclavo le había puesto la mano encima. Sus intenciones lujuriosas. Sus maquinaciones contra ella. Lo sucedido esa noche era en gran parte culpa de ese maldito patizambo. Myrmex sólo necesitó ver la mirada de la joven para conocer sus intenciones y, sin dudarlo, la agarró por el brazo y se interpuso en su camino.

—No —sentenció con firmeza el *provocator*. La joven no se atrevió a replicar—. Lo necesito con vida.

Con un leve movimiento de cabeza, Clito indicó a Kinane que desatrancara la puerta. Ella asintió, comprendiendo que era innecesario derramar más sangre, a pesar de que aquel esclavo cojo se lo mereciera. Al pasar al lado de los inmóviles cuerpos, sintió un terrible nudo en la garganta. Le resultaba imposible creer que ella había sido la responsable de tanta muerte. La sangre empapaba el familiar mosaico de las cuatro mujeres que representaban las estaciones. Incluso había salpicado los lares y penates del larario. Kinane se examinó las manos, ahora llenas de cortes y manchadas también del cobrizo líquido.

Entretanto, el gladiador vigilaba al asustado administrador. El miedo era un peligroso detonante. A pesar de su pequeño tamaño, podía actuar movido por un arrebato en cualquier momento, tal y como les había ocurrido a Kinane y a sí mismo.

—Haz lo que te digo y no sufrirás ningún daño —le sugirió al fin.

Kinane miró fuera para comprobar la situación. A simple vista, todo parecía en calma. Y, entonces, se sintió extraña. Por primera vez abría la puerta de la *domus*. No había sido el atriense bajo la orden de Helvio Deceneo ni tampoco había sido con intención de acompañar a Laódice a ningún lado. Era iniciativa suya. Era libre de hacerlo. Respiró hondo, su pecho se hinchó de felicidad, y los ojos se le llenaron de lágrimas.

—¿Todo bien? —le preguntó Clito desde el fondo de la estancia.

Kinane asintió.

—Pues lárgate. Escóndete. El ejército no tardará en llegar. —Myrmex se acercó a la puerta, también con intención de abandonar la lujosa *domus*.

—Me voy a casa, a buscar a mi madre. —Notó que balbuceaba de alegría al pronunciar esas palabras—. ¿Me acompañas?

—No puedo —negó él, mientras sujetaba a Critasiros mediante una correa alrededor del cuello—. Vuelvo al *ludus*.

—¿Estás loco?

—Aquí fuera no soy nadie. Ni tengo a nadie —alegó con tristeza.

—Y en el *ludus* tienes a Menoetius…

—Sí…

Y entonces ella comprendió sus intenciones al ver a su amarrado prisionero.

—Espera un momento… —exclamó la muchacha, que regresó al *tablinum* y buscó con ahínco entre la documentación de Marco Helvio Deceneo. Al poco, desenrollaba el pergamino con el mapa de la región que había consultado tiempo atrás. Se lo tendió al *provocator*—. Puede que Menoetius y tú lo necesitéis.

Clito examinó el mapa. Era, sin duda, una valiosa herramienta.

—Ve con cuidado —y la joven abrazó con fuerza al enorme campeón, que a su lado la hacía parecer diminuta. Clito la rodeó con los brazos y la estrechó contra sí. Luego se miraron por última vez y tomaron distintas direcciones.

* * *

Seutes se detuvo en seco frente a la fachada de su hogar, tanto tiempo después. Recordó con extrañeza, como si le hubiera ocurrido a una persona ajena, la fatídica noche en la que había seguido a su padre a El refugio del ratón. Aquella decisión había trastocado sus vidas para siempre. Por mucho que hubiese regresado a casa, las cosas jamás volverían a ser como antes. Era imposible retroceder en

el tiempo.

—¿Es aquí? —lo sacó el soldado de su ensimismamiento.

El histriano se limitó a asentir. Se moría de ganas por abrir la puerta y reencontrarse con su madre, pero, en el fondo, no se atrevía a hacerlo. No quería constatar por sí mismo que lo que su hermana le había contado a Comio era real. Las palabras de Hidna resonaron en su mente: lo más difícil venía ahora. Y se vio incapaz de contener las lágrimas. Aun así, esta vez la causa era su inmensa felicidad. Cuántas veces había perdido la esperanza. Cuántas veces había procurado convencerse de que cualquier ilusión sería vana. Y ahora estaba allí, quieto, tembloroso, sin aventurarse a llamar a la puerta tras la que se encontraba su madre.

—Venga, hombre —lo animó Comio con una enorme sonrisa en el rostro, dejando al descubierto el diente que le faltaba por culpa de la tortura—. Llama de una vez.

Seutes se secó las lágrimas con el antebrazo y aporreó la gruesa madera. Inspiró aire, con dificultad, pues tenía la nariz colapsada por los mocos. Pensó por un momento en el dolor insoportable del dedo y en que le ardía el cuerpo entero. Pero ya nada de eso importaba.

Tras un incómodo silencio, golpeó de nuevo la puerta, esta vez con más insistencia. Pero tampoco hubo respuesta alguna. Por un momento, se asustó, pero su amigo lo instó a que lo volviera a intentar. El chico repitió la misma operación una, otra y otra vez. De repente, un crujido en la casa de al lado llamó su atención. Lipoxais, adormilado y con los ojos sucios de legañas, se había asomado con gesto preocupado. Los disturbios nocturnos habían sacudido la ciudad. No era de extrañar que los revoltosos asaltasen las viviendas para conseguir botín.

—Tío… —balbuceó Seutes, incrédulo, al reconocer al vecino al que siempre había considerado parte de su familia.

—¿Seutes? —El pescador se frotó los ojos, receloso. Su vista le engañaba.

Pero, en cuanto sintió el cálido y fuerte abrazo del joven, despertó de su embelesamiento. Era real. Seutes estaba allí. Y

Lipoxais lo estrechó entre sus brazos. Al instante, se removió, incapaz de soportar el horrible hedor a sudor, sangre y suciedad. Se fijó entonces en su túnica, raída, macilenta y cubierta de manchas de sangre. La joven piel, además, ya no era suave, sino áspera y seca. Lanzó un suspiro, cerró los párpados y decidió ignorarlo.

Tomiris se despertó, inquieta al ver que su marido había salido, y fue a buscarlo. Desde la puerta, observó la escena. Aquel muchacho sucio, delgado y zarrapastroso… ¡era Seutes!

—¡Tomiris! —exclamó Seutes con alegría, y corrió hacia ella para un nuevo abrazo.

Notando la cabeza del muchacho en su pecho, sonrió, feliz. Seutes estaba vivo. Allí, de carne y hueso.

—Mi madre no me abre —se lamentó entonces él, como un niño pequeño, mientras se limpiaba los mocos con la sucia túnica.

Tomiris golpeó a la puerta de su vecina, aun cuando, al no obtener respuesta, dedujo enseguida dónde se encontraba.

—Debe de estar en El horno de Afrodita —sentenció, consternada.

Lipoxais ayudó a desmontar al malherido Comio, quien, con la rodilla dislocada, era más una carga que una ayuda. Mientras tanto, Tomiris anudó al caballo a la reja de una ventana. Después, se limitaron a esperar el regreso de Seutes.

* * *

Seutes salió disparado hacia el lupanar, tan nervioso que el corazón amenazaba con salírsele del pecho. Puñal en mano, estaba dispuesto a enfrentarse a quien fuera.

A excepción de la zona de la curia, donde claramente había habido trifulca, el resto de la ciudad parecía en calma. Cuando llegó a los suburbios de Histria, algunos extraños abandonaban la zona cargados con botín de distinta índole. Cojines coloridos, exóticas

telas, vajillas de plata, joyas, dinero. Cualquier cosa era buena para el pillaje. Luego, ya en la calle aledaña al prostíbulo, Seutes se cruzó con unos desconocidos que se ensañaban con un cadáver y lo despedazaban sin miramiento. De su cuello sobresalía un plúmbeo y largo clavo, pero lo más impactante eran sus penetrantes ojos verdes, que apuntaban hacia el cielo sin verlo.

De repente, se detuvo. En los alrededores de la entrada de El horno de Afrodita se acumulaban los cadáveres, y un grupo de hombres los estaban separando. Unos eran apilados sin compasión; otros eran colocados con más tacto. Sin duda alguna, aquello era el escenario de un crudo enfrentamiento. Gracias a su macilento aspecto, Seutes pasó desapercibido y, haciendo de tripas corazón, entró en el prostíbulo. La puerta estaba hecha añicos. El ambiente era desastroso. El suelo estaba regado de sangre. Los vencedores, resuelta la reyerta, se dedicaban a husmear en busca de algo valioso.

Seutes exploró cada rincón, sin resultado. Su madre no se encontraba allí. Sin embargo, cuando ya se disponía a marcharse, se fijó en que, en una esquina, había dos pequeños cubos abandonados. Curioso, se aproximó y se agachó: eran dos dados. El joven miró a su alrededor y constató que aquellos dados no interesaban a nadie, así que se los guardó y se volvió para dirigirse a la salida. En ese momento, varias prostitutas y eunucos irrumpieron en la estancia provenientes del piso superior. Seutes abrió los ojos como platos. Sin un ápice de duda, se abrió paso por las escaleras a empujones.

Apoyada en una esquina, una mujer era atendida por un hombre con los dientes picados y una niña cuya cara estaba maquillada de manera esperpéntica. Seutes se aproximó sin hacer ruido, cauto, hasta que un gemido de la mujer lo hizo estremecer. Era ella, su madre, pálida como nunca la había visto antes, y aquel extraño le estaba presionando una herida. De un brinco, se arrodilló junto a ella. Audata lo miró con los ojos vidriosos, aturdida. Las arrugas habían agrietado su piel. Sus labios estaban partidos y su pelo

enmarañado.

—Mi niño… —murmuró con tristeza, mientras las lágrimas escapaban de sus ojos. Aquella visión significaba que la muerte estaba cerca.

—Estoy aquí, mamá. —Y la abrazó con ternura hasta que ella emitió un doloroso quejido.

El desconocido lo apartó con suavidad y señaló el tajo sobre la clavícula.

—Eres real… —balbuceó, embobada—. Eres tú…

—Sí, mamá —sonrió Seutes mientras lloraba como la niña a su lado.

—Eres tú… —repitió de nuevo, con un hilo de felicidad—. ¡Mi niño!

Extendió los brazos hacia él y lo besó en las mejillas, la frente, la cabeza, las manos. Lo llenó de besos. Por un instante, el mundo se detuvo. Ante ella, los ojos almendrados de su hijo cubiertos por las lágrimas.

—Mamá, no te mueras —se atrevió a murmurar el chico—. Perdóname por no haber llegado a tiempo, por favor…

—No es culpa tuya, mi príncipe —se apenó la mujer—. He sido yo quien ha antepuesto la venganza a mi vida. Pero es que os daba por perdidos… —tosió y escupió sangre.

—No hay nada que hacer —comentó alguien desde las escaleras. Seutes se giró y vio a un hombre pequeño con una *kausía*. Sus tremendas ojeras indicaban que esa noche no había dormido nada —. Cumple con sus últimos deseos, si es que tiene alguno.

—No me dejes morir aquí —suplicó Audata, aferrándose a la túnica de su hijo con desesperación—. Llévame con papá, por favor. Si muero que sea junto a él…

Seutes se había quedado paralizado. Douras, por su parte, parecía analizarlo. No lo había visto antes, seguro, porque se acordaría por su llamativo *linothorax*.

—¿Y tú de dónde has salido? —inquirió el agitador.

—Del Mons Ferri —repuso, acariciando a su madre con tristeza—.

He escapado del Mons Ferri.

* * *

Madre e hijo abandonaron El horno de Afrodita en dirección a la necrópolis. A trompicones, se ayudaban mutuamente a avanzar. El dolor era intenso, pero Audata no pensaba renunciar a su último deseo. Lo que Seutes siempre había soñado como un feliz reencuentro se había tornado en el peor día de su vida. Entre los dos no hacían uno entero.

Seutes se detuvo cuando, a unos pasos de distancia, le pareció ver a una chica que se parecía muchísimo a su hermana. Movió la cabeza, negando para sí mismo. Una vez ya le había parecido verla, en la mina, como en una alucinación. Sin duda, había sufrido demasiado en poco tiempo. Necesitaba descansar. Estaba a punto de perder la cordura.

Kinane se quedó petrificada en medio de la calle. Veía acercarse a ella a una moribunda mujer auxiliada por un hombre delgado y macilento como un perro callejero. Y no sabía si huir o ayudarlos.

Fue Audata quien gritó. Nada más alzar la mirada, reconoció a su hija. No importaba que su túnica estuviese cubierta de sangre ni su cara deformada por los golpes. Su tierno lunar, cercano a la comisura del labio derecha, era inconfundible. Era Kinane, su pequeña.

—Mamá, ¿tú también la ves? —preguntó Seutes, sobrepasado.

—Sí…, la veo. —Y la mujer dibujó una sonrisa.

Cuando notó la calidez del cuerpo de su hermana rodeándolos, Seutes se apaciguó de forma repentina. Cerró los párpados y olió el aroma natural de su piel, que tanto había añorado. Gimotearon los tres, entre lágrimas de felicidad.

Luego, se separaron un paso, y el muchacho tomó con delicadeza la faz de su hermana y, con un cariño indescriptible,

observó sus ojos color miel. Jamás pensó que volvería a ver su dulce mirada. Ella, a su vez, le acarició el cabello, ahora terroso y áspero por el polvo y el barro. Pero no le importó. Lo había echado tanto de menos…

—¿Qué haces aquí, princesa…? —logró decir Audata.

—La familia Helvia… Han asaltado su casa y los han masacrado a todos —mintió Kinane, para evitar que su madre y su hermano descubrieran la verdad.

Audata se fijó en los ojos de su hija y supo al instante que los engañaba, pero no dijo nada. Le acarició la cara, amoratada e hinchada por la paliza del día anterior, y se fijó en sus manos, repletas de cortes recientes que todavía supuraban. Siempre sería su niña, y debía agradecer a los dioses aquel regalo divino antes de morir. El juramento a las deidades oscuras había valido la pena.

—Si Deceneo está muerto, entonces el Mons Ferri… —balbuceó Seutes más para sí mismo que para su familia.

Por unos instantes, volvieron los tres a fundirse en uno solo, temblorosos y entre gemidos de alegría.

—No dejéis que os separen nunca más… —murmuró Audata entre sollozos.

—¡Por todos los dioses! —oyeron a Tomiris a lo lejos, fuera de sí —. ¡Esto es un milagro!

EPÍLOGO

«Acta est fabula
(El espectáculo ha terminado)»,

Cayo Suetonio Tranquilo, *Vida de Augusto*, 99, 1

Ante diem III Kalendas Iulias.
Día 29 de junio

El emisario entró en el campamento entre las curiosas miradas de los soldados, que se preparaban para un nuevo día. Un legionario lo guio hacia el *praetorium*, donde podría encontrar al centurión al mando. A pesar de ser verano, las noches eran frescas, y Koinos se sentía destemplado. Además, llevaba desde el día anterior sin dormir.

Herio Asinio Plistarco no lo hizo esperar. Le habían anunciado su visita y aguardaba, inquieto, el mensaje que le enviaba Deceneo desde Histria. Un asunto grave, vista la premura con la que había mandado a aquel fatigado emisario. Koinos ni siquiera tuvo que entrar en la tienda, porque el centurión lo esperaba fuera, escoltado por dos de sus soldados. Se trataba de un hombre de mediana estatura, pero fuerte y ancho de hombros, de pelo castaño y prominentes entradas. A pesar de su juventud, el porte causaba respeto.

—Bienvenido. Me han dicho que traes un mensaje para mí.

Koinos hubiese preferido comunicarle las nuevas en privado, pero parecía que aquel romano no estaba interesado en ofrecerle dicho privilegio.

—Sí, de parte del magistrado Marco Helvio Deceneo —apostilló, incómodo. El centurión asintió, pero no añadió nada más, y Koinos decidió terminar cuanto antes con aquella tortura—. Solicita vuestra ayuda. Los prisioneros del Mons Ferri han escapado y mi *domine* tiene miedo de que ataquen las ciudades pónticas.

Al fin el comandante esbozó una reacción: perplejidad.

—¿Cómo dices?

—Esta noche ha habido un motín, y los prisioneros han escapado. Esas sucias ratas han matado a nuestra guardia —se dejó llevar por la emoción el guardia.

Herio Asinio Plistarco se quedó un momento en silencio para asimilar aquella información. Los soldados que lo custodiaban hubiesen pagado una fortuna por descifrar qué pasaba por la mente de su superior en ese instante.

—¿Sabes hacia dónde se dirigen? —preguntó el oficial, contenido.

—De camino hacia aquí he visto a algunos. La mayoría, hacia las montañas.

—Gracias. —Sin más, se volvió hacia los dos centinelas—. Dadle de comer y beber. Y, cuando quiera regresar a Histria, un caballo de refresco, si lo requiere.

Koinos se relajó por fin. Su misión, por el momento, había terminado. Y lo que más ansiaba era irse a dormir de una maldita vez.

* * *

Alrededor del escritorio, cinco de sus hombres debatían qué hacer. Entre ellos, se encontraban el destacable Cothelas, de gran tamaño

y cabellera rojiza, ataviado con su característica *zeira* tracia de franjas rojas y azules; y Ébalo, alto, delgado, con la cabeza rasurada y la mandíbula definida. Un tercero llevaba la melena recogida en una coleta; en él destacaba una cicatriz en la mejilla. Un cuarto tenía los mofletes rechonchos y le faltaba media nariz, y había un quinto, el de mayor edad, de pelo canoso y con una llamativa cicatriz que le cruzaba la frente.

—Centurión, nuestro deber es defender la región. ¿Acaso no vamos a hacer nada? —se quejó este último.

El comandante Plistarco lo respetaba. Era su soldado más veterano, y sus consejos siempre se basaban en su experiencia. Confiaba en su criterio, pero en aquella ocasión el resentimiento era más poderoso que el deber. El centurión recordaba la humillación que habían sufrido en las minas cuando Deceneo los obligó a desprenderse de sus armas. No contento con eso, también lo había privado de su *vitis*, el símbolo de su autoridad. Aquel avaro engreído merecía morir en un pozo de mierda.

—En mi última conversación con el magistrado, me recalcó varias veces que su deber era limitar nuestras acciones militares y no influir en la política de las ciudades pónticas —contestó el oficial—. Y, respecto de las minas, tú bien sabes que siempre se ha negado a que reforzáramos su guardia con nuestros hombres.

—¿No decía que con su guardia personal tenía de sobra? —se entrometió Cothelas—, Pues que se joda. Que lo solucione él solo.

Herio cruzó los dedos. Había anhelado durante mucho tiempo que aquel rico cabrón acudiese a él en busca de apoyo. Le hubiese encantado responder a su llamado de auxilio con un no rotundo en su cara. Ver el miedo en su faz.

—Sé que habéis tenido vuestros roces, sobre todo desde que sentenciaron a Comio, pero las rencillas personales jamás tienen que nublarnos la vista —intentó convencerlo el veterano.

El recuerdo de su joven compañero en el inframundo los hizo estremecer. Los que habían visitado las minas intuían que lo más probable es que ya hubiese muerto bajo los escombros. Entonces,

una idea tomó forma en la cabeza del comandante al mando.

—Tienes razón, Tulio. Vamos al Mons Ferri.

Los presentes se miraron, desconcertados ante su cambio repentino de actitud.

—Es hora de sacar a Comio de allí, si es que sigue vivo — apostilló al fin.

Cothelas y el resto de sus compañeros asintieron, satisfechos. No así Tulio, que frunció el ceño, disconforme. Era la decisión de su superior y tenía que acatarla. Al poco rato, las tropas se pusieron en marcha rumbo al desolador Mons Ferri.

* * *

A petición de su malherida vecina, Tomiris y Lipoxais regresaron a casa para evitar riesgos. La ciudad estaba desierta. Las puertas y las ventanas, cerradas a cal y canto. Una calma extraña reinaba en el ambiente mientras los cadáveres se descomponían bajo el sol abrasador del verano. Por todas partes, los perros hambrientos aprovechaban cualquier descuido para despedazar la carne antes de ser pateados por los siervos.

Seutes y Kinane caminaban, mientras que Comio y Audata montaban sobre el caballo. Todos, hacia la necrópolis. Dejaron atrás la desolada Histria y se adentraron en la vía custodiada por cipreses. Por allí los adelantaron dos esclavos, con la cabeza medio rasurada y vestido con centones, que, sin mucho entusiasmo, transportaban una carreta cargada de cadáveres. Por su rostro desfigurado, Audata reconoció a Kávaros. Aquel miserable no volvería a abusar de nadie más. El vehículo siguió su curso en dirección a un montículo, antaño una tumba real escita. La viuda sonrió. Su deuda con las divinidades oscuras pronto quedaría saldada con su vida y con los huesos y las entrañas de aquella alimaña.

En determinado punto, Audata pidió desmontar. A paso lento

pero inexorable, dejó atrás decenas de lápidas y tumbas hasta detenerse frente a un pequeño túmulo apenas imperceptible. Los dos hermanos miraron con curiosidad y tristeza aquel insignificante montón de tierra que marcaba el lugar donde descansaban los restos de su padre. La viuda se arrodilló, con ayuda de Kinane, y acarició con ternura la sepultura. Seutes y su hermana, sin saber qué decir, la miraban. Un nudo les aprisionaba la garganta. Comio respiró hondo y se sentó sobre una lápida que le llegaba a la altura del muslo.

—Ya no estás aquí para verlo, pero al final todo ha salido bien —murmuró Audata antes de besar con suavidad el montón de tierra bajo el que descansarían sus restos junto a los de su amado Akornion.

—Papá —gimoteó Kinane, arrodillándose junto a su madre—, hiciste lo que creías correcto para salvarnos…

—Mamá —las interrumpió Seutes, cabizbajo—, ¿por qué al final Kávaros mató a papá?

—Por atreverse a plantarle cara —afirmó Audata con orgullo.

Seutes palideció y sintió un molesto vacío en el estómago. Había odiado a su padre durante meses por haberlo abandonado para salvar el pellejo. Lo había despreciado por ser un cobarde egoísta. Y ahora resultaba que, mientras él se debatía entre la vida y la muerte bajo los escombros, su padre había tenido el valor de enfrentarse a Kávaros, el hombre más temido de la ciudad. Su padre, al que tanto había odiado, al que había deseado el peor de los tormentos, había antepuesto su familia a su propia vida. Prisionero en las minas y desconocedor de lo que ocurría fuera, Seutes había estado equivocado desde el principio. Su padre lo había intentado. A pesar de sus debilidades, había dado la cara.

—Te perdono, papá… —balbuceó entre sollozos.

* * *

A punto de desfallecer, Clito y Critasiros se detuvieron frente a los muros del *ludas* Helvio. La noche había sido dura y en esos momentos la mayoría de los centinelas habían caído rendidos bajo el agradable manto de Morfeo. En lo alto del adarve, sólo un guardia aguantaba despierto. Clito no tardó en reconocer a Cotis.

El guardia pelirrojo se restregó las ojeras, incrédulo ante aquella inesperada visita, e hizo ademán de abrir las compuertas, hasta que advirtió que algo extraño sucedía. El administrador estaba atado a una correa como un perro.

—No hagas ninguna tontería y todo saldrá bien —murmuró Clito a Critasiros.

El viejo administrador lo miró y comprobó que Myrmex estaba igual de nervioso que él.

—¡Deceneo ha muerto! —anunció el gladiador en voz alta, cansado.

En lo alto de la muralla, Cotis se estremeció. No le hacía falta preguntar si aquello era cierto. La lánguida faz de Clito y el lamentable estado de Critasiros eran suficiente prueba.

—Y Critasiros es mi prisionero —añadió luego.

Entonces desenvainó su terrible *gladius* y colocó el filo sobre la garganta del aterrorizado viejo, que observaba el arma con las pupilas dilatadas.

—Liberad a Menoetius con dos caballos y os entregaré a Critasiros sano y salvo.

Alarmados por los gritos, varios guardias aparecieron en el adarve. Viéndolos incapaces de reaccionar al saber que Deceneo había muerto, Critasiros, histérico, bramó:

—¡Haced lo que dice, maldita sea!

—¡No quiero movimientos raros! ¡Cuando Menoetius esté fuera

de vuestro alcance, soltaré a Critasiros!

Sin más dilación, Cotis descendió hacia el patio. No había negociación posible. Ni tampoco la necesitaban. Si Deceneo había perecido, ni siquiera tenía sentido quedarse en el *ludus*. El guardia recorrió el patio desierto en dirección al cubículo del púber. Aquella mañana se habían suspendido los entrenamientos hasta recibir indicaciones por parte del lanista. Indicaciones que no llegarían jamás.

—¿Qué haces aquí? —se asombró Menoetius al oírlo, acercándose de un brinco hacia el ventanuco de la celda.

Pero a Cotis le costó encontrar palabras para describir lo sucedido. Durante el tiempo que duró su silencio, Menoetius dudó. Pero finalmente el guardia supo darle una respuesta:

—Te vas.

El reciario, escéptico, no se atrevió a moverse. Sin embargo, todo cobró sentido cuando a lo lejos oyó el chirrido del pasador metálico de la compuerta que daba acceso al *ludus*. Salió de su cubículo y siguió a Cotis hasta que, a lo lejos, distinguió a su amado Clito equipado como *provocator*. Un centinela le tendió las riendas de dos hermosos caballos, y Menoetius las asió con incertidumbre. A paso lento, caminó bajo la atenta supervisión de los guardias. Antes de salir, se paró bajo el marco de la compuerta, ojeó la túnica repleta de salpicaduras de sangre de Clito, y no tardó en comprender que algo grave había sucedido.

—Deceneo está muerto —le confesó éste—. Y tú y yo somos libres.

—¿De verdad…?

—Sí, sube. —Y le hizo un gesto para que montase.

—¿Y ahora qué? —inquirió Menoetius mientras obedecía.

—No lo sé, pero al menos estaremos juntos —afirmó el otro.

El angustiado Critasiros se removió, y Clito soltó su correa. Sin tiempo que perder, el patizambo corrió a trompicones hasta sentirse seguro al otro lado de las murallas. Después, la compuerta se cerró de nuevo, y Cotis fue testigo de cómo los dos gladiadores se

desvanecían sobre sus caballos en el anaranjado horizonte.

* * *

Tras horas de intensa marcha, las tropas auxiliares comandadas por el centurión Herio Asinio Plistarco traspasaron las murallas del Mons Ferri. El panorama era desolador. Aun acostumbrados a la guerra, la carnicería le causó arcadas a más de uno. Las molestas e inoportunas moscas revoloteaban alrededor de los cadáveres para poner sus huevos.

El oficial al mando ordenó a sus hombres que exploraran el recinto en busca de Comio. El resto de supervivientes no le interesaba lo más mínimo. Su objetivo era encontrar a su compañero y abandonar aquel abominable lugar cuanto antes. Los soldados, sin tiempo que perder, se alejaron para cumplir con su misión.

No tardó uno de los *milites* en regresar para informar a su centurión de un curioso hallazgo. Por lo visto, había encontrado un almacén saqueado, pero que conservaba centenares de valiosos lingotes de hierro. Sin duda, barras demasiado pesadas como para cargarlas en la huida. Plistarco se relamió el labio superior. Aquélla era una maravillosa noticia.

—Trasladad todos y cada uno de los lingotes a nuestro campamento —y añadió con socarronería—: no vaya a ser que caigan en malas manos. Sed lo más sutiles posible.

Entonces, el centurión se percató de que Cothelas corría apresurado hacia él.

—¿Has encontrado algo? —se interesó.

—Sí —balbuceó mientras recuperaba el aliento—. Ven conmigo.

Lo llevó hasta un edificio en cuya entrada había un guardia con el cráneo reventado. Herio se percató de que tenía la espalda cosida a puñaladas. Dentro, avanzaron por un pasillo que daba a distintas celdas a ambos lados. Al fondo, una de las puertas permanecía

abierta. Cothelas pasó a través de ella e, ignorando el cadáver tendido en el suelo, señaló la pared, donde había dibujado con carboncillo un caduceo.

—El caduceo de Mercurio… —murmuró el centurión en voz baja.

—Sí —afirmó el otro—. Comio ha estado aquí.

Herio pasó el dedo por el carboncillo, y éste se difuminó. Era una pintada reciente. El muerto parecía ser un guardia. Lo mismo otro cadáver que encontraron tras la puerta, en el pasillo. Comio había logrado escapar. Alguien lo había rescatado de las garras de aquellos desgraciados. Pero ¿dónde se había escondido?

—Nos vamos a Histria —sentenció el oficial.

—¿Para qué?

—Nosotros somos su única familia. Y es el núcleo urbano más cercano en dirección a nuestro campamento.

* * *

La joven se sentó en el suelo con las piernas entrecruzadas, y Audata apoyó la cabeza sobre sus muslos. Casi no le quedaban fuerzas. Estaba pálida, temblorosa y mareada. Muy pronto pagaría con su carne y sus huesos su deuda con las divinidades oscuras.

—Mi príncipe, no llores. —Temblorosa, extendió el brazo para acariciar con dulzura la faz de su hijo—. Me queda poco tiempo y sólo quiero verte sonreír.

—¿Cómo voy a sonreír, mamá? —se lamentó Seutes.

—Porque sois libres de tejer vuestro propio destino, mi amor. Y eso es lo más importante.

—Pero tú te mueres…

—Yo me voy con todos mis deseos cumplidos. Lo único que me reconcome es dejaros huérfanos en este mundo cruel. Ojalá me perdonéis algún día… —tartamudeó, removiéndose por el dolor.

—No hay nada que perdonar, mamá —lloriqueó Kinane mientras

la peinaba con los dedos.

—Esta vez hemos podido despedirnos como toca. —Audata boqueó sangre y se estremeció—. No olvidéis nunca que os amo, a vosotros y a vuestro padre. Sólo prometedme que cuidaréis el uno del otro… —murmuró con su último suspiro.

Se hizo el silencio y las manos de Audata se entrecerraron. Al instante, Kinane notó más liviana la cabeza de su madre sobre sus muslos.

—¿Mamá? —preguntó, desconsolada, pero no obtuvo respuesta.

—¡Mamá! —aulló Seutes, hasta sentir que sus pulmones se desgarraban.

Pero ya no había nada que hacer. Sólo honrar su memoria.

* * *

Ironías del destino, mientras los dos hermanos lloraban a su difunta madre, Comio cojeaba por los alrededores en busca de una pala. Tras meses cautivo en las infrahumanas minas, aquella situación parecía una broma pesada por parte de las divinidades. Había pagado cara su libertad y, aun así, se veía obligado a cavar con sus callosas y magulladas manos una última vez para cerrar el ciclo. Al mirar hacia lo lejos, se fijó en que los dos esclavos que los habían adelantado descargaban los cadáveres de su carreta en una fosa común. Sin mediar palabra, los tres hombres entrecruzaron miradas. Comio se acercó a su pala y la asió. Tras comprobar que no ponían objeción ninguna, regresó sobre sus propios pasos.

Seutes alzó la vista y contempló a su amigo, que esperaba impaciente el momento oportuno para empezar a cavar. El histriano asintió en silencio. Mientras su hermana y él se despedían de su madre, el soldado agarró la herramienta y percibió un punzante dolor en los dedos. Durante las torturas, le habían hecho polvo el índice, y en otro dedo le había sido arrancada una uña. Luego, un

terrible pinchazo en la rodilla le hizo esbozar una involuntaria mueca de dolor. Pero no importaba, su hermano lo necesitaba.

—Skotos, vela por mi madre mientras llega al reino de Tánatos. Sus ojos ya no ven, perdidos en la penumbra de la muerte. Cuídala mientras transita tu reino para que llegue hasta el barquero y cruce el lago Estigia —suplicó Seutes mientras cerraba los párpados de su madre con suavidad.

* * *

A una orden de Hidna, horas de marcha más tarde, los fatigados fugitivos se detuvieron al lado de un arroyo para beber y asearse. Los niños contemplaban admirados la incalculable altura de los árboles y las imponentes colinas que todavía quedaban por cruzar. Al observar sus infantiles sonrisas, la mujer supo que el sacrificio había valido la pena. Se acercó a la corriente y sumergió sus callosas y magulladas manos bajo la gélida agua que descendía de las montañas. Tras limpiarse el rostro, se recostó en el tronco de un confortable chopo. La temperatura era agradable bajo su sombra.

Ensimismada en sus cavilaciones, pensó en que hubiese ofrecido la vida por compartir aquel momento con su esposo Skilum y su pequeño Artulus. Luego se acordó de Oroles, en cuánto y con cuánta fiereza había peleado para conseguir lo que ahora ella disfrutaba en su infinita soledad. No era justo que sólo ella hubiese recibido aquel divino regalo por parte de Skotos. Trataba de contener las lágrimas cuando el feliz griterío de los más pequeños le hizo alzar la vista. Por primera vez en sus cortas existencias, conocían la verdadera naturaleza. Juguetones, arrancaban el moho de las piedras y se lo lanzaban unos a otros. La mujer imaginó a su hijo divirtiéndose con ellos y sonrió mientras se secaba las lágrimas con el dorso de la mano.

Antes de ser capturada y vendida como botín de guerra, en su

infancia, también ella había corrido y disfrutado bajo el amparo de las montañas, los ríos y los valles. Ahora le tocaba continuar su camino. Sin su familia, pero bien acompañada. Y sonrió. Fuese cual fuese el resultado, tenía la oportunidad de tejer su destino con sus propias manos. Y se merecía ser feliz.

* * *

Encargado de organizar a la nueva guardia urbana de Histria, Zopirión paseaba a lo largo de los adarves para comprobar que sus órdenes se cumplían. Y fue entonces cuando, en la lejanía, divisó a un ejército romano allegándose a la ciudad. Ojiplático, oteó el horizonte unos momentos para verificar que lo que veía era cierto. En efecto, las tropas marchaban hacia allí.

Con celeridad, abandonó su cometido y corrió hasta la curia municipal, frente a la que se había erigido una pira funeraria sobre la que ardían los restos de Memnón, el hermano de Donras. Zopirión subió los peldaños a toda prisa y penetró en el edificio, cuyo suelo estaba enlosado como un damero, en mármol blanco y calizas negras. Al fondo de la estancia encontró a su líder, ensimismado en sus pensamientos.

—¡Douras! —lo llamó el tuerto con preocupación—. ¡El ejército romano está a las puertas!

* * *

Los cipreses cobijaban al ejército del sol abrasador del mediodía. A ambos lados del camino, centenares de lápidas clamaban por una plegaria en recuerdo de sus difuntos. Un ostentoso mausoleo captó la atención del centurión, que redujo la velocidad de su caballo. La

inscripción en el pórtico delataba que pertenecía a la familia Helvia. Y entonces, entre las tumbas cercanas, distinguió una figura a la que reconoció de inmediato. Con un tirón de riendas repentino, su corcel se paró en seco. El centurión se apeó y anudó al animal a uno de los árboles, para, a continuación, adentrarse en el camposanto.

—Comio… —murmuró al encontrar a su antiguo soldado, que recuperaba el aliento sentado sobre una lápida.

Los ojos del soldado se iluminaron al instante y abandonó la pala en el suelo.

—Os esperaba, cabrones —gruñó mientras cojeaba hacia él, henchido de felicidad.

Los demás soldados ya habían llegado al lugar donde su comandante había atado a su caballo. Aunque estaban a cierta distancia, Cothelas y Ébalo lo vieron hablando con un hombre que parecía herido y caminaba con dificultad. Cothelas lo señaló, reconociéndolo, y entre risas ambos corrieron hacia allí.

—¡Mala hierba nunca muere, eh! —bromeó Cothelas fuera de sí.

—¡Diría que los dioses me han perdonado la vida! —exclamó Comio, feliz.

—¡Siempre tan duro de roer! —añadió Ébalo con una sonrisa en el rostro.

Cuando Comio llegó donde se encontraba el grueso de la tropa, ésta lo recibió entre vítores y aclamaciones, como si fuese un héroe homérico. Entre unos cuantos, lo auparon y lo alzaron al aire varias veces, contentos por recuperar a su valioso compañero.

Seutes los miraba desde lejos. De repente, Ébalo se fijó en él e hizo ademán de ir a ajustar cuentas, pero una férrea mano lo cogió por el hombro y lo detuvo con brusquedad. El militar, enfadado, se giró para averiguar quién le impedía ejecutar su venganza.

—Déjalo estar —le exigió su centurión—, y disfruta del momento.

Ébalo masculló algo ininteligible, pero regresó junto a sus compañeros.

Un rato después, el ejército formó de nuevo a la espera de órdenes. Herio Asinio Plistarco estudiaba las murallas de la ciudad

póntica, en cuyos adarves había movimiento.

—Comio, ¿cuál es la situación en Histria?

—Han asesinado a los miembros de la curia, Herio. ¡Incluso a Kávaros! —Sus palabras provocaron un murmullo generalizado.

—¡Qué se joda esa maldita rata! —imprecó Ébalo, satisfecho.

—Deceneo… —murmuró el oficial.

—Que se jodan, Herio. Que los jodan a todos —se atrevió a verbalizar Comio.

—¿Y la población de a pie qué?

—Con ellos no va la cosa, estate tranquilo —le explicó, no muy seguro de lo que decía.

—¿Y ahora quién regirá Histria? —El centurión se rascó la barbilla, preocupado.

—No tengo ni idea…

—¡Hay que tomarla por las armas! ¡Esto es inconcebible! —voceó Tulio, el veterano.

—¿No estás harto de esta absurda guerra que no nos compete? —lo recriminó el centurión.

—*Dulce et decorum est pro patria mori!*[9]

—¿Qué patria, Tulio? Si hace cuatro años que no pisamos Roma —le contestó Herio con acidez—. Hasta que no recibamos órdenes precisas, nos retiramos a nuestro campamento.

El oficial sabía que no existiría mejor momento para rendir Histria y que, quizá, el Senado no perdonaría que la abandonara a su suerte. Sin embargo, no pensaba discutirlo delante de sus tropas. A pesar de la opinión extendida entre los más veteranos, no tenían potestad para invadir Histria ni imponer su autoridad. La política interna de las ciudades pónticas no era asunto suyo.

Antes de partir, Comio pidió un último favor a su centurión. El oficial asintió, y él cojeó hacia los hermanos. Nada más verlo, Seutes dedujo que su amigo se acercaba para despedirse. Al encontrarse cara a cara, ninguno de los dos supo qué decir. Habían sido tantos los sucesos vividos, las penurias superadas, los estragos sufridos. Su aventura terminaba allí.

—Ahora me toca a mí volver con los míos —dijo al fin el soldado.

Seutes asintió en silencio, mirándolo a los ojos. Al igual que le había ocurrido durante su primer día en las minas, le costaba asimilar que a partir de entonces les esperaba un nuevo destino. Uno en el que ambos tenían la posibilidad de elegir qué camino seguir. Lejos de las minas, del polvo y del escombro. Y entonces recordó que tenía un detalle para Comio. El histriano rebuscó entre su túnica y le ofreció algo. Éste, curioso, abrió la mano, y Seutes dejó caer dos pequeños dados sobre su palma.

—¿Y esto? —se sorprendió el soldado.

—Por si en el futuro necesitas cambiarlos por un trozo de cecina —bromeó Seutes.

Comio cerró el puño y se lo llevó al pecho, sobre el corazón, en señal de agradecimiento.

—Éstos no los voy a perder nunca —confesó emocionado, y añadió en voz baja—: A tu hermana y a ti os va a ir muy bien.

—Lo mismo te deseo, Comio —le respondió Seutes, trémulo.

Y los dos muchachos se fundieron en un fuerte abrazo. De ese modo, sin añadir nada más, Comio volvió, cojeando, a formar en el ejército. Dejaba atrás a una familia que ya consideraba la suya. Por primera vez, a Seutes le pareció ver que el soldado lloraba.

* * *

—¡Se van! —anunció, perplejo, Zopirión.

—Sí, se van… —confirmó su amigo.

Erala mejor señal para un buen comienzo. Un nuevo principio en el que no existiría la servidumbre ni el abuso a los más vulnerables. Bajo su mando, la crueldad de los amos quedaba erradicada de Histria. Orgulloso, Douras se giró y observó la ardiente pira funeraria que consumía los restos de su hermano. Su pérdida no sería en vano.

—La tea que dejas encendida no la ahogará nadie… —murmuró mientras observaba la negruzca columna de humo que ascendía hasta la bóveda celeste.

* * *

Tras la despedida, los dos hermanos fueron rodeados por la calma y el silencio que reinaba en el sacro lugar. Era extraño, pero permanecer allí les hacía sentir que Akornion y Audata estaban presentes, junto a ellos. Los ojos les escocían, tenían las narices taponadas por los mocos y los labios agrietados por la sed. Pero, a pesar de todo, su madre tenía razón. Habían recuperado aquello que les había sido arrebatado de forma injusta: la libertad. Una libertad que les permitía hilar un nuevo destino juntos.

Al llegar junto a su caballo, Seutes se topó con una inesperada sorpresa. Una escolta custodiaba a su animal, atalajado a un carro cuyo cargamento permanecía oculto bajo una gruesa manta. Extrañado, se acercó y lo destapó. Boquiabierto, descubrió el maravilloso regalo que les había hecho el centurión: decenas y decenas de lingotes de hierro. Una pesada pero cuantiosa fortuna. El caballo resopló, como si se mostrara conforme con su próxima tarea.

—¿Qué vamos a hacer con todo esto? —preguntó Seutes con inocente ingenuidad.

—Empezar una nueva vida —sentenció Kinane, sin atisbo de dudas.

Volvieron a la ciudad para visitar a sus tíos por última vez, y les regalaron dos merecidos y pesados lingotes de hierro. Uno por haber cuidado a su madre en su ausencia; el otro para que encargaran una sepultura digna para el matrimonio fallecido. Luego, se reunieron con la escolta que les habían preparado fuera de la ciudad. De entre los hombres elegidos para protegerlos, Seutes reconoció a uno de ellos por su barba pelirroja y su característica *zeira* tracia. En esta

ocasión, estaban del mismo lado. Con sincero entusiasmo, el soldado se presentó frente a él para recibir indicaciones.

—¿Ya no quieres abrirme la cabeza? —bromeó Seutes, imprudente como siempre.

—No, ya no. —Cothelas esbozó una sonrisa fugaz entre su frondosa barba rojiza—. Tenemos órdenes de escoltaros hasta la ciudad que nos digáis. Por haber rescatado a Comio.

—Pues pongamos rumbo a Apolonia Póntica —decidió Kinane, sonriente al recordar el mapa.

* * *

Mientras transitaban por la vía paralela a la bahía, Seutes cerró los ojos y la agradable brisa marina acarició su rostro. El aire salado le hizo evocar las tardes de pesca en aquel mismo lugar junto a su padre Akornion y su tío Lipoxais; tiempos lejanos e idílicos que nunca regresarían. Jamás olvidaría su vida en Histria ni el sacrificio de su madre Audata. Tampoco borraría de su memoria los duros meses en las minas, amparado bajo la oscura protección de Skotos. Atrás quedaban el polvo, la tierra y el escombro. Pensó en el infatigable Oroles, que había muerto para salvarlos a todos. También en Hidna, y en si ya habría cruzado el Istro con los suyos. Sonrió al imaginar a Ateas cuidando de sus palomas, libre al fin de cualquier miedo.

Kinane observó con ternura la faz de su hermano, ensombrecida por el cansancio y cuyos párpados, pesados como el plomo, se resistían a cerrarse. Con cariño, lo agarró de la mano y entrelazó sus dedos con los suyos. Seutes, hasta entonces ausente, notó cómo brotaba de lo más hondo de su pecho una inconmensurable felicidad. Se miraron a los ojos en silencio. En los del joven, enrojecidos por el llanto, su hermana encontró tristeza, pero también una férrea y obstinada voluntad de seguir adelante. En los

de la muchacha, él vislumbró un destello esperanzador fruto de la ilusión. A pesar del precio pagado, lo habían conseguido. Con las entrañas y el corazón, habían recuperado la libertad que les había sido arrancada de forma cruel, y en sus manos pendía la oportunidad de tejer juntos un nuevo destino.

GLOSARIO

Acus crinalis: aguja usada por las mujeres romanas para recogerse el cabello. A veces se hacía referencia a ellas simplemente con el nombre de *crinalis*. Normalmente estaban fabricadas de bronce, madera o hueso.

Ancilla: esclava, sierva, criada.

Atriense: esclavo entre cuyas funciones estaba la de controlar el acceso y la salida de la vivienda familiar.

Baxae: sandalias confeccionadas a partir de materiales vegetales, como el esparto, el sauce o la palmera. Su aspecto era prácticamente idéntico al de las espardeñas actuales. Eran de bajo coste, normalmente usadas por campesinos y esclavos.

Caldarium: estancia en las termas romanas donde se disfrutaba del baño con agua caliente.

Caligae: eran sandalias que se sujetaban al pie mediante tiras de cuero alrededor del empeine y sobre el tobillo. Su suela iba reforzada con clavos y eran perfectas para largas marchas. Su uso solía darse en ámbitos militares.

Centones: túnicas hechas con pedazos de tela y retazos sobrantes propias de los esclavos con peores recursos.

Cinaedus: insulto en la antigua Roma que significaba «sodomita», «maricón».

Cognomen: especificaba la rama de la familia (*nomen*) a la que se pertenecía, o bien, en algunos casos, era el apodo de un individuo en particular.

Compluvium: abertura rectangular que generalmente se colocaba en el centro del techo del atrio. Permitía la entrada de luz solar a las habitaciones adyacentes, ya que el atrio, al no tener generalmente paredes externas, carecía de ventanas.

Damnatio ad metalla: condena que consistía en enviar al prisionero a las minas.

Defixio: medio frecuente para pedir a una o más divinidades que dañasen a otros, con frecuencia por venganza. El soporte era una tablilla o lámina, habitualmente de plomo.

Doctor: entrenador de gladiadores, especializado en un tipo de combatiente concreto.

Dominus: palabra latina que significa «propietario» o «señor» (plural *domini*, femenino *domina*).

Domus: casa romana de las familias con un cierto nivel económico, cuyo cabeza de familia llevaba el título de *dominus*.

Enócoe: pequeña vasija de vino que sirve para sacar el vino de una crátera. Se caracterizaba por una única asa y podía estar o no decorado con dibujos.

Estola (*stola*): túnica que la mujer romana empezaba a vestir después del matrimonio. Era relativamente larga y se extendía de los hombros hasta los pies. En los hombros se unía a través de dos tiras finas y cortas en su extensión. Se vestía para asistir a eventos importantes.

Fides: Tres eran las principales virtudes que debía tener un hombre romano. La *virtus*, la *pietas* y la *fides*. La *virtus*

hacía referencia a cumplir con las cualidades masculinas, como la virilidad y el coraje. La *fides* estaba relacionada con el cumplimiento del deber y de los juramentos. La *pietas*, con el cumplimiento de las obligaciones religiosas y las buenas costumbres.

Gladius: espada que habitualmente usaban los legionarios romanos.

Gregarii: Gladiadores que por su poca habilidad combatían en grupo y no de forma individual.

Himatión: prenda de la antigua Grecia, consistente en un manto amplio y envolvente, una especie de chal. Se llevaba sobre el propio cuerpo o más encima de otra prenda. Se apoyaba sobre un hombro y no contaba con una atadura o fijación.

Kausía: Sombrero de fieltro de alas anchas, de origen macedónico, cuyo uso se extendió por los reinos helenísticos. El *pakol* pakistaní actual provine de la *kausía* macedonia.

Linothorax: armadura típica de la antigua Grecia formada por capas de lino.

Lorica hamata: armadura de cota de malla utilizada por la legión romana durante la República y todo el Imperio. Solían estar fabricadas con bronce o hierro. Alternaba filas de anillos verticales y horizontales entrelazados entre sí y resultaban en una armadura flexible y resistente.

Ludi Apollinares: festividad en honor al dios Apolo que se celebraba del 6 al 13 de julio.

Ludus: escuelas donde se entrenaba a los gladiadores, tanto estatales como privadas.

Magister: entrenador de los gladiadores que tenía una noción

general de todos los estilos de combate.

Manica: protección alargada que cubría el brazo. Podía estar hecha de una sola pieza con material acolchado o de segmentos curvos y superpuestos, sujetos con correas de cuero.

Miles: soldado.

Missio: indulto que recibían los gladiadores perdedores a modo de reconocimiento por parte del público, por haber sido capaces de ofrecer un buen combate a pesar de la derrota.

Mulier: Para los romanos, la mujer decente y honrada era considerada como *femina*: mientras que la indecente, la que no cumplía con sus obligaciones o no era recatada, era una *mulier*.

Mulsum: vino fermentado con miel.

Myrmex: hormiga en griego antiguo.

Hoplomachus: tipo de gladiador ligero inspirado en el hoplita griego, cuyo armamento principal eran el casco, un pequeño escudo redondeado, una lanza y un cuchillo.

Palla: Prenda de vestir de origen griego (himatión) que podían llevar tanto hombres como mujeres. Consistía en un manto amplio y envolvente que se llevaba sobre el cuerpo o sobre otra prenda interior. No contaba con atadura ni fijación, por lo que se enrollaba de una pieza.

Patagium: cinturón poco ajustado usado por las mujeres en la antigua Roma.

Paterfamilias: padre de familia, bajo cuyo control estaban todos los bienes y personas que pertenecían a la familia.

Peplo: túnica femenina usada en la antigua Grecia. Se confeccionaba con lana y se trataba de una pieza

rectangular de grandes pliegues que se doblaba sobre el cuerpo y se unía por los hombros mediante fíbulas.

Pompa gladiatoria: desfile que se realizaba antes de los juegos del que formaban parte autoridades, gladiadores, *venatores*, músicos y aquellos que considerase el organizador de los juegos.

Posea: bebida elaborada con vinagre y agua (*acetum cum aqua mixtum*), casi siempre mezclada con alguna hierba aromática.

Praetorium: nombre de la tienda de un general romano o del comandante al mando dentro del campamento.

Primus palus: los gladiadores se dividían en categorías según su experiencia y número de victorias. *Primus palus* era el nivel más alto, el más valorado.

Pugio: puñal usado por los legionarios del ejército romano.

Pupa: muñeca articulada con la que las niñas jugaban en la antigua Roma.

Quitón: prenda de vestir de la antigua Grecia que consistía en una pieza de tela de forma rectangular que se colocaba alrededor del cuerpo.

Rota aquaria: nombre con el que designaban en latín a las norias de agua.

Rudis: nombre dado por los romanos a la espada de madera que usaban los gladiadores para ejercitarse.

Sagum: manto cuadrado de lana que no pasaba de las rodillas y se ponía encima del resto de ropa, ajustándose por medio de un broche. Contaba con una apertura para la cabeza y podía tener capucha.

Scorpio: máquina de guerra. Usaba la torsión y la proyección para lanzar venablos y otro tipo de proyectiles. Su forma

era la de una especie de ballesta gigante colocada sobre un trípode.

Secutor: «perseguidor». Se llamaba así a este tipo de gladiador porque normalmente su oponente era el *retiario*, que combatía con un equipamiento muy ligero y cuyo punto fuerte era estar en constante movimiento.

Serva: en latín, «sierva», «esclava».

Solium: silla con respaldo de tela y brazos.

Spiramina: pozo que servía como conducto de ventilación.

Strophium: tela que se enrollaba alrededor del pecho de las mujeres para ocultar y sostener sus senos.

Subligaculum: especie de taparrabos constituido por una tira de lino o cuero envuelto alrededor de los muslos y atado a la cintura. Fue usado tanto por hombres como por mujeres como ropa interior, aunque en el caso de los gladiadores muchas veces era su única vestimenta aparte del armamento.

Summa rudis: árbitro en los combates de gladiadores.

Tablinum: era la «oficina» en una casa romana, el centro de recepción y trabajo del *paterfamilias para* los negocios, donde recibía a sus clientes.

Tiro: novato, recluta.

Triclinium: adyacente al atrio se encontraba el *triclinium*, o comedor, donde se llevaban a cabo los banquetes.

Tunicati: gladiador afeminado que solía combatir vestido con túnica, algo que en el mundo gladiatorio se consideraba humillante.

Vigiles: guardia urbana que cumplía con la función tanto de salvaguardar el orden como de apagar los incendios.

Vitis: vara usada por los centuriones para castigar a sus soldados y hacer cumplir las órdenes. Representaba su autoridad y usualmente estaba hecha de madera de olivo.

Zeira: capa o manto usado tradicionalmente por los tracios que podía estar decorado con franjas de diferentes colores.

NOTA DEL AUTOR

Dicen que la historia la escriben los vencedores, y es cierto, pero se construye con pequeños gestos, la historia la hacen personas anónimas, ajenas a que sus acciones tienen repercusión más allá de su cotidianidad. La vida, al igual que la historia, es una consecución de causalidades que somos incapaces de comprender en su totalidad. Un efecto mariposa gigantesco que nos conecta a todos sin que seamos conscientes. Cada una de nuestras decisiones afecta al resto y es capaz de cambiar el rumbo de la historia.

Muchas veces, la novela histórica se centra en grandes generales y en epopeyas que han marcado el desarrollo de la humanidad. Bajo esta premisa se han escrito decenas de perlas literarias. Pero en ocasiones, bajo este manto de epicidad, se olvida que hombres y mujeres sobrevivían cada día a una realidad cruel y desgarradora, pero también llena de amor y alegría. Es por ese motivo que, cuando pensé en escribir esta novela, decidí que estaría centrada en una familia humilde que podría haber vivido en una ciudad cualquiera de la antigüedad.

En concreto, elegí la ciudad de Histria, una joya a orillas del actual mar Negro, por la coyuntura cultural y política que vivió a lo largo del siglo I d. C. Tal y como se menciona a pinceladas en la novela, la *polis* era de origen helenístico, lo que contrastaba con el resto de la región, poblada por los tracios, y, más allá del Danubio, por los temibles getas y roxolanos, que años más tarde provocarían

el terror entre los romanos.

Si entramos en detalle, en el siglo v a. C., Heródoto dice que los escitas y los getas vivían al sur del río Danubio, en las cercanías de Histria, dejando una impronta cultural y funeraria que se ve reflejada en el relato. Durante la revuelta jonia, en el año 492 a. C., los persas arrasaron la ciudad. Más tarde, Alejandro Magno anexionó la región, aunque luego las *poleis* pónticas resistieron los embates del diádoco Lisímaco. En el año 279 a. C. los celtas invadieron el territorio tras arrasar la Hélade. Al sur de las ciudades pónticas, fundaron el reino de Tylis y, más lejos, el de Galatia. Nombres como Kávaros o Critasiros están documentados y son de origen celta. En la guerra contra Roma, las ciudades pónticas se aliaron con Mitrídates del Ponto, enemigo acérrimo de los romanos. Y, posteriormente, el caudillo Burebista intentó unificar a las diferentes tribus tracias, lo que consiguió hasta su muerte, aunque Histria y otras ciudades se resistieron a someterse a su poder.

No es hasta el año 29 a. C. cuando los romanos hacen su aparición. Las razias procedentes de la otra orilla del río, cuyo objetivo era la rapiña, eran frecuentes. Se construyeron puestos defensivos y las ciudades pónticas se convirtieron en protectorado romano. El resto del territorio tracio se encontraba bajo el mando de líderes locales. En algunas ocasiones se mostraban amistosos con Roma; en otras, belicosos. En época de Tiberio se construyeron calzadas en el territorio, cuyo plan continuaron Vespasiano y Domiciano. Claudio anexionó la zona al sur del río como la provincia de Moesia en el año 46 d. C. Ya en época de Trajano, décadas más tarde, Dacia será sometida por Roma. Es entonces cuando se empieza a documentar la región en profundidad por parte de los cronistas romanos.

Es importante señalar que los dados no tenían la concepción de ser un solo pueblo, unificado, sino que más bien se reconocían como tracios. El término «dado» es utilizado por primera vez en *De bello gallico* por Julio César. Al igual que ocurre con la Hélade en la antigua Grecia, si bien getas, tracios y dacios eran similares

culturalmente, en realidad se trataba de diferentes tribus que muchas veces guerreaban entre sí. Las nomenclaturas para referirnos a ellos fueron inventadas por los cronistas.

Tras este repaso histórico, la conclusión es que en una ciudad como Histria convivían costumbres, religiones y gentes muy diferentes. A lo largo de los siglos, se entremezclaron decenas de culturas que dejaron una impronta en el paisaje, en las urbes y en el carácter de sus habitantes. Al preparar la novela, me fascinaba imaginar el resultado de tantos años de influencia y contacto entre pueblos tan distintos. Tal y como se plasma en la decisión de Marco Helvio Deceneo al abrir un *ludus*, Roma, la última en sumarse a esta mezcla, empieza a influir en las costumbres locales.

Respecto al proceso de documentación, recomiendo encarecidamente dos obras publicadas por la editorial Desperta Ferro, ambas del autor e ilustrador Radu Oltean: *Dacia, la conquista romana* (2016) y *Tracios, getas y dados* (2021). En mi biblioteca ocupan un lugar privilegiado y les guardo gran estima. En cuanto al mundo gladiatorio, aconsejo leer *Gladiadores, el gran espectáculo de Roma*, del investigador Alfonso Mañas (Ariel), muy útil para conocer cualquier aspecto relacionado con este fenómeno de masas.

Por último, pero no por ello menos importante, quisiera destacar lo que para mí es un punto fundamental de la novela. La esencia de la vida se reduce a los pequeños placeres cotidianos: la cálida caricia de una madre, el abrazo de un buen amigo, el olor a pan recién horneado, mojar los pies en la refrescante orilla del mar… Aspectos sencillos, pero imposibles sin libertad. La libertad es el mayor tesoro que poseemos. Sin ella, no hay nada. En los tiempos oscuros que se avecinan, no olvidemos defender, con uñas y dientes, aquello que nos dota de la humanidad que merecemos.

AGRADECIMIENTOS

Como la vida, la escritura es un camino en el que te entrecruzas con muchas personas. Algunas de ellas, sin saberlo, han aportado su granito de arena a este relato.

En primer lugar, dar las gracias a Paula, mi pareja, por haber sido la mejor compañera en este, en ocasiones, turbulento viaje. Nos merecemos una enorme tabla de quesos y un buen vino blanco.

Gracias a mis padres, por aportarme su carga genética y por nunca haber escatimado en mi formación literaria. Desde las revistas infantiles hasta los libros que luego darían alas a mi imaginación. Sí, esa historia que ya escribía en el instituto tiene algo que ver con todo esto.

A Javi, por ser mi primer y más acérrimo lector. Sin tus críticas, la obra no sería la misma. Sin tu apoyo, quizá no habría litigado hasta aquí. Cuántas horas dedicadas sin cobrar un solo céntimo… Aunque, bueno, las comilonas también cuentan como salario.

Mencionar a Rubén, *Scalus*, por tus consejos y tus críticas, que han servido para perfeccionar detalles significativos de la obra. Nos toca celebrar esta victoria con una buena cena romana.

A Penélope, mi editora incansable, siempre al pie del callón. Sin tu confianza no habría sido posible cumplir este sueño. Gracias por mejorar cada palabra, cada párrafo, cada punto y coma. Por supuesto, gracias a todo el equipo de Edhasa. Sin vosotros, esta novela no sería más que un simple Word.

Gracias a mis amigos, por apoyarme siempre en la sombra como un buen Samsagaz Gamyi, aunque vuestro trabajo conmigo está lejos de terminar. Ahora viene la mejor parte. Preparaos.

Gracias a mis compañeros literatos, por vuestra cálida acogida cuando no soy más que un principiante. Vuestras ideas, consejos y recomendaciones me han dado luz en un sendero que en ocasiones es oscuro y lleno de incertidumbre.

A los miembros de la asociación Hispania Romana, que, sin saberlo, me habéis enseñado a esgrimir armas blancas. Desde el equipamiento de legionario romano al de gladiador. En la novela no he disimulado mi admiración por el estilo del *provocator*.

A mis compañeros del mundo de la divulgación y a los seguidores de Proyecto Épiro, que, durante años, habéis esperado este momento. Gracias por ser pacientes y por brindarme vuestro apoyo cada vez que subía material de la novela a redes.

Y, por último, gracias a ti, lector, por brindarme la oportunidad de compartir esta historia contigo. Por dedicarle a este relato lo más valioso que tenemos; nuestro tiempo. Espero que haya valido la pena llegar hasta el final.

De todo corazón, gracias.



Miquel Fornera (Altea, Alicante, 1995) es graduado en Criminología por la Universidad de Alicante y en Educación Social por la Universidad de Valencia. Aunque originario de la costa, encuentra parte de su inspiración entre los barrancos y los chopos de su pueblo paterno, Bolulla. Desde niño, es un apasionado de la historia antigua, afición que empezó a compartir en 2018 a través de redes sociales bajo el nombre de Proyecto Épiro. Además, compagina la escritura con la recreación en la asociación Hispania Romana, lo que le hace vivir la historia de primera mano. «Cadenas de hierro y barro» es su primera novela publicada.

Notas

[1] «Hormiga» en griego antiguo. <<

[2] Otro nombre por el que era conocida la deidad, al ser originaria de la ciudad de Ramnunte, en Grecia, donde tenía su santuario primigenio. <<

[3] Río Danubio. <<

[4] «Padre Jano, al ofrecerte este incienso, te hago buenas oraciones, para que seas propicio para mí, para mi casa y para mi familia». <<

[5] «Esculapio, con este pastel sacrificial que te ofrezco te suplico que seas propicio a mí, a mis hijos, a mi casa y a mis esclavos». <<

[6] «Esculapio, como al ofrecerte el incienso se rezaron bien oraciones virtuosas, por este motivo sé honrado con este vino». <<

[7] Tusculum es el nombre romano clásico de una importante ciudad latina situada en los montes Albanos, en la antigua región del Lacio, en Italia. <<

[8] «De las palabras a los golpes». <<

[9] «Dulce y honorable es morir por la patria». <<